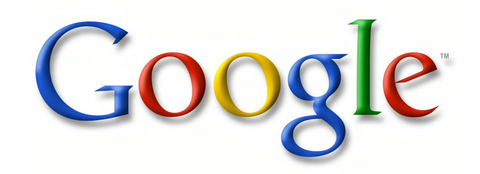
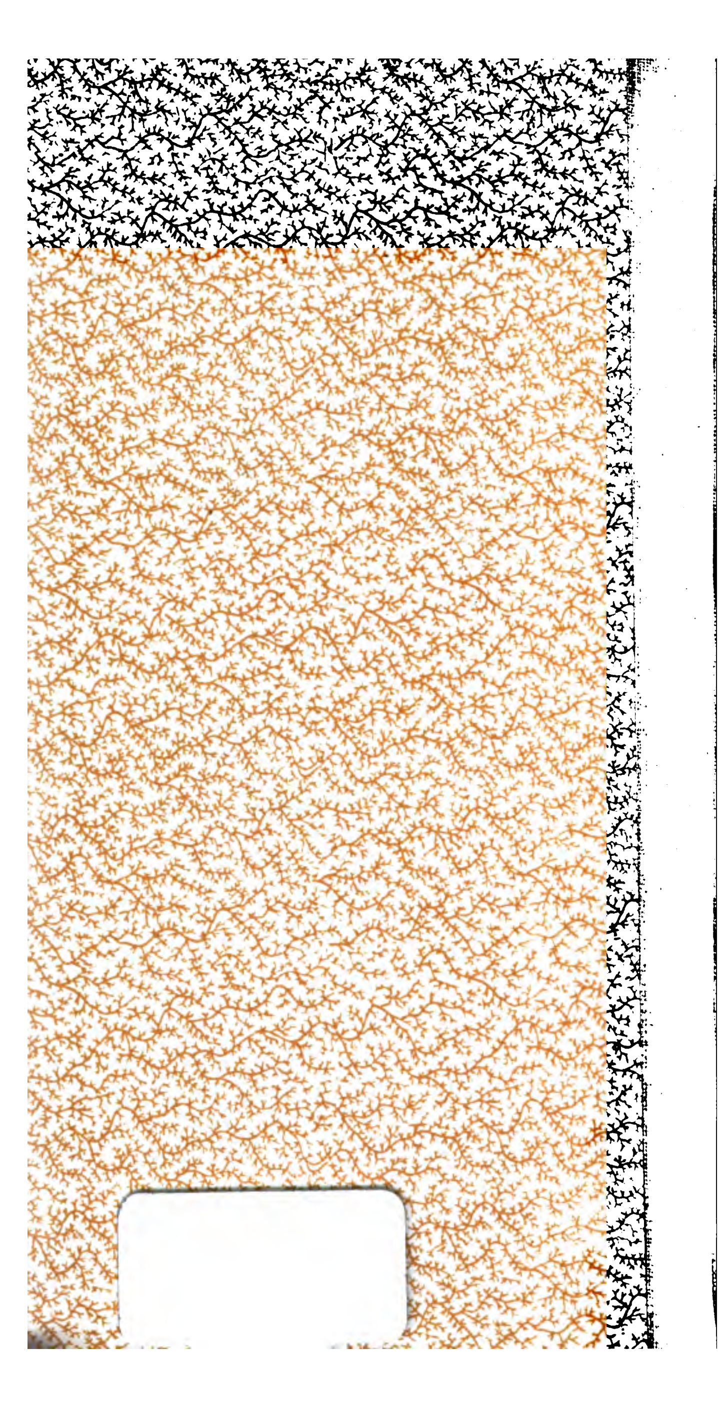




NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08155531 4



Barthelm

BVF

VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS.



Devéria del. Couché fils sc.

SÓFOCLES

despues del combate de Salamina.

VIAGE
DEL JOVEN
ANACARSIS
A LA GRECIA,
A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE LA ERA VULGAR,

POR

Juan Jacobo Barthelemy.

TRADUCIDO DEL FRANCES AL CASTELLANO.

EDICION REVISTA Y CORREGIDA CON ESMERO,

ADORNADA CON 16 LAMINAS, VARIOS PLANES Y UN MAPA GENERAL DE LA GRECIA.

AUMENTADA CON UN

INDICE ALFABETICO DE GEOGRAFIA COMPARADA.

TOMO SEXTO.

PARIS, LIBRERIA DE ROSA. | MEJICO, LIBRERIA DE GALVAN

1835.



Deveria del. Couché, fils dir.

EURÍPIDES.

VIAGE
DEL
JOVEN ANACARSIS
A la Grecia,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE JESUCRISTO.

CAPITULO LXIX.

HISTORIA DEL TEATRO DE LOS GRIEGOS.

Por este tiempo concluí mis averiguaciones sobre el arte dramático. Su origen y sus progresos han dividido á los escritores, y suscitado pretensiones particulares entre los pueblos de la Grecia. Al recopilar en lo posible las producciones del ingenio de esta nacion ilustrada, yo no debo presentar mas que resultados. He hallado verosimilitud en las tradiciones de los Atenienses, y las he preferido á todas.

En el seno de los placeres tumultuosos, y en

el devaneo de la embriaguez, se formó el arte mas regular y mas sublime. Traslademónos tres siglos mas allá del nuestro.

En las fiestas de Baco, solemnizadas en las ciudades con menos aparato, pero con alegría mas viva que en el dia, se cantaban los himnos que daban á luz los accesos verdaderos ó fingidos del delirio poético: hablo de aquellos ditirambos, en que suele haber ciertas agudezas, y muchas veces relámpagos tenebrosos de una imaginacion exaltada. Mientras estos resonaban en los oidos de la muchedumbre, habia coros de bacantes y de faunos, al rededor de las imágenes obscenas que se llevaban en triunfo, los cuales entonaban canciones lascivas, y algunas veces inmolaban los particulares á la risa del público.

Todavía era mas desenfrenada la licencia que reinaba en el culto, que los habitantes del campo daban á esta divinidad, principalmente cuando se recogian los frutos de sus beneficios. Los vendimiadores embadurnados de heces, embriagados de vino y de alegría, se lanzaban en sus carros, se acometian en los caminos con dichos groseros y repentinos, y se vengaban de sus vecinos ridiculizándolos, y de los ricos declarando sus injusticias.

Algunos de los poetas que florecian entonces, cantaban las acciones y aventuras de los dioses y de los heroes; otros perseguian con maligni-

dad los vicios y extravagancias de las personas. Los primeros tomaban á Homero por modelo; los segundos se autorizaban con su ejemplo, y abusaban de él. Homero, el mas trágico de los poetas, el modelo de cuantos han venido despues de él, habia perfeccionado el género heroico en la *Iliada* y en la *Odisea;* y en el *Margites* habia usado de las chanzas. Pero como el encanto de sus obras pende en gran parte de las pasiones y del movimiento con que acertó á animarlas, los poetas que vinieron despues, probaron á introducir en las suyas una accion capaz de mover y divertir á los espectadores, y aun algunos intentaron ademas producir ambos efectos, aventurando ensayos informes, que despues se han llamado indiferentemente tragedias ó comedias, porque reunian los caracteres de estos dos dramas. Los autores de tales esbozos no se distinguieron con descubrimiento alguno, y solamente forman en la historia del arte una sucesion de nombres, que es inutil sacarlos á luz; pues no son capaces de sostenerse en ella.

Conocíase ya la necesidad y el poderío del interes teatral: los himnos en honor de Baco se hacian imitativos, pintando sus viages rápidos, y sus brillantes conquistas; y en los certámenes de los juegos píticos, se habia mandado por ley expresa á los tocadores de flauta que entraban en lid, que representasen sucesivamente las

circunstancias que habian precedido, acompañado y seguido la victoria que Apolo ganó sobre Piton.

Algunos años despues de esta ley, Susarion y Tespis, naturales ambos de un lugarcillo de la Atica, llamado Icaria, se dejaron ver cada uno al frente de una tropa de actores, uno sobre tablados, y otro sobre un carro *. El primero reprendió los vicios y ridiculeces de su tiempo; y el segundo trató asuntos mas nobles, y tomados de la historia.

Las comedias de Susarion eran del mismo gusto que aquellas farsas indecentes y satíricas, que se representan todavía en algunas ciudades de la Grecia; y fueron por mucho tiempo las delicias de los habitantes del campo. Atenas no adoptó este espectáculo hasta despues de haber sido perfeccionado en Sicilia.

Tespis habia visto mas de una vez, en las fiestas en que se cantaban todavía himnos, á uno de los cantores, subido sobre una mesa, formar una especie de diálogo con el coro. Este ejemplo le dió la idea de introducir en sus tragedias un actor, que con simples narraciones puestas por intervalos, diese descanso al coro, tuviese

* Susarion presentó sus primeras piezas por el año 580 antes de J. C. Algunos años despues dió Tespis ensayos de tragedias; y en el año 536 se representó su *Alcestes*.

parte en la accion, y la hiciese mas interesante. Esta feliz innovacion, junta á otras libertades que se habia tomado, puso en cuidado al legislador de Atenas, mas capaz que nadie de conocer su mérito y sus inconvenientes; y así Solon proscribió un género en que se alteraban con ficciones las tradiciones antiguas. « Si honramos « la mentira en nuestros teatros, dijo á Tespis, « pronto la hallaremos en las obligaciones mas « sagradas. »

La aficion excesiva, que cundió repentinamente en las ciudades y en el campo, á las piezas de Tespis y Susarion, comprobó é hizo inutil la recelosa prevision de Solon. Los poetas, que hasta entonces se habian ejercitado en ditirambos y sátiras licenciosas, notando las acertadas reglas que empezaban á introducirse en estos géneros, dedicaron sus talentos á la tragedia y á la comedia; y muy pronto se variaron los asuntos del primero de estos poemas. Los que no juzgan de sus placeres sino por hábito, comenzaron á quejarse de que estos asuntos eran agenos del culto de Baco; pero los demas acudian con mayor ahinco á las piezas nuevas.

Frínico, discípulo de Tespis, prefirió la especie de verso que mas conviene al drama, hizo algunas otras mudanzas, y dejó la tragedia en la infancia.

Esquiles la recibió de sus manos, envuelta en

un tosco vestido, cubierto el semblante con colores postizos, ó con una máscara sin caracter, sin gracia ni dignidad en sus movimientos, inspirando el deseo del interes que apenas conmovia, prendada todavía de las farsas y chanzonetas que habian divertido sus primeros años, expresándose á veces con elegancia y dignidad, y muchas veces en un estilo debil, rastrero y amancillado con obscenidades groseras.

El padre de la tragedia, que este es el nombre que se puede dar á este hombre grande, habia recibido de la naturaleza un alma fuerte y vehemente. Su silencio y su gravedad anunciaban la austeridad de su caracter. En las batallas de Maraton, de Salamina y Platea, en que se distinguieron tantos atenienses por su valor, sobresalió el suyo. En la mas tierna juventud se dedicó á leer aquellos poetas, que inmediatos á los tiempos heroicos concebian unas ideas tan grandes como las cosas que se hacian. La historia de los siglos remotos ofrecia á su imaginacion viva sucesos notables, así prósperos como adversos; tronos ensangrentados, pasiones impetuosas y voraces, virtudes sublimes, crímenes y venganzas atroces, el sello de la grandeza en todo, y á veces el de la ferocidad.

Para lograr mejor el efecto de estas pinturas, era preciso separarlas del conjunto en que las habian puesto los antiguos poetas; y esto lo ha-

bian hecho ya los autores de los ditirambos y de las primeras tragedias; pero no habian cuidado de aproximarlas á nosotros. Como mueven infinitamente mas las desgracias de que somos testigos que las que se nos refieren, Esquiles empleó todos los recursos de la representacion teatral para poner á nuestros ojos el tiempo y lugar de la escena, y entonces se convirtió en realidad la ilusion.

Introdujo un segundo actor en sus primeras tragedias, y mas adelante, á imitacion de Sófocles, que acababa de entrar en la carrera del teatro, añadió un tercero, y á veces un cuarto, con cuya multiplicidad de personages, uno de los actores era el heroe de la pieza, y el que excitaba el principal interes; y como de esta manera el oficio del coro quedaba de subalterno, tuvo Esquiles la precaucion de abreviar su papel, y quizá no tanto como debiera.

Se le censura de haber admitido personages mudos. Aquiles despues de la muerte de su amigo, y Niobé despues de la de sus hijos, andan paso á paso por el teatro, y durante muchas escenas están inmóviles, cubierta la cabeza, y mudos; pero si hubiera puesto lágrimas en sus ojos, y lamentos en su boca, ¿hubiera producido un efecto tan terrible como con aquel velo, aquel silencio y aquel abandonarlos al dolor?

En algunas piezas suyas es muy larga la exposicion del argumento; en otras no es bastante clara; y aunque por lo comun peca contra las reglas que se han establecido despues, las traslució casi todas.

Se puede decir de Esquiles lo que él mismo dice del heroe Hipomedon : « el espanto marcha « delante de él con la cabeza levantada hasta los « cielos. » En todo inspira un terror profundo y saludable; porque no agobia nuestra alma con conmociones violentas, sino para enervarla luego con la idea que le da de su fuerza. Sus heroes quieren mas que los mate un rayo, que cometer una bajeza; y su valor es mas inflexible que la ley fatal de la necesidad. Sin embargo de eso, sabia poner límites á los sentimientos que tanto deseaba excitar; y así huia siempre de ensangrentar la escena, porque sus pinturas habian de ser espantosas, sin ser horribles.

Rara vez hace Esquiles correr lágrimas, y excita compasion; ya sea porque la naturaleza le negase aquella dulce sensibilidad que necesita comunicarse á los demas, ya mas bien porque temiese hacerlos débiles. Nunca hubiera puesto sobre la escena Fedras y Estenobeas; nunca ha pintado las dulzuras y furores del amor; pues no veia en los accesos de esta pasion mas que debilidades ó crímenes de peligroso ejemplo para las costumbres, y aspiraba á que todos se vie-

sen precisados á estimar á los que se ven precisados á compadecer.

Continuemos siguiendo los pasos inmensos que Esquiles dió en la carrera. Examinemos la manera con que trató las diferentes partes de la tragedia, es decir, la fábula, las costumbres, la sentencia, la locucion, el aparato y la música.

Los planes de Esquiles son sencillísimos. Descuidaba, ó no conocia el arte de salvar las inverosimilitudes, de enredar y desenredar una accion, de ligar estrechamente sus partes, de acelerarla ó suspenderla con conocimientos ú otros accidentes imprevistos: algunas veces no interesa sino por la narracion de los hechos, y por la viveza del diálogo; otras solamente por el vigor del estilo, ó por el terror del espectáculo. Parece que miraba como esencial la unidad de accion y de tiempo, y como menos necesaria la de lugar.

El coro, en sus tragedias, no está ceñido á cantar himnos, sino que forma parte del todo; es el apoyo del desgraciado, el consejo de los reyes, el terror de los tiranos, y el confidente de todos, y aun algunas veces tiene parte en toda la accion. Esto es lo que los sucesores de Esquiles hubieran debido practicar mas á menudo, y lo que él mismo no hizo siempre.

El caracter y costumbres de las personas tie-

nen conveniencia, y rara vez se desmienten. Ordinariamente toma sus modelos en los tiempos heroicos, y los sostiene en la elevacion en que Homero habia puesto los suyos: gusta de pintar almas vigorosas, francas, superiores al temor, amantes de la patria, insaciables de gloria y de combates, mas grandes que las del dia, y cuales queria formarlas para defensa de la Grecia, porque escribia en tiempo de la guerra de los Persas.

Como su objeto es mas bien el terror que la compasion, lejos de suavizar algunos caracteres, busca el modo de hacerlos mas feroces, pero sin perjudicar al interes teatral. Clitemnestra, despues de haber degollado á su esposo, refiere su crimen con cierta mofa amarga, y con la intrepidez de un malvado. Este delito seria horrible, si no fuera justo á sus ojos, si no fuera necesario, si, segun los principios recibidos en los tiempos heroicos, no debiera lavarse con sangre, la sangre vertida injustamente. Clitemnestra deja traslucir los zelos que tiene de Casandra, y su amor á Egisto; pero no son tan débiles motivos los que han guiado su brazo; sino la naturaleza, y los dioses la han obligado á vengarse. « Yo anuncio con valor lo que he hecho « sin horror, dice Clitemnestra al pueblo: no me « importa que lo aprobeis ó reprobeis. Veis « ahí á mi esposo sin vida; yo le maté: su san-

« gre ha saltado á mí; y la he recibido con la « misma ansia, que la tierra abrasada por el sol, « recibe el rocío del cielo. El habia sacrificado á « mi hija, y yo le he dado de puñaladas, ó por « decirlo mejor, no es Clitemnestra sino el de- « monio de Atreo, el demonio ordenador del « sangriento festin de este rey; él es, repito, « quien ha tomado mi forma, para vengar con « mas estruendo los hijos de Tiestes. »

Esta idea se hará mas palpable con la reflexion siguiente. En medio de los desórdenes y misterios de la naturaleza, nada hacia mas eco á Esquiles que el extraño destino del género humano, viendo en el hombre crímenes, de que es autor, y desgracias, de que es víctima; superior á él la venganza divina, y el hado ciego, aquella persiguiéndole cuando es culpable, y este cuando es dichoso. Esta es la doctrina que habia bebido en el trato con los sabios, la que ha sembrado en casi todas sus piezas, y que teniendo nuestras almas en un terror contínuo, les advierte continuamente que no se atraigan la ira de los dioses, y que se sometan á los golpes del hado. De aquí nace aquel alto desprecio que manifiesta de los bienes aparentes que nos deslumbran, y aquella vigorosa elocuencia con que insulta á los males de la fortuna: « ¡ó grandezas humanas, exclama Casandra con « indignacion; brillantes y vanas imágenes que

« puede oscurecer una sombra, y borrar una « gota de agua! la prosperidad del hombre me « causa mas lástima que sus desventuras. »

En su tiempo no se conocia en el género heroico otro estilo que el de la epopeya y el del ditirambo; y como estos se acomodaban á la elevacion de sus ideas y sentimientos, los trasladó Esquiles á la tragedia sin debilitarlos. Arrebatado por un entusiasmo, que no era dueño de refrenar, prodiga los epitetos, las metáforas, y todas las expresiones figuradas de los movimientos del alma; todo cuanto da peso, fuerza y magnificencia al lenguage, y todo lo que puede animar y darle expresion. Bajo su pincel vigoroso, las narraciones, los pensamientos, las máximas se truecan en imágenes que sorprenden por su belleza ó por su singularidad. En aquella tragedia que se podria llamar con razon el parto de Marte, dice un correo que Eteocle habia enviado al encuentro de los ejércitos argivos: « rey de los « Tebanos, el enemigo se acerca; yo le he visto: « creed lo que os digo. »

« Sobre un negro broquel siete inhumanos
« Gefes con mil horrendos juramentos
« A los dioses asustan. Cabe un toro,
« Que acaban de matar, tintas las manos
« En su cálida sangre, fieros juran
« Venganza, por el Miedo y el dios Marte,
« Y por Belona misma. »

De un hombre, cuya prudencia era consumada, dice así: « siega aquellas sábias y prudentes reso-« luciones que germinan en los surcos profundos « de su alma*. » Y en otra parte: « la inteligencia « que me anima, ha bajado del cielo á la tierra, y « me dice sin cesar: no concedas mas que una li-« gera estimacion á lo que es mortal. » Para advertir á los pueblos libres que velen desde luego sobre la conducta de un ciudadano peligroso por sus talentos y riquezas, les dice: « guardaos de « criar un leoncillo, de contemplarle cuando te-« me todavía, y de resistirle cuando ya no teme « á nada. »

Al traves de estas centellas luminosas, reina en algunas de sus obras cierta oscuridad, procedente no solo de su extremada concision, y de las figuras atrevidas, sino tambien de los términos nuevos con que afecta enriquecer ó erizar su estilo. Esquiles no queria que sus heroes se expresasen como el comun de los hombres; sino que debia ser su elocucion superior al lenguage; y muchas veces es superior al lenguage conocido. Para dar nervio á la diccion, se levantan del medio de la frase palabras voluminosas, y duramente construidas de los escombros de algunas otras, al modo de esas soberbias torres, que

* El Escoliador observa que Platon usa la misma expresion en un pasage de su república.

dominan los muros de una ciudad. Me valgo de la comparacion de Aristófanes.

La elocuencia de Esquiles era muy fuerte para sujetarla á los adornos de la elegancia, de la armonía y de la correccion; su vuelo muy alto y atrevido para no exponerle á extravíos y caidas. En lo general es un estilo noble y sublime; en algunas partes grande hasta el exceso, y pomposo hasta la hinchazon; algunas veces desfigurado y chocante por las comparaciones bajas, por los juegos pueriles de palabras, y otros defectos, que son comunes á este autor, y á los que tienen mas ingenio que gusto; pero á pesar de estos defectos; merece un lugar distinguido entre los mas célebres poetas de la Grecia.

No era bastante que el tono grave de sus tragedias dejase en las almas una impresion fuerte de grandeza, sino que para impeler á la muchedumbre, era preciso que todas las partes del aparato concurriesen á producir el mismo efecto. Entonces estaban todos persuadidos á que dando la naturaleza á los antiguos heroes una gran estatura, les habia grabado en la frente cierta magestad, que atraia el respeto de los pueblos tanto como la pompa que los rodeaba. Esquiles dió altura á sus actores con coturnos muy altos; les cubrió el semblante, disforme por lo comun, con una máscara que ocultaba su irre-

gularidad, y les dió vestíduras largas y magníficas, de tan decente forma, que los sacerdotes de Ceres no se han avergonzado de adoptarlas. Los personages subalternos tenian tambien máscaras y vestidos adecuados á sus papeles.

En lugar de unos miserables tablados que se hacian antes precipitadamente; logró que le hiciesen un teatro provisto de máquinas, y adornado con decoraciones, en donde hizo que resonase el sonido de la trompeta, y donde se vió humear el incienso sobre los altares, salir de los sepulcros las sombras, y las Furias de lo profundo del Tártaro. En una de sus piezas parecieron por la primera vez estas divinidades infernales con máscaras en que estaba pintada la palidez, con hachas encendidas en las manos, con culebras enroscadas en los cabellos, con un séquito numeroso de espectros horribles. Se dice que su aspecto y sus ahullidos causaron tal terror en los espectadores, que malparieron algunas mugeres, y murieron varios niños; y que los magistrados, para precaver semejantes desgracias, mandaron que en adelante el coro se compusiese solamente de quince actores en lugar de cincuenta.

Los espectadores, asombrados con la ilusion que les hacian tantos objetos nuevos, no lo estaban menos de la perfeccion con que representaban los actores. Esquiles los ensayaba casi

siempre por sí mismo: arreglaba sus pasos, y les enseñaba á hacer la accion mas sensible con gestos nuevos y expresivos; pero mas que todo les instruia su ejemplo, pues representaba con ellos en sus piezas. Para adiestrarlos solia asociarse un habil maestro de coro, llamado Telestes, quien habia perfeccionado el arte del gesto. En la representacion de *los Siete Gefes delante de Tebas*, fué la accion tan expresiva, que hubiera podido suplir por las palabras.

Dijimos que Esquiles habia trasladado á la tragedia el estilo de la epopeya y del ditirambo: tambien hizo pasar á ella las modulaciones elevadas, y el ritmo impetuoso de ciertas composiciones ó *nomos*, destinados á excitar el valor; pero no adoptó las innovaciones que empezaban á introducirse y á desfigurar la antigua música. Su canto está lleno de nobleza y decencia, sin salir del género diatónico, el mas sencillo y natural de todos.

Acusado falsamente de haber descubierto en una de sus piezas los misterios de Eleusis, logró, aunque con trabajo, librarse del furor de un pueblo fanático. Sin embargo, perdonó esta injusticia á los Atenienses, porque solamente habia corrido peligro su vida; mas cuando vió que coronaban las piezas de sus rivales con preferencia á las suyas, dijo: el tiempo pondrá las mias en su lugar; y habiendo abandonado su

patria, se fué á Sicilia, donde el rey Hieron le colmó de beneficios y honores. Murió de allí á poco á los setenta años de edad, poco mas ó menos *; y se grabó en su sepulcro este epitafio, que habia compuesto él mismo: « aquí yace Es-« quiles, hijo de Euforion; nació en la Atica, y « murió en el fertil pais de Gela: los Persas y « el bosque de Maraton serán para siempre tes-« tigos de su valor. » Parece que disgustado en este momento de la gloria literaria, no conoció otra mas brillante que la de las armas. Los Atenienses decretaron honores á su memoria, y mas de una vez los autores que se dedican al teatro, han ido á hacer libaciones sobre su sepulcro, y á declamar sus obras en torno de este monumento fúnebre.

Me he dilatado sobre el mérito de este poeta, porque sus innovaciones casi todas han sido descubrimientos, y porque era mas dificil, atendidos los modelos que tenia delante, elevar la tragedia al punto de grandeza en que él la dejó, que perfeccionarla despues.

Los progresos del arte fueron en extremo rápidos. Esquiles habia nacido algunos años despues que Tespis dió su *Alcestes* **; y tuvo por

* El año 436 antes de J. C.

** Tespis dió su *Alcestes* el año 536 antes de J. C. Esquiles nació el año 525 antes de la misma era; y Sófocles hácia el año 496.

contemporaneos y rivales á Quérilo, Prátinas, Frínico, cuya gloria oscureció; y á Sófocles, que le disputó la suya.

Nació Sófocles de una familia honrada de Atenas el año tercero de la olimpiada setenta, cerca de veinte y siete años despues del nacimiento de Esquiles, y unos trece antes del de Eurípides.

No diré que despues de la batalla de Salamina, puesto al frente de un coro de jóvenes que al rededor de un trofeo, entonaban cantos de victoria, atrajo las miradas de todos por la gallardía de su persona, y todos los votos por los sonidos de su lira; que en diferentes ocasiones se le confiaron empleos importantes, ya civiles, ya militares *; que acusado en la edad de ochenta años por un hijo ingrato, de que no estaba ya en disposicion de gobernar su casa, se contentó con leer en la audiencia el *Edipo en Colona*, que acababa de componer entonces; que los jueces indignados, le conservaron sus derechos, y todos los circunstantes le condujeron en triunfo á su casa; que murió á los noventa y un años, despues de haber gozado de una gloria, cuyo lustre se aumenta cada dia; pues es-

* Mandó el ejército con Pericles. Esto no prueba sus talentos militares, sino que fué uno de los diez generales elegidos por suerte todos los años.

las circunstancias honrosas no le honrarian bastante; pero diré que lo apacible de su índole y las gracias de su ingenio le grangearon muchos amigos que conservó toda su vida; que se resistió sin vanidad, y sin sentimiento á la solicitud con que los reyes querian llevarle al lado de ellos; que si en la edad de los placeres, le extravió el amor alguna vez, lejos de calumniar la vejez, se felicitó de sus pérdidas, como un esclavo que queda exento de sufrir los caprichos de un tirano feroz; que en la muerte de Eurípides su émulo, que acaeció poco antes de la suya, se presentó vestido de luto, participó del dolor de los Atenienses, y no permitió que en una pieza que daba, se pusiesen coronas sus actores.

Al principio se aplicó Sófocles á la poesía lírica, pero su ingenio le puso muy pronto en otro camino mas glorioso, y su primer ensayo le fijó en él para siempre. A la edad de veinte y ocho años, concurrió con Esquiles, que estaba en posesion del teatro; y acabada la representacion no pudo el primero de los arcontes, que presidia á los juegos, sacar por suerte los jueces que debian votar la corona; porque los espectadores estaban discordes y clamoreando; y como se aumentase el clamoreo por momentos, los diez generales de la república, al frente de los cuales se hallaba Cimon, quien por sus vic-

torias y liberalidades habia llegado á la cumbre de la gloria y estimacion, subieron al teatro, y se acercaron al altar de Baco, para hacer las libaciones de uso antes de retirarse. La presencia de ellos, y la ceremonia que acababan de hacer, suspendieron el tumulto, y habiéndolos elegido el arconte, para nombrar el vencedor, les hizo sentar despues de haberles exigido el juramento. Declaróse la pluralidad de votos en favor de Sófocles, y su concurrente, sentido por esta preferencia, se retiró algun tiempo despues á Sicilia.

Un triunfo como este debia asegurar para siempre á Sófocles el imperio del teatro; pero Eurípides habia sido testigo de él, y esta memoria le atormentaba en una edad en que todavía tomaba lecciones de elocuencia de Pródico, y de filosofía de Anaxágoras. A la edad de diez y ocho años entró en la carrera, y se le vió en ella á la par de Sófocles, como dos insignes competidores, que aspiran con ardor igual á la victoria.

Aunque era de ingenio muy ameno, gastaba ordinariamente cierta severidad, que alejaba de su semblante las gracias de la sonrisa, y los brillantes colores de la alegría; hábito, que habia contraido, como Pericles, en el trato con Anaxágoras su maestro. Las burlas le indignaban, y así dice en una de sus piezas: « aborrezco á

« esos hombres inútiles, que no tienen otro mé-
« rito que el de divertirse á costa de los sabios
« que los desprecian. » Aludia principalmente á los autores de comedias, quienes por su parte procuraban desacreditar sus costumbres, como desacreditaban las de los filósofos. Para responder, hubiera bastado observar que Eurípides era amigo de Sócrates, quien nunca asistia á los espectáculos, sino cuando se daba alguna pieza de este poeta.

Eurípides habia sacado á la escena princesas amancilladas de crímenes, y con esta ocasion se habia desencadenado mas de una vez contra las mugeres en general. Algunos procuraban incitarlas contra él, diciendo unos que las aborrecia, y otros mas ilustrados, que las amaba mucho. « Las detesta, decia uno un dia. — Sí, res-
« pondió Sófocles, pero es en sus tragedias. »

Varias razones le obligaron al fin de sus dias á retirarse á la corte de Arquelao, rey de Macedonia. Este príncipe reunia en ella á cuantos sobresalian en ciencias y artes. Eurípides halló allí á Zeuxis, á Timoteo; el primero de los cuales habia hecho una revolucion en la pintura, y el segundo en la música; halló al poeta Agaton su amigo, uno de los mayores hombres de bien, y el mas amable de su tiempo. Este es el que decia á Arquelao : « tres cosas debe tener pre-
« sentes un rey : que gobierna á hombres; que

« debe gobernar segun las leyes, y que no los ha « de gobernar siempre. » No se explicaba Eurípides con menos libertad; y tenia derecho para hacerlo, pues no solicitaba gracia alguna. Un dia en que el uso permitia ofrecer al soberano algunos cortos presentes, como un homenage de adhesion y de respeto, no se presentó con los cortesanos y aduladores que se atropellaban para cumplir este deber; habiéndole reconvenido amistosamente Arquelao, respondió Eurípides: « cuando el pobre da, pide. »

Algunos años despues murió á la edad de unos setenta y seis años. Los Atenienses enviaron diputados á Macedonia á pedir su cuerpo para trasladarlo á Atenas; pero Arquelao que ya habia dado señales públicas de su dolor, no dió oidos á esta peticion, mirando como honor de sus Estados, el conservar los restos de un hombre grande; y así mandó levantarle un sepulcro magnífico cerca de la capital, á las márgenes de un riachuelo de aguas tan puras, que convida al caminante á detenerse, y en consecuencia á contemplar el monumento que se le presenta. Al mismo tiempo los Atenienses le erigieron un cenotafio cerca del camino que va desde la ciudad á Pireo; y ahora pronuncian su nombre con respeto, y algunas veces con regocijo. En Salamina, lugar de su nacimiento, me llevaron con instancia á una gruta, en donde se pretende

que compuso la mayor parte de sus piezas: del mismo modo los habitantes del lugar de Colona me enseñaron mas de una vez la casa en que Sófocles habia pasado una parte de su vida.

Casi á un mismo tiempo perdió Atenas estos dos célebres poetas; y apenas habian cerrado los ojos, cuando Aristófanes en una pieza, representada con aceptacion, fingió que descontento Baco de las malas tragedias que se representaban en sus fiestas, habia bajado á los infiernos á traer á Eurípides, y que cuando llegó, halló la corte de Pluton llena de disensiones. La causa era honrosa para la poesía. Cerca del trono de este dios habia otros muchos, en donde estaban sentados los primeros poetas en los géneros nobles y sublimes; pero tenian que ceder cuando se presentaban hombres de un talento superior. Esquiles ocupaba el de la tragedia. Eurípides queria apoderarse de él, y se pasa á examinar los títulos de ambos: el último tiene en su favor una muchedumbre de gentes groseras y sin gusto, seducidas por los falsos ornatos de la elocuencia. Sófocles se declara por Esquiles, dispuesto á reconocerle por su maestro si sale vencedor, y á disputar la corona á Eurípides si vence este. En esto llegan á las manos los concurrentes, y usando ambos de los tiros de la sátira, ensalzan el mérito de sus piezas, y deprimen las de su rival. Baco debe decidir;

y aunque indeciso por mucho tiempo, al fin se declara en favor de Esquiles, quien antes de salir de los infiernos, pide con instancia que Sófocles ocupe su lugar, durante su ausencia.

A pesar de la manía y odio de Aristófanes contra Eurípides, su decision señalando el primer lugar á Esquiles, el segundo á Sófocles, y el tercero á Eurípides, era entonces conforme á la opinion de la mayor parte de los Atenienses. Sin aprobarla ni reprobarla, voy á referir las mudanzas que los dos últimos hicieron en la obra del primero.

Dije mas arriba que Sófocles introdujo en sus piezas un tercer actor; y no debo insistir sobre las nuevas decoraciones con que enriqueció la escena, como tampoco sobre los nuevos atributos, que puso en manos de algunos de sus personages. Censuraba tres defectos en Esquiles: la excesiva elevacion de sus ideas, la apariencia gigantesca de la elocucion, y la disposicion violenta de los planes; y se lisonjeaba de haber evitado estos defectos.

Si los modelos que se nos presentan en el teatro se hallasen á una elevacion grande, sus desgracias no podrian enternécernos, ni sus ejemplos instruirnos. Los heroes de Sófocles están á la distancia precisa á que pueden llegar nuestra admiracion é interes: como están superiores á nosotros, sin estar lejos de nosotros, todo cuan-

toles toca no nos es ni demasiado extraño, ni demasiado familiar; y como en los reveses mas terribles, conservan debilidad, resulta un patético sublime que caracteriza especialmente á este poeta.

Respeta tanto los límites de la verdadera grandeza, que por no pasarlos, suele algunas veces quedarse corto. En medio de una carrera rápida, en el momento en que va á abrasarlo todo, se le ve de improviso pararse y extinguirse; pudiendo decirse que prefiere el decaer á extraviarse. No era á propósito para insistir en las debilidades del corazon humano, ni en los crímenes viles; antes necesitaba almas fuertes, sensibles, y por lo mismo interesantes; almas conmovidas por la desgracia, sin que esta las agobiase ni engriese.

Reduciendo Sófocles el heroismo á su justa medida, bajó el tono de la tragedia, y desterró aquellas expresiones que dictaba á Esquiles una imaginacion fogosa, y llenaban de espanto á los espectadores: su estilo, como el de Homero, está lleno de vigor, de magnificencia, de nobleza, y de dulzura; hasta en la pintura de las mas violentas pasiones, se acomoda felizmente á la dignidad de los personages.

Esquiles pinta los hombres mas grandes de lo que pueden ser; Sófocles como deben ser; y Eurípides como son. Los dos primeros no usaron de las pasiones y situaciones que el tercero juz-

gó capaces de grandes efectos, representando, ya princesas excesivamente enamoradas, que no respiran mas que adulterio y delitos, y ya reyes degradados por la adversidad, hasta el punto de ir vestidos de andrajos, y alargar la mano como los mendigos. Estas pinturas, en que no se veian vestigios de la mano de Esquiles ni de la de Sófocles, sublevaron desde luego los ánimos, oyéndose decir, que por ningun pretexto se debia amancillar el caracter ni la clase de los heroes de la escena; y que era vergonzoso diseñar con arte imágenes vergonzosas, y peligroso dar á los vicios la autoridad de los grandes ejemplos.

Pero habian pasado ya aquellos tiempos en que las leyes de la Grecia imponian pena á los artistas que no desempeñaban sus asuntos con cierta decencia: las almas se iban enervando, y cada dia se ensanchaban mas los límites de la propiedad: la mayor parte de los Atenienses, no tanto notaron el trastorno que las piezas de Eurípides causaban en las ideas recibidas, como se dejaron llevar de los afectos con que supo animarlas; porque este poeta, habil en manejar todos los afectos del alma, es admirable cuando pinta los furores del amor, ó excita los movimientos de compasion; en estos casos es cuando, excediéndose á sí mismo, llega algunas veces á aquel sublime á que parece no haberle

destinado la naturaleza. Los Atenienses se lastimaron de la suerte de Fedra culpada: lloraron la del desgraciado Telefo, y el autor quedó en buen lugar.

Mientras acusaban á Eurípides de debilitar la tragedia, él se proponia convertirla en una escuela de sabiduría; y así es que en sus escritos se halla el sistema de Anaxágoras, su maestro, sobre el origen de los seres, y los preceptos de aquella moral, cuyos principios aclaraba entonces Sócrates su amigo. Pero como los Atenienses habian tomado aficion á la elocuencia artificial que les habia enseñado Pródico, se dedicó principalmente á adularles los oidos; y de esta suerte los dogmas de la filosofía y los adornos de la retórica, se introdujeron en la tragedia, cuya innovacion sirvió tambien para distinguir á Eurípides de los que le habian precedido.

En las piezas de Esquiles y de Sófocles, las pasiones, solícitas de llegar á su término, no prodigan máximas, que detendrian su curso: el segundo tiene sobre todo la particularidad, de que corriendo, y casi sin advertirlo, con un solo rasgo pinta el caracter, y descubre los pensamientos de los personages que pone en la escena. Así es como en su *Antígona*, una palabra suelta que dice esta princesa, como por casualidad, da á conocer el amor que tiene al hijo de Creon.

Eurípides multiplicó las sentencias y las reflexiones; tomando por placer ó por deber el ostentar sus conocimientos, y usando á menudo de las formas oratorias; de donde nacen los diversos juicios que se han hecho de este autor, y el podérsele considerar bajo diversos aspectos. Como filósofo, tuvo muchos partidarios; y así es que los discípulos de Anaxágoras y los de Sócrates, á imitacion de sus maestros, se felicitaron de ver su doctrina aplaudida en el teatro; y si bien no perdonaron á su intérprete algunas expresiones demasiado favorables al despotismo, se declararon no obstante abiertamente por un escritor que inspiraba el amor á los deberes y á la virtud, y que adelantando sus miras, anunciaba en alta voz, que no se debia acusar á los dioses de tantas pasiones vergonzosas, sino á los hombres que se las atribuyen; y como insistia con vigor sobre los dogmas importantes de la moral, le pusieron en el número de los sabios, y siempre será mirado como el filósofo del teatro.

Su elocuencia, que á veces degenera en una vana abundancia de palabras, no le ha hecho menos célebre entre los oradores en general, y entre los del foro en particular; puesto que persuade con el calor de los afectos, y convence con la destreza en presentar las respuestas y las réplicas.

Las bellezas que los filósofos y oradores admi-

ran en sus escritos, son defectos reales á los ojos de sus censores; quienes defienden que tantas frases de retórica, tantas máximas amontonadas, digresiones científicas, y disputas ociosas resfrian el interes; y por esta parte hacen á Eurípides muy inferior á Sófocles, que no dice nada que sea inutil.

Esquiles conservó en su estilo las libertades del ditirambo, y Sófocles la magnificencia de la epopeya; pero Eurípides fijó el lenguage de la tragedia; y sin conservar casi ninguna expresion de las que estaban especialmente consagradas á la poesía, de tal modo supo elegir y emplear las del lenguage comun, que con su acertada combinacion parece que la debilidad del pensamiento desaparece, y se ennoblece la palabra mas comun. Tal es la ilusion de aquel estilo encantador, que con un justo temperamento entre la bajeza y la elevacion, casi siempre es elegante y claro, casi siempre armonioso, fluido, y tan flexible, que parece prestarse sin esfuerzos á todas las necesidades del alma.

No obstante esto, le costaba mucho hacer versos corrientes. Del mismo modo que Platon, Zeuxis, y todos los que aspiran á la perfeccion, juzgaba sus obras con la severidad de un rival, y las corregia con la ternura de un padre. En una ocasion, decia, « que tres versos le habian cos-« tado tres dias de trabajo. — En vuestro lugar

« hubiera hecho yo ciento, le respondió un poe-
« ta mediano. — Lo creo, le dijo Eurípides, pe-
« ro no hubieran durado mas de tres dias. »

Sófocles usó en sus coros de la armonía frigia, cuyo objeto es inspirar moderacion, y conviene al culto de los dioses. Eurípides, cómplice de las innovaciones què Timoteo introducia en la música antigua, adoptó casi todos los modos, y principalmente aquellos, cuya suavidad y blandura venian bien con el caracter de su poesía. Causó asombro el oir en el teatro sones afeminados, y algunas veces multiplicados en una sola sílaba; por lo que fué tenido el autor por un artista sin vigor, que no pudiendo elevarse hasta la tragedia, la hacia bajar hácia él; que con esto quitaba á todas las partes de que se compone, el peso y la gravedad que le convienen; y que haciendo composiciones cortas con palabras cortas, queria reemplazar la belleza con el adorno, y la fuerza con el artificio. « Hagamos can-
« tar á Eurípides, decia Aristófanes: que tome
« una lira, ó mas bien un par de conchas, pues
« este es el único acompañamiento que pueden
« téner sus versos. »

En el dia, nadie se atreveria á hacer esta critica; pero en tiempo de Aristófanes, acostumbrados muchos desde su infancia al tono respetuoso y lleno de magestad de la antigua tragedia, temian entregarse á la impresion de los

nuevos sonidos que oian. Por último las gracias han suavizado la severidad de las reglas, y han necesitado muy poco tiempo para triunfar.

En cuanto á la constitucion de las piezas, está generalmente reconocida la superioridad de Sófocles; y aun se podria demostrar que casi todas las leyes de la tragedia han sido extractadas de sus obras; pero como en materia de gusto, la analisis de una obra buena es casi siempre una obra mala, porque las bellezas prudentes y regulares, pierden una parte de su precio, bastará decir en general, que este autor no ha caido en las faltas esenciales que se notan en su rival.

Rara vez acierta Eurípides en la disposicion del argumento: unas veces peca contra la verosimilitud, y otras son violentos los incidentes; algunas su accion deja de ser un todo; el enredo y el desenredo casi siempre dejan algo que desear, y muchas veces los coros no tienen mas que una conexion indirecta con la accion.

Discurrió el declarar su asunto en un prólogo ó largo proemio, casi enteramente desunido de la pieza; en el cual es donde, por lo comun, viene uno de los actores á recordar friamente todos los acaecimientos anteriores y relativos á la accion; á contar su genealogía, ó la de uno de los principales personages: si es un dios, dice los motivos que le han hecho bajar del cielo; ó los que le han obligado á salir del sepulcro, si es

un mortal; y aquí es donde para darse á conocer á los espectadores, se contenta con declinar su nombre: *Yo soy la diosa Venus. Yo soy Mercurio, hijo de Maya. Yo soy Polidoro, hijo de Hécuba. Yo soy Jocasta. Yo soy Andrómaca.* Ved aquí como se explica Ifigenia, presentándose sola en el teatro: «Pélope, hijo de Tántalo, vino á Pisa, «y casó con la hija de Enomao, de quien nació «Atreo; de Atreo nacieron Menelao y Agame-«non; este último casó con la hija de Tindaro, «y de este himeneo nací yo Ifigenia *.» Tras esta genealogía, que Aristófanes ha trobado con mucha gracia en una de sus comedias, se dice la princesa á sí misma, que su padre la hizo venir á Aulide, con pretexto de casarla con Aquiles, pero en la realidad, para sacrificarla á Diana; y que habiendo esta diosa puesto en su lugar una cierva, la habia arrebatado repentinamente, y trasportádola á Táuride, donde reina Toas, llamado así por su agilidad, comparable á la de las aves **. En fin, despues de algunas otras me-

* El P. Brumoy, que quiere disculpar los defectos de los antiguos, empieza esta escena por estas palabras, que no están en Eurípides: «Desgraciada Ifigenia, ¿deberé yo recordar mis infor-«tunios?»

** Eurípides deriva el nombre Toas, de la palabra griega Θοὸς, que significa *ligero en la carrera*. Aun cuando esta etimología fuese tan verdadera como es falsa, es bien extraño hallarla en este lugar.

nudencias, acaba refiriendo un sueño que la ha atemorizado, y le presagia la muerte de su hermano Orestes.

En las piezas de Esquiles y de Sófocles hay un excelente artificio que aclara el argumento desde las primeras escenas; y aun parece que el mismo Eurípides tomó de ellos este secreto en su *Medea*, y en su *Ifigenia en Aulide*. Sin embargo, aunque faltó de arte en la mayor parte de esto, no le condenan algunos críticos hábiles.

Lo mas extraño es, que en algunos de sus prólogos, como para debilitar el interes que se propone inspirar, nos indica la mayor parte de los sucesos que han de excitar nuestra sorpresa; y lo que tambien nos debe maravillar es verle á veces dar á los esclavos el lenguage de los filósofos, y á los reyes el de los esclavos; y otras para adular al pueblo, divertirse á ciertas digresiones, de que hay un ejemplo notable en la pieza de *las Suplicantes*.

Teseo habia reunido el ejército ateniense, y para marchar contra Creon, rey de Tebas, esperaba la última resolucion de este príncipe. A este tiempo llega el heraldo de Creon, y pide hablar al rey de Atenas. «En vano le buscareis, «dice Teseo, porque esta ciudad es libre, y el «pueblo es el soberano.» Al oir estas palabras, el heraldo declama diez y siete versos contra la democracia; con lo cual se irrita Teseo, le trata

de hablador, y gasta veinte y siete versos en pintar los inconvenientes de la monarquía. Despues de esta disputa tan fuera de propósito, cumple el heraldo con su comision. Parece que Eurípides gustaba mas de ceder á su ingenio, que sujetarle, y pensaba mas en el interes de la filosofía que en el de su asunto.

En el capítulo siguiente descubriré otros defectos, entre ellos algunos que son tambien propios de Sófocles; bien que como no han oscurecido la gloria de ellos, se debe inferir que las bellezas que adornan sus obras, son de un orden superior. Es preciso tambien añadir en favor de Eurípides, que teniendo la mayor parte de sus piezas una catástrofe funesta, producen el mayor efecto, y hacen que se le tenga por el mas trágico de los poetas dramáticos.

El teatro era un grande estímulo para los talentos, ofreciéndoles abundantes laureles. Desde Esquiles hasta nuestros dias, en el espacio de cerca de siglo y medio, han ido muchos autores allanando ó hermoseando con afan los caminos que acababa de abrirse el ingenio; pero á sus producciones toca darlos á conocer á la posteridad; y yo citaré solamente algunos de aquellos que por sus aciertos ó por sus vanos esfuerzos, pueden dar luz á la historia del arte, é instruir á los que se dedican á él.

Frínico, discípulo de Tespis, y rival de Esqui-

les, introdujo en la escena el papel de muger. Cuando Temístocles estuvo encargado por su tribu de concurrir á la representacion de los juegos, presentó Frínico una de sus piezas; la que logró el premio, y se puso el nombre del poeta en un mismo marmol, junto con el del vencedor de los Persas. El éxito de su tragedia, intitulada: *La toma de Mileto,* fué muy raro; porque los espectadores vertieron lágrimas, y condenaron al autor á una multa de mil dracmas* por haber pintado con colores muy vivos los males que los Atenienses hubieran podido evitar.

Ion quedó tan ufano de ver coronada una de sus piezas, que regaló á todos los habitantes de Atenas uno de aquellos hermosos vasos de tierra cocida que se fabrican en la isla de Quio, su patria. Como escritor, se le puede censurar el no merecer ninguna censura; porque están tan pulidas sus obras, que la vista mas lince no encuentra en ellas mancha alguna. Sin embargo, todo lo que ha hecho, no vale tanto como el *Edipo* de Sófocles, porque, á pesar de sus esfuerzos, no llega mas que á la perfeccion de la medianía.

Agaton, amigo de Sócrates y de Eurípides, fué el primero que se aventuró á presentar

* Novecientas libras, (3,352 rs. vn.)

asuntos fingidos. Sus comedias están escritas con elegancia; y sus tragedias con la misma profusion de antítesis y ornatos simétricos, que los discursos del retórico Gorgias.

Filocles compuso muchas piezas, que no tienen otra singularidad que la de un estilo amargo, que le ha dado el sobrenombre de *la bilis*. Este escritor tan mediano, quedó vencedor de Sófocles, á juicio de los Atenienses, en un certamen en que este último habia presentado su *Edipo*, una de sus mejores piezas, y acaso la obra maestra del teatro griego. Sin duda llegará tiempo en que, por respeto de Sófocles, nadie se atreverá á decir que era superior á Filocles.

Astídamas, sobrino de este Filocles, fué todavía mas fecundo que su tio, y ganó el premio quince veces. Un hijo suyo, del mismo nombre, ha dado en mi tiempo muchas piezas; teniendo por competidores á Asclepiades, Afareo, hijo adoptivo de Isócrates, Teodecte y otros, que serian admirados, si no hubieran venido despues de hombres verdaderamente admirables.

Se me olvidaba Dionisio el viejo, rey de Siracusa; á quien ayudaron en la composicion de sus tragedias algunos hombres de ingenio, á cuyo auxilio debió la victoria que alcanzó en este género de literatura. Ufano con sus producciones, solicitaba la aprobacion de todos los que le rodeaban con la bajeza y crueldad de un

tirano. Un dia suplicó á Filóxenes que le corrigiese una pieza que acababa de concluir, y habiéndola rayado este poeta desde el principio hasta el fin, le condenó á las canteras. Al dia siguiente le hizo salir Dionisio, y le admitió á su mesa. Habiendo recitado algunos de sus versos despues de comer, dijo: y bien Filóxenes, ¿qué te parece? El poeta sin responderle, dijo á los satélites: « que me vuelvan á llevar á las canteras. »

Esquiles, Sófocles y Eurípides están y estarán siempre al frente de los que han ilustrado el teatro griego. ¿De qué dimana pues, que habiendo presentado al concurso tanto número de piezas, el primero no fuese coronado sino trece veces, el segundo diez y ocho, y el tercero cinco *? De que la muchedumbre era la que decidia de la victoria, y el público es quien ha señalado despues el lugar de cada uno. La muchedumbre seguia el partido de las pasiones de sus protectores, y defendia los intereses de sus favoritos: de aquí tantas intrigas, violencias é injusticias

* Esquiles, segun unos, compuso setenta tragedias, y segun otros noventa. El autor anónimo de la vida de Sófocles le atribuye ciento y trece: Suidas ciento veinte y tres; y otros mas: Samuel Petit, solamente le da sesenta y seis. Segun varios autores, Eurípides compuso setenta y cinco ó noventa y dos; parece que es mas cierto el primer número. Tambien hay diferencia sobre el número de premios que ganaron.

como se veian en el momento de la decision. Por otro lado, el público, es decir, la mas sana parte de la nacion, se dejó deslumbrar algunas veces con ciertas bellezas ligeras, esparcidas en obras medianas; pero no tardó en poner los grandes ingenios en su lugar, luego que las vanas tentativas de sus rivales y sucesores le dieron á conocer la superioridad de aquellos.

Aunque la comedia tenga el mismo origen que la tragedia, su historia menos conocida, indica ciertas revoluciones de que ignoramos las circunstancias, y ciertos descubrimientos, cuyos autores nos oculta.

Nacida en las aldeas de la Atica hácia la olimpiada cincuenta *, acomodada á las costumbres rudas de los habitantes del campo, no se atrevia á acercarse á la capital; y si por casualidad algunas compañías de representantes independientes, se introducian en ella á representar sus farsas indecentes, era mas bien por tolerancia, que por autorizacion del gobierno. Al cabo de muy larga infancia, adquirió repentinamente su incremento en Sicilia. En lugar de un amontonamiento de escenas sin orden ni trabazon, el filósofo Epicarmo formó una accion, enlazó sus partes, le dió una justa extension, y la llevó á su solucion, sin salirse de su argumento. Las

* Hácia el año 580 antes de J. C.

piezas de este autor, sujetas á las mismas leyes que la tragedia, llegaron al conocimiento de la Grecia, donde sirvieron de modelo; y la comedia disfrutó desde entonces juntamente con su rival, de los aplausos del público, y del homenage debido á los talentos. Los Atenienses principalmente la recibieron con el alborozo que hubiera causado la noticia de una victoria.

Muchos de ellos se dedicaron á este género, y sus nombres adornan la lista numerosa de los que desde Epicarmo hasta nuestros dias han sobresalido en él. Tales fueron entre los mas antiguos Magnes, Cratino, Crates, Ferécrates, Eúpolis y Aristófanes, que falleció como treinta años antes de mi llegada á la Grecia. Todos ellos vivieron en el siglo de Pericles.

Las gracias mordaces dieron al principio á Magnes mucho crédito; pero despues usó de mas prudencia y moderacion, con lo que no gustaron sus piezas.

Cratino fué mas atinado en la disposicion de la fábula, que en la pintura de los vicios; tan amargo como Arquíloco, tan enérgico como Esquiles, acometió á los particulares sin miramiento y sin piedad.

Crates sobresalió por lo gracioso de sus dichos, y Ferécrates por la finura de los suyos: ambos tuvieron acierto en la parte de la invencion, y se abstuvieron de personalidades.

Eúpolis volvió al estilo de Cratino, pero con mas elevacion y amenidad que él. Aristófanes, con menos hiel que Cratino, y menos adornos que Eúpolis, templó muchas veces la amargura del uno con las gracias del otro.

Si hubiéramos de juzgar por los títulos de las piezas que nos han quedado de aquel tiempo, seria dificil comprender la idea que entonces tenian de la comedia. Algunos de estos títulos eran: *Prometeo, Triptolemo, Baco, las Bacantes, el falso Hércules, las bodas de Hebé, las Danaidas, Niobé, Anfiarao, el naufragio de Ulises, la Edad de oro, los Hombres salvages, el Cielo, las Estaciones, la Tierra y el Mar, las Cigüeñas, las Aves, las Abejas, las Ranas, los Nublados, las Cabras, las Leyes, los Pintores, los Pitagóricos, los Desertores, los Amigos, los Aduladores, los Afeminados.*

La lectura de estas piezas prueba claramente, que el único objeto de sus autores, fué agradar á la muchedumbre; á cuyo efecto les parecieron indiferentes todos los medios, y emplearon alternativamente la parodia, la alegoría y la sátira, ayudadas de las imágenes mas obscenas, y de las expresiones mas groseras.

Estos autores tomaron los mismos argumentos que los poetas trágicos; pero dándoles distintos colores. Así es que se lloraba en la *Niobé* de Eurípides, y se reia en la de Aristófanes; trobaron los dioses y los heroes; y el ridículo nació del

contraste entre su desfiguramiento con su dignidad; varias piezas tenian el título de Baco y de Hércules; y parodiando el caracter de ellos, se tomaban la libertad de exponer á la risa pública la excesiva haraganería del primero, y la enorme voracidad del segundo. Para saciar la hambre del último, describe menudamente Epicarmo, y hace servirle á la mesa todas las especies de peces y mariscos conocidos en su tiempo.

La misma intencion de burlarse se descubria en los asuntos alegóricos, tales como la edad de oro, cuyas ventajas se ensalzaban. Este siglo dichoso, decian unos, no necesitaba de esclavos ni de trabajadores; los rios llevaban un caldo sabrosísimo y nutritivo; caian del cielo torrentes de vino en forma de lluvia; sentado el hombre á la sombra de los árboles cargados de frutos, veia los pájaros, asados y sazonados, volar al rededor de él, suplicándole que los recibiese en su estómago. Volverá aquel tiempo, decia otro, en que yo mandaré á la mesa que se ponga por sí misma; á la botella que me eche vino; al pez medio asado, que se vuelva del otro lado, y se unte con algunas gotas de aceite.

Esta clase de imágenes se dirigia á aquellos ciudadanos, que no pudiendo gozar de las comodidades de la vida, se complacen en suponer, que no siempre carecieron de ellas, ni carece-

rán para siempre. Así es que por complacer á los mismos, los mas célebres autores ponian á veces á sus actores, vestidos, gestos y expresiones deshonestas, y otras ponian en su boca injurias atroces contra los particulares.

Hemos visto que algunos tratando un asunto en toda su generalidad, se abstuvieron de toda injuria personal; pero otros fueron tan pérfidos, que confundieron los defectos con los vicios, y el mérito con el ridículo; y haciendo de espías en la sociedad, y de delatores en el teatro, expusieron á los que tenian mas reputacion á la malignidad de la multitud, y á los que tenian bienes, bien ó mal habidos, á su envidia. No habia ciudadano, por elevado ni por despreciable que fuese, que estuviera libre de los tiros de ellos: á veces lo señalaban valiéndose de alusiones fáciles de aplicar, y las mas veces por su propio nombre, y por las facciones del rostro, figuradas en la máscara del actor. Tenemos una pieza, en que Timocreon ridiculiza á un tiempo á Temístocles y Simónides, y nos quedan muchas contra un fabricante de lámparas, llamado Hipérbolo, quien por sus intrigas habia llegado á ocupar las magistraturas.

Los autores de estas sátiras recurrian á la impostura para satisfacer su odio, y á las injurias sucias, para satisfacer al populacho. Con el veneno en la mano, recorrian todas las clases de

ciudadanos, y lo interior de las casas, á fin de exponer á la vista de todos, los horrores que el tiempo no habia manifestado. Otras veces se declaraban contra los filósofos, contra los poetas trágicos, y aun contra sus propios rivales.

Como los filósofos no respondian á estos insultos sino con el mas alto desprecio, trató la comedia de hacerlos sospechosos al gobierno, y ridículos á los ojos de la multitud. Así es como en la persona de Sócrates, fué inmolada la virtud sobre el teatro mas de una vez, y como Aristófanes en una de sus piezas tomó el partido de parodiar el plan de una república perfecta, cual la habian concebido Protágoras y Platon.

Al mismo tiempo, la comedia citaba á su tribunal á cuantos dedicaban su talento á la tragedia, ya descubriendo con acrimonia los defectos de sus personas ó de sus obras, ya parodiando con mordacidad sus versos, sus pensamientos y afectos. Eurípides fué perseguido toda su vida por Aristófanes: los mismos espectadores coronaron las piezas del primero, y la crítica que hace de ellas el segundo.

Ultimamente, la envidia se manifestaba mas entre los que seguian la misma carrera. Aristófanes habia echado en cara á Cratino, su aficion al vino, la debilidad del ingenio y demas achaques anexos á la vejez; y Cratino, para vengarse, descubrió los plagios de su contrario, acu-

sándole de haberse adornado con los despojos de Eúpolis.

En medio de tantos combates vergonzosos para las letras, Cratino concibió, y Aristófanes ejecutó el proyecto de extender el dominio de la comedia. Acusado este último por Creon de usurpar el título de ciudadano, trajo en su defensa dos versos que Homero puso en boca de Telémaco, y los trobó así:

Yo soy hijo de Filipo,
Segun lo dice mi madre,
Por mi parte nada sé.
¿Quién sabe quien es mi padre?

Con esto logró conservarse en su clase; pero respirando venganza. Animado del valor de Hércules, como dice él mismo, compuso contra Creon una pieza llena de hiel y de ultrajes, y no encontrando artista que quisiese hacer la máscara de un hombre tan temible, ni actor alguno que se encargase de este papel, tuvo que salir el mismo poeta á las tablas con la cara embarrada, y disfrutó el placer de ver la muchedumbre aplaudir con alborozo los tiros sangrientos que disparaba contra un gefe adorado por ella, y las injurias picantes que se atrevió á proferir contra ella misma.

Este triunfo le dió atrevimiento para tratar en

alegorías de los asuntos mas importantes de la república; y así unas veces manifestaba la necesidad de terminar una guerra larga y ruinosa; otras alzaba la voz contra la relajacion de los gefes, contra las disensiones del senado, ó contra la ineptitud del pueblo en sus elecciones y deliberaciones. Ayudaban á sus intentos dos actores excelentes, llamados Calistrato, y Filónides: en viendo el primero, ya se conocia que la pieza trataba de vicios particulares; y en presentándose el segundo, que censuraba los del gobierno.

La parte sana de la nacion se quejaba de los atentados de la comedia, y estas quejas solian producir su efecto. Al fin salió un decreto prohibiendo la representacion de la comedia: despues salió otro prohibiendo nombrar personas; y en el tercero se prohibió insultar á los magistrados. Pero estos decretos se revocaban ó se olvidaban luego, por parecer contrarios á la naturaleza del gobierno; ademas que el pueblo no podia pasar sin un espectáculo que ostentaba contra los objetos de su envidia, todas las injurias y obscenidades de la lengua.

En los últimos tiempos de la guerra del Peloponeso, se apoderó del gobierno un corto número de ciudadanos, quienes lo primero que hicieron fué reprimir la licencia de los poetas, permitiendo á la persona agraviada el deman-

darlos en justicia. El terror que inspiraron estos hombres poderosos, produjo en la comedia una revolucion repentina. Desapareció el coro, porque atemorizados los ricos, no quisieron encargarse de formarle y mantenerle: no se oyeron sátiras directas contra los particulares, ni invectivas contra los gefes del Estado, ni tuvieron retratos en las máscaras. El mismo Aristófanes se sujetó á la reforma en sus últimas piezas, y los que le siguieron despues, como Eúbulo, Antífanes, y otros muchos, respetaron las leyes de la decencia. La desgracia de Anaxándrides les enseñó á no separarse de ellas; pues habiendo parodiado estas palabras de una pieza de Eurípides: *la naturaleza da sus órdenes, y hace poco caso de nuestras leyes*, sustituyendo la palabra *ciudad*, á la de *naturaleza*, fué condenado á morir de hambre.

Este es el estado en que se hallaba la comedia durante mi mansion en Grecia. Algunos continuaban tratando y trobando los asuntos históricos y fabulosos; pero los mas preferian los fingidos; y el mismo espíritu de analisis y de observacion que movia á los filósofos á recoger en la sociedad aquellos rasgos esparcidos, cuya reunion caracteriza la grandeza de alma ó la pusilanimidad, empeñaba á los poetas á pintar en general las singularidades que incomodan en la sociedad, ó las acciones que la deshonran.

La comedia habia llegado á ser un arte arreglado, puesto que los filósofos pudieron definirla, diciendo que es una imitacion, no de todos los vicios, sino únicamente de los que son susceptibles de ridículo. Decian tambien que, á ejemplo de la tragedia, puede exagerar los caracteres para que hagan mas impresion.

Cuando volvia á salir el coro, que era pocas veces, se interpolaban, como en otro tiempo, los intermedios con las escenas, y el canto con la declamacion. Cuando se suprimia el coro era mas verosimil la accion, y mas rápida su marcha; los autores hablaban un lenguage que podian escucharlo los oidos delicados; y los asuntos extravagantes no ponian á nuestra vista coros de aves, de avispas y otros animales en su forma natural. Cada dia se hacian nuevos descubrimientos en los desvaríos del entendimiento y de la voluntad, y solo faltaba un buen ingenio que sacase provecho de los errores de los antiguos y de las observaciones de los modernos*.

Despues de haber seguido los progresos de la tragedia y de la comedia, me falta todavía hablar de un drama que reune á la gravedad de la primera, la alegría de la segunda. La sátira tuvo tambien su origen en las fiestas de Baco, donde

* Menandro nació en los últimos años de la estancia de Anacarsis en Grecia.

los coros de Silenos y de Sátiros interpolaban con dichos jocosos los himnos que cantaban en honor de este dios.

Esto fué lo que dió la primera idea de la sátira: poema en que se tratan los asuntos mas serios en un estilo á un tiempo patético y cómico.

La sátira se distingue de la tragedia, en la clase de personages que admite, en la catástrofe que nunca es funesta, en el estilo, las chanzas y bufonadas, que constituyen su principal mérito; se distingue de la comedia en la naturaleza del argumento, en el tono de dignidad que reina en algunas escenas, y en el cuidado de no meterse en personalidades; se distingue de una y otra, por los ritmos que le son propios, por la sencillez de la fábula, por los límites señalados á la duracion de la accion; porque la sátira es una pieza corta, que se da despues de la representacion de las tragedias, para descanso de los espectadores.

La escena presenta á la vista sotos, montes, grutas, y variedad de vistas. Los personages del coro, disfrazados en la extravagante figura que se atribuye á los Sátiros, unas veces ejecutan danzas vivas y saltadoras, otras hablan ó cantan con los dioses ó los heroes; y de esta diversidad de pensamientos, sentimientos y expresiones resulta un constraste raro y singular.

Esquiles fué el que mas sobresalió en este gé-

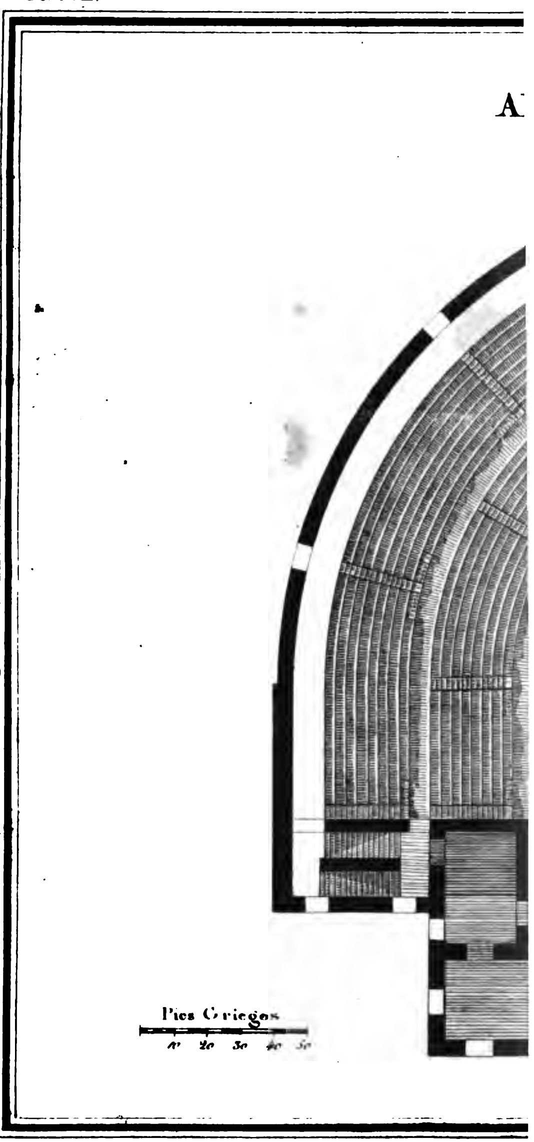
nero; bien que se distinguieron en él Sófocles y Eurípides, aunque menos que Aqueo y Hegemon. Este último añadió un nuevo adorno al drama satírico, parodiando de escena en escena, tragedias conocidas. Fueron muy aplaudidas estas parodias, y coronadas muchas veces, porque las hacia muy gustosas la finura de su representacion. Un dia, en que daba su *Gigantomaquía*, al tiempo que se habia suscitado en el concurso una risa excesiva, se supo la derrota del ejército en Sicilia: quiso Hegemon callar, pero los Atenienses inmóviles en sus sitios se taparon con sus mantos, y despues de dar algunas lágrimas á la pérdida de sus parientes, escucharon con la misma atencion que antes, el resto de la pieza. Despues dijeron, que no habian querido manifestar su flaqueza, ni dar señales de dolor, delante de los extrangeros que asistian al espectáculo.



CAPITULO LXX.

REPRESENTACION DE PIEZAS TEATRALES EN ATENAS.

Al principio se hizo el teatro de madera, pero habiéndose hundido cuando se representaba la pieza de un autor antiguo, llamado Prátinas, se hizo despues de piedra, el que dura todavía al ángulo sudeste de la ciudadela. Si quisiera describirle, no satisfaria ni á los que le han visto, ni á los que no tienen noticia de él; y así solamente voy á dar su planta, y añadir algunas observaciones á lo que en uno de mis capítulos


A
Pies Griegos
10 20 30 40 50

anteriores[1] he dicho sobre la representacion de las piezas.

1° No se permite á nadie permanecer en el patio durante la representacion; por haber enseñado la experiencia, que si no estaba enteramente desembarazado, se oia menos la voz.

2° El proscenio se divide en dos partes; una mas alta, donde recitan los actores, y otra mas baja, donde está comunmente el coro. Esta última está levantada del patio diez ó doce pies, y desde él se puede subir. El coro colocado en aquel lugar puede fácilmente volverse hácia los actores ó hácia los asistentes.

3° Como no está cubierto el teatro, algunas veces sucede, que una lluvia repentina obliga á los espectadores á refugiarse á los pórticos ó á los edificios públicos, que están en las inmediaciones.

4°. En el vasto cerco del teatro hay á menudo certámenes, ya sea de poesía, ya de música ó de baile, con los que se solemnizan las grandes fiestas. Este edificio está consagrado á la gloria; y sin embargo se ha visto allí en un mismo dia una pieza de Eurípides, seguida de un espectáculo de titiriteros.

No se dan tragedias ni comedias mas que en las tres fiestas consagradas á Baco. La primera

[1] Véase el capítulo XI de esta obra.

se celebra en Pireo, y aquí fué donde se representaron por la primera vez algunas de las piezas de Eurípides. La segunda, llamada *las Coes, ó las Leneas,* cae en el dia doce del mes antesterion *, y dura un dia solamente. Como no se permite asistir mas que á los habitantes de la Atica, los autores reservan sus obras nuevas para las grandes Dionisiacas, que son un mes despues, y atraen una infinidad de espectadores de todas partes. Empiezan estas el dia doce del mes elafebolion **, y duran muchos dias, en los cuales se representan las piezas destinadas al concurso.

La victoria costaba en otro tiempo mucho mas que ahora. Un autor oponia á su competidor tres tragedias, y una de estas piezas cortas, que llaman sátiras. Con tan grandes fuerzas se daban aquellos combates famosos, en que Prátinas venció á Esquiles y á Quérilo, Sófocles á Esquiles, Filocles á Sófocles, Euforion á Sófocles y á Eurípides, este á Iofon y á Ion, y Xenocles á Eurípides.

Aseguran que segun era el número de concurrentes, así los autores de tragedias, tratados en-

* Este mes empezaba á veces en los dias últimos de enero, y comunmente en los primeros de febrero.

** Rara vez caia el principio de este mes en los últimos dias de febrero, y comunmente en los primeros de marzo.

tonces, como se hace aun hoy con los oradores, debian ajustar la duracion de sus piezas á la caida sucesiva de las gotas de agua que salian de un instrumento llamado clepsidra. Sea lo que fuere de esto, Sófocles, cansado de multiplicar los medios de vencer, dió el ejemplo de no presentar mas de una pieza; y este uso, que estaba recibido en todo tiempo para la comedia, se estableció insensiblemente en la tragedia.

En las fiestas que no duran mas de un dia, se representan ahora cinco ó seis dramas, sean tragedias, ó comedias. Pero en las grandes Dionisiacas, que duran mucho tiempo, se dan doce ó quince, y á veces mas; empezándose la representacion muy de madrugada, y algunas veces dura todo el dia.

Las piezas se presentan primeramente al arconte primero, á quien toca recibirlas ó desecharlas. Los malos autores solicitan humildemente su proteccion, y se llenan de gozo, cuando se les muestra favorable; pero si no los admite se consuelan con hacerle epigramas, y mucho mas todavía con el ejemplo de Sófocles, que fué excluido de un concurso, en donde no se avergonzó el arconte de admitir á uno de los poetas mas medianos de aquel tiempo.

No se da la corona al arbitrio de una junta tumultuosa; sino que el magistrado que preside las fiestas, saca por suerte un corto número de

jueces *, que hacen juramento de juzgar sin parcialidad; este momento es el que esperan los partidarios y los enemigos de un autor. En efecto, sublevada la muchedumbre por sus intrigas, anuncia de antemano su eleccion, se opone con furor á la creacion del nuevo tribunal, y obliga á los jueces á suscribir á sus decisiones.

Ademas del nombre del vencedor, se proclama el de los concurrentes que se le aproximan mas. Por lo que hace á aquel, colmado de los aplausos que ha recibido en el teatro, y que el coro habia solicitado al fin de la pieza, suele ir acompañado hasta su casa, de una gran parte de los espectadores, y regularmente da un convite á sus amigos.

Despues de la victoria no podia presentarse al concurso la misma pieza, ni tampoco la que habia sido desaprobada, sino con mudanzas considerables. A pesar de este reglamento hubo un decreto antiguo del pueblo, permitiendo á cualquier poeta aspirar á la corona con una pieza de Esquiles, retocada y corregida como le pareciese; y este medio ha tenido buen éxito muchas veces. Autorizado Aristófanes con este ejemplo, tuvo el honor de presentar al certamen una pieza premiada ya. Mas adelante echa-

* No me ha sido posible señalar el número fijo de jueces; algunas veces he contado cinco, otras siete, y otras mas.

ron, con las piezas de Esquiles, las de Sófocles y Eurípides; y como lo excelente de ellas, que cada dia se conocia mejor, ocasionaba que muchos se abstuviesen de presentarse al concurso, pensaba el orador Licurgo, cuando yo salí de Atenas, hacer al pueblo la propuesta de prohibir en adelante la representacion de ellas; pero conservando copias exactas en algun depósito, para que se representasen todos los años en público, y erigir estatuas á sus autores.

Se distinguen dos suertes de actores; los que están encargados especialmente de seguir el hilo de la accion, y los que forman el coro. Para explicar mejor sus funciones recíprocas, voy á dar una idea de la division de las piezas.

Ademas de las partes que constituyen la esencia de un drama, y son la fábula, las costumbres, la locucion, la sentencia, la música y el aparato, se deben considerar tambien aquellas en que se divide; tales son el prólogo, el episodio, el éxodo, y el coro.

El prólogo empieza con la pieza, y acaba al primer intermedio ó entre acto; el episodio en lo general llega desde el primero al último intermedio; y el éxodo comprende cuanto se dice despues del último intermedio. En la primera parte de estas se hace la exposicion, y empieza á veces el enredo: se explica la accion en la segunda, y se desenreda en la tercera. Ninguna

proporcion tienen entre sí estas tres partes: en el *Edipo en Colona* de Sófocles, que tiene mil ochocientos sesenta y dos versos, solo el prólogo tiene setecientos.

Nunca está desierto el proscenio: el coro se presenta algunas veces á la primera escena; si viene mas tarde, se le debe introducir naturalmente; y si se va, solo es por algunos instantes, y con causa legítima.

La accion no ofrece mas que una trabazon de escenas, divididas por los intermedios, cuyo número queda á voluntad del poeta. Muchas piezas tienen cuatro; y otras cinco ó seis: no hallo mas que tres en la *Hécuba* de Eurípides, y en la *Electra* de Sófocles; dos en el *Orestes* del primero, y uno solo en el *Filoctetes* del segundo. Los intervalos comprendidos entre dos intermedios, son mas ó menos largos; unos no tienen mas que una escena, y otros muchas. En esto se conoce que la division de una pieza y la distribucion de sus partes, penden únicamente de la voluntad del poeta.

Lo que caracteriza propiamente el intermedio, es cuando los del coro se consideran como solos, y cantan todos juntos. En este caso, si por casualidad se encuentran con algun personage de la escena antecedente, no le hablan, ó no exigen respuesta.

El coro se compone, segun lo requiere el ar-

gumento, de hombres ó de mugeres, de ancianos ó mozos, de ciudadanos ó de esclavos, de sacerdotes, de soldados, etc., siempre en número de quince en la tragedia, y de veinte y cuatro en la comedia; y siempre son de clase inferior á la de los principales personages de la pieza. Como por lo comun representa al pueblo, ó á lo menos hace parte de él, está prohibido á los extrangeros, aun á los establecidos en Atenas, hacer papel en él, por la misma razon que les está prohibido asistir á la junta general de la nacion.

Los del coro llegan al teatro precedidos de un tocador de flauta, que arregla su paso, algunas veces uno tras otro, mas comunmente van en tres hileras de á cinco, ó en cinco de á tres, cuando es para tragedia, y en cuatro hileras de á seis, ó en seis de á cuatro para la comedia.

Durante la pieza el coro hace á veces oficio de actor, otras forma el intermedio. Bajo el primer aspecto tiene parte en la accion, cantando ó declamando con los personages, y su corifeo le sirve de intérprete *. En ciertas ocasiones se divide en dos partes, cada una con su corifeo; y estos re-

* Los antiguos nos han dejado muy escasas luces sobre esto; y los críticos modernos se han dividido cuando han querido ilustrar este punto. Unos pretenden que las escenas se cantaban: otros que se declamaban; y algunos han añadido que la declamacion es-

fieren algunas circunstancias de la accion, ó se comunican sus temores y sus esperanzas: esta

taba puesta en notas. Voy á dar en pocas palabras el resultado de mis investigaciones.

1° *Se declamaba por lo comun en las escenas.* Hablando Aristóteles de los medios de que se valian ciertos géneros de poesía para imitar, dice que los ditirambos, los nomos, la tragedia y la comedia emplean el ritmo, el canto y el verso; con esta diferencia, que los ditirambos y los nomos, emplean las tres cosas juntas, en lugar de que la tragedia y la comedia las emplean separadamente. Y mas abajo dice, que la tragedia emplea algunas veces el verso solo, y otras acompañado con el canto.

Es sabido que las escenas se componian por lo comun de versos yámbicos, porque esta especie de verso ès mas apta para el diálogo. Plutarco pues, hablando de la ejecucion musical de los versos yámbicos, dice, que en la tragedia unos son recitados mientras se tañen los instrumentos, cuando otros se cantan. Admitíase pues la declamacion en la escena.

2° *Se cantaba algunas veces en las escenas.* Añado las siguientes pruebas al pasage de Plutarco. Afirma Aristóteles, que se empleaban los modos ó tonos hipodórico é hipofrigio en las escenas, aunque no se empleaban en los coros. Que Hécuba y Andrómaca canten en el teatro, dice Luciano, se puede perdonar; pero que Hércules se olvide de sí mismo, hasta el punto de cantar, es una cosa intolerable. Luego los personages cantaban en algunas ocasiones.

3° *Nunca tenia lugar la declamacion en los intermedios, sino que cantaba en ellos todo el coro.* No hay duda alguna en esta proposicion.

4° *El coro cantaba algunas veces en el discurso de la escena.* Lo pruebo por este pasage de Polux: « cuando en lugar del cuarto actor, se hace cantar á alguno del coro, etc.; » y por este de Horacio: « en los intermedios nada cante el coro, que no esté es« trechamente enlazado con la accion. » Por muchos ejemplos

especie de escenas, que casi siempre son cantadas, se terminan algunas veces reuniéndose

de los cuales basta citar los siguientes. Véase en el *Agamenon* de Esquiles, desde el verso 1,099 hasta el 1,186: en el *Hipólito* de Eurípides, desde el verso 58 basta el 72: en el *Orestes* del mismo, desde el verso 140 hasta el 207, etc., etc.

5º *El coro, ó mas bien su corifeo, dialogaba algunas veces con los actores, y este diálogo era solamente declamado.* Esto es lo que sucedia principalmente cuando se le pedian noticias ó él las pedia á alguno de los actores; en una palabra, siempre que participaba inmediatamente de la accion. Véase en la *Medea* de Eurípides el verso 811: en *las Suplicantes* del mismo, verso 634: en la *Ifigenia en Aulide* del mismo, verso 917, etc.

Las primeras escenas del *Ayax* de Sófocles bastarán, si yo no me engaño, para indicar el empleo sucesivo que se hacia de la declamacion y del canto.

Escena primera, *Minerva y Ulises*; escena segunda, *los mismos y Ayax*; escena tercera, *Minerva y Ulises*. Estas tres escenas forman la exposicion del asunto. Minerva hace saber á Ulises, que Ayax, en el acceso de furor acaba de matar los rebaños y los pastores, creyendo vengarse de los caudillos principales del ejército. Este es un hecho: se cuenta en versos yámbicos, y yo infiero que las tres escenas eran declamadas.

Salen Minerva y Ulises: llega el coro, que se compone de salaminios, que se lamentan de la desgracia de su soberano cuyos furores se han referido: duda, y quiere saber. No se explica en versos yámbicos, y su estilo es figurado. Está solo, hace oir una estrofa, y una antiestrofa, que contienen una y otra la misma especie y número de versos. Esto es pues lo que Aristóteles llama el primer discurso de todo el coro, y por consiguiente el primer intermedio, siempre cantado por todas las voces del coro.

Despues del intermedio; escena primera, *Tecmesa y el coro*. Esta escena que empieza en el verso 200, y acaba en el 347, está como dividida en dos partes. En la primera, que contiene sesenta

las dos partes del coro. Bajo el segundo aspecto se reduce á lamentarse de los males de la huma-

y dos versos, confirma Tecmesa la noticia de los furores de Ayax; lamentos por una y otra parte. Los versos son anapésticos. Se ve allí una estrofa para el coro, á la cual corresponde una antiestrofa enteramente semejante en el número y especie de verso. Yo pienso que todo esto era cantado. La segunda parte de la escena era declamada sin duda : se compone solamente de versos yámbicos. El coro pregunta á Tecmesa, que entra en una relacion circunstanciada de la accion de Ayax. Se oyen las voces de este; se abre la puerta de su tienda, y sale.

Escena segunda, *Ayax, Tecmesa y el coro*. Esta escena, lo mismo que la precedente, era en parte cantada y en parte declamada. Ayax (verso 348) canta cuatro estrofas con sus antiestrofas correspondientes. Tecmesa y el coro le responden con dos ó tres versos yámbicos, que deben cantarse, como diré luego. Despues de la última antiestrofa y la respuesta del coro, empiezan al verso 430, yámbicos que continuan hasta el verso 600, ó mas bien hasta el 595. Aquí es donde este príncipe, vuelto de su delirio, deja presentir á Tecmesa y al coro el partido que ha tomado de quitarse la vida; se le insta á que desista; pide su hijo, le toma en brazos, y le dirige un discurso tierno. Todo esto es declamado. Sale Tecmesa con su hijo. Ayax queda en el teatro, pero guarda un profundo silencio mientras el coro ejecuta el segundo intermedio.

Por esta analisis, que podria alargar mucho, se ve, que se miraba el coro bajo dos aspectos diferentes, segun las dos especies de funciones que le correspondian. En los intermedios, que hacian las veces de nuestros entreactos, se reunian todas las voces, y cantaban juntas; en las escenas en que se mezclaba la accion, era representado el coro por su corifeo. Ved aquí porque Aristóteles y Horacio dijeron que el coro hacia veces de un actor.

6º *En qué podremos conocer qué partes del drama se cantaban, y cuales se recitaban solamente*. No puedo dar aquí reglas aplicables á todos los casos. Solamente me ha parecido que se

nidad, ó implorar el auxilio de los dioses en favor del personage que le interesa.

Rara vez sale el coro de su sitio durante las escenas; pero en los intermedios, y principal-

usaba la declamacion siempre que los interlocutores, siguiendo el hilo de una accion sin la intervencion del coro, se expresaban en una larga serie de yámbicos, á cuya cabeza han escrito los Escoliadores esta palabra IAMBOI. Creeria de buena gana que todos los demas versos se cantaban, pero no lo aseguro. Lo que se puede afirmar en general es, que los primeros actores se aplicaban mas á la melopea, que sus sucesores. La razon es muy palpable. Sacando los poemas dramáticos su origen de aquellas tropas de farsantes que andaban por la Atica, era natural que se mirase el canto como la parte principal de la tragedia naciente: de aquí viene sin duda el que domine mas en las piezas de Esquiles y de Frínico, su contemporaneo, que en las de Eurípides y Sófocles.

He dicho mas arriba, siguiendo el testimonio de Plutarco, que los versos yámbicos se solian cantar cuando el coro hacia veces de actor. En efecto hallamos estos versos en estancias irregulares, y sujetas al canto. Esquiles las usó muchas veces en las escenas moduladas. Cito por ejemplo los del rey de Argos y del coro, en la pieza de *las Suplicantes*, verso 352: el coro canta las estrofas y antiestrofas correspondientes; el rey responde cinco veces, y cada vez con cinco versos yámbicos, prueba, si yo no me engaño, de que todas estas respuestas tenian la misma música. Véanse otros ejemplos semejantes en las piezas del mismo autor; en la de *los Siete Gefes*, verso 209 y 692; en la de *los Persas*, verso 256; en la de *Agamenon*, verso 1,099; en la de *las Suplicantes*, verso 747 y 883.

7° *¿Estaba notada la declamacion?* El abate Dubos ha dicho que sí, pero ha sido refutado en las memorias de la academia de bellas letras, donde se prueba que el instrumento que acompañaba la voz del actor, no se destinaba sino á sostenerla de cuando en cuando, para impedir que subiese ó bajase mucho.

mente en el primero, hace varias evoluciones al son de la flauta. Los versos que canta están dispuestos como los de las odas en estrofas, antiestrofas, épodos, etc.; cada antiestrofa corresponde á una estrofa, así en el compas y número de versos, como en la naturaleza del canto. A la primera estrofa van los músicos de derecha á izquierda; á la primera antiestrofa de izquierda á derecha en un tiempo igual, y repitiendo la misma música con otras palabras. Despues se paran, y vueltos hácia los espectadores, entonan una nueva melodía. Muchas veces vuelven á empezar las mismas evoluciones con diferencias sensibles en las palabras y en la música; pero siempre con la misma correspondencia entre la marcha y contramarcha. Hablo de lo que es práctica general; porque en esta parte del drama es principalmente donde el poeta gusta de ostentar las variedades del ritmo y de la armonía.

En cada tragedia se necesitan tres representantes para los tres personages principales; el primer arconte los hace sortear, y en consecuencia les señala la pieza que deben representar. El autor no tiene el privilegio de elegirlos, sino cuando ha merecido la corona en una de las fiestas anteriores.

Algunas veces representan unos mismos actores en la tragedia y en la comedia; pero rara

vez sucede que sobresalgan en los dos géneros. Es inutil advertir que hay quien ha sobresalido siempre en los primeros papeles, que otros nunca han pasado de los terceros, y que hay papeles que exigen una fuerza extraordinaria, como el de Ayax furioso. Para dar algunos actores mas vigor y agilidad á sus cuerpos, van á las palestras á ensayarse con los atletas; otros para tener mas libre y sonora la voz, se sujetan á observar un método de vida muy austero.

Los representantes que sobresalen, tienen emolumentos considerables; y así he visto á Polo ganar un talento * en dos dias. El salario de ellos se regula por el número de piezas que representan. Cuando han sobresalido en el teatro de Atenas, los codician y buscan las ciudades principales de la Grecia; en especial para que concurran al ornamento de sus fiestas, y si faltan á las contratas que han firmado, se les obliga á pagar una multa estipulada en la misma contrata: por otra parte, la república les impone crecidas multas, cuando se ausentan durante sus solemnidades.

El primer actor debe distinguirse tanto de los otros dos, y sobre todo del tercero, que está á su sueldo, que aun cuando estos tuviesen la mejor voz, tienen que modificarla de suerte que

* Cinco mil y cuatrocientas libras: (mas de 20,000 rs. vn.)

no eclipse la suya. Teodoro, que en mi tiempo hacia siempre el primer papel, no permitia á los dos actores subalternos hablar antes que él, captando así la benevolencia del público. Solo en el caso de ceder al tercero algun papel principal, como el de rey, tenia á bien desprenderse de su preeminencia.

La tragedia no emplea comunmente en las escenas mas verso que el yámbico, que es la especie de verso indicada por la naturaleza; usándose muy á menudo en la conversacion; pero en los coros admite la mayor parte de los versos que tiene la poesía lírica. Despertada continuamente la atencion del espectador con esta variedad de ritmos, no lo es menos por la diversidad de sonidos dados á las palabras, unas acompañadas del canto, y otras solamente recitadas.

Se canta en los intermedios; se declama en las escenas siempre que calla el coro; pero cuando dialoga con los actores, el corifeo recita con ellos, ó cantan alternando los actores con el coro.

En el canto dirige la flauta á la voz; en la declamacion la dirige una lira que impide que decaiga, y da sucesivamente la cuarta, quinta y octava*, por ser estas las consonancias que

* Yo supongo que esta es la que se llamaba lira de Mercurio. Véase la memoria sobre la música antigua por el abate Roussier.

mas comunmente formaba la voz en la conversacion, sea sostenida ó familiar *. Mientras la voz está sujeta á una entonacion conveniente, queda libre de la ley severa del compas; y así un actor puede retardar ó acelerar la declamacion.

Por lo que hace al canto, se observaban en

* Refiere Vitruvio que sobre las gradas donde se sentaban los espectadores, habian hecho los arquitectos griegos unas celditas entreabiertas, y que ponian allí vasos de bronce, destinados á recibir en su concavidad los sonidos que venian de la escena, y comunicarlos de una manera fuerte, clara y armoniosa. Estos vasos puestos en cuarta, quinta y octava uno de otro, tenian entre sí las mismas proporciones que las cuerdas de la lira que sostenia la voz; pero el efecto no era el mismo. La lira indicaba y sostenia el tono, los vasos no podian mas que reproducirle y prolongarle. ¿Y qué ventaja resultaba de esta serie de ecos cuyo sonido no se debilita? Lo ignoro, y esto me ha obligado á no hablar de ello en el texto de mi obra. Tuve tambien otra razon; y es que nada hay que pruebe que los Atenienses usaron de este medio. Aristóteles se propone estas preguntas. ¿Por qué resuena mas una casa recien blanqueada, cuando se encierran en ella vasijas vacías, cuando hay pozos ó concavidades semejantes? Es inutil referir sus respuestas; pero ciertamente hubiera citado los vasos del teatro, si los hubiera conocido. Mumio los encontró en un teatro de Corinto: pero esto fué doscientos años despues de la época que yo he elegido. Mas adelante se introdujo su uso en muchas ciudades de Grecia é Italia, donde se sustituian á veces vasos de barro cocido á los de bronce. Roma nunca los adoptó; sin duda percibieron sus arquitectos, que si por un lado hacian el teatro mas sonoro, habia por otro inconvenientes que balanceaban esta ventaja.

otro tiempo las leyes con rigor, pero en el dia se quebrantan impunemente las pertenecientes á los acentos y á la cantidad. Para asegurar la ejecucion de las demas, el maestro del coro, en defecto del poeta, ensaya á los actores mucho tiempo antes de la representacion de las piezas; y él es el que echa el compas con los pies, con las manos, ó por otros medios con que gobierna á los coristas, atentos á todos sus gestos.

El coro se sujeta mas fácilmente al compas, que las voces solas; pero nunca se le hace recorrer ciertos modos, cuyo caracter de entusiasmo no es proporcionado á las costumbres sencillas y tranquilas de los que representa; estos modos se reservan para los personages principales.

Se destierran de la música del teatro los géneros que proceden por un cuarto de tono, ó por muchos semitonos seguidos, porque no son bastante varoniles, ó fáciles de ejecutar. Precede al canto un preludio ejecutado por uno ó dos tañedores de flauta.

El maestro de coro no se limita á dirigir la voz de los que están á sus órdenes, sino que debe tambien darles lecciones de dos especies de danza, que convienen al teatro. La una es la danza propiamente dicha, la que no ejecutan los coristas mas que en ciertas piezas, y en cier-

tas ocasiones; por ejemplo, cuando alguna buena noticia les obliga á abandonarse á los raptos de su alegría. La otra que se ha introducido muy tarde en la tragedia, es la que, arreglando los movimientos y diversas inflexiones del cuerpo, ha llegado á pintar con mas exactitud que la primera las acciones, costumbres y afectos. Esta es acaso la mas enérgica de las imitaciones, porque su elocuencia rápida no la debilita la palabra, lo expresa todo, dejándolo vislumbrar todo; y no es menos adecuada para satisfacer el entendimiento, que para mover el corazon. Así es que los Griegos atentos á multiplicar los medios de seduccion, no han dejado nada de cuanto podia perfeccionar aquel primer lenguage de la naturaleza; entre ellos la música y la poesía van siempre ayudadas de la accion de los actores: esta accion tan viva y tan persuasiva, anima los discursos de los oradores, y algunas veces las lecciones de los filósofos. Todavía se citan los nombres de los poetas y músicos que la han enriquecido con nuevas figuras; y sus investigaciones han producido un arte, que no se ha maleado sino á fuerza de adelantamientos.

No siendo esta especie de danza mas que una sucesion de movimientos compasados, y de pausas expresivas, lo mismo que la armonía, es patente que ha debido diversificarse en las diferentes especies de dramas. La de la tragedia

debe representar almas que sufran sus pasiones, su ventura y su infortunio, con la decencia y fortaleza que convienen á la elevacion de su caracter: es necesario que la actitud de los actores se parezca á los modelos que tienen los escultores para dar bellas posturas á sus estatuas; que las evoluciones de los coros se hagan con el orden y disciplina de las marchas militares; y en fin, que todas las señales exteriores concurran con tanta puntualidad á la unidad de interes, que resulte un concierto tan agradable á los ojos como á los oidos.

Los antiguos conocieron bien la necesidad de esta conformidad, pues dieron á la danza trágica el nombre de Emelia, que significa una atinada mezcla de armonías nobles y elegantes, una bella modulacion en la accion de los personages; y esto es en efecto lo que he notado mas de una vez, sobre todo en la pieza de Esquiles, en que el rey Priamo ofrece el rescate por el cuerpo de su hijo. Postrado el coro de los Troyanos con el mismo Priamo, á los pies del vencedor de Hector, da indicios como él en sus movimientos llenos de dignidad, de las expresiones del dolor, del temor y de la esperanza, y hace pasar al alma de Aquiles y á las de los espectadores los afectos de que está penetrado.

La danza de la comedia es libre, familiar,

muchas veces poco noble, y otras muchas mas deshonrada con licencias tan groseras, que irritan á las personas honestas, y que el mismo Aristófanes hacia gala de haberlas desterrado de algunas de sus obras.

En el drama que se llama Sátira, la danza es viva y tumultuosa; pero sin expresion ni relacion con las palabras.

Luego que los Griegos conocieron el mérito de la danza imitativa, cobraron tanta aficion á ella, que animados los autores con los aplausos de la muchedumbre, no tardaron en echarla á perder. En el dia llega el abuso á su colmo; por un lado se quiere imitar todo, ó por mejor decir, contrahacerlo todo; por otro, no se aplauden sino los gestos afeminados y lascivos, los movimientos confusos y frenéticos. El actor Calípides, á quien se dió el sobrenombre de Mono, ha introducido, ó mas bien autorizado, este mal gusto en nuestros dias, por la peligrosa superiori-

* Este actor, que se alababa de arrancar lágrimas á todo un auditorio, estaba tan envanecido con su habilidad, que habiendo encontrado á Agesilao, se adelantó, le saludó, se mezcló entre la comitiva, esperando que este príncipe le dijese alguna cosa lisonjera. Como se engañase en su esperanza, dijo por fin: « rey de « Lacedemonia, ¿ paréceme que no me conoceis? » Volvió el rostro Agesilao, y solo le preguntó si era Calípides el histrion. No podia agradar al esparciata el talento del actor. Se le proponia en una ocasion á aquel, que oyese á un hombre que imitaba

dad de sus talentos *. Sus sucesores, con el deseo de igualarle, han copiado sus defectos, y por excederle, los han exagerado; y así se agitan y atormentan como aquellos músicos ignorántes, que con contorsiones ridículas y extravagantes quieren, cuando tocan la flauta, figurar el camino tortuoso que traza el disco al rodar por el suelo.

El pueblo, que se deja llevar de estas frias exageraciones, no perdona defectos mas excusables algunas veces, y así se le oye murmurar, y de aquí pasa á reir á carcajadas, á dar gritos tumultuosos contra el actor, á silbarle, dar patadas para hacerle salir del teatro, para que se quite la máscara, á fin de gozar del espectáculo de su vergüenza, mandar al heraldo que llame á otro actor, á quien multan si no está presente, y aun pide algunas veces que se impongan penas infamatorias al primero. Ni la edad, ni la celebridad, ni los largos servicios bastan para ponerle á cubierto de este mal tratamiento; y solo pueden indemnizarle el agradar; pues entonces se le palmotea y se le aplaude con el mismo placer y el mismo furor.

De esta alternativa de gloria y de deshonra participa tambien el orador que habla en la

perfectamente al ruiseñor. « Yo he oido al ruiseñor, » respondió.

asamblea de la nacion, y el profesor que enseña á sus discípulos. Así es que la mediania de talento es lo único que envilece al actor; sin que por eso deje de gozar de todos los privilegios de ciudadano; y como no debe tener tacha alguna de infamia de las señaladas por las leyes, puede ascender á los empleos mas honrosos. En nuestros dias hemos visto á un actor famoso llamado Aristodemo, ir de embajador á Filipo, rey de Macedonia. Otros tenian mucho crédito en la junta pública. Añado que Esquiles, Sófocles y Aristófanes no tuvieron reparo en salir á representar en sus piezas.

He visto excelentes actores: he visto á Teodoro en el principio de su carrera, y á Polo en el fin de la suya. La expresion del primero era tan natural, que se hubiera dicho ser la persona misma: el segundo habia llegado á la perfeccion del arte. Jamas se reunió voz tan hermosa con tanta inteligencia y sensibilidad. En una tragedia de Sófocles, á que yo asistí, hacia Polo el papel de Electra. No puede darse nada mas teatral que la situacion de esta princesa en el momento en que abraza la urna en donde cree están depositadas las cenizas de Orestes su hermano. No eran estas unas cenizas frias é indiferentes, sino las de un hijo que Polo acababa de perder. El mismo habia sacado del sepulcro la urna que las contenia; y cuando se la presentaron, cuando

la tomó con mano trémula : cuando estrechándola entre sus brazos, la acercó á su corazon, despidió acentos tan doloridos, tan afectuosos, y de tan terrible verdad, que todo el teatro prorumpió en gritos, y derramó torrentes de lágrimas por la suerte del malogrado hijo, y por la terrible desgracia del padre.

Los actores tienen vestiduras y atributos adecuados á sus papeles. Los reyes ciñen la frente con una diadema, se apoyan en un cetro coronado de un águila *, y llevan vestidos talares en que brillan de concierto el oro, la púrpura y todas las especies de colores. Los heroes se presentan comunmente cubiertos con una piel de leon ó de tigre, ceñida la espada, armados con lanzas, aljabas y mazas; los que padecen algun infortunio traen vestido negro, pardo, ó de un blanco usado, y á veces desgarrado. La edad y el sexo, el estado y situacion actual de un personage los indican casi siempre la forma y color del vestido.

Pero todavía se dan mejor á conocer por medio de una especie de casco que les cubre enteramente la cabeza, con lo cual sustituyen una fisonomía distinta de la del actor, y hacen una ilusion continuada durante la pieza. Hablo de aquellas máscaras, que se diversifican de varios

* El cetro era al principio un palo largo.

modos, ya en la tragedia, ya en la comedia y en la sátira. Unas están guarnecidas de cabellos de diversos colores, otras de una barba mas ó menos larga, mas ó menos cerrada; otras reunen cuanto es posible los atractivos de la juventud y los de la belleza. Las hay que tienen una boca disforme, interiormente vestida con láminas de metal ú otro cuerpo sonoro, para que la voz tome allí fuerza y cuerpo, de suerte que se pueda oir en el vasto recinto de gradas en que están sentados los espectadores. Las hay en fin, en que se eleva un tupé ó remate terminado en punta, y recuerda el antiguo peinado de los Atenienses. Es sabido que en los primeros ensayos del arte dramático, tenian la costumbre de juntar y atarse los cabellos sobre las cabezas.

La tragedia usó de la máscara casi desde su principio; se ignora el nombre del que la introdujo en la comedia. La máscara se usa en lugar de los colores groseros con que se daban los secuaces de Tespis, y de las hojas que llevaban en la frente para entregarse mas libremente á los excesos de la sátira y de la licencia. Tespis les dió mas audacia, cubriéndolos con un velo, y en vista de este ensayo, Esquiles que halló todos los secretos del arte dramático por sí mismo, ó por sus imitadores, pensó que este disfraz, consagrado por el uso, podia ser un nuevo medio de herir los sentidos, y mover el corazon. Re-

dondeóse la máscara entre sus manos, y llegó á ser un retrato adornado con colores, y copiado del modelo sublime que el autor se habia formado de los dioses y de los heroes. Quérilo y sus sucesores ampliaron y perfeccionaron esta idea hasta el punto que ha resultado una sucesion de pinturas, en donde se han trazado, en cuanto cabe en el arte, las principales diferencias de estados, de caracteres y afectos que inspiran una y otra fortuna. En efecto, ¡ cuántas veces he descubierto á la primera mirada la profunda tristeza de Niobé, los proyectos atroces de Medea, los furores terribles de Hércules, el abatimiento deplorable á que se hallaba reducido el infeliz Ayax, y las venganzas que venian á ejecutar las pálidas y descarnadas Euménides !

Hubo un tiempo en que la comedia ofrecia á los espectadores el retrato fiel de aquellos á quienes acometia abiertamente. Mas decente hoy dia, no ofrece mas que semejanzas generales, y relativas á lo ridículo ó vicioso que censura; pero ellas bastan para que se reconozca luego el amo, el siervo, el parasito, el viejo indulgente ó severo, el mancebo arreglado ó desarreglado, la doncella adornada con sus atractivos, y la matrona distinguida por su talento y sus canas.

Es verdad que no se ven sucederse las gradaciones de las pasiones en el semblante del actor;

pero como la mayor parte de los asistentes están tan apartados de la escena, de ningun modo podrian ver un lenguage tan elocuente. Vengamos ahora á censuras mejor fundadas; la máscara quita á la voz parte de aquellas inflexiones que le dan tantos encantos en la conversacion: sus tránsitos son á veces repentinos, sus entonaciones duras, y por decirlo así escabrosas; se altera la risa, y en no manejándola con arte, se desvanecen á un tiempo su gracia y su efecto; en fin, ¿quién podrá sufrir la vista de aquella disforme boca, inmovil siempre, siempre abierta, aun cuando calla el actor *?

Estos inconvenientes los conocen los Griegos, y les repugnan; pero mas les disgustaria el que los actores representasen á cara descubierta, porque realmente no podrian expresar la conformidad que hay ó debe haber entre la fisonomía y el caracter, entre el estado y el semblante. En una nacion que no permite á las mugeres sa-

* Hace algunos años que se descubrieron en Atenas muchas medallas de plata, la mayor parte de las cuales representaban por un lado un area en hueco, todas de un trabajo tosco, y sin leyenda. Yo he adquirido muchas para el gabinete nacional. Por los diferentes tipos con que están cargadas, no temo decir que se acuñaron en Atenas, ó en las ciudades inmediatas: y por su fábrica entiendo que unas son del tiempo de Esquiles, y otras anteriores á este poeta. Dos de ellas nos presentan la máscara horrible de que hablo en el texto de mi obra. Esta máscara pues, se usó desde el origen del arte dramático.

lir al teatro, y mira la conveniencia como una regla indispensable, y tan esencial en la práctica de las artes como en la moral; ¡cuánto no hubiera disonado ver á Antígona y á Fedra presentarse con un rostro ordinario que destruiria toda la ilusion; á Agamenon y á Priamo con aire poco noble; á Hipólito y Aquiles con arrugas y canas! Las máscaras se pueden mudar á cada escena, y en ellas se pueden imprimir los síntomas de los principales afectos del alma, de manera que son el único medio de mantener y justificar el error de los sentidos, y añadir mayor verosimilitud á la imitacion.

En esto mismo se funda el dar á los actores trágicos las mas veces una estatura de cuatro codos *, igual á la de Hércules y de los primeros heroes. A este fin usan de coturnos, que son una especie de calzado de cuatro á cinco pulgadas de altura. Alargan los brazos con ciertos guantes: el pecho, costados y demas partes del cuerpo los ensanchan proporcionalmente; y cuando con arreglo á las leyes de la tragedia, que exige una declamacion fuerte, y á veces vehemente, esta figura casi colosal, vestida con una ropa magnífica, despide la voz sonora que resuena á lo lejos, hay pocos espectadores que

* Seis pies griegos, que hacen cinco pies nuestros y ocho pulgadas: (6 pies, 7 pulg. y 3 lineas de España.)

no se conmuevan al ver tal magestad, y no se hallen mas dispuestos á recibir las impresiones que se les quieren comunicar.

Antes de empezar la representacion, se purifica el lugar de la junta, y en acabándose, suben al teatro varios cuerpos de magistrados, y hacen libaciones sobre un altar dedicado á Baco. Estas ceremonias parece que imprimen cierto caracter de santidad á los placeres, empezándose y acabándose con ellas.

No deslumbran menos á la multitud las decoraciones de la escena. Un artista llamado Agatarco fué el que en tiempo de Esquiles concibió esta idea, y expuso en un sabio tratado los principios que le habian guiado en su trabajo. Estos primeros ensayos se fueron perfeccionando despues, ya con los esfuerzos de los sucesores de Esquiles, ya con las obras que Anaxágoras y Demócrito publicaron sobre la perspectiva.

El teatro, segun la naturaleza del asunto, representa una hermosa campiña, una soledad terrible, la orilla del mar cercada de rocas escarpadas y de grutas profundas, tiendas levantadas al rededor de una ciudad sitiada, ó cerca de un puerto cubierto de naves. Por lo comun la accion es en el patio de un palacio ó de un templo; enfrente está una plaza; á los lados se ven casas, y entre ellas hay dos calles principales,

una dirigida hácia el oriente, y otra hácia el occidente.

Algunas veces impone respeto la primera vista, al descubrir ancianos, mugeres, y niños, que postrados cerca del altar, imploran el auxilio de los dioses, ó el del soberano. En el discurso de la pieza se diversifica el espectáculo de mil maneras: unas veces se ven príncipes en trage de caza con sus amigos, y sus perros, y cantan himnos en honor de Diana; otras se presenta en un carro Andrómaca con su hijo Astianax, ó sale otro carro que lleva pomposamente al campamento de los Griegos á Clitemnestra, rodeada de sus esclavas, y con el niño Orestes en los brazos, ó la conduce á la cabaña, dondé su hija Electra acaba de coger agua en una fuente. Aquí Ulises y Diómedes se introducen furtivamente en el campo de los Troyanos, donde al punto cunde la alarma, y los centinelas corren por todas partes gritando: *¡ tente, tente! ¡ mata, mata!* Allí los soldados griegos, que han tomado á Troya, parecen sobre los techados de las casas, con teas ardiendo en las manos, y empiezan á reducir á cenizas aquella ciudad famosa. Otras veces sacan en féretros, los cuerpos de los caudillos de los Argivos, de aquellos caudillos que perecieron en el sitio de Tebas, y se celebran sus funerales en el mismo teatro, donde sus esposas se presentan traspasadas de dolor,

expresándole con cánticos fúnebres: Evadné, una de ellas, está puesta sobre una roca, en cuyo pie arde la pira de Capaneo su esposo; y adornada con sus mejores galas, y sin dar oido á los ruegos de su padre, ni á los clamores de sus compañeras, se arroja á las llamas.

Lo maravilloso da realce al aparato del espectáculo: ora desciende un dios en una máquina, ora la sombra de Polidoro penetra las entrañas de la tierra, para anunciar á Hécuba las nuevas desgracias que le amenazan, ora la de Aquiles sale del sepulcro, aparece á la junta de los Griegos, y les manda sacrificar á Polixena, hija de Priamo; unas veces sube Helena á la bóveda celeste, donde trasformada en constelacion, será una señal propicia á los marineros; otras atraviesa Medea los aires sobre un carro tirado de serpientes.

No seguiré mas adelante; pero si se necesitasen mas ejemplos, me costaria poco hallarlos en las tragedias griegas, principalmente en las mas antiguas. Hay piezas de Esquiles, que por decirlo así, no son mas que una continuacion de pinturas movibles, unas interesantes, y otras tan extravagantes y monstruosas, que solamente se pudieron ofrecer á la imaginacion desenfrenada del autor. En efecto, se introdujo la exageracion aun en lo maravilloso, cuando se vió sobre el teatro á Vulcano, acompañado de

la Fuerza y de la Violencia, clavar á Prometeo á la cumbre del Caucaso; cuando en seguida se vió llegar cerca de este personage extraño al Oceano, montado sobre una especie de hipógrifo, y á la ninfa Io, que traia astas de becerra en la cabeza.

En el dia desprecian los Griegos estas pinturas como poco convenientes á la tragedia; y admiran el tino con que Sófocles trató esta parte del espectáculo en una de sus piezas. Edipo, ciego, arrojado de su reino, estaba con sus dos hijas en el lugar de Colona, en las inmediaciones de Atenas, donde Teseo le habia dado asilo. Sabiendo por el oráculo que á su muerte precederian señales extraordinarias, y que sus huesos depositados en un sitio, conocido solamente de Teseo y sus sucesores, atraerian para siempre la venganza de los dioses sobre los Tebanos, y su auxilio sobre los Atenienses; es su designio descubrir á Teseo este secreto antes de morir, al mismo tiempo que los de Colona temen que la presencia de Edipo infeliz, y criminal, les sea funesta. Dominados de este pensamiento exclaman, repentinamente: « el trueno resuena, ¡ó cielo!

EDIPO.

Queridas compañeras de mis penas,

Hijas mias, haced que en este instante
Venga á este lugar el rey de Atenas.

ANTIGONA.

Qué urgente precision....

EDIPO.

Qué retumbante
Y espantoso ruido es este, ¡ó cielo!
Edipo va á bajar con raudo vuelo
Al negro abismo, y á la noche eterna.
La muerte llama, y el sepulcro espera.

EL CORO, *cantando.*

Temblando el alma,
Llena de horror,
Mira el furor
Del vengativo
Cielo, do el vivo
Rayo me espanta.
Este quebranta
La nube oscura,
Y á mí viniendo
En derechura
Me echará al suelo.
Voz de tormenta,
Voz es del cielo.

EDIPO.

¡ Ay hijas mias ! ya el instante horrible,
Instante inevitable me ha llegado,
Segun dijo el oráculo infalible.

ANTIGONA.

¿ Pues qué signo os le anuncia ?

EDIPO.

Es bien sensible.
Haced que llegue el rey precipitado.

EL CORO, *cantando.*

De nuevo resonando
El trueno, en cielo y tierra
Conmueve cruel guerra.
Jove, que estás reinando,
Oye al que está clamando
Por este que es culpable.
No sea inexorable
Sobre él vuestra piedad *. »

* Por este fragmento, y por lo que he dicho mas arriba, se ve que la tragedia, como es hoy la ópera francesa, no era mas que

La escena continúa del mismo modo hasta la llegada de Teseo, á quien Edipo descubre inmediatamente el secreto.

Para la representacion de las piezas son menester muchas máquinas; unas sirven para los vuelos, para bajar los dioses, y para la aparicion de las sombras; otras para reproducir efectos naturales, como el humo, la llama, el trueno, cuyo ruido se imita dejando caer de mucha altura cierta porcion de cantos en un vaso de metal: hay otras máquinas, que dando vueltas sobre ruedas, presentan lo interior de una casa ó de una tienda. De este modo se ofrece á los espectadores á Ayax en medio de los animales que ha sacrificado á su furor.

Hay empresarios encargados de una parte del gasto que ocasiona la representacion de las piezas, y para indemnizarse reciben una corta retribucion de los espectadores.

Al principio no habia mas que un teatro pequeño de madera, y estaba prohibido exigir ningun derecho de entrada; pero como el deseo de colocarse, ocasionaba frecuentes disensiones, mandó el gobierno que en adelante pagase

una mezcla de poesía, música, danza y decoracion; pero con dos diferencias: la primera, que unas veces se cantaba, y otras se declamaba la letra: la segunda, que rara vez ejecutaba el coro danza propiamente tal, y que esta iba siempre acompañada del canto.

cada uno una dracma; con cuyo motivo se pusieron los ricos en posesion de todos los asientos, cuyo precio redujo luego Pericles á un óbolo, con el fin de ganarse la voluntad de los pobres, alcanzando ademas, para facilitarles la entrada en los espectáculos, que se aprobase un decreto, en que se mandaba que hubiese un magistrado para distribuir en cada representacion dos óbolos á cada uno de ellos, el uno para pagar el asiento, y el otro para ayuda de sus necesidades, durante las fiestas.

La disposicion del teatro que hay hoy, y que siendo mucho mas espacioso que el primero, no tiene los mismos inconvenientes, debia naturalmente hacer cesar esta liberalidad; pero el decreto ha permanecido, aunque sus resultas hayan sido funestas para el Estado; porque habiendo Pericles señalado para subvenir á este gasto con que gravó el tesoro público, la caja de las contribuciones que se exigen á los aliados, para hacer la guerra á los Persas, y logrado este primer paso, continuó sacando de la misma fuente para aumentar el lustre de las fiestas, de manera que los fondos de la caja militar se dedicaron insensiblemente á los placeres de la muchedumbre. Habiendo propuesto un orador no hace mucho tiempo, el que se restituyesen á su antiguo destino, la junta general prohibió con pena de muerte, que no se hiciese novedad.

En el dia no hay quien se atreva á oponerse formalmente contra un abuso tan enorme; y aunque Demóstenes intentó por dos veces, valiéndose de medios indirectos, dar á conocer los inconvenientes de ello, al fin desesperanzado de lograrlo, dice ahora públicamente, que no se debe hacer novedad ninguna.

El empresario da *gratis* á veces el espectáculo: otras distribuye billetes que sirven por la paga ordinaria, que en el dia son dos óbolos.



CAPITULO LXXI.

CONVERSACIONES SOBRE LA NATURALEZA Y OBJETO DE LA TRAGEDIA.

Habia conocido yo en casa de Apolodoro á uno de sus sobrinos llamado Zopiro, mozo de grande ingenio, y abrasado del deseo de consagrar sus talentos al teatro. Un dia que vino á verme, halló en mi casa á Nicéforo, que era un poeta, que por haber hecho algunos ensayos en el género cómico, se creia con derecho para preferir el arte de Aristófanes al de Esquiles.

Zopiro me habló de su pasion con nuevo ardor. ¿No es extraño, dijo, que no se hayan reco-

pilado todavía las reglas de la tragedia? Tenemos ciertamente grandes modelos, pero con grandes defectos. En otro tiempo se remontaba el ingenio sin miedo; pero ahora se le quiere sujetar á ciertas leyes, sin que nadie se digne instruirnos de ellas. ¿Y qué necesidad teneis de ellas? le dijo Nicéforo. En una comedia, los acaecimientos que han precedido á la accion, los incidentes de que se forma, el nudo y el desenlace, todo es invencion mia; y de aquí nace que el público me juzga con el mayor rigor. No así en la tragedia, donde los asuntos son dados y conocidos; y que sean verosímiles ó no, poco os importa. Presentadnos á Adrasto, y hasta los niños os contarán sus desgracias: solo con oir el nombre de Edipo y Alcmeon, os dirán que la pieza debe acabar con el asesinato de una madre. Si se os va de las manos el hilo de la intriga, haced cantar el coro; y si os embaraza la catástrofe, haced que baje un dios en la máquina; pues el pueblo, alucinado con la música y con el aparato, os disimulará cualquiera licencia, y coronará sobre la marcha vuestros nobles esfuerzos.

Bien veo que extrañais mi discurso, y por tanto debo justificarme descendiendo á los pormenores. Diciendo esto se sentó; y mientras que, á ejemplo de los sofistas, levantaba la mano para accionar con elegancia, entró Teodecte,

autor de muchas tragedias excelentes; Polo, uno de los mas hábiles actores de la Grecia; y otros amigos nuestros, que juntaban lo fino del gusto á conocimientos profundos. Y ahora, me dijo Nicéforo, riéndose, ¿qué quereis que haga de mi accion? Suspenderla, le respondi yo; pues quizá tendreis ocasion de emplearla muy pronto. Y tomando en seguida á Zopiro por la mano, dije á Teodecte: permitidme que yo os confie este joven, pues quiere entrar en el templo de la gloria, y lo entrego á los que saben el camino.

Teodecte manifestó interes, y prometió sus consejos en caso necesario. El caso es, le dije yo, que estamos muy de prisa, y ahora mismo necesitamos un código de preceptos. ¿Y dónde los hallaremos? respondió él. Con talentos y modelos se suele entregar uno á la práctica de un arte; pero como la teoría debe considerarle en su esencia, y elevarse hasta la belleza ideal, es preciso que la filosofía ilustre el gusto y dirija la experiencia. Yo sé, le repliqué, que habeis meditado largo tiempo sobre la naturaleza del drama, que os ha grangeado los debidos aplausos, y que habeis controvertido muchas veces con Aristóteles sus principios, ya en conversaciones, ya en escritos. Pero vos tambien sabeis, me dijo Teodecte, que en esta investigacion se hallan á cada paso problemas que resolver, y dificultades

que vencer; que cada regla se contradice con un ejemplo; que cada ejemplo se puede abonar con el aplauso; que los rumbos mas contrarios se hallan autorizados con grandes nombres; y que algunas veces se expone uno á vituperar los mayores ingenios de Atenas. Juzgad si yo debo exponerme á este riesgo en presencia de su mortal enemigo.

Mi querido Teodecte, respondió Nicéforo, no os tomeis la molestia de acusarlos; pues yo me encargo gustosamente de ello. Comunicadnos solamente vuestras dudas, y nosotros nos sujetaremos al juicio de esta junta. Rindióse Teodecte á nuestras instancias, mas con la condicion de que se escudaria siempre con la autoridad de Aristóteles, que nosotros le ilustrariamos con nuestras luces, y que solamente se ventilasen los artículos mas esenciales. A pesar de esta última precaucion, nos vimos obligados á juntarnos muchos dias seguidos. Voy á dar el resultado de nuestras juntas; advirtiendo antes, que para evitar toda confusion, no admito mas de un corto número de interlocutores.

SESION PRIMERA.

Zopiro. Ya que me dais licencia, ilustre Teo-

decte, os pregunto primeramente, cuál es el objeto de la tragedia.

Teodecte. El interes que resulta del terror y de la misericordia; y para producir este efecto, os presento una accion severa, entera, y de cierta extension. Dejando á la comedia el vicio y lo ridículo de los particulares, no pinta la tragedia sino grandes desgracias, y las toma en la clase de los reyes y de los heroes.

Zopiro. ¿Y por qué no las toma algunas veces en un estado inferior, puesto que me moverian mas, si las viese al rededor de mí?

Teodecte. No sé si manejadas por una mano diestra nos causarian impresiones demasiado fuertes. Cuando yo tomo mis ejemplos en una clase muy superior á la vuestra, os dejo la libertad de que os los apliqueis, y la esperanza de eximiros de ellos.

Polo. Yo creia al contrario, que el abatimiento del poder nos hacia mas profunda impresion que las revoluciones oscuras de los demas estados. Veis que cayendo el rayo sobre un arbusto, hace menos impresion, que cuando hace astillas un roble, cuya cima sube hasta las nubes.

Teodecte. Eso seria necesario preguntarlo á los arbustos inmediatos, para saber lo que pensaban: uno de estos espectáculos, seria mas á propósito para espantarlos, y el otro para interesarlos. Pero sin llevar mas adelante la discu-

sion, voy á responder directamente á la pregunta de Zopiro.

Nuestros primeros autores tomaban comunmente por asunto, los personages célebres de los tiempos heroicos; y nosotros hemos conservado este uso, porque los republicanos miran siempre con cierta alegría maligna rodar los tronos por el suelo, y la caida de un soberano que lleva tras sí la de un imperio; á lo cual puede añadirse que las desgracias de los particulares no arrojan de sí aquel maravilloso que exige la tragedia.

La accion debe ser entera y perfecta, es decir, debe tener un principio, un medio y un fin; pues así se explican los filósofos cuando hablan de un todo, cuyas partes se desenvuelven sucesivamente á nuestros ojos. Hagamos patente esta regla con un ejemplo. En la *Iliada* empieza la accion por la disputa de Agamenon con Aquiles; se continúa con los innumerables males que trae consigo la retirada del segundo; y se acaba cuando se deja ablandar por las lágrimas de Priamo. En efecto, despues de esta escena afectuosa, nada tiene el lector que desear.

Nicéforo. ¿Qué podia desear el lector despues de la muerte de Ayax? ¿No estaba acabada la accion á las dos terceras partes de la pieza? Sin embargo, Sófocles creyó que debia alargarla con una fria disputa entre Menelao y Teucro, que-

riendo el uno que se hagan al desgraciado Ayax los honores fúnebres, y el otro que no.

Teodecte. La privacion de estos honores aumenta entre nosotros los horrores de la muerte; y así puede añadir mayor terror á la catástrofe de una pieza. En el dia empiezan á mudarse nuestras ideas en este punto; y si este ultraje llegase á mirarse con indiferencia, no habria cosa mas inoportuna que la disputa de que hablais; bien que esto no seria falta de Sófocles. Volvamos á la accion.

No penseis como algunos autores que la unidad de la accion, no es otra cosa que la unidad del heroe, ni aunque sea en un poema hagais, como ellos, que abrazan todos los pormenores de la vida de Teseo ó de Hércules; porque es debilitar ó destruir el interes, prolongarle excesivamente, ó esparcirlo en un gran número de puntos. Admirad el tino de Homero, que no ha escogido para la *Iliada*, mas que un episodio de la guerra de Troya.

Zopiro. Sé que las sensaciones aumentan su fuerza reuniéndose, y que el mejor medio de conmover un alma, es reiterar los golpes; sin embargo es preciso que la accion tenga cierta extension. La del *Agamenon* de Esquiles, no ha podido pasar sino en un tiempo considerable; la de *las Suplicantes* de Eurípides dura muchos dias, mientras que la del *Ayax* y del *Edipo* de

Sófocles se termina en una corta parte de un dia. Las obras maestras de nuestro teatro me ofrecen variedades, que me hacen detener.

Teodecte. Seria de desear que la accion no durase mas tiempo que la representacion de la pieza; pero á lo menos procurad ceñirla al tiempo que media entre el nacimiento y ocaso del sol *.

Insisto sobre la accion, porque es, por decirlo así, el alma de la tragedia, y el interes teatral pende principalmente de la fábula, ó de la constitucion del argumento.

Polo. Los hechos confirman ese principio: he visto que han gustado algunas piezas sin mas mérito que estar la fábula bien dispuesta, y seguida con habilidad. Otras he visto, en que las costumbres, pensamientos y estilo aseguraban al parecer el mejor éxito, y sin embargo desagradaron, porque era mala su disposicion. Este es el defecto de todos los principiantes.

Teodecte. Y tambien lo fué de muchos autores antiguos, pues no cuidaron á veces de sus planes, compensándolo con las bellezas parciales,

* Aristóteles dice, un giro ó vuelta del sol; y guiados de esta expresion han establecido los modernos la regla de veinte y cuatro horas; pero los intérpretes mas doctos entienden por la vuelta del sol, la aparicion diaria de este astro sobre nuestro horizonte; y como se representaban las tragedias al acabarse el invierno, no debia durar la accion mas que nueve ó diez horas.

que son en la tragedia, lo que los colores en la pintura. Por hermosos que sean estos colores, hacen menos efecto que los contornos elegantes de una figura dibujada con simples lineamentos.

Empezad pues bosquejando vuestro asunto, que despues le dareis los colores de que sea suceptible, Cuando lo disponeis, acordaos de la diferencia que hay entre el historiador y el poeta; pues el uno refiere las cosas como pasaron, y el otro como debieron ó pudieron pasar. Si la historia no os ofrece mas que un hecho desnudo de circunstancias, os será permitido adornarle con la ficcion, y juntar á la accion principal otras acciones particulares, que la hagan mas interesante; pero no añadais nada que no esté fundado en razon, ó que no sea verosimil ó necesario.

Al decir esto se hizo la conversacion mas general. Hablóse largamente acerca de las diferentes especies de verosimilitudes; atendiendo á que hay unas para el pueblo, y otras para las personas ilustradas; y nos convenimos en atenernos á la que exige un espectáculo donde domina la muchedumbre. Ved aquí lo que se decidió.

1º Se llama verosimil lo que á los ojos de casi todos parece verdadero. Tambien se entiende por esta palabra lo que sucede comunmente en

determinadas circunstancias. Así, en la historia, tal acontecimiento tiene ordinariamente tal consecuencia; en la moral, un hombre en tal situacion, edad, estado y caracter, debe hablar y obrar de tal ó tal manera.

2° Es verosimil, como decia el poeta Agaton, que sucedan cosas que no son verosímiles. Tal es el ejemplo de un hombre vencido por otro menos fuerte y menos valiente que él. De esta verosimilitud extraordinaria se han valido algunos autores para el desenlace de sus piezas.

3° Todo lo que se cree haber sucedido, es verosimil; y todo lo que se cree no haber sucedido nunca, es inverosimil.

4° Es menos malo emplear lo que es realmente imposible pero verosimil, que lo realmente posible é inverosimil. Por ejemplo, las pasiones, las injusticias, y los absurdos que se atribuyen á los dioses, no están en el orden de las cosas posibles; las maldades y desgracias de los heroes antiguos, no siempre están en el orden de las cosas probables; pero los pueblos han consagrado estas tradiciones, adoptándolas; y en el teatro la opinion comun equivale á la verdad.

5° Debe haber verosimilitud en la constitucion del argumento, en la trabazon de las escenas, en la pintura de las costumbres, en la eleccion de reconocimientos, en todas las partes del dra-

ma; de manera que debeis estar continuamente preguntándoos á vos mismo : ¿ es posible, es necesario que tal personage hable así, ú obre de tal manera?

Nicéforo. ¿ Y era posible que Edipo viviese veinte años con Jocasta sin informarse de las circunstancias de la muerte de Layo ?

Teodecte. No sin duda, pero la opinion general suponia el hecho; y por eso y para salvar el absurdo, no empieza Sófocles la accion hasta el momento en que se terminan los males que afligian á Tebas. Todo cuanto pasó antes de este momento es ageno del drama, como me lo hizo observar Aristóteles.

Nicéforo. Vuestro amigo, para disculpar á Sófocles, le atribuye la intencion que nunca tuvo; puesto que Edipo confiesa paladinamente su ignorancia, diciendo que nunca supo lo que habia pasado en la muerte de Layo; y pregunta donde fué asesinado este príncipe, si en Tebas, en el campo, ó en algun pais remoto. ¡Y qué! ¿un suceso á que debia la mano de la reina y el trono, no habia de haber llamado nunca su atencion? ¿Nadie le habia hablado de esto nunca? Convenid en que Edipo no era nada curioso, y que todos los de su corte usaban de mucha reserva.

En vano intentaba Teodecte disculpar á Sófocles; pues todos nos pusimos de parte de Nicé-

foro. Durante esta discusion se citaron muchas piezas que cayeron, no por otra cosa, que por falta de verosimilitud; y entre otras, una de Carcino, en que los espectadores vieron entrar en el templo al principal personage, y no le vieron salir; por lo que cuando se presentó en una de las escenas siguientes, les disonó tanto, que silbaron la pieza.

Polo. Acaso tendria otros defectos mas esenciales; porque yo he representado muchas veces en la *Electra* de Sófocles, donde se hace mencion de los juegos píticos, cuya institucion es muy posterior al tiempo en que vivian los heroes de la pieza; y aunque en cada representacion se ha censurado el anacronismo, sin embargo la pieza se ha mantenido.

Teodecte. Ese yerro no lo percibe la mayor parte de los espectadores, y así es menos perjudicial que el otro, porque todos pueden conocerlo. En general, las inverosimilitudes que solamente las conocen las personas ilustradas, ó las encubre un vivo interes, no son temibles para un autor. ¿Cuántas piezas hay en que se supone en una relacion, que en un corto espacio de tiempo han pasado, fuera del teatro, muchos sucesos que pedirian una gran parte del dia? ¿Y por qué no se repara en ello? Porque arrebatado el espectador por la rapidez de la accion, no tiene ni tiempo ni ganas de volver

atras, y ponerse á hacer cálculos que le debilitarian la ilusion *.

Aquí se acabó la sesion primera.

SESION SEGUNDA.

Juntos todos el dia siguiente, dijo Zopìro á Teodecte: ayer nos hicisteis ver, que la ilusion teatral debe fundarse en la unidad de accion, y en la verosimilitud; ¿qué mas se necesita?

Teodecte. Lograr el fin de la tragedia, que es excitar el terror y la misericordia: se logra esto, 1° con el aparato, como cuando se ofrece á nuestra vista Edipo con una máscara ensangrentada, Telefo cubierto de andrajos, y las Euménides con atributos espantosos; 2° con la accion, cuando el argumento y la manera de trabar los incidentes bastan para conmover fuertemente al espectador. En el segundo de estos dos medios, es donde principalmente sobresale el ingenio del poeta.

Hace mucho tiempo que se conoce que de to-

* En la *Fedra* de Racine no se echa de ver, que mientras se dicen treinta y siete versos, es necesario que Aricia, despues de haber dejado la escena, llegue al lugar donde se han detenido los caballos, y que Terámenes tenga tiempo para volver adonde está Teseo.

das las pasiones, el terror y la misericordia son las únicas que pueden producir un patético, vivo y durable; de donde nacieron los esfuerzos que han hecho la elegía y la tragedia para comunicar á nuestra alma los movimientos que la sacan de su languidez sin violencia, y le proporcionan placeres sin remordimientos. Yo tiemblo y me enternezco al considerar las desgracias que padecen mis semejantes, y las que yo puedo padecer algun dia; mas yo amo estos temores y estas lágrimas. Aquellos temores no oprimen mi corazon, sino para que las lágrimas le alivien luego. Si el objeto que las hace correr estuviera delante de mis ojos, ¿cómo podria yo sufrir la vista? La imitacion me lo presenta al traves de un velo, que suaviza su aspecto; la copia es siempre inferior al original, y esta imperfeccion es uno de sus principales méritos.

Polo. ¿No es esto lo que queria decir Aristóteles, cuando afirmaba que la tragedia y la música causan la *purgacion* del terror y la misericordia?

Teodecte. Sin duda. Purgar estas dos pasiones, es depurar la naturaleza, y reprimir los excesos de ellas. Y en efecto, las artes de imitacion quitan á la realidad lo que tiene de odioso, y solamente conservan lo que es interesante. De aquí se sigue, que se deben evitar al espectador las conmociones demasiado penosas ó dolorosas.

Todavía hay memoria de aquel Amasis, rey de Egipto, que llegado al colmo de la desgracia no pudo verter una lágrima viendo á su hijo caminar al suplicio, y prorumpió en llanto al ver á uno de sus amigos cargado de cadenas, que alargaba la mano para pedir limosna á los pasageros. Esta última pintura enterneció su corazon, en lugar que la primera le habia endurecido. Apartad de mí esos excesos de terror, esos golpes fulminantes que ahogan la compasion: evitad el ensangrentar la escena; y no venga Medea á degollar sus hijos al teatro, Edipo á sacarse los ojos, y Ayax á atravesarse con su espada *. Esta es una de las reglas principales de la tragedia...

* Muchos críticos modernos han supuesto que en la tragedia de Sófocles, se atraviesa Ayax con su espada á vista de los espectadores, fundándose en el Escoliador, quien observa que rara vez se daban los heroes la muerte en el teatro. Yo pienso que no se ha violado la regla en esta ocasion: y para convencerse de ello, basta seguir el hilo de la accion.

Sabedor el coro que Ayax no estaba en la tienda, sale por los dos lados del teatro á buscarle y traerle. Vuelve á aparecer el heroe. Despues de un soliloquio tierno, se arroja sobre su espada, cuya empuñadura habia metido dentro de la tierra. Vuelve el coro; mientras se queja de la inutilidad de sus averiguaciones, oye los gritos de Tecmesa, que ha encontrado el cuerpo de su marido, y se adelanta á ver este funesto espectáculo. Luego Ayax no se mata dentro de la escena.

Yo he supuesto que al lado de la tienda de Ayax, puesta en el fondo del teatro, habia una salida para el campo, y que estaba

Nicéforo. Y esa es la que vos quebrantais continuamente, complaciéndoos en alimentar nuestros ojos con imágenes terribles y desagradables. Acordaos de aquel Edipo, y aquel Polimnestor, que privados de la vista, vuelven á salir al teatro teñidos con la sangre que les mana todavía de los ojos

Teodecte. Este espectáculo es fuera de la fábula, y solo se trae por condescender con la muchedumbre que necesita de conmociones violentas.

Nicéforo. Vosotros sois quienes la habeis familiarizado con las atrocidades. No hablo de aquellos crímenes, que espanta solo el oirlos; de aquellos esposos, de aquellas madres, de aquellos hijos degollados por los mismos que mas aman en el mundo; pues sé que me respondereis que la historia consagra estos hechos; que los habeis oido desde vuestra infancia, y sucedieron en siglos tan remotos, que por consecuencia no excitan ya mas que el miedo necesario para la tragedia. Pero vosotros teneis la

oculta con una cortina que se habia echado cuando salió el coro. En este sitio oculto se habia dejado ver Ayax, y allí habia declarado altamente su última resolucion. Ved aquí porque se ha dicho que el papel de este heroe pedia una voz fuerte. Habia puesto su espada á algunos pasos de allí, fuera de la tienda. Así, los espectadores podian verle y oirle cuando recitaba el soliloquio, y no podian ser testigos de su muerte.

funesta habilidad de aumentar su horror. Los cabellos se me erizan cuando al oir los gritos de Clitemnestra, á quien su hijo Orestes acaba de herir detras del teatro, clama su hija Electra en la escena: « hiere otra vez si puedes.»

Teodecte. Es tan grande el interes que ha dado Sófocles á esta princesa durante toda la pieza, y son tantas las desgracias y los oprobios que han caido sobre ella, tantas las convulsiones de temor, de desesperacion y de alegría que ha experimentado, que sin atreverse á disculparla, se le disimula este acto de ferocidad en que cae en un primer movimiento. Observad que Sófocles previó el efecto, y que para enmendarlo tuvo cuidado de que Electra declarase en otra escena anterior, que no desea vengarse sino del asesino de su padre.

Este ejemplo que manifiesta la destreza con que una mano maestra prepara y dirige los tiros, prueba al mismo tiempo, que los afectos de que se nos quiere penetrar, dependen principalmente de las relaciones y calidades del principal personage.

Notad como una accion que pasa entre personas enemigas ó indiferentes, no hace mas que una impresion pasagera, en lugar que experimenta uno fuertes perturbaciones cuando ve á alguno próximo á perecer á manos del hermano, de la hermana, del hijo, ó de los padres.

Poned pues si es posible vuestro heroe á que lidie con la naturaleza; pero no escojais un malvado, porque no excitará ni terror, ni compasion, ora pase de la felicidad á la infelicidad, ó del estado infeliz al feliz. Tampoco elijais un hombre que, dotado de virtud sublime, caiga en la desgracia sin merecerla.

Polo. Estos principios necesitan explicacion. Concibo bien, que el castigo del malo no causa ni lástima, ni terror, pues no debo dolerme sino de las desgracias no merecidas, siendo así que el malvado es muy acreedor á las que le sobrevienen: ni debo temer sino las desdichas de mis semejantes, y el malvado no lo es. Pero la inocencia perseguida, oprimida, vertiendo lágrimas amargas, exhalando ayes inútiles, no hay cosa mas terrible, ni lastimera.

Teodecte. Ni mas odiosa cuando queda abatida contra toda apariencia de justicia; porque entonces, en lugar del placer puro, y de la dulce satisfaccion que yo iba á buscar al teatro, no recibo mas que conmociones dolorosas, que irritan mi corazon y mi razon. Acaso os parecerá nuevo mi lenguage; pero este es el de los filósofos, que en estos últimos tiempos han meditado sobre el placer que debe causar la tragedia.

¿Cuál es pues la pintura que la tragedia debe presentar en la escena? La de un hombre, que en cierto modo pueda culparse de su desgracia.

¿No habeis observado que las desgracias de los particulares, y aun las revoluciones de los imperios, proceden muchas veces de un primer yerro remoto ó próximo, cuyas consecuencias son tanto mas espantosas cuanto fueron menos previstas? Si aplicais ahora esta observacion, hallareis en Tiestes la venganza llevada al extremo; en Edipo y Agamenon ideas falsas sobre el honor y la ambicion; en Ayax un orgullo que se desdeña de la ayuda del cielo; en Hipólito la injuria hecha á una divinidad zelosa; en Jocasta el olvido de los mas sagrados deberes; en Priamo y en Hécuba, demasiada condescendencia con el robador de Helena; en Antígona los sentimientos de la naturaleza preferidos á las leyes establecidas.

La suerte de Tiestes y de Edipo causa horror; pero Tiestes despojado por su hermano Atreo del derecho que tenia al trono, le hace el ultraje mas sangriento robándole una esposa amada. Atreo era culpable, y Tiestes no estaba inocente. Edipo intenta en vano escudarse con este título, y exclamar que ha matado á su padre sin conocerle; pues habiéndole advertido poco antes el oráculo que cometeria este atentado, ¿debia disputar los honores del paso á un anciano que encontró en el camino, y quitarle la vida, igualmente que á los esclavos que le acompañaban por un insulto leve?

Zopiro. No fué dueño de su ira.

Teodecte. Debia serlo: los filósofos no admiten pasion tan violenta, que nos fuerce á pesar nuestro; y si los espectadores menos ilustrados son mas indulgentes, á lo menos saben que el exceso momentaneo de una pasion, basta para arrastrarnos al abismo.

Zopiro. ¿Os atreveis á condenar á Antígona por haber dado sepultura á su hermano, contraviniendo á una prohibicion injusta?

Teodecte. Yo admiro su valor, y la compadezco al verla reducida á elegir entre dos deberes opuestos; pero en fin la ley era terminante: Antígona la quebrantó, y la condenacion tuvo un pretexto.

Si entre las causas señaladas á las miserias del personage principal, las hay que sean fáciles de excusar, entonces le dareis debilidades y defectos que suavicen á nuestros ojos el horror de su destino. Segun estas reflexiones, reunireis el interes sobre un hombre, que mas bien sea bueno que malo; que caiga en la infelicidad, no por un crimen atroz, sino por uno de aquellos grandes yerros de que uno hace poco caso en la prosperidad: tales fueron Edipo y Tiestes.

Polo. De esa manera, no aprobais aquellas piezas en que el hombre se ha hecho culpable é infeliz á pesar suyo. Sin embargo, siempre han sido aplaudidas, y siempre se verterán lágrimas

por la suerte desgraciada de Fedra, de Orestes y de Electra.

Esta observacion ocasionó una disputa muy viva entre los concurrentes: unos sostenian que adoptar el principio de Teodecte, era reprobar el teatro antiguo, por no tener, segun decian, otro movil que los ciegos decretos del hado: otros respondian que en la mayor parte de las tragedias de Sófocles y de Eurípides, aunque se hacia mencion de estos decretos de cuando en cuando en la narracion, no influian, ni en las desgracias del principal personage, ni en la contextura de la accion; citando entre otras la *Antigona* de Sófocles, la *Medea* y la *Andrómaca* de Eurípides.

Con este motivo se habló de este hado irresistible, tanto para los dioses como para los hombres. Este dogma, decian unos, parece mas perjudicial que lo que es en la realidad; y así, si observais á sus partidarios, vereis que discurren como si nada pudiesen, y obran como si lo pudiesen todo. Los otros, despues de haber mostrado que no sirve mas que para disculpar los crímenes, y desanimar la virtud, preguntaron cómo habia podido establecerse.

Hubo un tiempo, respondió uno, en que no pudiendo contener á los opresores de los débiles por medio de los remordimientos, se imaginó refrenarlos con el temor de la religion; y enton-

ces fué una impiedad, no solamente ser negligente en el culto de los dioses, ó despreciar su poder, sino tambien despojar sus templos, robar los rebaños consagrados á ellos, é insultar á sus ministros. Estos crímenes debian castigarse, á menos que el culpado no reparase el insulto, y no viniese á los pies de los altares á sujetarse á las ceremonias destinadas para purificarle. Los sacerdotes no le perdian de vista: si la fortuna le colmaba de beneficios, decian que aquellos favores se los hacian los dioses para que cayese en el lazo: si experimentaba alguna de aquellas adversidades propias de la condicion humana, decian que la ira del cielo habia ya descargado sobre él: si se libertaba del castigo durante su vida, entonces decian que el rayo estaba suspenso, pero que sus hijos y sus nietos llevarian el peso y el castigo de su maldad. De esta manera se fueron acostumbrando los hombres á ver la venganza de los dioses, persiguiendo al culpable hasta en su última generacion; venganza mirada como justicia respecto al que la habia merecido, y como hado respecto á aquellos que habian recibido esta herencia funesta. Con esta solucion creyeron explicar aquel encadenamiento de maldades y de desastres, que destruyeron las mas antiguas familias de la Grecia. Citemos algunos ejemplos.

Eneo, rey de los Etolios, fué negligente en

ofrecer sacrificios á Diana, pronta á tomar venganza de este menosprecio; de donde dimanaron aquellas plagas continuas que asolaron sus Estados, aquellos odios homicidas que dividieron la familia real, y acabaron en la muerte de Meleagro, hijo de Eneo.

Un yerro de Tántalo fué motivo para que las Furias se cebasen en la sangre de los Pelópides. Ya la habian estas inficionado con todo su veneno, cuando dirigieron el dardo que lanzó Agamenon contra una cierva consagrada á Diana. La diosa exigió el sacrificio de Ifigenia; este sacrificio sirvió de pretexto á Clitemnestra para degollar á su esposo: Orestes quita la vida á su madre por vengar á su padre; y las Euménides le persiguen hasta tanto que recibe la expiacion.

Acordémonos por otra parte de aquella serie no interrumpida de crímenes horribles y desgracias espantosas, que cayeron sobre la casa reinante desde Cadmo, fundador de Tebas, hasta los hijos del desventurado Edipo. ¿Cuál fué el origen funesto de tantos males? Cadmo habia matado un dragon, que guardaba una fuente dedicada á Marte; se habia casado con Hermione, hija de Marte y de Venus. Vulcano, arrebatado de sus zelos, vistió á esta princesa con una ropa teñida con crímenes, que se trasmitieron á sus descendientes.

¡Dichosas empero las naciones, cuando la ven-

ganza divina no se extiende mas que sobre la posteridad del culpado! ¡Cuántas veces ha descargado sobre un pueblo entero! ¡Y cuántas tambien los enemigos de un pueblo han incurrido en la enemistad de los dioses de él, aunque nunca les habian ofendido!

A esta idea injuriosa de la divinidad, se sustituyó en lo sucesivo otra que no lo era menos. Algunos sabios, á quienes asombraban las vicisitudes que trastornan las cosas humanas, supusieron una potestad, que se burla de nuestros proyectos, y nos aguarda en el momento de la felicidad, para sacrificarnos á su cruel envidia.

De estos monstruosos sistemas, añadió Teodecte, resulta que un hombre puede ser impelido al crimen ó á la desgracia por solo el impulso de una divinidad, á quien sea odiosa su familia, su nacion ó su prosperidad.

Sin embargo, como la dureza de esta doctrina se echaba de ver mejor en la tragedia que en los demas escritos, la expusieron por lo comun nuestros primeros autores con ciertos correctivos, y de este modo se aproximaron á la regla que acabo de establecer: unas veces el personage, á quien persigue el hado, lo disculpa con algun yerro personal, que se ha juntado al que habia heredado; otras veces, despues de haber cumplido con lo que debia á su destino, salia del precipicio adonde el hado le habia conducido. Fedra

se abrasa en amor criminal: Venus es quien le enciende en su corazon para perder á Hipólito. ¿Qué hace Eurípides? No da á esta princesa mas que un papel subalterno: aun todavía hace mas, y es que ella concibe y ejecuta el execrable proyecto de acusar á Hipólito. Su amor es involuntario, no su crimen; y así Fedra no es mas que un personage odioso, que despues de haber excitado alguna conmiseracion, produce al fin la indignacion.

El mismo Eurípides quiso reunir todo el interes sobre Ifigenia. No bastan sus virtudes, ni su inocencia, sin que lave con su sangre el ultraje que Agamenon habia hecho á Diana. ¿Qué hace tambien el autor? No consumar la desgracia de Ifigenia; sino que la diosa la traslada á Táuride, de donde volverá á traerla triunfante á la Grecia.

En ninguna parte domina mas el dogma de la fatalidad, que en las tragedias de *Orestes* y de *Electra*. Pero por mas que se cuide de referir el oráculo que les manda vengar á su padre; de llenarlos de terror antes del crimen y de remordimientos despues de cometido; de confortarlos con la aparicion de una divinidad que los disculpa y les promete mas feliz suerte; estos asuntos no dejan de ser contrarios al objeto de la tragedia. No obstante agradan; porque no hay cosa mas capaz de conmover que el peligro de

Orestes, las desgracias de Electra, y el reconocimiento de los dos hermanos; y por otra parte, todo se hermosea en la pluma de Esquiles, de Sófocles y de Eurípides.

Hoy que la sana filosofía nos prohibe atribuir á la divinidad el mas mínimo movimiento de envidia ó de injusticia, dudo que semejantes fábulas tratadas por la primera vez con la misma superioridad, reuniesen todos los votos. A lo menos, sostengo que disgustaria ver el personage principal amancillarse con un crimen atroz, y pongo por garante de ello el modo con que Astídamas ha construido últimamente la fábula de su *Alcmeon*. La historia supone que fué autorizado este príncipe para meter el puñal en el pecho de Erifile, su madre. La misma materia trataron otros muchos autores. Eurípides apuró inútilmente todos los recursos del arte para colorear tan horrible atentado. Astídamas tomó un partido mas conforme á la delicadeza de nuestro gusto: Erifile perece ciertamente á manos de su hijo, pero sin que él la conozca.

Polo. Si no admitis esta tradicion de crímenes y de desastres, que vienen de padres á hijos, os vereis obligado á suprimir las quejas con que resuena el teatro á cada paso contra la injusticia de los dioses, y contra los rigores del destino.

Teodecte. No toquemos al derecho de los desgraciados: dejémosles las quejas, pero tomen estas

quejas una direccion mas conveniente; porque hay para ellos un orden de cosas mas real, y no menos espantoso que el hado; y es la enorme desproporcion entre sus extravíos, y los males que resultan de ellos; el caer en el mayor infortunio en que puede verse el hombre por una pasion momentanea, por una imprudencia ligera, y tal vez por una prudencia demasiado perspicaz, y en fin, el que los yerros de los gefes causen la desolacion en todo un imperio.

Semejantes calamidades eran bastante frecuentes en aquellos siglos remotos en que las pasiones fuertes, como la ambicion y la venganza desplegaban toda su energía: y en efecto, lo primero que hizo la tragedia fué valerse de los acontecimientos de los siglos heroicos; acontecimientos consignados en parte en los escritos de Homero, y mas todavía en una coleccion intitulada, *Ciclo épico*, donde varios autores reunieron las tradiciones antiguas de los Griegos.

Ademas de esta fuente, de donde tomó Sófocles casi todos sus asuntos, se han tomado algunas veces de la historia moderna, y otras se ha usado de la libertad de inventarlos. Esquiles sacó al teatro la derrota de Xerxes en Salamina; y Frínico la toma de Mileto: Agaton dió una pieza en que todo es fingido; y Eurípides otra en que todo es alegórico.

Estas varias tentativas tuvieron aceptacion;

pero no hubo quien siguiese este ejemplo, no sé si por requerirse gran talento, ó porque se echó de ver que la historia no deja bastante libertad al poeta; que la ficcion le concede demasiada, y que es dificil conciliar la una y la otra con la naturaleza de nuestro teatro. En efecto, ¿qué exige este? Una accion verosimil y por lo regular acompañada de la aparicion de espectros, y de la intervencion de los dioses. Si escogieseis un suceso reciente, seria preciso quitarle lo maravilloso: si lo inventaseis, no estaria apoyado ni en la autoridad de la historia, ni en la preocupacion de la opinion pública, y os exponiais á ir contra la verosimilitud. De aquí procede que los asuntos de nuestras mejores piezas se sacan ahora de un corto número de familias antiguas, como la de Alcmeon, de Tiestes, de Edipo, de Telefo, y de algunas otras en que acaecieron en otro tiempo tantas escenas horrendas.

Nicéforo. Yo quisiera deciros con buen modo, que sois bien molesto con vuestros Agamenones, vuestros Orestes, vuestros Edipos, y todos estos linages de proscriptos. ¿No os da vergüenza ofrecernos asuntos tan comunes y tan manoseados? Algunas veces me admira la esterilidad de vuestros ingenios, y la paciencia de los Atenienses.

Teodecte. No hablais ahora con ingenuidad, pues sabeis mejor que nadie, que trabajamos en

una mina inagotable; y que si tenemos que respetar las fábulas recibidas, no es mas que en los puntos esenciales. Es preciso, á la verdad, que Clitemnestra perezca á manos de Orestes; Erifile á las de Alcmeon; pero las circunstancias de un mismo hecho varian en las tradiciones antiguas, y el autor puede elegir las que mas convengan á su plan, ó sustituirles otras nuevas. Bástale tambien emplear uno ó dos personages conocidos, y los demas quedan á su arbitrio. Cada asunto ofrece variedades innumerables, y deja de ser el mismo desde que se le quiere dar nuevo nudo, y otro desenlace.

Variedad en las fábulas, y estas son simples ó implexas ó intrincadas; son simples cuando la accion continúa y se acaba de un modo uniforme, sin que otro accidente divierta ó suspenda su curso: intrincadas, cuando hay en ellas, ó alguno de aquellos reconocimientos que mudan las relaciones que tienen entre sí los personages, ó una de aquellas revoluciones que mudan su estado, ó ambas cosas reunidas. Al llegar aquí se examinaron estas dos especies de fábulas, y todos convinieron en que las implexas eran preferibles á las simples.

Variedad en los incidentes que excitan el terror ó la misericordia. Si estos dos efectos son obra de los sentimientos de la naturaleza de tal modo desconocidos ó contrariados, que el uno

de los personages se exponga á perder la vida, entónces el que da ó va á dar la muerte, puede obrar de uno de estos cuatro modos: 1° Puede cometer el crimen con deliberacion, y de ello hay muchos ejemplos entre los antiguos. Citaré el de la *Medea* de Eurípides, la cual concibe el proyecto de matar á sus hijos, y le ejecuta. Pero esta accion es tanto mas bárbara, cuanto menos necesaria; y así creo que nadie se atreveria á ponerla hoy en el teatro. 2° Puede no conocerse el crimen hasta despues de cometido, como en el *Edipo* de Sófocles. En este caso, la ignorancia del culpado hace menos odiosa su accion, y las noticias que adquiere sucesivamente, nos inspiran el mas vivo interes. Aprobamos este modo. 3° La accion llega algunas veces hasta el momento de la ejecucion, y se para repentinamente por un conocimiento inesperado. Tal es Mérope, que reconoce á su hijo, é Ifigenia á su hermano en el momento de herirlos. Este modo es el mas perfecto de todos.

Polo. En efecto, cuando Mérope tiene la espada alzada sobre la cabeza de su hijo, se suscita un estremecimiento general en todo el concurso, de lo que he sido testigo muchas veces.

Teodecte. El cuarto y mas defectuoso modo, es pararse en el momento de la ejecucion por una simple mudanza de voluntad: bien que casi nunca se usa. Aristóteles me citaba un dia el

ejemplo de Hemon, que saca la espada contra su padre Creon, y en lugar de matarle, se mata á sí mismo.

Nicéforo. ¿Y cómo le habia de matar cuando Creon atemorizado se habia puesto en fuga?

Teodecte. Bien podia el hijo ir tras él.

Polo. Tambien puede ser que el hijo no tuviese otra intencion que inmolarse delante del padre, como parecia haber hecho la amenaza en una de las escenas anteriores; porque, ciertamente, Sófocles conocia muy bien lo que era correspondiente al teatro, para suponer que el virtuoso Hemon se atreviese á atentar á los dias de su padre.

Zopiro. ¿Pues, y por qué no se habia de atrever? No sabeis que Hemon estaba para casarse con Antígona; que la ama, y que ella le ama; que su padre la ha condenado á enterrarla viva; que el hijo no ha logrado aplacarle con sus lágrimas; que la halla muerta; que se arroja á sus pies, y se revuelca espirando de rabia y de amor. ¿Y os indignariais de que viniendo de improviso Creon, se arrojase, no sobre su padre, sino sobre el verdugo de su amante? ¡Ah! si no se digna de perseguir á este vil tirano, es porque le acosa el deseo de acabar su vida odiosa.

Teodecte. Ennobleced su accion, diciendo que su primer movimiento fué de furor y de venganza, y el segundo de remordimiento y de virtud.

Zopiro. Bajo cualquier aspecto que se mire, yo soy de parecer que este rasgo es de los mas patéticos y sublimes de nuestro teatro; y si vuestro Aristóteles no lo siente así, probablemente que nunca amó.

Teodecte. Amable Zopiro, cuidad de no descubrir los secretos de vuestro corazon. Por complaceros, dejemos en buen hora este ejemplo; pero conservemos el principio de que no se debe empezar una accion atroz, ó que empezada, no se debe abandonar sin motivo; y continuemos repasando los medios de variar una fábula.

Variedad en los reconocimientos, que son uno de los mayores recursos de lo patético, sobre todo cuando producen una mudanza repentina en el estado de las personas. Los hay de muchas clases; unos, sin arte alguna, que ordinariamente son el recurso de los poetas medianos, y se fundan en señales, ó accidentales ó naturales; por ejemplo, brazaletes, collares, cicatrices ó señales impresas en el cuerpo *: otros tienen invencion. Se cita con elogio el reconocimiento de Diceógenes en sus *Cipriacos* en donde viendo el heroe una pintura en que se representaban sus desgracias, prorumpió en lá-

* Aristóteles cita un descubrimiento hecho de un modo bien raro, por una lanzadera que daba cierto sonido; el cual estaba en el *Tereo* de Sófocles, cuya pieza se ha perdido.

grimas que le descubrieron; el de Polyides en su *Ifigenia*, donde estando Orestes á punto de ser sacrificado, exclama: ¡que no solo mi hermana ha sido sacrificada, sino que yo lo he de ser tambien! Los mejores reconocimientos nacen de la accion, como sucede en el *Edipo* de Sófocles, y en la *Ifigenia en Aulide* de Eurípides.

Variedad en los caracteres. El de los personages que se presentan ordinariamente en el teatro, es decidido entre nosotros; pero lo es en su generalidad solamente. Aquiles es impetuoso y violento; Ulises prudente y disimulado; Medea implacable y cruel; pero de tal modo pueden graduarse estas calidades, que de un solo carácter resulten muchos, que solamente sean parecidos en lo principal; tal es el de Electra y el de Filoctetes en Esquiles, Sófocles y Eurípides. Lícito es exagerar los defectos de Aquiles; pero es mejor debilitarlos con el esplendor de su virtud, como hizo Homero. Imitando este modelo, dió el poeta Agaton un Aquiles, cual no se habia visto todavía en el teatro.

Variedad en las catástrofes. Unas acaban en la felicidad, y otras en la infelicidad: las hay en que por una doble mudanza, los buenos y los malos experimentan la mudanza de contraria fortuna. El primer modo conviene solamente á la comedia.

Zopiro. ¿Y por qué se ha de excluir de la tra-

gedia? Derramad lo patético en el discurso de la pieza; pero á lo menos dejadme respirar al fin, y que consolada mi alma, logre el premio de su sensibilidad.

Teodecte. ¿Quereis pues que yo apague aquel tierno interes que os agita, y que haga cesar las lágrimas que derramais con tanto placer? La mayor recompensa que yo puedo dar á vuestra alma sensible, es perpetuar del modo posible, las sensaciones que ha recibido. De aquellas escenas afectuosas en donde desplega el autor todos los secretos del arte y de la elocuencia, no resulta mas que un patético de situacion, y nosotros queremos uno que nazca de la accion, que lo vaya aumentando á cada escena, y que obre en el alma del espectador, siempre que llegue á sus oidos el nombre de la pieza.

Zopiro. ¿Y no le hallais en aquellas tragedias, en que los buenos y los malos experimentan una mudanza de fortuna?

Teodecte. Ya he insinuado que el placer que causan, se parece mucho al que recibimos en la comedia. Es verdad que á los espectadores les va gustando esta doble mudanza, y que aun algunos autores le señalan el primer lugar; pero yo soy de parecer que solamente merece el segundo, y me refiero á la experiencia de Polo. ¿Cuáles son las piezas que pasan por verdaderamente trágicas?

Polo. En general las que tienen una catástrofe funesta.

Teodecte. ¿Y qué efectos han producido en vos, Anacarsis, los diferentes destinos que asignamos al personage principal?

Anacarsis. A los principios yo derramaba abundantes lágrimas, sin buscar la causa de ello: despues observé que vuestras mejores piezas perdian parte de su interes en la segunda representacion; pero que esta pérdida era mucho mas notable en las que terminan felizmente.

Nicéforo. A mí me falta preguntaros cómo lograreis poneros de acuerdo con vos mismo. Quereis que la catástrofe sea funesta, y sin embargo habeis preferido aquella mudanza, que arranca al hombre del infortunio, y le pone en mas dichoso estado.

Teodecte. Yo he preferido el reconocimiento que detiene la ejecucion del crimen; pero no he dicho que deba servir de desenlace. Orestes, reconocido por Ifigenia, está á punto de caer bajo las armas de Tebas; reconocido por Electra, cae en manos de las Furias; de suerte que no ha hecho mas que pasar de un riesgo y de una desgracia á otra. Eurípides le saca de este segundo estado por la intervencion de una divinidad, la que podia ser necesaria en su *Ifigenia en Táuride;* pero no lo era en su *Orestes*, cuya accion seria mas trágica si hubiera abandonado los asesinos

de Clitemnestra á los tormentos de sus remordimientos. Es cierto que Eurípides gustaba mucho de hacer bajar los dioses en una máquina, y emplea muy á menudo este artificio grosero para exponer el argumento, ó para desenredar la pieza.

Zopiro. Segun eso, no aprobais las apariciones de los dioses, cuando son tan favorables al teatro.....

Nicéforo. ¡ Y tan cómodas para el poeta!

Teodecte. Yo no las permito sino cuando es necesario sacar de lo pasado ó de lo venidero algunos conocimientos, que no se pueden tener de otro modo. Sin este motivo, el prodigio honra mas al maquinista, que al autor.

Conformémonos siempre con las leyes de la razon, y las reglas de la verosimilitud: disponed vuestra fábula de tal modo, que se exponga, enrede y desenrede por sí misma: que no venga un agente celestial á instruirnos en un frio prólogo de lo que ha sucedido antes, y de lo que debe suceder despues; que el nudo formado por los obstáculos que han precedido á la accion, y por los que esta arroja de sí, se apriete mas y mas á cada escena hasta donde empieza la catástrofe; que los episodios no sean ni muchos, ni dilatados, que los incidentes nazcan con rapidez unos de otros, y traigan acontecimientos imprevistos; en una palabra, que todas las par-

tes de la accion estén tan trabadas entre sí, que quitada ó mudada una sola, se destruya ó mude el todo : no imiteis á aquellos autores que ignoran el arte de terminar felizmente una fábula bien tejida, y que despues de haberse metido imprudentemente entre los escollos, no discurren otro recurso para salir de ellos, que implorar el auxilio del cielo.

Quedan pues indicados los diversos modos de tratar la fábula; á lo cual podeis juntar las innumerables diferencias que os ofrecerá la sentencia, y sobre todo la música. Con esto no podreis quejaros de la esterilidad de nuestros asuntos, y tened presente que lo mismo es presentarlos bajo una nueva forma, que inventarlos.

Nicéforo. Mas vosotros no los animais bastante. Algunas veces se podria decir, que temeis sondear las pasiones; si por casualidad las poneis á luchar unas con otras, ó las oponeis á deberes rígidos, apenas nos dejais descubrir los combates que se dan continuamente.

Teodecte. Mas de una vez se han pintado con los mas dulces colores los afectos del amor conyugal, y los de la amistad; cien veces con pincel mas vigoroso los furores de la ambicion, del odio, de la envidia y de la venganza. ¿Querríais que en estas ocasiones nos hubieran dado retratos y analisis del corazon humano? Entre nosotros cada arte, y cada ciencia, tiene sus límites.

Debemos dejar, ya sea á la moral, ya á la retórica, la teórica de las pasiones; y aplicarnos, no tanto á sus progresos, como á sus efectos; porque nosotros no ponemos á vuestros ojos el hombre, sino las vicisitudes de su vida, y sobre todo las desgracias que le oprimen. De tal manera es la tragedia la narracion de una accion terrible y afectuosa, que muchas de nuestras piezas se terminan con estas palabras que pronuncia el coro: *así acaba esta aventura.* Considerándola bajo este punto de vista, comprendereis que si es esencial expresar las circunstancias que dan á la narracion mas interes, y hacen mas funesta la catástrofe, lo es mas todavía el que se entienda todo, mas bien que decirlo todo. Tal es el método de Homero, quien no se detiene en especificar los afectos que unian á Aquiles y á Patroclo; sino que en la muerte de este último se manifiestan con torrentes de lágrimas, y estallan como el trueno.

Zopiro. Yo echaré siempre de menos que hasta ahora se haya descuidado la pintura de la mas dulce y fuerte pasion. Todos los fuegos del amor arden en el corazon de Fedra, y no dan el mas leve calor en la tragedia de Eurípides. Sin embargo, los primeros asaltos del amor, sus progresos, sus turbulencias, sus remordimientos..... ¡qué multitud tan rica de pinturas para el pincel del poeta! ¡Qué nuevas fuentes de interes para

el papel de esta princesa! Hemos hablado del amor de Hemon á Antígona; ¿y por qué este afecto no habia de ser el movil principal de la accion? ¿Qué luchas no hubiera excitado en el corazon del padre, y en el de los dos amantes? ¡Cuántos deberes que respetar, cuántos peligros y desgracias que temer!

Teodecte. Esas pinturas que echais de menos, serian tan perjudiciales para las costumbres, como poco dignas de un teatro que solo se emplea en acaecimientos grandes, y movimientos elevados del ánimo. En los siglos heroicos no produjo nunca el amor ninguna de las mudanzas que la tragedia nos pone á la vista.

Zopiro. ¿Y la guerra de Troya?

Teodecte. No fué ciertamente el haber perdido á Helena, lo que armó á los Griegos contra los Troyanos: sino por una parte la necesidad en que se hallaba Menelao de tomar venganza de semejante afrenta; y por otra el juramento que tenian hecho los demas príncipes, saliendo garantes de la posesion de su esposa, de manera que no atendieron á que el amor estaba violado, sino á que el honor estaba agraviado.

El amor no tiene en realidad mas que enredos de corta entidad, cuya narracion dejamos á la comedia; ó suspiros, lágrimas y debilidades que los poetas líricos han tomado á su cargo el expresarlos. Si algunas veces aparece con rasgos

nobles y grandes, los debe á la venganza, á la ambicion, y á los zelos, tres móviles poderosos, que nunca hemos dejado de emplear.

SESION TERCERA.

Se trató de las costumbres, de la sentencia, de los afectos, y de la locucion, que convienen á la tragedia.

En las obras de imitacion, dijo Teodecte, y principalmente en el poema, sea épico, sea dramático, lo que se llama costumbres, es la exacta conformidad de las acciones, de los afectos, de los pensamientos, de los discursos del personage con su caracter. Es preciso pues que desde las primeras escenas se reconozca en lo que hace y diee, cuáles son sus inclinaciones actuales, y cuáles tambien sus proyectos ulteriores.

Las costumbres caracterizan al que obra; y así deben ser buenas. Lejos de recargar los defectos, cuidad de debilitarlos. La poesía, como la pintura, hace favor al retrato sin perjuicio de la semejanza. No mancheis el caracter de un personage, aunque sea subalterno, sino cuando os obligue la necesidad. En una pieza de Eurípides hace Menelao un papel reprensible, porque obra mal sin necesidad.

Es menester tambien que las costumbres sean convenientes, parecidas é iguales: que sean adecuadas á la edad, y dignidad del personage; que no estén en contradiccion con la idea que las tradiciones antiguas nos dan del heroe, y que no se desmientan en el discurso de la pieza.

¿Quereis darles realce y lustre? Contraponedlas. Notad como en Eurípides se hace interesante el caracter de Polinice por el de Eteocle, su hermano; y en Sófocles el de Electra por el de Crisotemis, su hermana.

Nosotros debemos, como los oradores, inspirar á nuestros jueces la compasion, el terror, y la indignacion; probar como ellos una verdad, refutar una objecion, aumentar ó disminuir un objeto. Para esto hallareis preceptos en los tratados que se han publicado sobre la retórica, y ejemplos en las tragedias, que son el ornamento del teatro. Aquí es donde resalta la belleza de los pensamientos, y la elevacion de los afectos; aquí es donde triunfa el idioma de la verdad, y la elocuencia de los desgraciados. Mirad á Mérope, Hécuba, Electra, Antígona, Ayax, Filoctetes, rodeados de los horrores de la muerte, ó de la ignominia, ó desesperacion; oid aquellos acentos doloridos, aquellas exclamaciones que traspasan el corazon, aquellas expresiones apasionadas que desde un cabo á otro del teatro hacen resonar el clamor de la naturaleza en to-

dos los corazones, y fuerzan á todos los ojos á llenarse de lágrimas.

¿De qué nacen estos efectos admirables? De que nuestros autores poseen en sumo grado el arte de poner sus personages en situaciones tiernas, y poniéndose ellos mismos en ellas, se abandonan enteramente al afecto único y profundo, que exige la circunstancia.

Estudiad continuamente nuestros grandes modelos: penetraos de sus bellezas; pero sobre todo, aprended á juzgar de ellas, sin que una servil admiracion os haga respetar sus errores. Tened valor para reprobar lo que dice Jocasta, cuando convenidos sus dos hijos en subir alternativamente al trono de Tebas, se resistia Eteocle á bajar; y para inclinarle á este sacrificio, le alega la reina entre otras cosas, que la igualdad estableció en otro tiempo, las pesas y medidas, y ha arreglado siempre el orden periódico de los dias y las noches.

Las sentencias claras, precisas y naturales, agradan mucho á los Atenienses; pero es menester tener cuenta en elegirlas, porque miran con horror las máximas subversivas de la moral.

Polo. Y muchas veces sin fundamento. A Eurípides le censuraron que hubiese puesto en boca de Hipólito estas palabras: « mi lengua ha « pronunciado el juramento, pero mi corazon

« lo desaprueba. » No tiene duda que estas palabras convenian á la situacion, y sus enemigos le acusaron maliciosamente de que hacia de ellas un principio general. En otra ocasion quisieron echar fuera del teatro al actor que hacia el papel de Belerofonte, por haber dicho, segun lo requeria su papel, que la riqueza era preferible á todo. La pieza iba á desgraciarse; pero Eurípides subió al teatro, y habiéndosele dicho que quitase aquel verso, respondió que él habia nacido para dar lecciones, y no para tomarlas de nadie; pero que si tenian la paciencia de esperar un poco, verian como Belerofonte llevaba el castigo á que era acreedor. Cuando dió su *Ixion*, le dijeron muchos de los espectadores, despues de la representacion, que su heroe era demasiadamente malvado. Por eso, respondió, le he puesto al fin en una rueda.

Aunque el estilo de la tragedia, continuó Teodecte, no sea ya tan pomposo como en otro tiempo, es necesario, sin embargo, que sea proporcionado á la dignidad de las ideas. Emplead las gracias de la elocucion para encubrir las inverosimilitudes que os veis precisado á admitir; pero si teneis pensamientos que explicar, ó caracteres que pintar, guardaos de oscurecerlos con vanos adornos. Evitad las expresiones bajas. A cada especie de drama le conviene un tono particular, y colores distintos. La igno-

rancia de esta regla es la causa de que el lenguage de Cleofonte y de Esteleno se acerque al de la comedia.

Nicéforo. Yo descubro otra causa. El género que vosotros tratais, es tan artificial, y el nuestro tan natural, que á cada paso os veis obligados á pasar del primero al segundo, y de tomar prestados nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuèstros usos, nuestros donaires, y nuestras expresiones. Os citaré solamente autoridades respetables, como Esquiles, Sófocles y Eurípides, usando de equívocos, y haciendo alusiones insulsas á los nombres de sus personages; y así es que Sófocles pone en la boca de Ayax estas palabras estupendas: « ¡ ay! ¡ ay! « ¡qué fatal conformidad entre el nombre que « tengo, y las desgracias que padezco * !»

Teodecte. Por ese tiempo estaban en la persuasion de que los nombres que nos ponen, presagian el destino que nos aguarda, y no ignorais que en el infortunio es menester atribuirlo á alguna causa.

Nicéforo. ¿Pero cómo se puede disculpar en vuestros autores el gusto de las etimologías falsas, los juegos de palabras, las metáforas frias, los chistes insulsos, las imágenes indecentes,

* Ay es el principio del nombre de Ayax. Los Griegos pronunciaban Ay-as.

aquellas sátiras contra las mugeres, aquellas escenas interpoladas de un cómico bajo; y aquellos frecuentes ejemplos de rusticidad ó de familiaridad intempestiva? ¿Quién puede sufrir que en lugar de anunciarnos lisa y llanamente la muerte de Dejanira, vengan á decirnos, que acaba de hacer su último viage sin dar un paso? ¿Conviene á la dignidad de la tragedia que los hijos vomiten injurias groseras y ridículas contra sus padres; que Antígona nos asegure que sacrificaria un esposo y un hijo á su hermano, porque podria tener otro esposo y otro hijo; pero que no teniendo ya padre ni madre, no podia reemplazar el hermano que habia perdido?

Nada extraño que Aristófanes lance de paso una saeta contra los medios en que Esquiles ha fundado el reconocimiento de Orestes y Electra; ¿pero debia Eurípides parodiar y ridiculizar este mismo reconocimiento? Me remito al parecer de Polo.

Polo. Confieso que mas de una vez me ha parecido que estaba yo representando una comedia con la máscara de la tragedia. Permítaseme añadir á los ejemplos que acabais de citar, otros dos sacados de Sófocles y Eurípides.

Habiendo tomado el primero por argumento de una de sus tragedias la metamórfosis de Tereo y de Procné, se toma la libertad

de gastar muchas chanzonetas contra este príncipe, quien como Procné aparece en figura de ave.

El segundo introduce en una de sus piezas un pastor, que cree haber visto en alguna parte el nombre de Teseo. Preguntado sobre ello, responde: « yo no sé leer; pero voy á describir la « figura de las letras. La primera es un redondo « con un punto en medio [1]; la segunda se com- « pone de dos lineas perpendiculares, juntas « por una transversal; y así de las demas. » Observad que esta descripcion anatómica del nombre de Teseo agradó tanto, que Agaton dió de allí á poco otra, que creyó sin duda mas elegante.

Teodecte. No me atrevo á asegurar que yo no aventuraré la tercera en una tragedia que estoy componiendo: estos juguetes del ingenio divierten á la muchedumbre; y no pudiendo reducirla á nuestro gusto, bien es menester que nos sujetemos al suyo. Nuestros mejores escritores se han lamentado de esta servidumbre, y la mayor parte de los defectos que acabais de descubrir, prueban claramente que no han podido sacudirla. Acercándose á los siglos heroicos, se han visto forzados á pintar costumbres

[1] Eurípides describia en esta pieza la figura de las seis letras griegas que componen el nombre de Teseo, ΘΗΣΕΥΣ.

diferentes de las nuestras; y al intentar acercarse á la naturaleza, debian pasar de lo simple á lo familiar, cuyos límites no están bastante señalados.

Con menos ingenio, corremos nosotros mayores riesgos. El arte se ha hecho mas dificil. Por un lado, el público saciado de las bellezas, que le presentan por tanto tiempo á sus sentidos, exige locamente que el autor reuna los talentos de cuantos le han precedido: por otro, se quejan los actores de que sus papeles no tienen bastante lucimiento; de manera que nos vemos obligados á ampliar ó violentar el asunto, ó á quitarle su trabazon; y aun muchas veces con su negligencia ó poca habilidad desacreditan una pieza, Polo me perdonará esta censura, y mas cuando aventurarla delante de él, es elogiarle.

Polo. Soy en todo de vuestro parecer; y voy á contar á Zopiro el riesgo que corrió en otro tiempo el *Orestes* de Eurípides. En aquella hermosa escena, en que este príncipe recobra el uso de sus sentidos, pasados los accesos de furor, no habia el actor Hegéloco proporcionado su respiracion; de suerte que tuvo que separar dos palabras, las que segun se elidian ó no, formaban dos sentidos muy diferentes; y así en lugar de esta expresion *despues de la borrasca veo la calma*, dijo esta: *despues de la borrasca veo el ga-*

to *. Ya se deja conocer el efecto que en aquel momento de interes produciria semejante despropósito; todo fué reir á carcajadas los espectadores, y prorumpir en epigramas picantes los enemigos del poeta y del actor.

SESION CUARTA.

En la cuarta sesion se ventilaron algunos puntos que se habian reservado hasta entonces. En primer lugar se notó, que en casi todas las escenas están las respuestas y las réplicas verso á verso, lo que hace el diálogo sumamente vivo y conciso; pero algunas veces poco natural. Lo segundo, que Pilades no dice mas que tres versos en una pieza de Esquiles, y ninguno en la *Electra* de Sófocles, como tampoco en la de Eurípides: que otros personages, aunque presentes, callan durante muchas escenas, sea por exceso del dolor, ó sea por altanería de carac-

Γαληνὰ, *galena*, en griego, significa la calma. Γαλῆν, *galen*, significa un *gato*. En el pasage de que se trata, Hegéloco debia decir *galena oro, la calma yo veo*. Estas dos palabras se pronunciaban de modo, que se oia al mismo tiempo la última vocal de la primera, y la primera de la segunda. Cansado el actor, y falto de respiracion repentinamente, se vió obligado á pararse despues de la palabra *galena*, cuya última vocal omitió, y dijo: *galen... oro*, esio es *un gato... yo veo*.

ter. Lo tercero, que algunas veces se han introducido personages alegóricos, como la Fuerza, la Violencia, la Muerte y el Furor. Lo cuarto, que los coros de Sófocles hacen parte de la accion; los mas de Eurípides tienen poca trabazon con ella; los de Agaton están del todo separados; y que á ejemplo de este último, no se repara en el dia en insertar en los intermedios, otros fragmentos de poesía y de música, que hacen perder de vista el argumento.

Despues que se declararon todos contra estos abusos, pregunté yo si la tragedia habia llegado á su perfeccion. Todos respondieron á una voz, que algunas piezas no dejaban nada que desear, en cercenándoles algunos lunares que las desfiguraban, y no eran inherentes á su constitucion; pero habiendo instado yo que Aristóteles titubeaba en este punto, se examinó esto mas de cerca, y se multiplicaron las dudas.

Los unos defendian que el teatro era muy vasto, y el número de los espectadores demasiado grande. De aquí resultan, decian ellos, dos inconvenientes: uno es que los autores tienen que acomodarse al gusto de la multitud ignorante, y el otro que los actores tienen que dar voces que los rinden, y aun así no suele oirlos parte del auditorio; por lo cual proponian que se eligiese un recinto menor, y se aumentase el precio de los asientos, á fin de que solo los ocupa-

sen gentes decentes. A esto respondian otros, que este proyecto no podia conciliarse ni con la naturaleza, ni con los intereses del gobierno; añadiendo, que si los espectáculos se mantenian con tanta magnificencia, era solo en gracia del pueblo y de los forasteros; y que por un lado se destruiria la igualdad que debe reinar entre los ciudadanos, y por otro se perderia el dinero que los extrangeros dejan en esta ciudad mientras duran las fiestas.

Los primeros replicaban, que se podian suprimir los coros y la música, como ya se empezaba á practicar en la comedia. Los coros, añadieron, obligan continuamente á los autores á faltar á la verosimilitud; porque es indispensable que los personages de la pieza vengan, quieran ó no quieran, al patio de un palacio, ú á otro sitio descubierto, á manifestar sus mas íntimos pensamientos, ó á tratar asuntos de Estado delante de muchos testigos, que suelen estar allí sin motivo alguno; que Medea publique allí los terribles proyectos que medita; que Fedra declare una pasion que quisiera ocultar aun de sí misma; que Alcestes moribundo haga que le lleven allá para exhalar el último aliento. En cuanto á la música es un absurdo suponer que unos hombres oprimidos por el dolor, obren, hablen y mueran cantando.

Sin el coro, respondian los otros, no hay mo-

vimiento en el teatro, ni magestad en el espectáculo. No solo aumenta el interes durante las escenas, sino que lo conserva en los intermedios. A esto añadian, que el pueblo no querria privarse del atractivo de la música, y que adoptar la mudanza propuesta seria desfigurar la tragedia.

Guardémonos, dijo Nicéforo, de despojarla de sus exornaciones, pues en ello perderia mucho; pero á lo menos se le podria dar otro destino mas noble, y que á imitacion de la comedia...

Teodecte. ¿Nos haga reir?

Nicéforo. No; pero que nos sea util.

Teodecte. ¿Y quién se atreverá á decir que no lo es? ¿No están sembradas nuestras tragedias de máximas de la mas sana moral?

Nicéforo. ¿Y no está la accion misma en contradiccion con ella? Al saber Hipólito el amor de Fedra, se cree amancillado con solo saberlo, y no por eso deja de perecer. ¡Qué funesta leccion para la juventud! En otro tiempo, á imitacion nuestra, emprendisteis quitar el velo á los vicios del gobierno; ¡pero qué diferencia entre vuestro modo de proceder y el nuestro! Nosotros ridiculizábamos los desórdenes de los oradores del Estado; y vosotros insistiais tristemente sobre los abusos de la elocuencia. Nosotros deciamos á veces á los Atenienses verdades

duras y provechosas, y vosotros los adulais todavía con un descaro, que debiera causaros rubor.

Teodecte. Dando pasto á su odio contra el despotismo, los hacemos mas adictos á la democracia; y manifestándoles la compasion, la beneficencia, y demas virtudes de sus mayores, les ponemos delante modelos, manteniéndoles la vanidad para inspirarles honor. No hay asunto que no les haya enseñado á sobrellevar sus males, y á preservarse de los errores que pueden ocasionarlos.

Nicéforo. Yo convendria en eso, si la instruccion naciese de la sustancia misma de la accion; si desterraseis del teatro esas calamidades hereditarias en una familia; si el hombre no fuese culpable nunca sin ser criminal, ni nunca infeliz sino por el abuso de las pasiones; si el malvado quedase siempre castigado, y recompensado el hombre de bien.

Pero mientras sigais servilmente vuestras reglas, no teneis que esperar fruto alguno de vuestros esfuerzos. Es preciso, ó corregir el vicio radical de vuestras historias escandalosas, ó valerse de asuntos de imaginacion, como se ha hecho alguna vez. No sé si sus planes serian susceptibles de combinaciones mas acertadas, pero sé que la moral podria ser mas pura y mas instructiva.

Todos los circunstantes aplaudieron esta idea, sin exceptuar á Teodecte, quien sin embargo insistia, en que en el estado actual de las cosas era la tragedia tan util á las costumbres, como la comedia. Discípulo de Platon, dijo entonces Polo dirigiéndome la palabra, ¿qué dirian vuestro maestro y Sócrates de la disputa suscitada entre Teodecte y Nicéforo? Yo respondí, que hubieran desaprobado las pretensiones de ambos, y que los filósofos no podian ver sin indignacion aquel tejido de obscenidades y personalidades que amancillaban la antigua comedia.

Acordémonos de las circunstancias de aquellos tiempos, dijo Nicéforo: Pericles acababa de imponer silencio al areopago; y ciertamente no hubiera quedado ningun recurso á las costumbres, si nuestros autores no hubieran tenido valor para ejercer la censura pública.

No hay valor en ser malo, cuando queda sin castigo la maldad, respondí yo. Comparemos los dos tribunales de que acabais de hablar; veo en el del areopago jueces íntegros, virtuosos, y circunspectos, doliéndose de encontrar un reo, y no condenarle sin que estuviese convicto; veo en el otro escritores apasionados, energúmenos, y algunas veces sobornados, buscando víctimas por todas partes, para sacrificarlas á la malignidad del público; suponiendo crímenes, exagerando vicios, y haciendo á la virtud la

afrenta mas horrible, en el hecho de vomitar las mismas injurias contra el hombre de bien que contra el malvado.

¡Qué reformador es ese Aristófanes, que era quien tenia mas ingenio y talentos, el que mejor conoció el donaire, y el que mas se dejó llevar de una feroz jovialidad! Se dice que solo trabajaba cuando estaba tomado del vino, pero mejor dirian que estaba tomado del odio y de la venganza. Cuando sus enemigos están exentos de infamia, entonces les tira al nacimiento, á la pobreza, y á los defectos personales. ¡Cuántas veces motejó á Eurípides con que era hijo de una verdulera! En lugar de agradar como debia á los hombres buenos, parece que muchas de sus piezas están destinadas únicamente para las gentes mas relajadas y perversas.

Nicéforo. Yo abandono á Aristófanes, cuando sus donaires degeneran en sátiras licenciosas; pero le admiro cuando penetrado de los males de su patria, se enardece contra los que la descaminan con sus consejos; cuando con este fin acomete sin miramiento á los oradores, á los generales, al senado, y aun al pueblo. Esto fué lo que acrecentó su gloria, y la llevó muy lejos. El rey de Persia dijo á los embajadores de Lacedemonia, que los Atenienses serian pronto dueños de la Grecia, si seguian los consejos de este poeta.

Anacarsis. ¿Y qué nos importa el testimonio del rey de Persia? ¿Ni qué confianza podia merecer un autor que no sabia, ó fingia no saber, que no se debe perseguir el crimen con el ridículo, y que un retrato deja de ser odioso, en cargándole de rasgos burlescos? Nadie se rie de ver un tirano ó un malvado, ni tampoco se reirá al ver su imagen bajo cualquier aspecto que se le presente. Aristófanes pintaba con vehemencia la insolencia y rapiñas de aquel Cleonte, á quien aborrecia, y estaba al frente de la república; pero las bufonadas groseras y desagradables deshacian al instante el efecto de sus pinturas. Cleonte, en algunas escenas del mas bajo cómico, vencido por un hombre de la hez del pueblo que le disputa y quita el imperio de la insolencia, quedó tan groseramente envilecido, que no merecia ser despreciable. Lo que resultaba de esto es, que la multitud se reia de él, como en otras piezas se reia de Hércules y de Baco; pero en saliendo del teatro corria á postrarse delante de Baco, de Hércules y de Cleonte.

Las reprensiones que daba el poeta á los Atenienses, eran mas moderadas, sin ser mas útiles. Ademas de que se disimulaba fácilmente esta especie de licencia, cuando no iba contra la constitucion establecida, Aristófanes acompañaba las suyas con correctivos, traidos oportunamente. « Este pueblo, decia, obra sin reflexion

ni consecuencia; es duro, colérico, insaciable de alabanzas; en sus juntas es un anciano que entiende con media palabra, y sin embargo se « deja llevar como un niño á quien le enseñan « un dulce; pero fuera de esto manifiesta el ma- « yor juicio é inteligencia. Bien sabe que le en- « gañan, lo tolera por algun tiempo, reconoce « despues su error, y al fin castiga á los que han « abusado de su bondad.» El anciano, lisonjeado con su elogio, se reia de sus defectos, y despues de haberse mofado de sus dioses, de sus gefes, y de sí mismo, continuaba siendo supersticioso, bobo, y ligero.

Un espectáculo tan indecente y maligno irritaba á las personas mas sensatas é ilustradas de la nacion. Y estaban tan lejos de mirarlo como el apoyo de las costumbres, que Sócrates nunca asistia á las comedias, y la ley prohibia á los areopagitas componerlas.

Al llegar aquí, exclamó Teodecte: negocio concluido; y se levantó al momento. Esperad, le dijo Nicéforo, nos falta una decision sobre vuestros autores. ¿Y qué tengo que temer? dijo Teodecte: Sócrates gustaba de ver las piezas de Eurípides, estimaba á Sófocles, y todos nosotros hemos vivido siempre en buena armonía con los filósofos. Yo que estaba á su lado, le dije al oido: eso es mucha generosidad. Sonrióse, y continuó en ademan de querer retirarse; pe-

ro le detuvimos, y yo me ví obligado á volver á tomar la palabra, que dirigí á Teodecte.

Sócrates y Platon hacian justicia al talento y á la probidad de vuestros mejores escritores; pero los acusaban de haber, como los demas poetas, degradado los dioses y los heroes. Y en efecto, creo que no os atrevais á disculparles en cuanto al primer punto. Toda virtud, toda moral queda destruida cuando los objetos del culto público, mas viciosos, mas injustos y mas bárbaros que los hombres mismos, ponen asechanzas á la inocencia para hacerla infeliz, y la impelen al crimen para castigarla de él. La comedia que expone semejantes divinidades á la risa pública, es menos perniciosa que la tragedia que las propone á nuestra veneracion.

Zopiro. Seria facil darles otro caracter mas augusto. ¿Pero qué se podria añadir al de los heroes de Esquiles y Sófocles?

Anacarsis. Una grandeza mas real y mas constante. Veré si acierto á explicarme. Si se atiende á las mudanzas que habeis tenido desde vuestra civilizacion, parece que se pueden distinguir tres suertes de hombres, que no tienen entre sí mas que relaciones generales.

El hombre de la naturaleza, cual era todavia en los siglos heroicos; el del arte, cual es ahora; y el que hace algun tiempo que la filosofía ha emprendido formar.

El primero sin artificio y sin falsedad, pero extremado en sus virtudes y en sus debilidades, no tiene medida fija, y así es ó muy grande ó muy pequeño; este es el de la tragedia.

El segundo, perdido el caracter noble y generoso que distinguia al primero, no sabe ni lo que es ni lo que quiere ser; de suerte que no se ve en él mas que una mezcla extravagante de usos, que le llevan mas á las apariencias que á la realidad, y de disimulaciones tan frecuentes, que parecen prestadas las mismas calidades que tiene propias. Su único recurso es representar la comedia, y él es á quien la comedia representa tambien.

El tercero está modelado con proporciones nuevas. Una razon mas fuerte que sus pasiones, le ha dado un caracter enérgico y uniforme; puesto al nivel de los acontecimientos, no permite que estos le arrastren en pos de sí como un vil esclavo: ignora si las adversidades de la vida son bienes ó males, sabiendo solamente que son consecuencia de aquel orden general, á que se cree obligado á obedecer. Goza sin remordimientos su carrera en silencio, y mira sin temor la muerte acercarse á él á paso lento.

Zopiro. ¿Y no le aflige vivamente la muerte de un padre, de un hijo, de una esposa, y de un amigo?

Anacarsis. Siente despedazársele las entrañas;

pero fiel á sus principios, se endurece contra el dolor, y ni en público ni en secreto deja salir lágrimas ni lamentos inútiles.

Zopiro. Esas lágrimas y esos lamentos aliviarian su alma.

Anacarsis. Antes la debilitarian; una vez dominada, quedaria dispuesta para serlo mas en adelante. En efecto, observad que esta alma está como dividida en dos partes: la una siempre en movimiento, y siempre necesitada de apasionarse, preferiria los tiros vivos del dolor, al tormento insufrible de la quietud: la otra solo se emplea en refrenar el ímpetu de la primera, y en procurarnos una calma que no pueda turbar el tumulto de los sentidos y de las pasiones; y ciertamente, no es este sistema de paz interior el que tiran á establecer los autores trágicos; ni escogerán por personage principal un hombre juicioso y siempre semejante á sí mismo; porque este caracter seria dificil de imitar, y no causaria impresion á la muchedumbre; y así se dirigen á la parte mas sensible y mas ciega de nuestra alma; la conmueven, la atormentan, y penetrándola de terror y conmiseracion, la obligan á saciarse de aquellas lágrimas, y de aquellos lamentos, de que está, por decirlo así, hambrienta.

¿Y qué se podrá esperar de un hombre que desde su infancia ha hecho un ejercicio continuo

de temores y pusilanimidad? ¿Cómo se persuadirá á que es cobardía, é ignominia rendirse á los males, cuando todos los dias ve que Hércules y Aquiles no rêparan, aquejados del dolor, en despedir clamores, gemidos y lamentos: cuando todos los dias ve que un pueblo entero honra con sus lágrimas el estado de abatimiento á que la desgracia ha reducido aquellos heroes, antes invencibles?

No, la filosofía no podrá conciliarse con la tragedia; pues la una destruye continuamente la obra de la otra. La primera clama con tono severo al desgraciado: resiste con frente serena á la borrasca: mantente firme y sereno en medio de las ruinas que se desploman en torno de tí: respeta la mano que te oprime, y sufre sin quejarte; pues tal es la ley de la sabiduría. La tragedia con voz afectuosa y mas persuasiva clama por otro lado: mendiga el consuelo; rasga tus vestiduras; revuélcate en el polvo; llora y deja desahogar el dolor; tal es la ley de la naturaleza.

Nicéforo triunfaba, é inferia de estas reflexiones que la comedia perfeccionada se acercaria á la filosofía, en lugar que la tragedia se apartaria mas y mas. Cierta sonrisa maliciosa que se le escapó en este momento, irritó tanto el joven Zopiro, que saliendo de repente de los límites de la moderacion, dijo que yo solamente habia re-

ferido el sentir de Platon, y que las ideas quiméricas no prevalecerian jamas contra el juicio ilustrado de los Atenienses, y sobre todo de los Atenienses que han preferido siempre la tragedia á la comedia. Tras esto la tomó contra un drama que al cabo de dos siglos de esfuerzos se resiente todavía de los vicios de su origen.

Conozco, decia á Nicéforo, vuestros mas célebres escritores; y aun hace poco que he vuelto á leer todas las piezas de Aristófanes, menos la de *las Aves*, cuyo asunto me irritó desde las primeras escenas; y sostengo que no merece la reputacion que tiene. Sin hablar de aquella sal acre y punzante, ni de aquellas negras ruindades con que ha llenado sus escritos, ¡cuántos pensamientos oscuros, cuántos juegos de palabras insípidos, qué desigualdad de estilo!

A eso añado, dijo Teodecte interrumpiéndole, ¡qué elegancia, qué pureza en la diccion, qué finura en los donaires, qué verdad, qué calor en el diálogo, qué poesía en los coros! Sois muy joven, y os aconsejo que no os hagais descontentadizo para parecer ilustrado, teniendo presente que el parar la consideracion, principalmente en los extravíos del ingenio, suele ser señal de un corazon viciado, ó de cortos alcances. De que un hombre grande no lo admire todo, no se sigue que el que no admira nada, sea hom-

bre grande. Esos autores, cuyas fuerzas calculais antes de haber hecho prueba de las vuestras, están llenos de defectos y de bellezas; pero estas irregularidades son propias de la naturaleza, la que á pesar de las imperfecciones que descubre en ella nuestra ignorancia, no parece menos grande á los ojos atentos.

Aristófanes conoció aquella especie de donaire que agradaba entonces á los Atenienses, y que agradará á todos los siglos. De tal modo encierran sus escritos el germen de la verdadera comedia, y los modelos del estilo cómico, que no podrá aventajarle quien no esté penetrado de sus bellezas. Vos mismo os habriais convencido de esto al leer aquella alegoría, que brota por todas partes rasgos originales, si hubierais tenido la paciencia de acabarla. Permítaseme dar una idea de algunas de las escenas que contiene.

Queriendo Pistéteres y otro ateniense vivir libres de los pleitos y disensiones que les incomodan en Atenas, se trasladan á la region de las aves, y les persuaden á que edifiquen una ciudad en medio de los aires. Al dar principio á esta obra iban á sacrificar un macho cabrío; pero se suspenden las ceremonias por la llegada de algunos importunos, que vienen á buscar fortuna á esta nueva ciudad. El primero es un poeta, que apenas llega canta estas palabras: « celebra, mu-

« sa mia, celebra la feliz Nefelococcigia*.» Pistéteres le pregunta, cuál es su nombre y patria. Yo soy, responde, para servirme de la expresion de Homero, el fiel criado de las Musas; de mis labios destila la miel y la armonía.

PISTETERES.

¿Qué motivo os ha traido aquí?

EL POETA.

Rival de Simónides, he compuesto cánticos sagrados de toda especie, para todas las ceremonias, todos en honor de esta nueva ciudad, que no cesaré de cantar. ¡O padre, ó fundador de Etna! haced que mane sobre mí la fuente de beneficios que yo quisiera acumular sobre vos.

Esto es una parodia de algunos versos que Píndaro habia dirigido á Hieron, rey de Siracusa.

PISTETERES.

Este hombre me atormentará hasta que le regale. Oye (*á su esclavo*), dále tu casaca, y guarda tu túnica: (*al poeta.*) tomad ese vestido, porque parece que estais yerto de frio.

* Este es el nombre que se acaba de dar á la nueva ciudad; y significa la ciudad de las aves en la region de las nubes.

EL POETA.

Mi musa recibe vuestros dones con agradecimiento. Oid ahora estos versos de Píndaro.

Son una nueva parodia, en que pide la túnica del esclavo. La logra por fin, y se retira cantando.

PISTETERES.

En fin, he podido librarme de la frialdad de sus versos. ¿Quién habia de pensar que tuviésemos tan presto semejante plaga? Pero continuemos nuestro sacrificio.

EL SACERDOTE.

Silencio.

UN ADIVINO, *con un libro en la mano.*

No toqueis la víctima.

PISTETERES.

¿Quién sois?

EL ADIVINO.

El intérprete de los oráculos.

PISTETERES.

Tanto peor para vos.

EL ADIVINO.

Cuidado, y respetad las cosas santas : os traigo un oráculo concerniente á esta ciudad.

PISTETERES.

Antes debierais habérmelo manifestado.

EL ADIVINO.

No lo han permitido los dioses.

PISTETERES.

¿Quereis decirlo?

EL ADIVINO.

« Cuando los lobos habiten con las corne-
« jas en la llanura que separa á Sicione de Co-
« rinto *.... »

PISTETERES.

¿Qué tengo yo que ver con los Corintios?

EL ADIVINO.

Esta es una imagen misteriosa; el oráculo de-

* Habia un oráculo célebre que empezaba así.

signa la region del aire en que estamos. Escuchad lo que sigue: « sacrificareis un macho cabrío á la Tierra, y dareis al primero que os « explique mis voluntades, un hermoso vestido, « y un calzado nuevo. »

PISTETERES.

¿Está ahí el calzado?

EL ADIVINO.

Tomad, y leed. « Mas, un frasco de vino, y « una porcion de las entrañas de la víctima. »

PISTETERES.

¿Están tambien ahí las entrañas?

EL ADIVINO.

Tomad y leed. « Si vos haceis lo que mando, « sereis superior á los mortales, como el águila « lo es á las aves. »

PISTETERES.

¿Tambien está eso ahí?

EL ADIVINO.

Tomad, y leed.

PISTETERES.

Yo tengo en este librito un oráculo que recibí de Apolo, y se diferencia algo del vuestro; vedle aquí. Cuando alguno, sin ser convidado, tenga el descaro de introducirse entre vosotros, de perturbar el orden de los sacrificios, y de exigir una porcion de la víctima, lo molereis á palos.

EL ADIVINO.

¿Me parece que os burlais?

PISTETERES, *presentándole el librito.*

Tomad, y leed. Aunque sea un águila, ó alguno de los mas ilustres impostores de Atenas, dadle sin misericordia.

EL ADIVINO.

¿Está tambien ahí eso?

PISTETERES.

Tomad, y leed. Fuera de aquí, y marchad á otra parte con vuestros oráculos.

Apenas sale, cuando se presenta el astrónomo Meton, con la regla y el compas en la mano, y propone alinear la nueva ciudad, diciendo mil

desatinos. Pistéteres le aconseja que se retire, y para obligarle á ello tiene que valerse del palo. En el dia, en que está generalmente reconocido el mérito de Meton, esta escena desacredita mas al poeta que al astrónomo.

Entonces se presenta uno de aquellos inspectores que la república envia á los pueblos tributarios, de quienes exigen ciertos regalos. Al acercarse dice en alta voz: ¿dónde están los que deben recibirme?

PISTETERES.

¿Quién es este Sardanápalo?

EL INSPECTOR.

La suerte me ha dado la inspeccion de esta nueva ciudad.

PISTETERES.

¿Quién os envia?

EL INSPECTOR.

El pueblo de Atenas.

PISTETERES.

Vamos al caso: aquí no teneis en que meter-

os; pero compongámonos: os daremos algo, y os volvereis á vuestra casa.

EL INSPECTOR.

¡Por los dioses! convengo en ello, porque tengo precision de hallarme en la próxima junta general de Atenas, á causa de cierta negociacion que tengo entablada con Farnazo, uno de los lugartenientes del rey de Persia.

PISTETERES, *sacudiéndole.*

Ahí teneis lo quo os prometí; idos pronto de aquí.

EL INSPECTOR.

¿Pues qué es esto?

PISTETERES.

Esta es la decision de la junta sobre el asunto de Farnazo.

EL INSPECTOR.

¡Cómo, hay atrevimiento para golpear á un inspector! Testigos. (*Vase.*)

PISTETERES.

Es cosa que aturde: ¡apenas hemos empeza-

do á edificar la ciudad, y ya tenemos inspectores!

UN PREGONADOR DE EDICTOS.

Si algun habitante de la nueva ciudad insultare á un ateniense....

PISTETERES.

¿Qué quiere este otro con sus papeles mojados?

EL PREGONADOR.

Pregono los edictos del senado y del pueblo, y los traigo nuevos. ¿Quién los compra?

PISTETERES.

¿Qué es lo que mandan?

EL PREGONADOR.

Que os arregleis á nuestras pesas, á nuestras medidas, y á nuestros decretos.

PISTETERES.

Esperad, que voy á enseñaros los que usamos algunas veces. (*Le da golpes.*)

EL PREGONADOR.

¿Qué haceis?

PISTETERES.

Si no te vas con tus decretos....

EL INSPECTOR, *volviendo al teatro.*

Cito á Pistéteres á comparecer ante la justicia por causa de injuria.

PISTETERES.

¡Qué! ¿todavía estás aquí?

EL PREGONADOR, *volviendo al teatro.*

Si alguno echa á nuestros magistrados, en lugar de admitirlos con los honores debidos...

PISTETERES.

¿Y tú tambien?

EL INSPECTOR.

Se te condenará á pagar mil dracmas.

Entran y salen muchas veces. Pistéteres corre ya tras uno, ya tras otro, y por fin los obliga á irse.

Si juntais á este extracto el accionar de los actores, concebireis fácilmente que hace mucho tiempo que se sabia el verdadero secreto para hacer reir al pueblo, y sonreirse á los hombres de talento, y que solo falta hacer la aplicacion á los diferentes géneros de ridículos. Nuestros autores han nacido en circunstancias mas favorables; porque nunca ha habido tantos padres avaros, ni tantos hijos pródigos: nunca tantos caudales disipados en el juego, en los pleitos, y en las rameras: nunca en fin, tantas pretensiones en cada estado, ni tanta exageracion en las ideas, en los afectos y aun en los vicios.

Solamente entre los pueblos ricos é ilustrados como Atenas y Siracusa, podia nacer y perfeccionarse el gusto de la comedia. Los Atenienses llevan una ventaja á los Siracusanos; y es que su dialecto se acomoda mejor á esta especie de drama, pues el de Siracusa tiene algo de enfático.

Nicéforo quedó regocijado de oir los elogios que Teodecte daba á la comedia antigua. Yo quisiera, le dijo, tener el talento necesario para tributar el debido loor á las obras maestras de vuestro teatro. Me he propasado á descubrir algunos de sus defectos; pero entonces no se trataba de sus bellezas. Ahora que se pregunta si la tragedia es susceptible de nuevos progresos,

voy á explicarme claramente. En cuanto á la constitucion de la fábula, acaso el arte mas perfeccionado descubrirá otros medios que faltaron á los primeros autores, porque no se pueden señalar límites al arte; pero jamas se pintarán mejor los afectos de la naturaleza, porque esta no tiene dos idiomas.

Todos se conformaron con este dictamen unánimemente, y se acabó la sesion.



CAPITULO LXXII.

EXTRACTO DE UN VIAGE A LAS COSTAS DE ASIA, Y A ALGUNAS ISLAS VECINAS.

Tenia Filotas en la isla de Samos varias posesiones, en donde se necesitaba su presencia. Yo le propuse que partiésemos antes del término señalado, irnos á Quio, pasar al continente, recorrer las principales ciudades griegas que hay en la Eólide, en Jonia y en Dóride, visitar despues las islas de Rodas y de Creta, y por último ver á nuestro regreso las que están situadas hácia las costas del Asia, como Astipalea, Cos, Patmos, desde donde iriamos á Samos. La relacion

de este viage seria demasiado larga; y así extractaré de mi diario, no mas que los artículos que me parece convienen al plan general de mi obra.

Apolodoro quiso que nos acompañase su hijo Lisis, que, acabados sus ejercicios, empezaba á entrar en el mundo. Tambien quisieron acompañarnos muchos de nuestros amigos, entre otros Estratónico, famoso tañedor de cítara, amabilísimo para los que amaba, y muy temible á los que no amaba, porque sus agudezas siempre tenian buen efecto. Pasaba su vida en viajar por las diferentes provincias de la Grecia; y acababa de venir entonces de la ciudad de Enos de Tracia. Le preguntamos qué le habia parecido de aquel clima, á lo que respondió: « reina el in« vierno cuatro meses, y el frio los ocho restan« tes. » Habiendo prometido no sé donde, dar lecciones de su arte, no pudo reunir mas que dos discípulos. Daba sus lecciones en una sala donde habia las nueve estatuas de las Musas y la de Apolo. « ¿Cuántos discípulos teneis? le pre« guntó uno. — Doce, respondió, inclusos los « dioses. »

La isla de Quio donde tomamos tierra, es una de las mayores y mas famosas del mar Egeo. Las muchas cadenas de montes coronados de árboles hermosos, forman allí deliciosos valles, y las colinas están en varios parages cubiertas de vi-

ñas, que producen excelente vino. El mas estimado es el de un distrito llamado Arvisia.

Sus habitantes pretenden que han trasmitido á las demas naciones el arte de cultivar las viñas. Se regalan muy bien. Un dia que comimos en casa de uno de los principales isleños, se trató la famosa cüestion de la patria de Homero, á quien se quieren apropiar muchos püeblos. Tratáronse con desprecio las pretensiones de los demas pueblos, y se defendieron con calor las de Quio, dándonos, entre otras pruebas, la de que todavía subsistian en la isla los descendientes de Homero con el nombre de Homérides. En el mismo instante vimos presentarse dos, ricamente vestidos, y coronados con coronas de oro. No hicieron elogio alguno del poeta, pues tenian otro incienso mas precioso que ofrecerle; y así, despues de invocar á Júpiter, cantaron alternativamente muchos trozos de la *Iliada*, con tanta inteligencia en la ejecucion, que nosotros descubrimos nuevas bellezas en los rasgos que mas nos movieron.

Este pueblo tuvo por algun tiempo el imperio del mar. Su poder y riquezas llegaron á serle funestas. Se le debe hacer la justicia de que en las guerras que tuvo con los Persas, Lacedemonios y Atenienses, manifestó la misma prudencia en la próspera que en la contraria fortuna; pero se le debe tachar de haber introducido el

uso de comprar esclavos. Instruido el oráculo de este delito, le declaró que se habia atraido la ira del cielo. Esta es una de las mas hermosas é inútiles respuestas que los dioses han dado á los hombres.

De Quio pasamos á Cuma en la Eólide; y desde aquí salimos para visitar aquellas ciudades florecientes, que limitan el imperio de los Persas por el lado del mar Egeo. Lo que voy á decir exige algunas nociones preliminares.

Desde los tiempos mas remotos se hallaron los Griegos divididos en tres grandes colonias, que son los Dorios, Eolos y Jonios, cuyos nombres, se dice, les dieron los hijos de Deucalion, que reinó en Tesalia. Habiéndose establecido en diferentes territorios de la Grecia dos hijos suyos Doro y Eolo, y su nieto Ion, civilizados los pueblos, ó á lo menos reunidos por los cuidados de estos extrangeros, se honraron con sus nombres, así como las diversas escuelas de filosofía se distinguen con los de sus fundadores.

Las tres grandes clases que acabo de indicar; se hacen notables todavía por rasgos mas ó menos semejantes. La lengua griega nos ofrece tres dialectos principales, el dórico, eólico y jónico, los cuales admiten otras innumerables subdivisiones. El dórico, que se habla en Lacedemonia, en Argólide, en Creta, en Sicilia, etc., forma en todas estas y otras partes idiomas particu-

lares. Lo mismo sucede con el jónico. Por lo que hace al eólico, se confunde muchas veces con el dórico; y hallándose igual conformidad en otros puntos esenciales, solamente entre los Dorios y Jonios se podria hacer una especie de paralelo. Yo no emprenderé hacerle, y solamente citaré un ejemplo: siempre han sido severas las costumbres de los primeros; la grandeza y sencillez caracterizan su música, su arquitectura, su lengua y su poesía. El caracter de los segundos se ha amansado antes; y todas las obras que salen de sus manos, sobresalen por su elegancia y gusto.

Hay entre ellos una antipatía, fundada quizá en que Lacedemonia tiene la preeminencia entre las naciones dóricas, y Atenas entre las jónicas; y quizá en que no pueden clasificarse los hombres sin dividirse. Sea lo que fuere, los Dorios han adquirido mayor reputacion que los Jonios, quienes en ciertos parages se avergüenzan de que se les dé este nombre. Este desprecio, que nunca han experimentado los Atenienses, ha crecido singularmente desde que los Jonios del Asia han estado sujetos ya á tiranos particulares, ya á naciones bárbaras.

Cerca de dos siglos despues de la guerra de Troya, una colonia de estos Jonios hizo un establecimiento sobre las costas de Asia, de donde arrojó á los antiguos habitantes. Poco tiempo an-

tes los Eolos se habian apoderado del pais que está al norte de la Jonia, y el del mediodia cayó despues en poder de los Dorios. Estos tres distritos forman en la costa del mar una especie de orla, que en linea recta puede tener mil y setecientos estadios * de longitud, y cerca de cuatrocientos sesenta en su mayor anchura **. No incluyo en este cálculo las islas de Rodas, de Cos, de Samos, de Quio y de Lesbos, aunque hacen parte de las tres colonias.

El pais que ocupan en el continente es afamado por su riqueza y hermosura. Por todas partes se halla la costa hermosamente diversificada por cabos y senos, al rededor de los cuales se levantan muchos pueblos y ciudades: muchos rios, y entre ellos algunos que parece que se multiplican con sus frecuentes revueltas, fertilizan los campos. Aunque el terreno de la Jonia no iguala en fertilidad al de la Eólide, se goza en él de un cielo mas sereno, y de un temperamento mas suave.

Los Eolos tienen en el continente once ciudades, cuyos diputados se juntan en la de Cuma en ciertas ocasiones. La confederacion de los Jonios se ha formado de doce ciudades principa-

* Sesenta y cuatro leguas: (algo mas de 56 leguas de España.)

** Cerca de diez y siete leguas y un tercio: (algo mas de 15 leguas de España.)

les. Sus diputados se reunen todos los años cerca de un templo de Neptuno, situado en un bosque sagrado, sobre el monte Micale, á poca distancia de Efeso. Despues de un sacrificio prohibido á los demas jonios, y presidido por un mancebo de Priene, se delibera sobre los asuntos de la provincia. Los Estados de los Dorios se juntan en el promontorio Triopio. La ciudad de Gnido, la isla de Cos, y tres ciudades de Rodas, son las únicas que tienen derecho de enviar allí sus diputados.

De esta manera, con corta diferencia, se arreglaron desde los tiempos mas remotos las dietas de los Griegos asiáticos. Tranquilos en sus nuevas moradas, cultivaron en paz sus fértiles campiñas, y su localidad les convidó á trasportar sus frutos á otras partes. Con su industria fué creciendo el comercio, y andando el tiempo se establecieron en Egipto, arrostraron el mar Adriático y el Tirrenio, construyeron una ciudad en la isla de Córcega, y navegaron á la isla de Tarteso, mas allá de las columnas de Hércules.

Entre tanto, sus primeros progresos habian fijado la atencion de una nacion demasiado vecina para no ser temible. Los reyes de Lidia, cuya capital era Sardes, se apoderaron de algunas de sus ciudades. Creso las subyugó todas, y les impuso un tributo. Antes de acometer Ciro á este príncipe, les propuso que reuniesen con él sus

ejércitos, á lo que se negaron; y alcanzada la victoria, despreció sus homenages, é hizo marchar contra ellas á sus lugartenientes, que las unieron á la Persia por derecho de conquista.

Subleváronse reinando Darío, hijo de Histaspes; y poco despues auxiliadas por los Atenienses quemaron la ciudad de Sardes, y encendieron entre los Persas y los Griegos aquel odio fatal que todavía no se ha podido apagar con tantos rios de sangre. Subyugadas de nuevo por los primeros, forzadas á dar galeras contra los segundos, sacudieron el yugo despues de la batalla de Micale. Durante la guerra del Peloponeso, aliadas algunas veces de los Lacedemonios, lo fueron mas de los Atenienses, que por fin las subyugaron. La paz de Antálcidas las restituyó para siempre, algunos años despues, á sus antiguos señores.

De este modo los Griegos de Asia no se ocuparon casi por dos siglos mas que en llevar, limar, quebrantar y volver á llevar sus cadenas. La paz no era para ellos sino lo que es para las naciones civilizadas, un sueño que suspende por algun tiempo las fatigas. En medio de estas revoluciones violentas, ciudades enteras opusieron una resistencia obstinada á sus enemigos, y otras dieron los mayores ejemplos de valor. Los habitantes de Teos y de Focea abandonaron los sepulcros de sus padres, yéndose los primeros á

establecer á Abdera en Tracia, y parte de los segundos, despues de andar errantes por los mares, echó los fundamentos de la ciudad de Elea en Italia, y de Marsella en las Galias.

Los descendientes de los que quedaron en la dependencia de los Persas pagan el tributo que Darío impuso á sus mayores. En la division general que este príncipe hizo de todas las provincias de su imperio, se fijó para siempre la contribucion de cuatrocientos talentos* en la Eólide, Jonia, Dóride, juntas á la Panfilia, Licia y otras. Esta cantidad no parecerá exorbitante, si se considera la extension, fertilidad, industria y comercio de estas provincias. Como la asignacion del impuesto ocasionaba disensiones entre las poblaciones y entre los particulares, Artafernes, hermano de Darío, hizo medir y valuar por parasangas** las tierras de los contribuyentes, é hizo aprobar por sus diputados una lista de reparticion, para conciliar todos los intereses, y evitar toda disension.

Por este ejemplo se ve que la corte de Suza queria mantener á los Griegos, súbditos suyos, en la sumision mas bien que en la servidumbre,

* Cerca de dos millones y medio de libras: (mas de 8 millones de rs. vn.)

** Estas son parasangas cuádradas. La parasanga valia dos mil doscientas y sesenta y ocho toesas: (15,870 pies de España.)

pues les habia dejado tambien sus leyes, su religion, sus fiestas y sus juntas provinciales. Mas por una falsa política, el soberano concedia el dominio, ó á lo menos la administracion de una ciudad griega á uno de sus ciudadanos, quien despues de responder de la fidelidad de sus compatriotas, los excitaba á la rebelion, ó ejercia sobre ellos una autoridad absoluta. Entonces tenian que sufrir las altanerías del gobierno general de la provincia, y las vejaciones de los gobernadores particulares que él protegia; y como distaban mucho del centro del imperio, rara vez llegaban sus quejas á los pies del trono. En vano Mardonio, el mismo que mandaba el ejército persa á las órdenes de Xerxes, intentó restituir la constitucion á sus principios. Habiendo obtenido el gobierno de Sardes, restableció la democracia en las ciudades jónicas, y arrojó de ellas á los tiranos subalternos: bien que pronto volvieron á dejarse ver, porque queriendo los sucesores de Darío recompensar á sus aduladores, no hallaban medio mas facil que abandonarles el pillage de una ciudad lejana. Hoy dia que las concesiones son mas raras, los Griegos asiáticos, debilitados por los placeres, han dejado que por todas partes se establezca la oligarquía sobre las ruinas del gobierno popular.

Si se quiere poner ahora alguna atencion, se conocerá fácilmente que nunca les fué posible

conservar entera libertad. El reino de Lidia, hecho en adelante una provincia del imperio de los Persas, tenia por límites naturales por el poniente el mar Egeo, cuyas costas están pobladas de colonias griegas. Ocupan estas un espacio tan estrecho, que precisamente debian caer en manos de los Lidios ó de los Persas, ó ponerse en estado de hacerles resistencia. Agrégase á esto, que por un vicio que subsiste todavía entre las repúblicas federativas del continente de la Grecia, no solamente la Eólide, la Jonia y la Dóride, amenazadas de una invasion, no reunian sus fuerzas, sino que en cada una de las tres provincias, los decretos de la dieta no obligaban rigurosamente á los pueblos que la componen; y así se vió en tiempo de Ciro, que los habitantes de Mileto hicieron su paz particular con este príncipe, y abandonaron las demas ciudades de la Jonia á los furores del enemigo.

Cuando la Grecia convino en defenderlas, atrajo á su seno los ejércitos innumerables de los Persas; y sin los prodigios de la suerte y del valor, hubiera quedado vencida ella misma. Si despues de un siglo de guerras desastradas, ha renunciado al proyecto funesto de romper las cadenas de los Jonios, es porque al fin ha conocido que la naturaleza de las cosas oponia un obstáculo invencible á su libertad. El sabio Bias de Priene lo dijo bien claro, cuando Ciro se apo-

ueró de la Lidia. « No espereis mas que una es-
« clavitud vergonzosa, dijo á los Jonios reunidos;
« embarcaos, atravesad los mares, apoderaos de
« la Cerdeña y dé las ciudades inmediatas, y
« despues de esto tendreis dias tranquilos. »

Despues de su entera sumision han podido estos pueblos, por dos veces, sustraerse de la dominacion de los Persas; una siguiendo el consejo de Bias, y otra condescendiendo con el de los Lacedemonios, quienes despues de la guerra médica, les ofrecieron trasladarlos á la Grecia; pero siempre se han negado á dejar sus hogares; y si se puede formar juicio por su poblacion y riquezas, no necesitaban ser independientes para ser felices.

Vuelvo á tomar el hilo de mi viage, que ha estado interrumpido por largo rato. Recorrimos las tres provincias griegas de la Asia; pero, segun lo prometí arriba, ceñiré mi relacion á algunas observaciones generales.

La ciudad de Cuma es de las mayores y mas antiguas de la Eólide. Nos habian hecho la pintura de sus habitantes, como de unos hombres casi estúpidos; pero pronto vimos que no debian esta reputacion sino á sus virtudes. La mañana siguiente á nuestra llegada, empezó á llover mientras nos paseábamos por la plaza, cercada de pórticos pertenecientes á la república: íbamos á guarecernos á ellos; pero nos detuvieron, por-

que era necesario el permiso, hasta que oimos una voz que dijo: entrad en los pórticos; y todos se metieron en ellos. Supimos que habian sido cedidos por cierto tiempo á los acreedores del Estado: como el público respeta su propiedad, y ellos se avergonzarian de dejarle expuesto á las intemperies de las estaciones, se ha dicho que los de Cuma nunca sabrian que era necesario ponerse á cubierto cuando llueve, si no se tuviese el cuidado de advertírselo. Tambien se ha dicho que por espacio de trescientos años ignoraron que tenian un puerto, porque en todo este tiempo no exigieron derecho alguno de los géneros que venian del extrangero.

Despues de haber pasado algunos dias en Focea, cuyas murallas son de grandes piedras perfectamente unidas, entramos en aquellas vastas y ricas campiñas que fertiliza el Hermo con sus aguas, y se dilatan desde las costas del mar hasta mas allá de Sardes. El placer de admirarlas iba acompañado con una reflexion dolorosa. ¡Cuántas veces han sido regadas con la sangre de los mortales! ¡cuántas lo serán todavía! Al ver una gran llanura, me decian en Grecia: en tal tiempo perecieron aquí tantos Griegos; y en Escitia: estos campos, morada eterna de la paz, pueden mantener tantos miles de ovejas.

El camino que llevábamos estaba cubierto casi todo de hermosos árboles, y nos llevó á la embo-

cadura del Hermo, desde donde tendimos la vista sobre aquella soberbia rada formada por una península, en que están las ciudades de Eritres y de Teos. En el fondo de la bahía hay algunos lugarcillos, restos infelices de la antigua ciudad de Esmirna, destruida en otro tiempo por los Lidios. Todavía conservan el mismo nombre; y si algunas circunstancias favorables permiten algun dia reunir los habitantes dentro de un muro que los proteja, sin duda su situacion les atraerá un comercio inmenso. Nos hicieron ver cerca de sus habitaciones una gruta, de donde sale un arroyuelo que llaman Meles, qué tienen por sagrado; y pretenden que Homero compuso allí sus obras.

En la rada, casi en frente de Esmirna, está la isla de Clazomene, que saca grande utilidad de sus aceites. Sus habitantes tienen uno de los primeros lugares entre los de la Jonia. Nos contaron el medio de que en cierta ocasion se habian valido para restablecer sus rentas. Despues de una guerra que habia dejado exhausto el tesoro público, hallaron que se debia á los soldados la cantidad de veinte talentos *; y no pudiendo pagarla, abonaron el interes á razon de veinte y cinco por ciento; acuñaron despues moneda de hierro, á la que dieron el mismo valor que á la

* Ciento y ocho mil libras: (mas de 400,000 rs. vn.)

de plata. Conviniéronse los ricos en tomarla por la que tenian; con lo que se pagó la deuda, y las rentas del Estado administradas con economía, sirvieron para ir recogiendo insensiblemente las monedas falsas introducidas en el comercio.

Los pequeños tiranos establecidos en otro tiempo en la Jonia, se valian de los medios mas odiosos para enriquecerse. En Focea nos contaron el caso siguiente: gobernaba la ciudad un rodio, quien dijo en secreto y separadamente á los cabezas de las dos facciones que él mismo habia formado, que sus enemigos le ofrecian cierta cantidad si se declaraba por ellos; la que sacó á los dos partidos, y luego logró reconciliarlos.

Dirigimos nuestro camino hácia el mediodia. Ademas de las ciudades que están tierra adentro, vimos en la costa y en las inmediaciones á Lebedos, Colofon, Efeso, Priene, Mio, Mileto, Iaso, Miudo, Halicarnaso, y Gnido.

Los habitantes de Efeso nos enseñaron con dolor los escombros del templo de Diana, tan célebre por su antigüedad y grandeza. Catorce años antes habia sido quemado, no por fuego del cielo, ni por los furores del enemigo, sino por el capricho de un particular llamado Herostrato, quien, en medio de los tormentos confesó que no habia tenido otro fin que el de eternizar su nombre. La dieta general de los pueblos

de la Jonia dió un decreto para condenar al olvido este nombre fatal; pero la prohibicion será motivo para que se perpetúe su memoria; y el historiador Teopompo me dijo un dia, que al hacer la relacion del hecho, nombraria al reo.

No ha quedado de este soberbio edificio mas que las paredes y las columnas que se levantan sobre los escombros. La llama consumió el techo y los adornos de la nave mayor. Ahora se empieza á reedificarlo, á lo que han contribuido todos los ciudadanos; y hasta las mugeres han sacrificado sus joyas. Las partes deterioradas por la llama, se restaurarán y las que consumió, se volverán á hacer con mayor magnificencia, ó á lo menos con mas gusto. La belleza interior la aumentaba el brillo del oro, y las obras de algunos artistas célebres, pero será mucho mayor su hermosura con los tributos de la pintura y escultura, perfeccionadas en estos últimos tiempos. No se mudará la figura de la estatua, tomada antiguamente de los Egipcios, y se ve en los templos de muchas ciudades griegas. Corona una torre la cabeza de la diosa, sostienen sus manos dos triángulos de hierro, y el cuerpo remata en una especie de pilastra cubierta de figuras de animales y de otros símbolos *.

* El templo de Efeso fué quemado por Herostrato el año 356 antes de J. C. Le reedificaron los Efesios algunos años despues.

Los Efesios tienen una ley muy sábia en punto á edificios públicos. El arquitecto cuyo plan se

Parece que las llamas no destruyeron mas que el techo, y lo que no pudo preservarse de la voracidad de ellas. Sobre esto se puede ver una excelente memoria del marques de Poleni, inserta entre las de la academia de Cortona. Si se adopta su opinion, será preciso decir que sea antes, sea despues de Herostrato, el templo tenia las mismas dimensiones, y que su longitud, segun Plinio, era de cuatrocientos veinte y cinco pies: cuatrocientos uno, cinco pulgadas y ocho lineas francesas, (468 pies 1 pulgada, 1 linea de España); su anchura de doscientos veinte: doscientos siete, nueve pulgadas y cuatro lineas francesas, (242 pies 3 pulgada, y 8 lineas de España); y su altura de sesenta pies: cincuenta y seis pies y ocho pulgadas, (66 pies y 1 pulgada de España.) Supongo que son pies griegos los del pasage de Plinio.

Habian empezado los Efesios á restaurar el templo, cuando Alejandro les propuso encargarse él solo del gasto, con la condicion de que le honrasen con una inscripcion. Sufrió una repulsa que les perdonó fácilmente. « No corresponde á un dios, le dijo el « diputado de los Efesios, el servir de adorno en el templo de otra « divinidad. »

Me he contentado con indicar en general los adornos de la estatua, porque varian en los monumentos que nos quedan, y son posteriores á la época del viage de Anacarsis: tambien es posible que estos monumentos no sean todos relativos á la Diana de Efeso. Sea lo que fuere, en algunos, la parte superior del cuerpo, está cubierta de mamilas; despues vienen varios compartimientos separados uno de otro por un listelo que hay al rededor, sobre el cual se habian puesto figurillas que representan victorias, abejas, bueyes, ciervos, y otros animales de medio cuerpo; algunas veces tiene pegados á los brazos leones encorvados. Yo pienso que en la estatua eran de oro estos símbolos. Xenofonte, que habia consagrado una estatua de Diana en su templito de Escilonte, la cual era semejante á la de Efeso, dice que esta última era de oro, y la

adopta, hace su contrata y afianza con todos sus bienes. Si cumple puntualmente las condiciones

suya de cipres. Como por otros autores se sabe que la estatua de Diana de Efeso era de madera, es de presumir que Xenofonte solamente habló de los adornos que la cubrian.

Aventuro aquí la explicacion de un monumentito de oro, que se descubrió en el territorio de la antigua Lacedemonia, y que M. el conde de Cailus ha hecho grabar en el segundo volumen de su coleccion de antigüedades. El oro es de bajos quilates y con liga de plata; el trabajo grosero, y muy antiguo. Representa un buey, ó mas bien un ciervo echado: los agujeros que tiene manifiestan que estuvo pegado á otro cuerpo mas considerable, y si se le quiere comparar á otras diferentes figuras de la Diana de Efeso, será tanto mas facil convencerse de que pertenecia á alguna estatua, por cuanto no pesa mas que una onza, un adarme y sesenta granos; que su mayor longitud es de dos pulgadas y dos lineas, y su mayor elevacion hasta la extremidad de los cuernos de tres pulgadas y una linea. Quizá fué llevado en otro tiempo á Lacedemonia; quizá adornaba alguna estatua de Diana; ó tambien la del Apolo de Amiclea, en la cual se habia gastado el oro que Creso envió á los Lacedemonios.

Creo que cuanto mas cargadas están de adornos las figuras de la Diana de Efeso, tanto mas modernas son. Su estatua no presentó desde el principio mas que una cabeza, brazos, pies y un cuerpo en forma de vaina. Se la aplicaron despues los símbolos de otras divinidades y sobre todo, los que caracterizan á Isis, Cibeles, Ceres, etc.

Aumentándose el poder de la diosa y la devocion de los pueblos en proporcion de sus atributos, fué mirada por unos como imagen de la naturaleza productriz; por otros como una de las mayores divinidades del Olimpo. Su culto conocido mucho tiempo antes en algunos paises remotos, se extendió al Asia menor, á la Siria, y á la Grecia propiamente tal. Estaba en su mayor auge en tiempo de los primeros emperadores romanos, y entonces fué

del trato, se le conceden honores. Si el gasto, pasa de una cuarta parte, el tesoro público paga el exceso; pero si pasa de aquí, se cobra la demasía de los bienes del artista.

Vednos aquí en Mileto, admirando sus muros, sus templos, sus fiestas, sus fábricas, sus puertos, y este confuso conjunto de naves, de marineros, y de trabajadores agitados por un movimento rápido. Esta es la mansion de la opulencia, de los conocimientos y de los placeres; esta es la Atenas de la Jonia. Doris, hija del Oceano, tuvo de Nereo cincuenta hijas, llamadas Nereidas, todas sobresalientes por sus gracias; Mileto ha visto salir de su seno mayor número de colonias que perpetúan su gloria sobre las costas del Helesponto, de la Propóntide, y del Ponto Euxino *. Su metrópoli dió el ser á los primeros historiadores y á los primeros filósofos; se felicita de haber producido á Aspasia, y las cortesanas mas amables. En ciertas circunstancias la han obligado los intereses de su comercio á preferir la paz á la guerra, y en otras ha dejado las armas sin deshonrarlas; y de aquí viene el pro-

cuando adquiriendo otras divinidades un aumento de poder por los mismos medios, se concibió la idea de aquellas figuras Panteas, que se conservan todavía en los gabinetes, y reunen los atributos de todos los dioses.

* Séneca atribuye á Mileto setenta y cinco colonias; y Plinio mas de ochenta.

verbio: los Milesienses fueron valientes en otro tiempo.

Hermosean lo interior de la ciudad los monumentos de las artes, y en las cercanías brillan las riquezas de la naturaleza. ¡Cuántas veces hemos guiado nuestros pasos hácia las márgenes del Meandro, que despues de recibir otros muchos rios y bañado los muros de muchas ciudades, se dilata en repetidas vueltas, por aquella llanura que se honra con su nombre y se adorna orgullosa con sus beneficios! ¡Cuántas veces, sentados sobre el cesped que orla sus floridas riberas, rodeados por todas partes de pinturas encantadoras, no pudiendo saciarnos ni de aquel aire, ni de aquella luz, cuya suavidad iguala á su pureza, sentiamos que se introducia en nuestras almas una languidez deliciosa, y las echaba, por decirlo así, en una embriaguez de felicidad! Tal es la influencia del clima de la Jonia; y como las causas morales, en lugar de corregirla, han contribuido á aumentarla, los Jonios se han hecho el pueblo mas afeminado, y uno de los mas amables de la Grecia.

Reina en sus ideas, sentimientos y costumbres cierta morbidez, que es la delicia de la sociedad; en su música y bailes una libertad, que al principio incomoda, y al fin seduce. Los Milesienses han añadido nuevos atractivos al deleite, y el lujo de ellos se ha enriquecido con

sus descubrimientos : las fiestas numerosas los ocupan en su pais, ó los llevan á los pueblos vecinos; los hombres se presentan en ellos con vestidos magníficos; las mugeres con adornos elegantes, todos deseosos de agradar. De aquí nace el respeto que tienen á las tradiciones antiguas que disculpan sus debilidades. Cerca de Mileto nos llevaron á la fuente de Biblis, donde esta infeliz princesa espiró de amor y de dolor: nos enseñaron el monte Latmo, donde Diana concedia sus favores al joven Endimion. En Samos los amantes desgraciados van á dirigir sus votos á los manes de Leóntico y de Radina.

Cuando se sube Nilo arriba desde Menfis hasta Tebas, se ven á los lados del rio muchos monumentos soberbios, y entre ellos se levantan por intervalos pirámides y obeliscos. Pues todavía es mas interesante el espectáculo que se ofrece al viagero atento que sube del puerto de Halicarnaso en la Dóride hácia el norte para ir á la península de Eritres. En este camino que por linea recta no tiene mas de novecientos estadios *, se ofrecen á sus ojos muchas ciudades esparcidas sobre las costas del continente y de las islas vecinas. Nunca ha producido la naturaleza en tan corto espacio tanto número de talentos dis-

* Cerca de treinta y cuatro leguas : (29 leguas y tres cuartos de España.)

tinguidos y de ingenios sublimes. Heródoto nació en Halicarnaso, Hipócrates en Cos, Tales en Mileto, Pitágoras en Samos, Parrasio en Efeso *, Xenófanes ** en Colofon, Anacreonte en Teos, Anaxágoras en Clazomene, Homero en todas partes; pues ya he dicho que el honor de haberle dado nacimiento excita grandes rivalidades en estos paises. No he hecho mencion de todos los escritores célebres de la Jonia, por la misma razon que hablando de los habitantes del Olimpo no se citan comunmente mas que los dioses mayores.

Desde la Jonia propiamente tal, pasamos á la Dóride, que hace parte de la antigua Caria. Gnido, situada cerca del promontorio Triopio, dió nacimiento al historiador Ctesias, como tambien al astrónomo Eudoxio, que ha vivido en nuestro tiempo. Al paso nos enseñaron la casa en que este último hacia sus observaciones. Un momento despues nos hallamos en presencia de la famosa Venus de Praxíteles; que está colocada en medio de un templo pequeño, que recibe la luz por dos puertas opuestas, para que una luz suave la ilumine por todas partes. ¿Cómo se podrá pintar la impresion de la primera mi-

* Apeles nació tambien en este pais; segun unos en Cos, y segun otros en Efeso.

** Cabeza de la escuela de Elea.

rada, ni las ilusiones que la siguieron luego? Nosotros dábamos al marmol nuestros sentimientos, y le oiamos suspirar. Dos discípulos de Praxíteles, venidos recientemente de Atenas para estudiar esta obra maestra del arte, nos hacian notar bellezas, cuyos efectos experimentábamos, sin penetrar la causa. Uno de los circunstantes decia: «Venus dejó el Olimpo y « habita entre nosotros.» Otro: «si Juno y Mi- « nerva la viesen ahora, no se volverian á quejar « del juicio de Paris.» Otro: «la diosa se dignó « en otro tiempo mostrarse desnuda á los ojos « de Paris, de Anquiso y de Adonis: ¿apareció « del mismo modo á Praxíteles? Sí, respondió « uno de los discípulos, y en la figura de Friné.» En efecto, habiamos reconocido esta famosa cortesana al primer aspecto. Las facciones y el mirar son los mismos. Nuestros artistas descubrian al mismo tiempo la sonrisa encantadora de otra amiga de Praxíteles, llamada Cratina.

Así es como los pintores y escultores, tomando por modelo á sus damas, las han expuesto á la veneracion pública bajo los nombres de diferentes divinidades, y así es como han representado la cabeza de Mercurio copiando la de Alcibiades.

Los Gnidios se glorian de poseer este tesoro, favorable á un mismo tiempo á los intereses de su comercio y á los de su gloria. Entre los pue-

blos supersticiosos y apasionados á las artes, basta un oráculo ó un monumento célebre para atraer los extrangeros; y así es que muchos de ellos pasan frecuentemente los mares, por venir á Gnido á ver la obra mejor que ha salido de las manos de Praxíteles *.

Lisis, que no podia apartar de ella sus ojos, exageraba su admiracion, y de cuando en cuando decia: nunca produjo la naturaleza cosa tan perfecta. ¿Y cómo sabeis, le repliqué yo, que entre el infinito número de formas que ha dado al cuerpo humano, no las hay que superen en hermosura á las que estais viendo? ¿Se han examinado todos los modelos que hay, ha habido y habrá? A lo menos convendreis, me respondió, en que el arte multiplica estos modelos, y que reuniendo cuidadosamente las bellezas esparcidas en diferentes individuos, ha encontrado el secreto de suplir el descuido irremisible de la naturaleza: ¿no se manifiesta la especie humana con mas esplendor y dignidad en nuestros obradores, que entre todas las familias de la Grecia? A los ojos de la naturaleza, le repliqué, nada hay hermoso, nada feo; todo está en el

* Algunas medallas acuñadas en Gnido en tiempo de los emperadores romanos representan al parecer la Venus de Praxíteles. Con la mano derecha tapa la diosa su sexo, y en la izquierda tiene un lienzo sobre un vaso de perfumes.

orden. Poco le importa que de sus inmensas combinaciones resulte una figura, que presente todas las perfecciones, ó todos los defectos que nosotros señalamos en el cuerpo humano; su único objeto es conservar la armonía, que ligando con cadenas invisibles las menores partes del universo con este gran todo, las conduce plácidamente á su fin. Respetad pues sus operaciones; pues son estas tan elevadas, que la menor reflexion os descubrirá mas bellezas reales en un insecto, que en esta estatua.

Indignado Lisis de las blasfemias que yo echaba delante de la diosa, me dijo con viveza: ¿para qué son las reflexiones, cuando se ve el hombre forzado á ceder á unas impresiones tan vivas? Menos lo serian las vuestras, le dije yo, si estuvierais solo, y nó tuvieseis interes, y sobre todo, si ignoraseis el nombre del artista. He seguido los progresos de vuestras sensaciones; os sorprendió la primera mirada, y os explicasteis como hombre de juicio; despues se han despertado en vuestro corazon memorias agradables, y habeis usado del lenguage de la pasion, cuando nuestros jóvenes discípulos han explicado algunos secretos del arte, habeis querido exceder sus expresiones, y me habeis dejado frio con vuestro entusiasmo. ¡Cuánto mas digno de estimacion fué el candor de aquel ateniense que se halló por casualidad en el pórtico donde

se conserva la célebre Helena de Zeuxis! La miró por un rato, y menos sorprendido de la excelencia del arte, que de los éxtasis de un pintor que estaba á su lado, le dijo: á mí no me parece tan hermosa esta muger. Eso es porque no teneis mis ojos, respondió el artista.

Al salir del templo recorrimos el bosque sagrado, en donde todos los objetos son relativos al culto de Venus. Allí parece que reviven y gozan de una juventud eterna la madre de Adonis, bajo la figura del mirto; la sensible Dafné, bajo la del laurel; el bello Cipariso, bajo la del cipres. Por todas partes la flexible yedra se ase fuertemente á las ramas de los árboles; y en algunas la parra fecunda halla en ellos un apoyo favorable. Vimos debajo de los emparrados, protegidos por la sombra de plátanos soberbios, muchos grupos de gnidios, que despues de un sacrificio, tenian una comida campestre, y echaban con frecuencia en sus copas el delicioso vino que produce aquella afortunada comarca.

Cuando por la tarde volvimos á la posada, nuestros jóvenes discípulos abrieron sus cartapacios, y en los bosquejos que habian adquirido nos enseñaron los primeros pensamientos de algunos artistas célebres. Vimos tambien allí un gran número de copias de muchos preciosos monumentos, hechas por ellos, y en particular de la famosa estatua de Polícleto, que se llama el

Canon ó la Regla. Llevaban siempre consigo la obra escrita por este célebre artista para justificar las proporciones de su figura, y el tratado de la simetría y de los colores que acababa de publicar el pintor Eufranor.

Entonces se suscitaron muchas cuestiones sobre la belleza, ya sea universal, ya individual: todos la miraban como una calidad únicamente relativa á nuestra especie; todos convenian en que produce una sorpresa acompañada de admiracion, y que obra con mas ó menos fuerza, segun la organizacion de nuestros sentidos, y las modificaciones de nuestra alma; pero añadian, que no siendo la idea que se formaba de ella la misma en Africa que en Europa, y variando en todas partes segun la diferencia de la edad y del sexo, no era posible reunir sus caracteres en una definicion exacta.

Uno de nosotros que era médico y filósofo, despues de haber observado que las partes de nuestro cuerpo se componen de elementos primitivos, defendia que la salud resulta del equilibrio de estos elementos, y la belleza del conjunto de estas partes. No, dijo uno de los discípulos de Praxíteles, no llegaria á la perfeccion el que siguiendo servilmente las reglas, se atuviese solamente á la correspondencia de las partes, y á la exactitud de las proporciones.

Se le preguntó qué modelos se propone un

grande artista cuando quiere representar el soberano de los dioses, ó la madre de los amores. Los modelos, respondió, que él se ha formado en el estudio de la naturaleza y del arte, y que conservan, por decirlo así, en depósito todos los atractivos convenientes á cada género de belleza. Fijos los ojos en uno de estos modelos, intenta reproducirlos en su copia á fuerza de trabajo; la retoca mil veces; pone en ella ya el sello de su alma elevada, ya el de su imaginacion risueña, y no la deja hasta haber repartido la magestad en el Júpiter de Olimpia, ó las gracias seductoras en la Venus de Gnido.

Aun queda en pie la dificultad, le dije yo, porque esos simulacros de belleza de que hablais, esas imágenes abstractas, en las que lo verdadero simple, se enriquece con lo verdadero ideal, nada tienen de fijo y uniforme. Cada artista las concibe y representa con rasgos diferentes. Luego la idea precisa de lo bello por excelencia no debe tomarse de medidas tan variables.

No hallándolo Platon en parte alguna exento de faltas y de alteracion, se elevó, para descubrirlo, hasta el modelo que siguió el ordenador de todas las cosas, cuando las sacó del caos. Allí se hallaban delineadas de una manera inefable y sublime * todas las especies de los objetos

* Véase el capítulo LIX de esta obra.

que caen bajo nuestros sentidos, todas las bellezas que el cuerpo humano puede recibir en las diversas épocas de nuestra vida. Si la materia rebelde no hubiera opuesto una resistencia invencible á la accion divina, el mundo visible poseeria todas las perfecciones del mundo intelectual. A la verdad, las bellezas particulares no nos causarian mas que una impresion ligera, pues serian comunes á los individuos del mismo sexo y de la misma edad; ¡pero cuánto mas fuertes y mas durables serian nuestras sensaciones á vista de aquella abundancia de bellezas, siempre puras y sin mezcla de imperfecciones, siempre las mismas y siempre nuevas?

En el dia, nuestra alma, en que luce un rayo de luz emanado de la divinidad, suspira continuamente por lo bello esencial; busca los débiles restos de él, dispersos en los seres que nos rodean, y ella misma hace salir de su seno centellas que brillan en las obras maestras de las artes, y son la causa de que se diga que los autores y los poetas están animados de una llama celestial.

Admiraban unos esta teoría, y otros la combatian; hasta que tomó Filotas la palabra, y dijo: Aristóteles, que no se deja llevar de su imaginacion, acaso porque Platon se abandona demasiado á la suya, se ha contentado con decir que la belleza no es otra cosa, que el orden

en la magnitud. En efecto, el orden supone la simetría, la conveniencia, y la armonía; en la magnitud están comprendidas la sencillez, la unidad y la magestad. Todos convinieron en que esta definicion incluia casi todos los caracteres de la belleza, tanto universal como individual.

Desde Gnido fuimos á Milasa, ciudad principal de la Caria, que tiene un terreno fertil, muchos templos, algunos antiquísimos, todos de un hermoso marmol, sacado de una cantera inmediata. Estratónico nos dijo que por la tarde queria tañer la cítara en presencia del pueblo reunido, y no le apartó de su resolucion nuestro huesped á pesar de haberle contado un lance ocurrido poco antes en otra ciudad del mismo canton, llamada Iaso. Sucedió pues que se habia juntado la muchedumbre á oir un tocador de cítara, y cuando estaba desplegando todas las habilidades del arte, anunció la trompeta la venta del pescado. Todo el mundo corrió al mercado, menos un ciudadano que era algo sordo. Habiéndose acercado el músico á él para darle gracias por su atencion, y alabarle su gusto :— ¿han tocado ya la trompeta? le dijo el hombre. — Cierto. — Pues á dios, que me voy corriendo. Al dia siguiente, hallándose Estratónico en medio de la plaza pública, que está rodeada de edificios sagrados, y no viendo al rededor de sí mas que un corto número de oyentes, se puso á gri-

tar con todas sus fuerzas: *¡Oidme, templos!* y despues de preludiar largo rato, despidió al auditorio. Esta fué la venganza que tomó del desprecio que los Griegos de Caria hacen de los grandes talentos.

Mas expuesto se vió en Cauno. El pais es fertil, pero el calor del clima, y la abundancia de frutas ocasionan frecuentes calenturas. Estábamos admirados de ver tal multitud de enfermos pálidos y lánguidos como andaban por las calles. Púsosele á Estratónico en la cabeza citarles un verso de Homero, en que se compara el destino de los hombres con el de las hojas. Era esto en otoño, cuando amarillean los hojas. Como los habitantes llevasen á mal esta chanza, respondió: « yo no he querido decir que este lugar sea « enfermizo, pues veo que los muertos se pasean « tranquilamente. » Fué necesario partir inmediatamente, no sin reprender á Estratónico, que nos dijo riéndose que en una ocasion se le escaparon en Corinto algunas indiscreciones que fueron muy mal recibidas. Le miraba con atencion una vieja, y él quiso saber por qué. Yo os lo diré, respondió ella: esta ciudad no puede sufriros un dia en su seno; ¿como pudo vuestra madre llevaros por diez meses en el suyo?

CAPITULO LXXIII.

CONTINUACION DEL CAPITULO ANTERIOR. LAS ISLAS DE RODAS, CRETA Y COS. HIPOCRATES.

En Cauno nos embarcamos, y al acercarnos á Rodas nos cantó Estratónico aquella hermosa oda, en que entre otras alabanzas que Píndaro da á esta isla, la llama hija de Venus y esposa del Sol: expresiones relativas quizá á los placeres que distribuye allí la diosa, y á la atencion que tiene el dios de honrarla sin cesar con su presencia, porque se dice, que no hay dia en todo el año que no se deje ver por algunos momentos. Los Rodios le tienen por su divinidad

principal, y lo representan en todas sus monedas.

Rodas se llamó primeramente Ofiusa, esto es, isla de las culebras; y este mismo nombre se dió á otras islas que estaban llenas de estos reptiles cuando entraron en ellas los hombres. Es observacion general que muchos lugares, cuando se descubrieron, recibieron el nombre de los animales, de los árboles, de las plantas y de las flores de que habia mas abundancia; y así se decia: voy al pais *de las codornices, de los cipreses, de los laureles, etc.*

En tiempo de Homero estaba dividida la isla entre las ciudades de Ialisós, Camiros y Lindos, que todavía existen despojadas de su antiguo esplendor. Casi en nuestros dias habiendo resuelto la mayor parte de los habitantes establecerse en un mismo lugar para reunir sus fuerzas, echaron los cimientos de la ciudad de Rodas * conforme á los planes de un arquitecto ateniense; adonde trasladaron las estatuas que hermoseaban sus antiguas moradas, algunas de las cuales eran verdaderos colosos **. Construyóse la

* En el año primero de la olimpiada 93: 408 ó 407 antes de J. C.

** No cuento entre estas estatuas colosales el celebrado coloso, que segun Plinio tenia setenta codos de altura, porque no se construyó hasta cerca de sesenta y cuatro años despues de la épo-

nueva ciudad en figura de anfiteatro, sobre un terreno que baja hasta la ribera del mar. Sus puertos, sus arsenales, sus murallas que son muy altas, y guarnecidas de torres, sus casas hechas de piedra y no de ladrillo, sus templos, sus calles, sus teatros, todo tiene allí el sello de la grandeza y hermosura, todo manifiesta el gusto de una nacion que ama las artes, y que por su opulencia se halla en estado de ejecutar grandes cosas.

El pais que ocupa goza de un aire puro y sereno. Se hallan allí terrenos fértiles, uvas y vinos excelentes, árboles muy hermosos, miel muy estimada, salinas, y canteras de marmol; la mar que la circunda da pesca en abundancia. Estas y otras ventajas han hecho decir á los poetas, que en ella cae del cielo una lluvia de oro.

La industria ayudó á la naturaleza. Los Rodios se aplicaron á la marina antes de la época de las olimpiadas. Su isla, por su buena posicion, sirve de escala á las naves que van de Egipto á Grecia, ó de Grecia á Egipto. Se establecieron sucesivamente en los parages donde los atraia el comercio. Entre sus numerosas colonias se deben contar Partenopé *, y Salapia en Italia; Agri-

ca del viage de Anacarsis. Pero lo cito para que se vea el gusto de los Rodios de entonces, á los grandes monumentos.

* Nápoles.

gento y Gela en Sicilia; Rodas* en las costas de la Iberia, á la falda de los Pirineos, etc.

Los progresos de sus conocimientos están señalados por épocas bastante claras. En los tiempos mas antiguos recibieron de unos extrangeros conocidos con el nombre de Telquinios, métodos sin duda informes é imperfectos todavía, de trabajar los metales: se sospechó que los autores de este beneficio usaban de la mágica en sus operaciones. Otros hombres mas ilustrados les dieron despues algunas nociones sobre el movimiento de los astros, y sobre el arte de la adivinacion; á los cuales llamaron los hijos del sol. Finalmente otros hombres eminentes los sujetaron á leyes, cuya sabiduría está generalmente reconocida. Las concernientes á la marina la conservarán siempre en un estado floreciente, y podrán servir de modelo á todas las naciones comerciantes. Los Rodios se presentan con seguridad en todos los mares y en todas las costas. Nada hay comparable á la ligereza de sus naves, á la disciplina que se observa en ellas, á la destreza de sus comandantes y pilotos. Este ramo de gobierno está confiado á la vigilancia de un magistrado severo, quien impondria pena capital á los que sin su permiso entrasen en algunos lugares de los arsenales.

* Rosas, en España.

Voy á poner aquí algunas de sus leyes civiles y criminales. Para impedir que los hijos dejen deshonrar la memoria de sus padres, dice la ley: « pagarán sus deudas, aun cuando hagan « renuncia de la sucesion. » En Atenas, cuando se condena á uno á muerte, lo primero es borrar su nombre del registro de los ciudadanos; con lo cual no es un ateniense el reo, sino un extrangero. El mismo espíritu dictó esta ley de los Rodios: « júzguese á los homicidas fuera de la ciu« dad. » Con el fin de inspirar mas horror al crimen, se prohibe al verdugo entrar en la ciudad.

En otro tiempo estuvo la autoridad en manos del pueblo; pero se la quitó hace algunos años una faccion favorecida por Mausolo, rey de Caria, á pesar de haber implorado, aunque en vano, el auxilio de los Atenienses. Los ricos, mal tratados antes por el pueblo, cuidan de sus intereses con mas esmero que él mismo. De cuando en cuando ordena distribuciones de trigo; y hay oficiales particulares encargados de ocurrir á las necesidades de los mas pobres, especialmente de los empleados en las flotas y en los arsenales.

Estas atenciones perpetuarán sin duda la oligarquía*, y mientras no se alteren los principios

* La oligarquía establecida en Rodas, en tiempo de Aristóteles, duraba aun en el de Estrabon.

de la constitucion, se deseará la alianza de un pueblo, cuyos gefes habrán aprendido á distinguirse por una prudencia consumada, y los soldados por un valor intrépido. Pero nunca serán frecuentes estas alianzas: los Rodios permanecerán en cuanto puedan, en una neutralidad armada. Tendrán flotas dispuestas siempre para proteger su comercio, comercio para aumentar sus riquezas, y riquezas para estar en disposicion de mantener flotas.

Las leyes les inspiran un amor grande á la libertad; y los monumentos soberbios imprimen en sus almas ideas y sentimientos de grandeza. En los reveses mas grandes conservan la esperanza, y en el seno de la opulencia la sencillez de sus mayores*. En algunas ocasiones han recibido sus costumbres fuertes ataques; pero tan adheridos están á ciertas formas de orden y decencia, que estos no han tenido sobre ellas mas que una influencia pasagera. Se presentan en público con vestido modesto, y actitud grave. Nunca se les ve correr por las calles, ni precipitarse unos sobre otros. Asisten á los espectáculos con

* El caracter que doy á los Rodios se funda en muchos pasages de autores antiguos, en particular sobre las pruebas de estimacion que les dió Alejandro; sobre el famoso sitio que sostuvieron con tanto valor contra Demetrio Poliorcetes, treinta y ocho años despues del viage de Anacarsis á la isla, sobre los poderosos socorros que dieron á los Romanos, y sobre las señales de gratitud que recibieron.

silencio, y en aquellos convites donde reina la confianza de la amistad y del buen humor, se respetan á sí mismos.

Recorrimos la parte oriental de la isla, donde se pretende que habitaron gigantes en otro tiempo. Se han descubierto huesos de un tamaño enorme. En otras partes de la Grecia nos enseñaron tambien huesos semejantes. ¿Ha existido esta casta de hombres? No lo sé.

En el lugar de Lindos es notable el templo de Minerva, no solamente por su antigüedad, y por las ofrendas de los reyes, sino tambien por dos objetos que fijaron nuestra atencion. Vimos allí trazada con letras de oro aquella oda de Píndaro, que Estratónico nos habia cantado. No lejos de allí se halla el retrato de Hércules, obra de Parrasio, quien en una inscripcion puesta debajo de la pintura, dice que habia representado al dios cual le habia visto muchas veces en sueños. Otras obras del mismo artista excitaban la emulacion de un joven de Cauno, á quien conocimos, que se llamaba Protógenes. Le cito, porque en vista de sus primeros ensayos, se presagiaba que algun dia habia de estar al par de Parrasio, ó acaso superior.

Entre los literatos que ha producido la isla de Rodas, citaremos primeramente á Cleóbulo, uno de los sabios de Grecia; despues á Timocreon y Anaxándrides, célebres los dos por sus comedias

El primero era al mismo tiempo atleta y poeta muy voraz y muy satírico. Se encarnizaba sin piedad en sus comedias y canciones contra Temístocles y Simónides. Despues de su muerte le hizo Simónides el epitafio que estaba concebido en estos términos: « pasé la vida en comer, en be-« ber, y en decir mal de todo el mundo. »

Llamado Anaxándrides á la corte del rey de Macedonia, aumentó con sus piezas el brillo de las fiestas que se celebraban allí. Escogido por los Atenienses para componer el ditirambo què se debia cantar en una ceremonia religiosa, se presentó á caballo al frente del coro, los cabellos tendidos sobre las espaldas, vestido de púrpura, guarnecida con franjas de oro, y él mismo cantaba sus versos; pareciéndole que este aparato, ayudado de su gallarda presencia, le ganaría la admiracion de la muchedumbre. Su vanidad le daba un humor insufrible. Habia compuesto sesenta y cinco comedias: ganó el premio diez veces; pero lisonjeado mucho menos de sus victorias, que humillado de su mal éxito, en lugar de corregir las piezas que habian salido mal, en un acceso de ira, las envió á los especieros para envolver especias.

No se juzgue del caracter de la nacion por estos ejemplos. Timocreon y Anaxándrides vivieron lejos de su patria, y solamente buscaban su gloria personal.

La isla de Rodas es mucho mas pequeña que la de Creta*. Las dos me han parecido dignas de atencion: la primera se hace superior á sus medios, y la segunda se queda inferior á los suyos. Fué feliz nuestra travesía de una á otra. Desembarcamos en Cnose, puerto distante veinte y cinco estadios de la ciudad de este nombre**.

Cnose era en tiempo de Minos la capital de la isla de Creta. Sus habitantes quisieran conservarle la misma prerogativa, y fundan su pretension, no en su poderío actual, sino en la gloria de sus antepasados, y en un título mas respetable todavía para ellos, cual es el sepulcro de Júpiter, ó aquella famosa cueva, donde dicen fué sepultado, y está abierta al pie del monte Ida, á corta distancia de la ciudad. Nos instaron á que la viésemos, y el cnosio, en cuya casa estábamos alojados, se empeñó en acompañarnos.

Era preciso pasar por la plaza pública, la que encontramos llena de gente, á causa de que un extrangero iba á pronunciar un elogio en honor de los Cretenses. No nos causó admiracion el proyecto, pues en muchas partes de la Grecia habiamos visto oradores ó sofistas componer ó recitar el panegírico de un pueblo, de un heroe,

* Hoy Candia.

** Cerca de una legua: (algo mas de tres cuartos de legua de España.)

ó de algun personage célebre. ¡Pero cuál fué nuestra sorpresa, cuando vimos en la tribuna, que el extrangero era Estratónico! El dia antes se habia concertado, sin saberlo nosotros, con los magistrados principales, á los que habia conocido en otro viage.

Despues de haber representado los antiguos habitantes de la isla en un estado de barbarie y de ignorancia, exclamó: entre vosotros se descubrieron todas las artes; y vosotros habeis enriquecido con ellas la tierra. Saturno os dió el amor de la justicia, y esa sencillez de corazon que os distingue. Vesta os enseñó á edificar casas, y Neptuno á construir naves. Debeis á Ceres el cultivo del trigo, á Baco el de la viña, y á Minerva el del olivo. Júpiter destruyó los gigantes que querian esclavizaros. Hércules os libró de las serpientes, de los lobos, y de otros animales maléficos. Los autores de tantos beneficios, admitidos por vuestros cuidados en el número de los dioses, nacieron en este hermoso pais, y ahora solo se ocupan en hacerlos felices.

Despues habló el orador de las guerras de Minos, de las victorias que ganó á los Atenienses, de los extraños amores de Pasifae, de aquel hombre mas extraño todavía, que nació con una cabeza de toro, y se llamó Minotauro. Juntando Estratónico las tradiciones mas contradictorias, y las fábulas mas absurdas, las habia expuesto

como verdades importantes é incontestables. De ello resultaba una cosa tan ridícula, que nos metió en cuidado; pero enagenada la muchedumbre con las alabanzas que les tributaba, no cesó de interrumpirle con aplausos.

Acabada la sesion, vino adonde estábamos, y le preguntamos si queriendo divertirse á costa del pueblo, no habia temido irritarle con el exceso de los elogios. No, respondió; la modestia de las naciones, como la de los particulares, es una virtud tan apacible, que no hay riesgo en tratarla con insolencia.

El camino que conduce á la caverna de Júpiter es muy delicioso: á los lados de él hay árboles soberbios, praderas amenas, y un bosque de cipreses, notables por su altura y belleza; bosque dedicado al dios, como tambien un templo que hallamos despues. A la entrada de la caverna vimos muchas ofrendas colgadas, y nos hicieron notar como cosa singular uno de aquellos álamos negros que dan fruto todos los años, añadiendo, que se criaban otros allí cerca á las orillas de la fuente Sauro. La longitud de la caverna podrá tener doscientos pies, y su anchura veinte. Vimos en el fondo una silla que se llama el trono de Júpiter, y en las paredes esta inscripcion en caracteres antiguos: AQUI ESTA EL SEPULCRO DE ZAN*

* Zan es lo mismo que Ζὴν, Júpiter. Por una medalla del ga

Como era cosa sentada que el dios se manifestaba en el subterraneo sagrado, á los que venian á consultarle, hubo hombres de ingenio que se aprovecharon de este error para ilustrar ó para seducir los pueblos. En efecto, se pretende que Minos, Epiménides y Pitágoras, para dar una sancion divina á sus leyes, ó á sus dogmas, bajaron á la caverna, y estuvieron encerrados en ella mas ó menos tiempo.

De allí pasamos á la ciudad de Gortina, una de las principales del pais, situada al principio de una fertilísima llanura. Luego que llegamos, asistimos al juicio de un hombre acusado de adulterio; al que estando convicto, se le trató como á vil esclavo de los sentidos. Privado de los derechos de ciudadano, se presentó en público con una corona de lana, símbolo de un caracter afeminado, y se le obligó á pagar una suma considerable.

Nos llevaron á lo alto de una colina por un camino muy áspero hasta la boca de una caverna, cuyo interior presenta á cada paso rodeos y sinuosidades innumerables. Aquí es donde se conoce el peligro de un primer yerro; aquí es donde una falta momentanea puede costar la vida al viagero indiscreto. Nuestras guias, á quienes

binete nacional, se ve que los Cretenses pronunciaban *Tan*. Esta inscripcion no era muy antigua.

una larga experiencia habia enseñado á conocer todos los escondrijos de este oscuro retiro, venian provistos de hachas de viento. Seguimos por una especie de callejon ancho, como para ir tres hombres de frente, y alto en algunas partes hasta siete ú ocho pies, y en otras dos ó tres solamente. Despues de haber andado ó arrastrádonos por espacio de doscientos pasos, hallamos dos salas casi redondas, de veinte y cuatro pies de diámetro cada una, sin mas salida que por donde habiamos entrado, abiertas las dos en la peña, del mismo modo que el camino por donde habiamos pasado.

Pretendian nuestros conductores que esta vasta caverna era precisamente aquel famoso laberinto donde Teseo mató al Minotauro que Minos tenia encerrado allí. Añadian que el laberinto no habia sido al principio mas que un lugar de prision *.

* No he dicho mas que una palabra sobre el laberinto de Creta, y debo comprobarla.

Heródoto nos dejó una descripcion del que él habia visto en Egipto, cerca del lago Meris. Era este doce palacios grandes contiguos, que tenian comunicacion unos con otros, en los cuales habia tres mil salas, mil y quinientas de las cuales estaban debajo de tierra. Estrabon, Diodoro Siculo, Plinio y Mela hablan de este monumento con la misma admiracion que Heródoto. Ninguno de ellos dice que hubiese sido edificado para que se perdiesen en él los que intentaban andarle; pero es patente que andándole sin guia, habia peligro de perderse.

La falta de mapas nos obligaba muchas veces en los paises montuosos á subir á una altura para

Este peligro fué sin duda el que introdujo una nueva expresion en la lengua griega. La palabra *laberinto*, tomada en sentido literal, significa un espacio determinado, cruzado con diferentes caminos, de los que unos se cruzan en todos sentidos, como los de las canteras y las minas, otros hacen rodeos mayores ó menores, desde el punto mismo en que empiezan, como las lineas espirales que se ven en ciertos mariscos. En el sentido figurado se aplicó á las cuestiones oscuras y capciosas, á las respuestas ambiguas, á las discusiones, que despues de muchos rodeos, nos traen al término de donde salimos.

¿De qué naturaleza era el laberinto de Creta? Diodoro Siculo refiere como una conjetura, y Plinio como un hecho cierto que Dédalo habia construido este laberinto sobre el modelo del de Egipto, aunque con menores dimensiones. Añaden que le mandó hacer Minos, que tenia encerrado allí al Minotauro, y que no subsistia en su tiempo, sea porque le hubiese arruinado el tiempo, sea que le hubiesen demolido de propósito. Así, Diodoro Sículo y Plinio miraban este laberinto como un grande edificio, mientras que otros escritores le representan solamente como una cueva abierta en la peña, y llena de caminos tortuosos. Los primeros y los segundos se refieren á dos tradiciones diferentes, y resta elegir la mas verosimil.

Si el laberinto de Creta hubiera sido hecho por Dédalo en tiempo de Minos, ¿por qué no se haria mencion de él, ni en Homero que habla mas de una vez de este principe, como tambien de Creta; ni en Heródoto que describe el de Egipto, despues de haber dicho, que los monumentos egipcios eran muy superiores á los de los Griegos; ni en los mas antiguos geógrafos; ni en ninguno de los escritores de los mejores tiempos de la Grecia?

Se atribuia esta obra á Dédalo, cuyo solo nombre bastaria para desacreditar una tradicion. En efecto, este nombre, como el de Hércules, se ha hecho el recurso de la ignorancia.

reconocer la posicion respectiva de los lugares. La cima del monte Ida nos presentaba una esta-

cuando trata de los tiempos antiguos. Todas las grandes hazañas, tódas las obras que piden mas fuerza que talento, las atribuye á Hércules, las que pertenecen á las artes, y exigen cierta inteligencia en la ejecucion, las refiere á Dédalo. Recuérdese que en el discurso de esta obra * he citado ya los principales descubrimientos en las artes y oficios, con que los antiguos han honrado á un artista de este nombre.

La opinion de Diodoro y de Plinio supone que en su tiempo no habia en Creta señal alguna del laberinto, y aun que se habia olvidado la época de su destruccion. Sin embargo se ha dicho que fué visitado por los discípulos de Apolonio de Tiana, contemporaneo de estos dos autores. Luego los Cretenses creian entonces poseer todavía el laberinto.

Yo pido que se ponga atencion en este pasage de Estrabon: « en « Nauplia, cerca de la antigua Argos, dice este juicioso autor, se « ven todavía vastas cavernas, en las cuales se han hecho laberin- « tos, que se cree ser obra de los Cíclopes. ** » Lo cual significa que la mano de los hombres habia abierto en la roca ciertos caminos, que se cruzaban y revolvian sobre sí mismos, como se practica en las canteras. Tal es, si no me engaño, la idea que se debe formar del laberinto de Creta.

¿ Y habia muchos laberintos en esta isla? Los autores antiguos solamente hablan de uno. Los mas de ellos le ponen en Cnose; algunos pocos en Gortina.

Belon y Tournefort nos han dado la descripcion de una caverna situada al pie del monte Ida, á la parte meridional, á corta distancia de Gortina; la cual era una cantera segun el primero; y el antiguo laberinto segun el segundo. He seguido á este último, y

* Capítulo XXXVII, artículo *Sicione*, y la nota correspondiente.

** He hablado de esto en el capítulo LIII de esta obra.

cion favorable. Anduvimos una parte del camino á caballo, y otra á pie. A la subida se ven las

he compendiado su relacion en mi texto. Los que han puesto notas críticas á su obra, ademas de este laberinto, admiten otro en Cnose, y citan principalmente en su favor las medallas de esta ciudad, que representan el plano segun el modo con que le concebian los artistas. Unas veces lo representan cuadrado, otras redondo; sobre algunas, se indica solamente; sobre otras, tiene en medio la figura del Minotauro. En una de las memorias de la academia hice yo grabar una medalla que me parece es del siglo quinto antes de J. C. en la cual se ve por un lado la figura del Minotauro, y por el otro el plano informe del laberinto. Es pues cierto, que en aquel tiempo se creian los Cnosios en posesion de esta célebre caverna. Parece tambien que los Gortinios no creian deber revindicarla, pues nunca la han representado en sus monedas.

El sitio en que yo pongo el laberinto de Creta, no está, segun Tournefort, mas que á una legua de Gortina; y segun Estrabon, dista de Cnose seis ó siete leguas. Lo que se debe inferir es, que el territorio de esta última ciudad se extendia hasta cerca de la primera.

¿ Para qué servian estas cavernas que se llamaron laberinto? A mí me parece que al principio las abrió la naturaleza; que en algunos parages se sacaron piedras para edificar ciudades; que mas antiguamente servian de morada y asilo á los habitantes de un pais expuesto á incursiones frecuentes. En el viage de Anacarsis á la Fócide hablé de dos grandes cavernas del Parnaso, adonde se refugiaron los pueblos vecinos; en la una cuando el diluvio de Deucalion, y en la otra, á la llegada de Xerxes. Añado aquí, que segun Diodoro Sículo, los mas antiguos Cretenses vivian en las cavernas del monte Ida. Los habitantes preguntados sobre esto, decian, que su laberinto no fué en su origen mas que una carcel. Se le ha podido destinar para esto algunas veces; pero es dificultoso creer que para poner en seguridad á algunos infelices, se hubieran emprendido obras tan grandes.

cuevas donde se establecieron los primeros habitantes de Creta. Se pasa por entre encinas, arces, y cedros. Nos causaba admiracion lo grueso de los cipreses, la altura de los madroños, y de los andraones. A proporcion que se sube, se halla un camino mas escarpado, y el terreno mas desierto. Algunas veces caminábamos por la orilla de precipicios, y para colmo del fastidio, teniamos que sufrir las frias reflexiones de nuestro huesped, quien comparaba las diversas regiones del monte, ya á las diferentes edades de la vida, ya á los peligros de la elevacion, ya á las vicisitudes de la fortuna. ¿Hubierais pensado vosotros, decia, que esta masa enorme, que ocupa en medio de nuestra isla un espacio de seiscientos estadios de circunferencia *, que ha ofrecido sucesivamente á nuestros ojos, selvas soberbias, valles y praderas deliciosas, animales silvestres y mansos, fuentes copiosas que van lejos de aquí á fertilizar nuestros campos, vendria á terminar en algunas rocas, continuamente batidas por los vientos, y cubiertas siempre de nubes y de hielos?

La isla de Creta debe contarse entre las mayores islas conocidas. Lo largo de ella de oriente á poniente es, segun dicen, de dos mil y qui-

* Veinte y dos leguas, y mil setecientas toesas: (cerca de 20 leguas de España.)

nientos estadios *; en su medio tiene cerca de cuatrocientos de anchura **; y mucho menos en todo lo demas. Al mediodia la baña el mar de Libia, por el norte el mar Egeo; al oriente se acerca á la Asia; y al poniente á la Europa. Su superficie está cubierta de montes, algunos de los cuales menos altos que el monte Ida, son bastante elevados: á su parte occidental se distinguen los *Montes blancos*, que forman una sierra de trescientos estadios de longitud ***.

En las costas del mar y tierra adentro, se ven fértiles dehesas cubiertas de numerosos rebaños; las llanuras bien cultivadas ofrecen sucesivamente abundantes cosechas de trigo, vino, aceite, miel, y frutas de todas clases. La isla produce muchas yerbas medicinales; los árboles son muy robustos; se crian en ella muchos cipreses, que crecen, segun se dice, en medio de las nieves eternas que coronan los *Montes blancos*, de los que han tomado el nombre.

En tiempo de Homero estaba muy poblada la Creta; pues habia en ella de noventa á cien ciudades. No sé si desde entonces se ha aumentado

* Noventa y cuatro leguas, y mil doscientas cincuenta toesas; (82 leguas y media de España.)

** Quince leguas y trescientas toesas: (mas de 13 leguas de España.)

*** Once leguas, y ciento y cincuenta toesas: (cerca de 10 leguas de España.)

ó disminuido este número. Se pretende que las mas antiguas fueron edificadas en las faldas de los montes, y que los habitantes bajaron á las llanuras, cuando se hicieron mas largos y rigurosos los inviernos. He observado ya en mi viage á Tesalia, que se quejaban en Larisa del aumento sucesivo del frio *.

Siendo el pais montuoso y desigual por todas partes, se usa menos la carrera á caballo que la de á pie; y por el continuo ejercicio que tienen sus habitantes con el arco y honda, son los mejores y mas diestros archeros y honderos de Grecia.

Es dificil la entrada en la isla. Los mas de sus puertos están expuestos á los vientos, pero como es facil la salida con tiempo favorable, se podrian disponer allí expediciones para todo el mundo. Las naves que salen del promontorio mas oriental no gastan mas que tres ó cuatro dias en llegar á Egipto, y no necesitan mas de seis para ir á la laguna Meotis, mas arriba del Ponto Euxino.

La situacion de los Cretenses en medio de las naciones conocidas, su gran poblacion, y las riquezas de su suelo, hacen presumir que la naturaleza los habia destinado para poner la Grecia toda bajo de su obediencia. Desde antes de la

* Véase el capítulo XXXV de esta obra.

guerra de Troya, sometieron una parte de las islas del mar Egeo, y se establecieron en algunas costas de Asia y Europa. Al principio de esta guerra abordaron á las costas de Ilion ochenta naves suyas bajo las órdenes de Idomeneo y de Merion. Luego despues se apagó en ellos el espíritu de conquista, y en estos últimos tiempos le han reemplazado otros sentimientos, que no seria facil calificar. Cuando la expedicion de Xerxes, lograron de la Pitia una respuesta, que los dispensaba de socorrer á la Grecia; y durante la guerra del Peloponeso, guiados, no por un espíritu de justicia, sino por el vil interes de la ganancia, pusieron al sueldo de los Atenienses un cuerpo de honderos y archeros que estos habian pedido.

Nunca fué este el espíritu de sus leyes, de aquellas leyes, tanto mas célebres cuanto mas buenas son todavía las que han nacido de ellas. Sentimos no poder citar aquí á todos los que se ocuparon entre ellos en este asunto grande; pero á lo menos pronunciemos con respecto el nombre de Radamanto, que desde los tiempos mas remotos puso los fundamentos de la legislacion; y el de Minos, que levantó su edificio.

Licurgo tomó de los Cretenses el uso de las comidas comunes, las reglas severas de la educacion pública, y otros muchos artículos que parecen establecer una conformidad perfecta

entre sus leyes y las de Creta. Pues ¿por qué los Cretenses han degenerado antes, y mas vergonzosamente de sus instituciones, que los Esparciatas? Si no me engaño, diré aquí las causas principales.

1°. En un pais cercado de mares ó de montañas, que los separan de las naciones vecinas, cada poblacion tiene que sacrificar una parte de su libertad para conservar la otra, y á fin de protegerse mútuamente, han de reunir sus intereses en un centro comun. Hecha Esparta capital de la Laconia, por el valor de sus habitantes, ó por las instituciones de Licurgo, rara vez se suscitaron turbulencias en la provincia. Pero en Creta, las ciudades de Cnose, de Gortina, de Cidonia, de Festo, de Lictos y otras muchas, forman otras tantas repúblicas independientes, zelosas, enemigas, y siempre en estado de guerra unas con otras. Cuando hay un rompimiento entre los pueblos de Cnose y de Gortina su rival, está la isla llena de facciones; cuando están unidos está expuesta á ser subyugada.

2°. Al frente de cada una de estas repúblicas hay diez magistrados, que llaman cosmes *, que están encargados del gobierno, y mandan los

* Este nombre escrito en griego, ya Κόσμοι, ya Κόσμιοι, puede significar Ordenadores ó Prohombres. Los autores antiguos los comparan á veces con los éforos de Lacedemonia.

ejércitos. Consultan tambien al senado, y presentan los decretos que forman de acuerdo con él, á la junta del pueblo, que tiene solamente el privilegio de confirmarlos. Esta constitucion tiene un vicio esencial, y es, que los cosmes se eligen en cierta clase de ciudadanos; y como despues de su año de ejercicio, tienen el derecho exclusivo de entrar en las plazas vacantes en el senado, sucede que apoderadas de la autoridad algunas pocas familias, se niegan á obedecer á las leyes, y reuniéndose ejercen el poder mas despótico, así como si se divíden, dan motivo á las mas crueles sediciones.

3°. Las leyes de Licurgo establecen la igualdad de bienes entre los ciudadanos, y la conservan mediante la prohibicion del comercio y de la industria; las de Creta permiten á cada uno aumentar su caudal. Las primeras prohiben toda comunicacion con las naciones extrangeras; y este gran pensamiento se habia ocultado á los legisladores de Creta. Esta isla abierta á los comerciantes y á los viageros de todos los paises, recibió de ellos el contagio de las riquezas y del ejemplo. Parece que Licurgo fundó mas justas esperanzas en la santidad de las costumbres, que en la bondad de las leyes. ¿Y qué resultó? En ningun pais han sido tan respetadas las leyes, como lo fueron por los magistrados y ciudadanos de Esparta. Los legisladores de Creta, parece

que fiaban mas de las leyes, que de las costumbres; que atendieron mas á castigar el delito que á evitarlo : injusticias en los gefes, y corrupcion en los particulares, fueron el resultado de sus reglamentos.

La ley del Sincretismo, que manda á todos los habitantes de la isla reunirse en el caso de que alguna potencia extrangera intente un desembarco, no es suficiente para defenderlos, ni de sus divisiones, ni de los ejércitos enemigos, porque no haria mas que suspender los odios, en lugar de apagarlos, y dejaria subsistir muchos intereses particulares en una confederacion general.

Nos hablaron de muchos cretenses que se habian distinguido cultivando la poesía ó las artes. Epiménides, que se alababa de contener la ira del cielo con ciertas ceremonias religiosas, se hizo mucho mas célebre que Mison, quien solamente fué contado en el número de los sabios.

En muchos lugares de la Grecia se conservan con respeto ciertos monumentos que se atribuyen á la mas remota antigüedad : en Queronea el cetro de Agamenon, y en otra parte la maza de Hércules y la lanza de Aquiles; pero mi mayor deseo era descubrir en las máximas y usos de los pueblos los restos de su antigua sabiduría. Los Cretenses no mezclan jamas en sus juramentos los nombres de los dioses. Para li-

rarlos de los peligros de la elocuencia, se ha-
ia prohibido á los profesores de la oratoria el
ntrar en la isla; y aunque en el dia sean mas
ıdulgentes en este punto, hablan todavía con
ı misma precision que los Esparciatas, y cuidan
ıas de los pensamientos que de las palabras.

Yo fui testigo de una querella entre dos cno-
ios. El uno dijo al otro en el acceso de su ira:
¡ojalá que vivas en mala compañía!» y se marchó.
e me dijo que era la mayor maldicion que se
odia echar á un enemigo.

Hay algunos que tienen una especie de regis-
·o de los dias prósperos y aciagos; y como no
uentan la duracion de su vida sino por el cál-
ulo de los primeros, mandan poner en sus se-
ulcros esta fórmula singular: « aquí yace fulano,
que existió tantos años, y vivió tantos. »

Iban á salir pronto del puerto de Cnose para
amos un barco mercante y una galera de tres
rdenes de remos. El primero andaba menos
or su figura redonda; pero le preferimos, por-
ıe debia tocar en las islas que queriamos ver.

Formábamos una compañía de viageros, que
ɔ podiamos cansarnos de estar juntos. Unas ve-
ɜs lamiendo la costa, admirábamos la seme-
nza ó variedad de aspectos; otras, menos dis-
aidos por los objetos exteriores, tratábamos
ɔn calor algunas cuestiones, que en realidad
ɔ nos interesaban; algunas otras, los asuntos

de literatura y de historia llenaban nuestros ratos ociosos. Un dia se habló acerca de la urgente necesidad que tenemos de hacer exteriores las fuertes conmociones que agitan nuestras almas. Uno de nosotros refirió esta reflexion del filósofo Arquitas: «si os elevan á lo alto de los cielos, « os arrebatará la grandeza y hermosura del es« pectáculo; mas á los trasportes de admiracion « sucederá luego el sentimiento amargo de no « poder comunicarlos con otro.» En esta conversacion recogí algunas otras cosas notables. En Persia no es permitido hablar de lo que no es permitido hacer.—Los ancianos viven mas de memorias que de esperanzas. — ¡Cuántas veces ha engañado la esperanza del público una obra anunciada y preconizada de antemano!

Otro dia se trataba de infame al ciudadano de Atenas que dió su voto contra Arístides, porque estaba cansado de oirle llamar el justo. Yo confieso, dijo Protesilas, que en un momento de mal humor hubiera hecho lo mismo que él; pero antes hubiera dicho á la junta general: Arístides es justo, yo lo soy tanto como él, y otros lo son tanto como yo; ¿qué derecho teneis vosotros para concederle exclusivamente un título, que es la recompensa mas noble? Sois pródigos de elogios; y estas espléndidas disipaciones no sirven mas que para corromper las virtudes ruidosas, y para desanimar á las oscuras. Yo estimo

á Arístides, y le condeno; no porque le crea culpado, sino porque á fuerza de humillarme, me habeis obligado á ser injusto.

Despues se trató de Timon, llamado el Misántropo, y cuya historia está ligada en cierto modo con la de las costumbres. Ninguno de la compañía le habia conocido; todos habian oido hablar de él á sus padres de diversos modos. Unos hacian de él una pintura ventajosa; y otros la hacian con los mas negros colores. En medio de estas contradicciones se presentó un formulario de acusacion semejante á los que se presentaban en los tribunales de Atenas, concebido en estos términos: «Estratónico acusa á Timon «de haber aborrecido á los hombres: por pena, «el odio de todos los hombres.» Se admitió la acusacion, y se nombró á Filotas por defensor de Timon. Voy á hacer un extracto de las pruebas dadas por una y otra parte.

Acuso ante vuestro tribunal, dijo Estratónico, á un hombre de un caracter feroz y pérfido. Habiendo pagado á Timon, segun se dice, algunos amigos suyos con ingratitudes los beneficios, se hizo para él objeto de venganza todo el género humano, y la practicaba continuamente contra las operaciones del gobierno, y contra las acciones de los particulares. Como si todas las virtudes debiesen morir con él, no vió sobre la tierra mas que imposturas y crímenes, y desde

este momento le irritó la urbanidad de los Atenienses, y le lisonjeó mas su desprecio que su estimacion. Aristófanes, que sabia lo que era, nos le representa como rodeado de un cerco de espinas, que no dejan á nadie acercarse á él; añadiendo, que todos le detestaban, y que se le miraba como un retoño de las Furias.

No bastaba esto todavía, sino que ha sido alevoso con su patria, y doy la prueba. Acababa Alcibiades de hacer aprobar en la junta general ciertos proyectos perjudiciales al Estado: «ánimo, hijo mio, le dijo Timon; te doy la enhorabuena de tus sucesos felices: continúa, y tú perderás la república.» ¡Qué horror! ¿y quién se atreverá á defender á este hombre?

La suerte puso á mi cargo ese cuidado, respondió Filotas, y voy á cumplir con él. Notemos primeramente el efecto que produjeron las palabras de Timon en el gran número de atenienses que acompañaban á Alcibiades. Es verdad que algunos le llenaron de injurias, pero otros tomaron el partido de reir; y para los mas ilustrados fueron aquellas como un rayo de luz. Asi, Timon previó el peligro, avisó de él, y no fué oido. Para denigrarle mas, habeis citado á Aristófanes, sin echar de ver que su testimonio basta para justificar al acusado. «Este es aquel Timon, «dice el poeta, este es aquel hombre execrable «é hijo de las Furias, que vomita continuamente

« maldiciones contra los malvados. » Lo ois, Estratónico; Timon no fué culpable mas que por haberse declarado contra los perversos.

Timon vivió en un tiempo en que las costumbres antiguas luchaban con las pasiones coligadas para destruirlas. Este es un momento terrible para un Estado: entonces es cuando en los caracteres débiles y amantes del reposo son indulgentes las virtudes, y se acomodan á las circunstancias; cuando redoblan su severidad en los caracteres vigorosos, y se hacen á veces odiosas por su inflexible rigidez. Timon reunia mucho ingenio y honradez á las luces de la filosofía; pero irritado acaso por la desgracia, acaso por los rápidos progresos de la corrupcion, dió tanta acrimonia á sus discursos y aun á sus modales, que enagenó todos los ánimos. Combatia por la misma causa que Sócrates, que vivia en su tiempo, y por la misma que Diógenes, con quien se le atribuyen bastantes relaciones. El destino de ellos ha dependido de sus diferentes modos de atacar. Diógenes combate los vicios con el ridículo, y nos reimos con él; Sócrates los persiguió con las armas de la razon, y le costó la vida; Timon con las del mal humor, con lo que dejó de ser peligroso, y fué tratado de Misántropo, expresion nueva entonces, que acabó de desacreditarle para con la muchedumbre, y acaso le perderá para con la posteridad.

Yo no puedo creer que Timon haya envuelto á todo el género humano en su censura. El amaba las mugeres.—No, replicó Estratónico; no supo lo que era amor, pues no supo lo que era amistad. Acordaos de lo que dijo á aquel ateniense, á quien parecia tenerle cariño; y que habiéndole dicho en un convite que tuvo familiarmente con él, «¡ó Timon, qué agradable comida!» no le dió por respuesta otra que este ultraje: «sí; si vos no hubierais estado en ella.»

Acaso eso no fué mas que un donaire, nacido de las circunstancias, respondió Filotas. No juzgueis á Timon por débiles rumores, divulgados por sus enemigos, sino por aquellas efusiones del corazon, que le arrancaba la indignacion de su virtud, y cuya originalidad nunca puede desagradar á las gentes de gusto, haciéndoos cargo de que las prontitudes del mal humor de un hombre que llega muy allá en el amor del bien público, son picantes, porque explican todo su caracter. Subió un dia á la tribuna; y sorprendido el pueblo de esta aparicion repentina, guardó un silencio grande: «Atenienses, dijo «él, yo tengo un corto terreno, y voy á levantar «en él una casa. Hay en él una higuera, la que «es preciso arrancar. De ella se han ahorcado «muchos ciudadanos; con que si alguno de vo«sotros quiere hacer lo mismo, debo advertirle «que no pierda tiempo.»

Estratónico, que no sabia esta anécdota, quedó tan satisfecho, que desistió de la acusacion. Sin embargo se pasó á votar; y se decidió que Timon habia perdido la ocasion de contribuir al bien de la moral, por lo amargo de su celo; que sin embargo, una virtud intratable era menos peligrosa que una cobarde complacencia; y que si la mayor parte de los Atenienses hubieran mirado á los malvados con el mismo horror que Timon, aun duraria la república en su antiguo esplendor.

Despues de este juicio, no faltó quien se admirase de que los Griegos no hubiesen erigido templos á la amistad. Mas me admira á mí, dijo Lisis, de que nunca los hayan erigido al amor. ¡Qué! ¿no ha de haber fiestas ni sacrificios para el mas antiguo de los dioses? Con esto se abrió una carrera inmensa que se anduvo muchas veces. Se hizo relacion de las tradiciones antiguas, y opiniones modernas sobre la naturaleza del amor. No se reconocia mas que uno, y se distinguian muchos; no se admitian mas de dos, uno celestial y puro, otro terreno y grosero. Dábase este nombre al principio que ordenó las partes de la materia agitadas en el caos, á la armonía que reina en el universo, y á los sentimientos que reunen los hombres. Cansado yo de tanto saber, y de tantas oscuridades, supliqué á los combatientes que redujesen la cuestion á un punto

único. ¿Mirais al amor, dije yo, como á un dios? No, respondió Estratónico; sino como á un pobre pordiosero. Empezaba á explicar su pensamiento, cuando se apoderó de él un espanto mortal, dimanado de que soplaba el viento con tal violencia, que nuestro piloto apuraba inútilmente todos los recursos de su arte. Lisis, á quien Estratónico no habia dejado de importunar con sus preguntas, se aprovechó de este momento para preguntarle cuáles eran las naves en que hay menos peligro, las redondas, ó las largas. Las que están en tierra, respondió él. Pronto se cumplieron sus deseos, pues un viento recio nos arrojó al puerto de Cos. Saltamos en tierra, y se puso la nave en seco.

Esta isla es chica, pero muy hermosa. El terreno es muy llano y muy fecundo, á excepcion de algunos montes que le libertan de los vientos impetuosos del mediodia. Habiendo arruinado un terremoto una parte de la ciudad antigua, y hallándose los habitantes despues divididos en facciones, vinieron los mas de ellos hace algunos años á establecerse al pie de un promontorio, á cuarenta estadios * del continente del Asia. No hay cosa mas bella que las vistas de este sitio, nada tan magnífico como el puerto,

* Cerca de legua y media: (algo mas de legua y cuarto de España.)

los muros y lo interior de la ciudad. El célebre templo de Esculapio, situado en el arrabal, está cubierto de ofrendas, tributo del agradecimiento de los enfermos; y de inscripciones que indican, tanto los males que habian padecido, cuanto los remedios con que se habian curado.

Otro objeto mas noble llamó nuestra atencion. En esta isla fué donde nació Hipócrates en el año primero de la olimpiada ochenta *. Era de la familia de los Asclepiades, que desde muchos siglos antes conservaba la doctrina de Esculapio, de quien ella se decia descendiente. Esta formó tres escuelas, establecidas una en Rodas, otra en Gnido, y otra en Cos. Recibió de su padre Heráclides los principios de las ciencias; y convencido luego que para conocer la esencia de cada cuerpo en particular, era preciso conocer los principios constitutivos del universo, se aplicó tanto á la física general, que ocupa un lugar distinguido entre los mas sobresalientes.

Los intereses de la medicina se hallaban entonces entre las manos de dos clases de hombres, que sin saber unos de otros, trabajaban en proporcionarle un triunfo brillante. Por una parte los filósofos no podian tratar del sistema general de la naturaleza, sin echar algunas miradas sobre el cuerpo humano, y sin atribuir á ciertas

* El año 460 antes de J.

causas las frecuentes vicisitudes que experimenta: por otra, los descendientes de Esculapio trataban las enfermedades segun ciertas reglas confirmadas con curas numerosas, y sus tres escuelas se daban el parabien de muchos y excelentes descubrimientos. Los filósofos discurrian, y los Asclepiades obraban. Enriquecido Hipócrates con los conocimientos de unos y otros, concibió una de aquellas grandes é importantes ideas, que sirven de época á la historia del entendimiento; y fué ilustrar la experiencia con el raciocinio, y rectificar la teoría con la práctica. Sin embargo, no admitió en esta teoría mas principios que los relativos á los diversos fenómenos que ofrece el cuerpo humano, considerado en sus relaciones de enfermedad y salud.

Elevada el arte con este método á la dignidad de ciencia, marchaba con paso firme por el camino que se acababa de abrir; é Hipócrates llevó pacíficamente á complemento una revolucion que mudó el semblante de la medicina. No me detendré ni en los felices ensayos de sus nuevos remedios, ni en los prodigios que obraron en todas las partes que honró con su presencia, y principalmente en Tesalia, en donde despues de una larga mansion, murió poco tiempo antes de mi llegada á Grecia. Solo diré, que ni el amor de la ganancia, ni el deseo de la fama le habian conducido á estos climas remotos. En todo cuanto

me han contado de él, he descubierto que en su alma no habia mas de un sentimiento, que era el amor del bien; ni en el curso de su larga vida mas que un hecho, el alivio de los enfermos.

Dejó escritas muchas obras; unas no son mas que diarios de las enfermedades que habia observado; otras contienen los resultados de su experiencia y de la de los siglos anteriores; otras en fin tratan de los deberes de un médico y de muchas partes de la medicina ó de la física; todas se deben meditar con atencion, porque el autor se contenta muchas veces con sembrar las semillas de su doctrina, y su estilo es siempre conciso; pero dice muchas cosas en pocas palabras, nunca se aparta de su fin, y mientras llega á él, deja en el camino vestigios luminosos mas ó menos notables, segun el lector es mas ó menos ilustrado. Este era el método de los antiguos filósofos, mas deseosos de indicar ideas nuevas, que de inculcarse sobre las comunes.

Este hombre grande se ha pintado en sus escritos. No hay cosa mas tierna que aquel candor con que cuenta sus desgracias y sus yerros. En una parte leereis las listas de los enfermos á quienes habia asistido en una epidemia, y cuya mayor parte habia muerto en sus brazos. En otra le vereis al lado de un tesalo herido en la cabeza con una piedra. Al principio no le ocurrió que

era necesario recurrir al medio del trépano. Los síntomas funestos le advirtieron por fin su error. Se hizo la operacion á los quince dias, y el enfermo murió al siguiente. El mismo nos confiesa estos yerros, y él es el que, superior á toda especie de amor propio, quiso que sus mismos errores sirviesen de leccion.

Poco satisfecho con haber consagrado su vida al alivio de los enfermos, y dejado en sus escritos los principios de una ciencia, que habia creado, dejó para la institucion del médico las reglas de que voy á dar una idea ligera.

La vida es tan corta, y nuestra ciencia exige un estudio tan largo, que es preciso empezar á aprenderle desde la primera juventud. ¿Quereis formar un discípulo? Aseguraos lentamente de su vocacion. Si ha recibido de la naturaleza un discernimiento fino, un juicio sano, un caracter dulce, y al mismo tiempo firme, aficion al trabajo, é inclinacion á las cosas buenas, podeis concebir esperanzas. Si padece cuando los demas padecen: si se enternece su alma compasiva al ver los males de la humanidad, podeis inferir que tomará pasion á un arte que enseña á socorrer á la humanidad.

Acostumbrad desde el principio sus manos á las operaciones de la cirugía *, exceptuando las

* Estas eran entonces parte de la medicina.

amputaciones, que se deben dejar á los artistas de profesion. Hacedle recorrer sucesivamente el círculo de las ciencias; que la física le pruebe la influencia del clima sobre el cuerpo humano; y cuando para aumentar sus conocimientos, tenga por conveniente viajar á diferentes ciudades, aconsejadle que observe escrupulosamente la situacion de los lugares, las variaciones del aire, las aguas que se beben, los alimentos que hay; en una palabra, todas las causas que alteran la economía animal.

Entre tanto, le mostrareis las señales precursoras de las enfermedades, qué régimen se debe tener para evitarlas, y qué remedios se han de aplicar para curarlas.

Cuando esté ya instruido en vuestros dogmas, declarados en conferencias metódicas, y reducidos por vuestros cuidados á máximas cortas, y propias para imprimirse en la memoria, será preciso advertirle, que la experiencia sola es menos peligrosa que la especulativa sin experiencia; que ya es tiempo de aplicar los principios generales á los casos particulares, los que variando sin cesar, han solido extraviar á los médicos por semejanzas engañosas; que el arte de preguntar á la naturaleza, y el de esperar su respuesta, que es mas dificil todavía, no se aprende, ni en el polvo de la escuela, ni en las obras de los filósofos y prácticos. Aun no conoce

el discípulo esta naturaleza; pues solo la ha considerado hasta aquí en su vigor, y caminando á sus fines sin obstáculo. Llevadle ahora á aquellas mansiones del dolor, donde cubierta de las sombras de la muerte, expuesta á los ataques violentos del enemigo, cayendo y levantándose para volver á caer, manifiesta al observador sus necesidades y sus recursos. Testigo de este combate, y espantado de verle, el discípulo os verá observar y aprovechar el momento, que puede fijar la victoria, y decidir de la vida del enfermo. Si dejais por algunos instantes el campo de batalla, le mandareis quedarse en él, observarlo todo, y daros despues cuenta, ya de las mudanzas ocurridas en vuestra ausencia, ya del modo con que él creyó que debia acudir á remediarlas.

Obligándole á asistir frecuentemente á estos espectáculos terribles é instructivos, le iniciareis todo lo posible en los íntimos secretos de la naturaleza y del arte. Mas no basta esto. Cuando por un corto salario le adoptasteis por discípulo, juró conservar una pureza inalterable en sus costumbres y en sus funciones. Que no se contente con haber hecho el juramento; porque jamas cumplirá con las obligaciones de su estado, sin sus virtudes. ¿Y cuáles son estas? Casi ninguna exceptúo, porque el honor de su ministerio está en que exige casi todas las prendas

del alma y del corazon. En efecto, si no hay confianza en su juicio y prudencia, ¿qué padre de familia le llamará sin temor de introducir en su casa un espía ó un intrigante, ó un corruptor de su muger é hijas? ¿Cómo se contará con su humanidad, si se acerca á sus enfermos con una alegría irritante, ó con un humor áspero y sombrío; con su firmeza, si por una adulacion servil, contemporiza con su repugnancia, y cede á sus caprichos; con su prudencia, si ocupado siempre en el adorno de su persona, cubierto siempre con aguas de olor y vestidos magníficos, se le ve andar de ciudad en ciudad, para recitar discursos en honor de su arte, empedrados con testimonios de poetas; con sus luces, si ademas de aquella justicia general que el hombre bien criado observa con todos, no posee la que el sabio hace consigo mismo, y que le enseña que en medio del mayor saber, se halla aun mas esterilidad que abundancia; con sus intenciones, si le domina un loco orgullo, ó aquella rastrera envidia, que nunca fué el patrimonio del hombre superior; si sacrificando todas la consideraciones á su interes, se entrega solamente al servicio de los ricos; si autorizado por la costumbre á arreglar sus honorarios desde el principio de la enfermedad, se obstina en concluir el ajuste, aunque el enfermo empeore á cada momento?

Estos vicios y defectos caracterizan principalmente á esos hombres ignorantes y presuntuosos que llenan la Grecia, y degradan la mas noble de las artes, haciendo un tráfico con la vida y la muerte de los hombres; impostores tanto mas perjudiciales, cuanto menos pueden perseguirlos las leyes, y humillarlos la ignominia.

¿Quién es pues el médico que honra su profesion? El que mereció la estimacion pública por su profundo saber, larga experiencia, probidad exacta, y vida irreprensible; aquel que mirando á todos los hombres como iguales á los ojos de la divinidad, corre apresurado á su voz, sin aceptacion de personas, les habla con dulzura, les oye con atencion, sufre sus impaciencias, y les inspira aquella confianza que basta á veces para darles la vida; aquel, que penetrado de sus males, estudia con obstinacion sus causas y sus progresos, no se turba con los accidentes imprevistos, se cree obligado á llamar en caso necesario algunos de sus compañeros, para aconsejarse de ellos; aquel en fin, que despues de haber luchado con todas sus fuerzas contra la enfermedad, se tiene por feliz, y es modesto en el buen éxito, y á lo menos puede felicitarse en los reveses, de que suspendió los dolores, y dió consuelos.

Tal es el médico filósofo que Hipócrates compara á un dios, sin echar de ver que se pintaba

á sí mismo. Algunas gentes, que por la excelencia de su mérito, eran á propósito para reconocer la superioridad del de Hipócrates, me han asegurado muchas veces, que los médicos le miraron siempre como el primero y el mas sabio de sus legisladores; y que su doctrina, adoptada por todas las naciones, obrará todavía millares de curas, despues de millares de años. Si se cumple la prediccion, no podrán los mas vastos imperios disputar á la isleta de Cos la gloria de haber dado el hombre mas util á la humanidad; y á los ojos de los sabios, se abatirán los nombres de los grandes conquistadores delante del de Hipócrates. Despues de ver algunas islas, de las que hay en las inmediaciones de Cos, salimos para Samos.



CAPITULO LXXIV.

DESCRIPCION DE SAMOS. POLICRATES.

Cuando se entra en la rada de Samos, se ve á la derecha el promontorio de Neptuno, sobre el cual hay un templo de este dios; á la izquierda el templo de Juno, y otros muchos y hermosos edificios, esparcidos por entre los árboles que hacen sombra á las orillas del Imbraso; enfrente la ciudad colocada en parte á lo largo de la ribera, y en parte en la falda de un monte que se levanta al lado del norte.

La isla tiene seiscientos estadios de circunfe-

rencia *. Todas las producciones del terreno, excepto el vino, son tan excelentes, como las perdices y las diferentes especies de caza que abundan en ella. Los montes cubiertos de árboles y de una verdura perpetua, hacen brotar en sus faldas las fuentes que fertilizan los campos vecinos.

La ciudad sobresale entre cuantas poseen los Griegos y bárbaros en el continente inmediato. Se apresuraron á enseñarnos las singularidades de ellas. Llevaron nuestra atencion el acueducto, el muelle y el templo de Juno.

No lejos de las murallas, hácia la parte del norte, hay una gruta abierta á mano, en un monte horadado de parte á parte. El largo de esta gruta es de siete estadios *, su altura y an-

* Veinte y dos leguas, y mil y setecientas toesas: (cerca de 20 leguas de España.)

Estrabon, Agatémero, Plinio é Isidoro, varian sobre la circunferencia de Samos. Segun el primero, tiene seiscientos estadios, que hacen veinte y dos leguas nuestras y mil setecientas toesas, cada legua de dos mil y quinientas toesas: (cerca de 20 leguas de España); segun el segundo, seiscientos treinta estadios, ó veinte y tres leguas y dos mil treinta y cinco toesas: (cerca de 21 leguas de España); segun Plinio, ochenta y siete millas romanas, esto es, veinte y seis leguas y setecientas setenta y dos toesas: (un poco mas de 23 leguas de España); en fin, segun Isidoro, cien millas romanas, es decir, ochocientos estadios, ó treinta leguas y seiscientas toesas: (cerca de 26 leguas y media de España.) Es comun hallar estas diferencias en las medidas antiguas.

** Siete estadios hacen seiscientas sesenta y una toesas, tres pies

chura de ocho pies. En toda su extension hay abierto un canal de tres pies de ancho, y veinte codos de profundidad *. Desde una fuente abundante que está detras del monte, viene el agua á Samos por encañados puestos en el fondo del canal.

El muelle es una calzada que sirve para poner el puerto y los barcos al abrigo del viento de mediodia. Su altura es de cerca de veinte orgias, y su longitud de mas de dos estadios **.

A la derecha de la ciudad, en el arrabal, está el templo de Juno, edificado, segun se dice, por los tiempos de la guerra de Troya, y reedificado en estos últimos por el arquitecto Reco: es de orden dórico. Yo no he visto otro mayor; aun-

y ocho lineas: ocho pies griegos hacen siete nuestros con seis pulgadas y ocho lineas: (7 estadios hacen 4,628 pies y nueve pulgadas de España; y 8 pies griegos hacen 8 pies, 9 pulgadas, y cerca de 9 lineas de España.)

* Tres pies griegos son dos nuestros y diez pulgadas; veinte codos, veinte y ocho pies y cuatro pulgadas: (3 pies griegos son 3 pies, 3 pulgadas, y 7 lineas de España: 20 codos equivalen á 33 pies y 6 lineas de España.) Se puede creer con algun fundamento que la gruta se destinó primeramente para camino público, y cuando despues se determinó traer á Samos las aguas de la fuente, cuyo nivel era mas bajo que la gruta, se aprovechó el trabajo hecho, y no se hizo mas que abrir el canal de que se trata.

** Veinte orgias hacen ciento y trece pies nuestros y cuatro pulgadas; y dos estadios ciento ochenta y nueve toesas: (20 orgias hacen 132 pies y 2 pulgadas de España: 2 estadios hacen 1,322 pies y 6 pulgadas de España.)

que los hay mas hermosos *. Está situado no lejos del mar, á las márgenes del Imbraso, en el sitio mismo que la diosa honró con sus primeras miradas. En efecto, se cree que nació bajo uno de aquellos arbustos, llamados *agnus castus*, muy comunes en aquella ribera. Este edificio tan célebre y respetable, ha gozado siempre del derecho de asilo.

La estatua de Juno nos ofreció los primeros ensayos de la escultura; es obra de Esmilis, uno de los mas antiguos artistas de la Grecia. El sacerdote que nos acompañaba nos dijo que un simple leño recibia antes los homenages de los Samios en estos lugares santos, pues en otro tiempo se representaba en todas partes á los dioses por troncos de árboles, ó por piedras cuadradas, ó redondas, ó cónicas; y todavía duran algunos de estos simulacros groseros, y son venerados en muchos templos antiguos y modernos, y servidos por ministros tan ignorantes, como aquellos Escitas bárbaros que adoran una cimitarra.

Aunque me picó esta reflexion, yo le representé con dulzura, que los troncos de los árboles y las piedras nunca fueron objeto inmediato del culto, sino solamente signos arbitrarios, al re-

* Todavía hay restos en Samos de un templo antiguo; mas parece que no son de uno de que habla Heródoto.

dedor de los cuales se juntaba la nacion para dirigir sus votos á la divinidad. No basta eso, me respondió, es preciso que la divinidad se muestre revestida de un cuerpo semejante al nuestro, y con semblante mas augusto y magestuoso. Ved con qué respeto se postran los hombres delante de las estatuas del Júpiter de Olimpia, y de la Minerva de Atenas. Eso es, repliqué yo, porque están cubiertas de oro y marfil. Haciendo los dioses á nuestra imagen, en lugar de elevar el espíritu del pueblo, no quereis mas que mover sus sentidos; y de esto nace, que su piedad se aumenta en razon de la belleza, grandeza, y riqueza de los objetos expuestos á su veneracion. Si adornaseis vuestra Juno, veriais multiplicarse las ofrendas á pesar de lo tosco del trabajo.

Convino en ello el sacerdote; y despues le preguntamos qué significaban dos pavos reales de bronce puestos al pie de la estatua; á lo que nos dijo, que estas aves gustan mucho de la isla de Samos, y han sido consagradas á Juno, y las representan en la moneda corriente; y que desde esta isla han pasado á la Grecia. Le preguntamos que para qué servia un cajon, en que se levantaba un arbusto. Este es, nos dijo, el mismo *agnus castus*, que sirvió de cuna á la diosa; el cual tiene todo su verdor, añadió, y eso que es mas viejo que el olivo de Atenas, que la palma de Delos, que la encina de Dodona, que el ace-

noche de Olimpia, que el plátano que Agamenon plantó por sí mismo en Delfos, y que todos los demas árboles sagrados que hace siglos se conservan en diferentes templos *.

Preguntamos por qué estaba la diosa con vestido de boda, y nos respondió que porque se casó con Júpiter en Samos. La prueba es clara, añadió; pues tenemos una fiesta en la que celebramos el aniversario de su himeneo. Igualmente se celebra en la ciudad de Cnose en Creta, dijo Estratónico, y los sacerdotes me aseguraron que se habia celebrado á las márgenes del rio Teron. Tambien os advierto, que las sacerdotisas de Argos quieren quitar á vuestra isla el honor de haber dado nacimiento á la diosa, así como otros paises se disputan el de haber sido la cuna de Júpiter. Yo me veria embarazado si tuviera que cantar con mi lira, ó su nacimiento ó su matrimonio. Nada de eso, respondió el sacerdote; pues os conformariais con la tradicion del pais: no son tan escrupulosos los poetas. Pero deberian serlo los ministros del altar, repliqué yo. Adoptar opiniones falsas y absurdas, no es mas que falta de conocimientos; adoptarlas contradictorias é inconsiguientes, es una falta de ló-

* Parece que todos estos árboles estaban en cajones, y lo infiero por el de Samos. En la medalla citada arriba hay un cajon sobre las gradas del vestíbulo.

gica; y siendo esto así, no se debe motejar á los Escitas porque se postran ante una cimitarra.

Paréceme, dijo el sacerdote, que sois instruido, y así voy á revelaros mi secreto. Cuando hablamos del nacimiento de los dioses, entendemos el tiempo en que su culto fué recibido en el pais; y por su matrimonio la época en que el culto del uno se asoció al del otro. ¿Y qué entendeis por su muerte? dijo Estratónico; porque yo he visto en Creta el sepulcro de Júpiter. En eso recurrimos á otro efugio, respondió el sacerdote. Los dioses se aparecen algunas veces á los hombres en nuestra propia forma; y despues de haber estado algun tiempo con ellos para instruirlos, desaparecen y se suben al cielo. En otro tiempo acostumbraban á manifestarse en Creta; y de allí salian para recorrer el mundo. Ibamos á replicarle; pero él tomó el prudente partido de retirarse.

Vimos despues aquel monton de estatuas que hay en torno del templo. Contemplamos con admiracion tres estatuas colosales, hechas por el célebre Miron, puestas sobre una misma basa, y que representan á Júpiter, Minerva y Hércules *. Vimos el Apolo de Telecles y de Teodoro, dos

* Marco Antonio las hizo trasladar á Roma; y algun tiempo despues Augusto volvió á enviar las dos á Samos, y se quedó con el Júpiter.

rtistas que habiendo aprendido en Egipto los rincipios del arte, aprendieron tambien de sus ıaestros á asociarse para una misma obra. El rimero vivia en Samos, y el segundo en Efeso. 'espues de haberse convenido en las proporcioes que debia tener la figura, se encargó uno de ı parte superior y otro de la inferior. Reunidas espues vinieron tan bien, que se creeria que ran de la misma mano. Sin embargo, es preciso onvenir en que no habiendo hecho todavía muhos progresos la escultura, este Apolo es mas ecomendable por la exactitud de las proporcioes, que por la belleza de los pormenores.

El samio que nos contaba esta anécdota, añaió: hácia el fin de la guerra del Peloponeso ruzaba Alcibiades en nuestras costas con la arnada de los Atenienses, quien favoreció al parido del pueblo, y este le erigió esta estatua. Al;un tiempo despues, Lisandro, gefe de la armala de los Lacedemonios, se apoderó de Samos, 'restauró la autoridad de los ricos, quienes en'iaron su estatua al templo de Olimpia. Despues 'olvieron con fuerzas superiores dos generales ıtenienses, Conon y Timoteo, y veis aquí las los estatuas que les erigió el pueblo; y veis aquí ambien el sitio que destinamos á la de Filipo ıara cuando tome nuestra isla. Deberiamos por ierto avergonzarnos de esta bajeza, pero en eso somos como los habitantes de las islas veci-

nas, y como la mayor parte de las naciones griegas del continente, sin exceptuar los Atenienses. El odio que en todas partes ha habido entre los ricos y los pobres, ha destruido los resortes del honor y de la virtud. Dió fin con estas palabras: un pueblo que por espacio de dos siglos ha agotado su sangre y sus tesoros para procurarse algunos momentos de una libertad mas pesada que la esclavitud, es disculpable de buscar el reposo, principalmente cuando el vencedor no exige mas que dinero y una estatua.

Los Samios son el pueblo mas rico y mas poderoso de cuantos componen la confederacion jónica. Son de grande ingenio, industriosos y activos; y así es que su historia suministra puntos interesantes para la de las ciencias, artes y comercio. Entre los hombres célebres que ha producido la isla, citaré á Creófilo, que mereció, segun dicen, el agradecimiento de Homero, dándole acogida en su miseria, y el de la posteridad, conservándonos sus escritos; á Pitágoras, cuyo nombre solo bastaria para ilustrar el mejor siglo y el mayor imperio. Despues de este último pondremos, aunque en un grado inferior. á dos contemporaneos suyos, Reco y Teodoro, escultores hábiles para aquel tiempo, quienes despues de haber perfeccionado, segun se dice, la regla, el nivel y otros instrumentos útiles, descubrieron el secreto de forjar estatuas de

hierro, y nuevos modos para fundirlas de cobre.

La tierra de Samos no solamente tiene propiedades, de que usa la medicina, sino que bajo la mano de muchos artífices se convierte tambien en vasos muy estimados en todas partes.

Los Samios se dedicaron desde muy temprano á la navegacion, é hicieron en otro tiempo un establecimiento en el alto Egipto. Hace cerca de tres siglos, que uno de sus barcos mercantes que iba á Egipto, fué arrojado por los vientos contrarios mas allá de las columnas de Hércules á la isla de Tarteso, situada en las costas de la Iberia, desconocida hasta entonces de los Griegos. Se hallaba allí oro en abundancia; y los habitantes, que no conocian su precio, le prodigaron á estos extrangeros, quienes en cambio de sus géneros, trajeron riquezas valuadas en sesenta talentos *, suma exorbitante entonces, y que costaria trabajo juntar en una parte de la Grecia. Se sacó el diezmo, y se destinó para ofrecer en el templo de Juno una gran copa de bronce que dura todavía. Los bordes están adornados con cabezas de grifos; y está sostenida por tres estatuas colosales puestas de rodillas, y de la pro-

* Trescientas veinte y cuatro mil libras: (mas de un millon y 200,000 rs. vn.)

porcion de siete codos de altura *. Este grupo es tambien de bronce.

Desde entonces ha ido Samos aumentando y ejercitando su marina. Salieron muchas veces de sus puertos escuadras respetables, y conservaron por algun tiempo su libertad contra los esfuerzos de los Persas, y de las potencias de la Grecia, ansiosas por reunirla á su dominacion; pero se vieron levantarse en su seno repetidas divisiones, y despues de largos debates se estableció por fin la tiranía; lo cual sucedió en tiempo de Polícrates.

Recibió este de la naturaleza grandes talentos, y de su padre Eaces grandes riquezas. Este último habia usurpado el poder supremo, y su hijo resolvió apoderarse de él. Comunicó sus pensamientos con dos hermanos suyos, que creyeron deber entrar en la conspiracion como asociados suyos, y no fueron mas que instrumentos. Habiéndose puesto sus partidarios en los sitios señalados en el dia en que se celebra la fiesta de Juno, se echaron unos sobre los Samios, reunidos al rededor del templo de la diosa, y asesinaron á muchos; otros se apoderaron de la ciudadela, y se mantuvieron en ella con el auxilio de algunas tropas enviadas por Ligdamis, tirano de Naxos. Dividiéronse la isla entre los tres her-

* Unos diez pies: (11 pies y medio de España.)

manos; y poco despues cayó del todo en manos de Polícrates, quien condenó al uno á muerte, y al otro á destierro.

Emplear para mantener el pueblo en la obediencia, ya las fiestas y espectáculos, ya la violencia y crueldad: distraerle del sentimiento de sus males, conduciéndole á conquistas brillantes, y del de sus fuerzas sujetándole á trabajos penosos *: apoderarse de las rentas del Estado, y algunas veces de las posesiones de los particulares: rodearse de satélites, y de un cuerpo de tropas extrangeras: encerrarse en caso necesario en una ciudadela fuerte: saber engañar á los hombres, y burlarse de los juramentos mas sagrados; tales fueron los principios que gobernaron á Polícrates despues de su elevacion. La historia de su reinado se podria intitular: arte de gobernar para el uso de los tiranos.

Sus riquezas le pusieron en estado de armar cien galeras que le aseguraron el imperio del mar, y sujetaron á él muchas de las islas vecinas y algunas ciudades del continente. Sus generales tenian una orden secreta de llevarle, no solamente los despojos de sus enemigos, sino tambien los de sus amigos, quienes los pedian des-

* Aristóteles dice que en los gobiernos despóticos se hace trabajar al pueblo en las obras públicas para mantenerle en la dependencia. Entre otros ejemplos cita el de Polícrates, y el de los reyes de Egipto, que hicieron levantar las pirámides.

pues, y los recibian de su mano como señal de su afecto y generosidad.

Durante la paz, los habitantes de la isla y los prisioneros de guerra juntos ó separados, añadian nuevas obras á las fortificaciones de la capital, abrian fosos al rededor de sus muros, levantaban en lo interior los monumentos que adornan á Samos, que fueron hechos por los artistas que Polícrates trajo á sus Estados á toda costa.

Igualmente atento á proteger las letras, reunió cerca de su persona á los que las cultivaban; y en su biblioteca las mejores producciones del espíritu humano. Entonces se vió un contraste notable entre la filosofía y la poesía. Mientras Pitágoras, incapaz de tolerar el aspecto de un déspota bárbaro, huia de su patria oprimida, Anacreonte traia á Samos las gracias y los placeres. Logró fácilmente la amistad de Polícrates, y le celebró con su lira, con el mismo ardor que si hubiera cantado el mas virtuoso de los príncipes.

Queriendo Polícrates multiplicar en sus Estados las mejores castas de animales domésticos, mandó traer perros de Epiro y de Lacedemonia, cerdos de Sicilia, cabras de Esciros y de Naxos, ovejas de Mileto y Aténas; pero como solamente hacia el bien por ostentacion, introducia al mismo tiempo entre sus súbditos el lujo y los vicios asiáticos. Sabia que en Sardes, capital de Lidia, algunas mugeres sobresalientes por su her-

mosura, y reunidas en un sitio, estaban destinadas á hacer averiguaciones sobre las delicias del gusto, y sobre las diversas especies de deleite; Samos vió formar dentro de sus muros un establecimiento igual; y *las flores* de esta ciudad fueron tan famosas como las de Lidia. Este era el nombre que se daba á estas sociedades en que la juventud de uno y otro sexo, dando y recibiendo lecciones de intemperancia, pasaba los dias y las noches en fiestas y desórdenes. La corrupcion se propagó á los demas ciudadanos, y fué funesta á sus descendientes. Tambien se dice que los descubrimientos de Samos pasaron insensiblemente al resto de la Grecia, y corrompieron en ella las costumbres.

Entre tanto habiendo muchos habitantes de la isla que hablaban contra estas innovaciones perjudiciales, Polícrates los mandó embarcar en una armada que debia juntarse á las tropas que Cambises, rey de Persia, llevaba á Egipto, pensando que morirían en el combate, ó á lo menos que Cambises los detendria para siempre en su ejército. Sabedores de su intencion, resolvieron prevenirle, y librar á su patria de una esclavitud ignominiosa; y así en lugar de ir á Egipto, volvieron á Samos, pero fueron rechazados; y habiendo vuelto algun tiempo despues con tropas de Lacedemonia y de Corinto, no les salió mejor esta tentativa que la primera.

Parecia que Polícrates no tenia ya que desear: todos los años de su reinado, y casi todas sus empresas se habian señalado con prosperidad. Sus pueblos se acostumbraban al yugo; se creian felices por sus victorias, por su fausto, y por los soberbios edificios erigidos por sus cuidados á expensas suyas. Tantas imágenes de grandeza le adherian á su soberano, le hacian olvidar la muerte dada á su hermano, el vicio de su usurpacion, sus crueldades y sus perjurios. El mismo no se acordaba ya de los sabios consejos de Amasis, rey de Egipto, á quien hacia tiempo le unian los vínculos de la hospitalidad. « Vuestras prosperidades me espantan, escribia en una ocasion á Polícrates: deseo á los que miro con interes, una mezcla de bienes y de males; porque una divinidad zelosa, no sufre que un mortal goce de felicidad inalterable. Tratad de buscaros algunos trabajos y reveses para oponerlos á los favores obstinados de la fortuna. » Sobresaltado Polícrates con estas reflexiones, resolvió asegurar su felicidad con un sacrificio que le costase algunos momentos de pesar. Llevaba en el dedo un anillo de oro con una esmeralda, en la que Teodoro, de quien hemos hablado ya, habia grabado no sé qué asunto*; obra tanto mas

* Segun S. Clemente Alejandrino, este anillo representaba una ra. Esto importa poco. Pero se puede notar con qué atencion

preciosa, cuanto el arte de grabar en piedra estaba todavia en su infancia en la Grecia. Se embarcó en una galera, se apartó de las costas, arrojó el anillo al mar, y algunos dias despues se le entregó uno de sus oficiales, el cual le halló en el vientre de un pez. Dió al punto aviso de esto á Amasis, quien desde este momento rompió toda comunicacion con él.

Por fin se verificaron los temores de Amasis; pues cuando Polícrates meditaba la conquista de la Jonia y de las islas del mar Egeo, logró un sátrapa vecino á sus Estados, y sujeto al rey de Persia, llevarle á su gobierno, y despues de haberle hecho morir entre horribles tormentos, mandó atar su cuerpo á una cruz levantada en la cima del monte Micala, en frente de Samos*.

Despues de su muerte, experimentaron sucesivamente los habitantes de la isla todas las especies de tiranías, la de uno solo, la de los ricos, la del pueblo, la de los Persas y de las po-

conservaban los Romanos los restos de la antigüedad. En tiempo de Plinio se enseñaba en Roma en el templo de la Concordia una sardonix, que se decia ser el anillo de Polícrates, que se guardaba en una cajita de oro; este era un regalo de Augusto. Solino da tambien el nombre de sardonix á la piedra de Polícrates; pero se ve por el testimonio de algunos autores, principalmente de Herodoto, que era una esmeralda.

* Murió Polícrates cerca del año 522 antes de J. C.

tencias de la Grecia. Las guerras de Lacedemonia y Atenas, hacian prevalecer alternativamente entre ellos ó la oligarquía ó la democracia. Cada revolucion saciaba la venganza de un partido, y preparaba la venganza del otro. Manifestaron el mayor valor en aquel famoso asedio que sufrieron por nueve meses contra las fuerzas de Atenas reunidas bajo el mando de Pericles. Su resistencia fué obstinada, sus pérdidas casi irreparables; consintieron en demoler sus murallas, en entregar sus naves, en dar rehenes, y pagar los gastos de la guerra. Los sitiadores y los sitiados señalaron igualmente su crueldad en los prisioneros que hacian. Los Samios les sellaban en la frente con la figura de un mochuelo, y los Atenienses con la de una proa de navío *.

Sacudieron despues el yugo, y volvieron á caer en poder de los Lacedemonios, quienes desterraron á los partidarios de la democracia. En fin los Atenienses dueños de la isla, la dividieron hace cuatro años en dos mil porciones, repartidas por suerte entre otros tantos colonos encargados de cultivarlas. Neocles era uno de ellos; y fué allá con su muger Querestrata. Aunque no tenian mas que unos bienes medianos, nos obligaron á aceptar su hospedage; y sus atenciones y las

* Las monedas de los Atenienses representaban ordinariamente un mochuelo; y las de Samos una proa.

de los habitantes prolongaron nuestra mansion en Samos.

Unas veces pasábamos el brazo de mar que separa la isla de la costa de Asia, y nos divertiamos en cazar en el monte Micala; otras ibamos á pescar á la falda de este monte, hácia el parage en que los Griegos ganaron á Xerxes aquella famosa victoria que acabó de asegurar el reposo de la Grecia *. Durante la noche teniamos el cuidado de encender teas, y multiplicar hogueras; con cuya claridad, que se reproducia en las aguas, se acercaban los peces á los barcos, y caian en nuestras redes, ó cedian á nuestras armas.

Entre tanto Estratónico cantaba la batalla de Micala, y se acompañaba con la cítara; pero á cada paso le interrumpian, porque nuestros barqueros estaban empeñados en contarnos los pormenores de esta batalla. Todos hablaban á un tiempo, y aunque en medio de las tinieblas fuese imposible distinguir los objetos, nos los mostraban, y dirigian nuestras manos y nuestras miradas á diversos puntos del horizonte. Aquí estaba la escuadra de los Griegos, y allí la de los Persas. Los primeros venian de Samos; se acercan, y veis aquí que huyen las galeras de los Fenicios, y las de los Persas se salvaron bajo este

* El año 479 antes de J. C.

promontorio, cerca de aquel templo de Ceres, que veis delante. Saltan en tierra los Griegos, y se quedan atónitos al ver allí el ejército innumerable de los Persas y de sus aliados. Venia capitaneado por un tal Tigranes, quien desarmó un cuerpo de Samios que tenia consigo, porque les tuvo miedo. Los Atenienses embistieron por este lado, los Lacedemonios por aquel, y se tomó el campamento. Huyó la mayor parte de los bárbaros, y se puso fuego á sus naves. Fueron degollados cuarenta mil soldados, y Tigranes con ellos. Los Samios habian empeñado á los Griegos á que persiguiesen la escuadra de los Persas; los Samios habiendo hallado armas durante el combate, cayeron sobre los Persas; á los Samios debieron los Griegos la victoria mas señalada que han ganado á los Persas. Al hacer estas relaciones saltaban nuestros marineros, tiraban al aire sus gorros, y daban gritos de alegría.

La pesca se hace de varios modos. Unos pescan con sedal; así se llama una caña larga, en que se ata una cuerda de crines de caballo, terminada en un anzuelo de hierro, en el cual se pone el cebo. Otros atraviesan diestramente los peces con dardos de dos ó tres puntas, llamados harpones ó tridentes; otros en fin los enredan en diferentes especies de redes, algunas de las cuales tienen plomos abajo, para que caigan en

el mar, y corchos arriba, para que naden en la superficie.

Nos divirtió mucho la pesca del atun. Se habia echado á lo largo de la ribera una red muy larga y ancha. Fuimos allá al amanecer. Reinaba una calma profunda en toda la naturaleza. Uno de los pescadores echado en una peña inmediata, tenia la vista fija en las olas casi trasparentes, cuando divisó una tribu de atunes que seguia tranquilamente las vueltas y revueltas de la costa, y se iba metiendo en la red por una abertura hecha á propósito. Advertidos de ello sus compañeros, se dividieron en dos filas, y mientras unos tiraban de la red, otros daban golpes con los remos en el agua, para impedir la fuga de los prisioneros, los que eran muchísimos, y algunos de enorme tamaño: uno de ellos pesaba cerca de quince talentos*.

Cuando volvimos de nuestro viage á las costas de Asia, encontramos á Neocles ocupado en los preparativos de una fiesta. Querestrata, su muger, habia parído pocos dias antes, y acababa de poner nombre á su hijo, que era el de Epicuro**.

* Cerca de setecientas setenta y dos libras de peso: (cerca de 33 arrobas de España.)

** Este es el famoso Epicuro, nacido en el arcontado de Sosígenes, el ano 3º de la olimpiada 109, el 7 de gamelion, es decir, el 11 de enero del año 342 antes de J. C. En el mismo año nació Menandro.

Acostumbran los Griegos en estas ocasiones convidar á comer á los amigos. El concurso fué numeroso y escogido. Yo estaba á una punta de la mesa, entre un ateniense que hablaba mucho, y un samio que no decia palabra.

Fué estrepitosísima la conversacion entre los demas convidados; en nuestro lado al principio fué vaga y sin objeto, despues mas sostenida y seria. No sé con qué motivo se habló del mundo y de la sociedad. Despues de algunos lugares comunes, dirigieron la palabra al samio, quien respondió: me contentaré con referiros el modo de pensar de Pitágoras: compara este la escena del mundo á la de los juegos olímpicos, adonde unos van á lidiar, otros á comerciar, y otros solamente á ver. Del mismo modo, los ambiciosos y los conquistadores son nuestros lidiadores: la mayor parte de los hombres cambia el tiempo y el trabajo por los bienes de fortuna; y los sabios, tranquilos espectadores, lo examinan todo, y callan.

Al oir estas palabras, le miré con mas atencion, y noté en él un semblante sereno y grave. Vestia una ropa tan blanca como limpia. Le ofrecí sucesivamente vino, pescado, vaca, y un plato de habas; pero nada de esto admitió; y solo bebia agua, y comia yerbas. El ateniense me dijo al oido: ese es un rígido pitagórico; y levantando luego la voz, dijo: hacemos mal en comer estos peces, porque al principio nosotros habi-

tábamos como ellos en el seno de las aguas: nuestros primeros padres fueron peces; y esto no se puede dudar, pues lo dijo el filósofo Anaximandro. El dogma de la metempsicosis me causa escrúpulos sobre el uso de la carne: quizá seré yo antropófago cuando coma de este buey. Por lo que toca á las habas, son la sustancia que mas participa de la materia animada, cuyas partecillas son nuestras almas. Tomad las flores de esta planta cuando empiezan á negrear; ponedlas en un vaso que metereis debajo de tierra: quitadle la cubierta noventa dias despues, y hallareis en el fondo del vaso una cabeza de niño: Pitágoras hizo este experimento.

Comenzaron todos á dar carcajadas á costa de mi vecino, que continuaba en su silencio. Mucho os estrechan, le dije yo. Bien lo conozco, me respondió; pero no responderé: haria mal en tener razon en este momento: refutar sériamente las cosas ridículas, es una ridiculez mas. Pero con vos no corro peligro alguno: sé por Neocles los motivos que os han obligado á emprender tan largos viages; sé que amais la verdad, y no me negaré á manifestárosla. Acepté su oferta, y despues de comer tuvimos la conversacion siguiente.

CAPITULO LXXV.

CONVERSACION DE ANACARSIS CON UN SAMIO SOBRE LA ESCUELA DE PITAGORAS.

Samio. Vos sin duda no creeis que Pitágoras haya dicho los absurdos que se le atribuyen.

Anacarsis. Lo extrañaba en efecto; porque por una parte veia que este hombre extraordinario habia enriquecido su nacion con los conocimientos de los otros pueblos, habia hecho descubrimientos geométricos, que son privativos de grandes ingenios, y habia fundado una escuela que ha dado tantos hombres grandes. Por otra

veia á sus discípulos ridiculizados á menudo en el teatro, sujetarse con obstinacion á prácticas minuciosas, y disculparlas con razones pueriles, ó alegorías forzadas. Leí vuestros autores, pregunté á los pitagóricos; pero no oí mas que un lenguage enigmático y misterioso. Consulté á los demas filósofos; y Pitágoras no me pareció mas que un gefe de entusiastas, que prescribe dogmas incomprensibles, y observancias impracticables.

Samio. Ciertamente que no se hace favor al retrato.

Anacarsis. Escuchad toda la relacion de mis preocupaciones. Estando en Menfis, descubrí la fuente donde vuestro fundador bebió las leyes rígidas que os dejó; pues son las mismas que las de los sacerdotes de Egipto. Pitágoras las adoptó, sin tener presente que el régimen dietético debe variar segun la diferencia de climas y de religiones. Citemos un ejemplo. Estos sacerdotes tienen tal horror á las habas, que no las siembran en todo Egipto; y si por casualidad nace alguna planta, apartan de ella los ojos como de una cosa impura. Si esta especie de legumbre es dañosa en Egipto, los sacerdotes debieron prohibirla; pero Pitágoras no debia imitarles, y mucho menos si la prohibicion se fundaba en alguna supersticion. Sin embargo os la ha trasmitido, y nunca ocasionó en el pais de su origen

una escena tan cruel, como la que ha ocurrido en nuestros dias.

Queria Dionisio, rey de Siracusa, saber vuestros misterios. Los pitagóricos perseguidos en sus Estados, se ocultaban cuidadosamente. Mandó que se los trajesen de Italia. Un destacamento de soldados descubrió diez que iban tranquilamente de Tarento á Metaponte, á los que dieron caza como á bestias salvages. Ellos echaron á correr; pero al ver un habar que estaba en el camino por donde iban, se pusieron á defender, y se dejaron degollar mas bien que mancillar su alma tocando esta legumbre odiosa. Poco despues el oficial comandante del destacamento sorprendió á dos, que no habian podido seguir á los otros, los cuales eran Milias de Crotona, y su muger Tímica, natural de Lacedemonia, y muy adelantada en su preñez, y los llevaron á Siracusa. Queria saber Dionisio por qué sus compañeros habian querido mas bien perder la vida, que atravesar por el habar; pero ni sus promesas ni sus amenazas aprovecharon para que se lo dijesen; y Tímica se cortó la lengua con los dientes por no ceder á los tormentos que la amenazaban. Ahí teneis pues lo que pueden las preocupaciones del fanatismo, y las leyes insensatas que le favorecen.

Samio. Compadezco la suerte de esos infelices. Su celo poco ilustrado estaba sin duda exaspe-

rado con los rigores que de algun tiempo acá usaban con ellos, y sin duda juzgaron de la importancia de sus opiniones, por la que se ponia en quitárselas.

Anacarsis. ¿Y pensais vos que no fuera delito descubrir el secreto y quebrantar el precepto de Pitágoras?

Samio. Pitágoras no escribió nada ó casi nada. Las obras que se le atribuyen son todas ó casi todas de sus discípulos. Estos son los que han cargado sus reglas con nuevas prácticas. Continuamente oí decir, y se dirá mas todavía en lo sucesivo, que Pitágoras ponia un mérito infinito en la abstinencia de las habas; siendo cierto que en sus comidas hacia frecuente uso de ellas, segun lo oí en mi juventud á Xenófilo, y á muchos ancianos casi contemporaneos de Pitágoras.

Anacarsis. ¿Y por qué se os ha prohibido despues?

Samio. Pitágoras las permitia porque las creia saludables; sus discípulos las prohibieron, porque producen flatulencias y otros efectos perjudiciales á la salud; y el parecer de estos conforme al de muchos médicos, ha prevalecido.

Anacarsis. ¿Conque segun vos, esta prohibicion no es mas que un reglamento civil ó un simple consejo? Sin embargo, yo he oido hablar de ella á otros pitagóricos como de una ley sagrada, y

que tiene enlace, ya con los misterios de la naturaleza, ya con los principios de una sana política.

Samio. Entre nosotros, como entre casi todas las sociedades religiosas, las leyes civiles son leyes sagradas. El caracter de santidad que se las imprime facilita su ejecucion. Es preciso usar de astucias con la negligencia de los hombres, como con sus pasiones. Los reglamentos relativos á la abstinencia se quebrantan todos los dias, cuando su mérito ne es otro que el de conservar la salud. Alguno que por conservarla no se abstendria de un placer, expondria mil veces la vida por conservar los ritos que respeta sin conocer su objeto.

Anacarsis. Pues de ese modo, aquellas abluciones, aquellas privaciones, y aquellos ayunos que observan tan escrupulosamente los sacerdotes egipcios, y se recomiendan tanto en los misterios de la Grecia, no serian en su origen mas que recetas de medicina y lecciones de sobriedad.

Samio. Así lo pienso; y en efecto, nadie ignora que dedicándose los sacerdotes de Egipto á la medicina mas provechosa, cual es la que cuida mas de precaver los males que de curarlos, llegaron siempre á lograr una vida larga y apacible. Pitágoras aprendió esta medicina en su escuela, la trasmitió á sus discípulos, y fué contado con

razon entre los mas hábiles médicos de la Grecia. Como queria hacer subir las almas á la perfeccion, era preciso desasirlas de esta cubierta mortal que las encadena, y les comunica sus manchas. En consecuencia de esto destierra los alimentos y bebidas, que turbando el cuerpo, oscurecen y entorpecen la mente.

Anacarsis. Segun eso pensaba Pitágoras que el uso del vino, de la carne y del pescado producian esos efectos funestos, puesto que os lo prohibió severamente.

Samio. Eso es un error. Pitágoras condenaba el exceso del vino; aconsejaba abstenerse de él, y permitia á sus discípulos beberlo á la comida, pero poco. Algunas veces les servian una porcion de los animales sacrificados, excepto de buey y de carnero. El mismo no tenia repugnancia en comer de ellos, aunque por lo comun se contentaba con un poco de miel y algunas legumbres. Prohibia ciertos peces, por razones que no es del caso referir aquí. Por lo demas, preferia el régimen vegetal á todos los otros, y la absoluta prohibicion de la carne era solamente para aquellos discípulos que aspiraban á la mayor perfeccion.

Anacarsis. ¿Pero cómo se puede conciliar el permiso que deja á los otros con su sistema de la trasmigracion de las almas? Porque en fin, como decia antes el ateniense, os exponeis to-

dos los dias á comeros á vuestro padre ó vuestra madre.

Samio. A eso podria responderos que en nuestras mesas no se pone mas que la carne de las víctimas, y que solamente sacrificamos los animales que no están destinados á recibir nuestras almas; pero tengo otra respuesta mejor, y es, que Pitágoras y sus primeros discípulos no creian en la metempsícosis.

Anacarsis. ¡Cómo es eso!

Samio. Timeo de Locres, uno de los mas antiguos y mas célebre de ellos, lo confesó. Así dice, que no haciendo bastante impresion en la muchedumbre el temor de las leyes humanas, fué preciso atemorizarla con castigos imaginarios, y anunciarle que los culpados trasformados despues de su muerte en bestias viles ó feroces, apurarian todas las desgracias anexas á su nueva condicion.

Anacarsis. Con eso echais por tierra todas mis ideas. ¿No condenaba Pitágoras todos los sacrificios sangrientos? ¿No prohibia matar los animales? ¿Pues por qué tenia tanto interes en su conservacion, sino porque suponia en ellos una alma semejante á la nuestra?

Samio. La justicia era el principio de este interes. ¿Y en efecto con qué derecho nos atrevemos á quitar la vida á unos seres que, como nosotros recibieron este don del cielo? Los pri-

meros hombres, mas dóciles á la voz de la naturaleza, no ofrecian á los dioses mas que frutos, la miel y los panes que eran su alimento. No se atrevian á verter la sangre de los animales, principalmente de los útiles al hombre. La tradicion nos ha trasmitido con horror la memoria del parricidio mas antiguo; y conservándonos tambien los nombres de los que por inadvertencia, ó en un arrebato de ira mataron algunos animales de alguna especie, testifica el espanto y el horror que esta novedad causó sucesivamente en los ánimos. Fué pues preciso un pretexto, y hallando que ocupaban mucho lugar en la tierra, se supuso un oráculo que nos autorizaba á vencer nuestra repugnancia. Obedecimos; y para acallar nuestros remordimientos, quisimos á lo menos arrancar el consentimiento de nuestras víctimas. De aquí viene, que aun el dia de hoy no se sacrifica ninguna sin haberla obligado con abluciones y otros medios, á bajar la cabeza en señal de aprobacion. ¡Ved ahí cuán indignamente se burla la violencia de la debilidad!

Anacarsis. Esta violencia era necesaria sin duda; pues multiplicándose los animales se comian las mieses.

Samio. Los que propagan mucho, viven pocos años; y la mayor parte no perpetuaria su especie sin nuestros cuidados. En cuanto á los de-

mas, los lobos y buitres nos hubieran hecho justicia: mas para manifestaros que no fueron sus robos los que nos pusieron las armas en la mano, os pregunto: si talaban nuestros campos esos peces que perseguimos en un mundo tan diferente del nuestro. No, nada podia movernos á manchar nuestros altares con la sangre de los animales; y, pues no me está permitido ofrecer al cielo los frutos robados en el campo de mi vecino, ¿deberé yo presentarle el homenage de una vida que no me pertenece? ¿Cuál es por otra parte la víctima mas agradable á la divinidad? Los pueblos y los sacerdotes se dividen sobre esta cuestion. En una parte se sacrifican los animales salvages y maléficos; y en otra los que asociamos á nuestros trabajos. Presidiendo el interes del hombre á esta eleccion, de tal modo ha seguido á su injusticia, que en Egipto es una impiedad sacrificar vacas, y un acto de piedad inmolar toros.

En medio de estas incertidumbres, conoció fácilmente Pitágoras que no se podia desarraigar de una vez el abuso autorizado por una larga serie de siglos. Se abstuvo de los sacrificios sangrientos. Lo mismo hizo la primera clase de sus discípulos. Las demas, obligadas á conservar todavía relaciones con los hombres, tuvieron la libertad de sacrificar un corto número de animales, y de probar mas bien que comer su carne.

Era esta una condescendencia al parecer justificada por el respeto del uso y de la religion. Excepto esto, nosotros vivimos en comunidad de bienes con los animales mansos y apacibles. Nos está prohibido hacerles el menor daño. A imitacion de nuestro maestro tenemos verdadera aversion á las profesiones destinadas á matarlos. Se sabe por la experiencia, que el frecuente derramamiento de sangre, hace contraer al alma una especie de ferocidad. Nos esta prohibida la caza. Renunciamos todos los placeres; pero somos mas humanos, mas compasivos y mas pacíficos que los demas hombres; y añado que mucho peor tratados. No se ha omitido medio alguno para destruir una congregacion piadosa y sábia, que renunciando todos los placeres de la vida, se habia dedicado enteramente á la felicidad de las sociedades.

Anacarsis. Veo que conozco mal vuestro instituto; ¿me atreveré á suplicaros que me deis una justa idea de él?

Samio. Ya sabeis que Pitágoras fijó su mansion en Italia, cuando volvió de sus viages; que por sus exhortaciones las naciones griegas establecidas en aquel fertil pais, pusieron las armas á sus pies, y le hicieron árbitro de sus intereses; que hecho tal les enseñó á vivir en paz consigo mismos, y con los demas; que hombres y mugeres se sometieron con igual ardor á los mas

duros sacrificios; que se vió correr á él una multitud de discípulos de todas las partes de Italia y de Sicilia; que Pitágoras se dejó ver en las cortes de los tiranos sin adularlos, y les obligó á bajar del trono sin sentimiento, y que al ver tantas y tales mudanzas decian los pueblos á voces, que se habia dejado ver sobre la tierra un dios para librarla de los males que la affigian.

Anacarsis. ¿Pero no se valieron él ó sus discípulos de la mentira para mantener esta ilusion? Acordaos de todos los prodigios que se le atribuyen: calmado el mar á su voz, disipada la borrasca, la peste suspendiendo sus furores; y despues aquella águila que hizo bajar de los aires y posarse en su mano; y aquella osa, que docil á sus órdenes, no vuelve á embestir á los animales tímidos.

Samio. Esas relaciones extraordinarias me han parecido siempre desnudas de fundamento. En nada veo que Pitágoras se haya arrogado el derecho de mandar á la naturaleza.

Anacarsis. A lo menos convendreis en que pretendia conocer lo futuro, y haber recibido sus dogmas de la sacerdotisa de Delfos.

Samio. En efecto, creia en la adivinacion; y este error, si lo es, le fué comun con los sabios de su tiempo, con los del tiempo posterior, y con el mismo Sócrates. Decia que su doctrina emanaba del oráculo de Delfos. Si esto es delito,

es preciso acusar de impostura á Minos, á Licurgo, y á casi todos los legisladores, quienes para dar autoridad á sus leyes, fingieron que los dioses mismos se las habian dictado.

Anacarsis. Permitidme insistir; porque cuesta trabajo desprenderse de las preocupaciones rancias. ¿Por qué está su filosofía cercada con un triplicado muro de tinieblas? ¿Cómo es que un hombre que tuvo bastante modestia para preferir al título de sabio el de amante de la sabiduría, no tuvo bastante franqueza para anunciar abiertamente la verdad?

Samio. De esos secretos que os espantan, los hallareis en los misterios de Eleusis y de Samotracia, entre los sacerdotes egipcios, y en todas las sociedades religiosas. ¿Pero qué mas? ¿no tienen nuestros filósofos una doctrina reservada exclusivamente para aquellos discípulos, cuya circumspeccion han experimentado? En otro tiempo eran demasiado débiles los ojos de la muchedumbre para sufrir la luz; y aun ahora ¿quién se atreveria á explicarse libremente en medio de Atenas sobre la naturaleza de los dioses, y sobre los vicios del gobierno popular? Hay pues verdades que el sabio debe guardar como en depósito, y no dejarlas caer, por decirlo así, mas que gota á gota.

Anacarsis. Pero vos encubris con velos casi impenetrables las que se debian esparcir á ma-

nos llenas, como son las verdades de la moral. Cuando en lugar de exhortarme á huir de la ociosidad, ó no irritar al hombre colérico, me prohibis sentarme sobre la media fanega, ó atizar el fuego con una espada, es evidente, que añadis al trabajo de practicar vuestras lecciones, el de entenderlas.

Samio. Ese trabajo es el que las graba en el alma. Con mas cuidado se conserva lo que mas cuesta adquirir. Los símbolos excitan la curiosidad, dan un aire de novedad á las máximas triviales; y como ellos se presentan mas á menudo á nuestros sentidos, que los otros signos de nuestros pensamientos, añaden crédito á las leyes que encierran. Así que, ni el militar puede sentarse á la lumbre, ni el labrador mirar la fanega sin acordarse de la prohibicion y del precepto.

Anacarsis. Tanto amais el misterio, que uno de los primeros discípulos de Pitágoras incurrió en la indignacion de los otros, por haber publicado la solucion de un problema de geometría.

Samio. Entonces estaban todos en la persuasion de que la ciencia, lo mismo que el pudor, debia cubrirse con un velo, que da mas atractivos á los tesoros que oculta, y mas autoridad al que la posee. Pitágoras se aprovechó sin duda de esta preocupacion; y aun yo confesaria, si así lo quereis, que imitando á algunos legisla-

dores, empleó algunos engaños piadosos para acreditarse entre la muchedumbre; porque yo desconfio igualmente de los excesivos elogios que se le dan, y de las acusaciones odiosas con que se le carga. Lo que asegura su gloria, es que concibió un proyecto grande; el de una congregacion, que durando siempre, y depositaria de las ciencias y costumbres, seria el órgano de la verdad y de la virtud, cuando los hombres estuviesen en disposicion de oir la una, y practicar la otra.

Abrazaron este instituto muchos discípulos. Los reunió en un edificio inmenso, donde vivian en comunidad, y distribuidos en diferentes clases. Unos pasaban su vida en la contemplacion de las cosas celestiales; otros se dedicaban á las ciencias, principalmente á la geometría y astronomía, y otros en fin, llamados ecónomos ó políticos, estaban encargados de mantener la casa, y de los asuntos pertenecientes á ella.

No era facil el ser admitido cualquiera en el noviciado. Pitágoras examinaba el caracter del pretendiente, sus hábitos, su modo de andar, sus palabras, su silencio, la impresion que hacian en él los objetos, y la conducta que habia tenido con sus padres y amigos. Una vez admitido, depositaba todos sus bienes en manos de los ecónomos.

Las pruebas del noviciado duraban muchos

años; bien que se abreviaban con los que llegaban antes á la perfeccion. Por tres años enteros no gozaba el novicio de consideracion ni de miramiento alguno en la congregacion, sino que estaba como condenado al desprecio. Condenado tambien despues por cinco años al silencio, aprendia á domar su curiosidad, á desasirse del mundo, y á ocupárse en Dios solo. Ocupaban todos sus momentos las purificaciones y diferentes ejercicios de piedad, y de cuando en cuando oia la voz de Pitágoras, que estaba oculto á su vista por un velo denso, y juzgaba de sus disposiciones por sus respuestas.

Cuando estaban satisfechos de los progresos del novicio, le admitian á la doctrina sagrada: si engañaba la esperanza de sus maestros, se le despedia, restituyéndole su caudal, aumentado considerablemente, y desde este momento quedaba como borrado del número de los vivos: se le erigia una tumba en lo interior de la casa, y los asociados no le reconocian, si por acaso le encontraban. La misma pena estaba decretada contra los que revelaban á los profanos la doctrina sagrada.

Los asociados ordinarios podian con el permiso, ó mas bien con una orden del gefe, volver á entrar en el mundo, ocupar empleos, y entregarse á los negocios domésticos, sin renunciar á sus primeros votos.

Los externos, tanto hombres como mugeres, estaban agregados á diferentes casas. Pasaban allí algunas veces dias enteros, y asistian á diferentes ejercicios.

En fin, varios hombres virtuosos, establecidos por lo comun en paises apartados, se filiaban en la orden, se interesaban en sus progresos, se penetraban de su espíritu, y practicaban la regla.

Los que vivian en comunidad se levantaban muy temprano. Al despertarse, hacian dos exámenes, uno de lo que habian dicho ú hecho el dia antes, y otro de lo que habian de hacer en aquel dia; el primero para ejercitar la memoria, y el segundo para arreglar su conducta. Despues de ponerse una ropa blanca, y en extremo aseada, tomaban la lira, y cantaban cánticos sagrados hasta el momento en que mostrándose el sol en el horizonte, se postraban delante de él*, é iban cada uno en particular á pasearse á unos bosquecillos alegres, ó á soledades agradables. El aspecto y tranquilidad de estos hermosos sitios les inspiraban la tranquilidad del alma, y la disponian á las sábias conferencias que les aguardaban á la vuelta.

Se tenian estas conferencias en un templo, y

* Parece que Sócrates se postraba ante este astro cuando salia, ejemplo de los pitagóricos.

versaban sobre las ciencias exactas, ó la moral. Algunos maestros hábiles explicaban los elementos, y conducian los discípulos á la mas alta teoría. A veces les proponian para asunto de su meditacion un principio fecundo, ó una máxima luminosa. Pitágoras, que lo veia todo de una mirada, como lo explicaba todo con una palabra, les decia en una ocasion; ¿qué es el universo? El orden. ¿Qué es la amistad? La igualdad. Estas definiciones sublimes, y nuevas entonces, aficionaban y elevaban los espíritus. La primera tuvo tal éxito, que se sustituyó á los antiguos nombres que los Griegos habian dado hasta entonces al universo. Sucedian á los ejercicios espirituales los del cuerpo, como la carrera y la lucha, y estas contiendas apacibles se tenian ó en bosques ó en jardines.

A la comida se les servia pan y miel, y rara vez vino: los que aspiraban á la perfeccion, no solian tomar mas que pan y agua. Concluida la comida, se ocupaban en los asuntos que los extraños sujetaban á su decision. Despues se reunian de dos en dos, ó de tres en tres, y volvian á paseo, tratando entre sí de las lecciones que habian oido por la mañana. Se desterraban severamente de estas conversaciones la maledicencia y las injurias, las chanzas y palabras superfluas.

Vueltos á casa, entraban en el baño, y al salir

de él se distribuian en diferentes piezas, en donde habia puestas mesas, de diez cubiertos cada una. Servíanles vino, pan, legumbres cocidas ó crudas, y algunas veces trozos de animales sacrificados, y rara vez pesca. La cena, que debia acabarse antes de ponerse el sol, empezaba por la ofrenda del incienso y otros perfumes que ofrecian á los dioses.

Se me olvidaba deciros que en ciertos dias del año les presentaban una comida excelente y suntuosa, la que estaban mirando por algun tiempo, y la enviaban despues á los esclavos, levantándose de la mesa, sin tomar siquiera el alimento acostumbrado.

Seguíanse á la cena nuevas libaciones, y una lectura que tenia obligacion de leer el mas joven, y el mas antiguo el derecho de elegir. Este último les recordaba estos preceptos importantes antes de despedirlos: « no dejeis de honrar á los « dioses, á los genios, y á los héroes, de res- « petar á vuestros padres y bienhechores, y de « volar al socorro de las leyes violadas. » Para inspirarles mas y mas el espíritu de dulzura y equidad, añadia: « guardaos de arrancar el ár- « bol ó planta util al hombre, y de matar al ani- « mal que no le hace daño. »

Retirados á sus habitaciones, se citaban ante su propio tribunal, repasando menudamente, y reprendiéndose las faltas de comision y de omi-

sion. Despues de este examen, cuya práctica constante bastaria sola para corregirnos de nuestras faltas, tomaban la lira, y entonaban himnos en alabanza de los dioses. Usaban de la armonía por la mañana, para disipar los vapores del sueño; y por la tarde para calmar la turbacion de los sentidos. Su muerte era tranquila. Se encerraban sus cuerpos, como se hace todavía, en cajas guarnecidas con hojas de mirto, de olivo y de olmo, y sus funerales se hacian con ciertas ceremonias, que no podemos revelar.

Dos sentimientos, ó mas bien uno solo, debia animarlos toda su vida, la íntima union con los dioses, y la mas perfecta union con los hombres. Su principal obligacion era ocuparse en la meditacion de la divinidad, estar siempre en su presencia, y arreglarse en todo con su voluntad. De aquí nacia aquel respeto que no les permitia mezclar su nombre en los juramentos, aquella pureza de costumbres, que los hacia dignos de sus miradas, aquellas continuas exhortaciones que se hacian para no alejar el espíritu de Dios que residia en sus almas, y en fin, aquel ardor con que se daban á la adivinacion, único medio que nos queda para conocer sus intenciones.

De aquí dimanaban tambien los sentimientos que los unian entre sí; y con los demas hombres Ninguno conoció ni sintió la amistad tan bien como Pitágoras. El fué el primero que dijo esta

sentencia tan bella como consoladora: *mi amigo es otro yo*. En efecto, cuando yo estoy con mi amigo, no estoy solo, y no estamos dos.

Como en la física y en la moral lo reducia todo á la unidad, quiso que sus discursos no tuviesen mas que un solo pensamiento, y una sola voluntad. Despojados de toda propiedad, pero libres en sus empeños, insensibles á la falsa ambicion, á la vana gloria, á los viles intereses, que por lo comun dividen á los hombres, no tenian que temer mas que la rivalidad de la virtud, y la oposicion del caracter. Desde el noviciado concurrian los mayores esfuerzos para vencer estos obstáculos. Asegurada su union por el deseo de agradar á la divinidad, á la que referian todas sus acciones, les proporcionaba triunfos sin fausto, y emulacion sin envidia.

Aprendian á olvidarse de sí mismos, á sacrificarse mútuamente sus opiniones, á no herir la amistad con la desconfianza, con mentiras ni aun leves, con chanzas que no viniesen al caso, ó con protestas inútiles.

Tambien aprendian á asustarse de la menor frialdad. Cuando en las conversaciones en que se trataban cuestiones filosóficas, se les escapaba alguna expresion picante, no dejaban que se pusiese el sol, sin haberse dado la mano en señal de amistad. En una ocasion como esta, corrió uno de ellos á casa de su amigo, y le dijo: olvide-

mos nuestra ira, y sed vos el juez de nuestra diferencia. Convengo en ello, respondió este; pero debo avergonzarme de que siendo yo mayor en edad, no os haya ganado por la mano.

Aprendian á vencer aquellas desigualdades de humor que cansan y resfrian la amistad. Si sentian hervir la sangre en su pecho, si preveian un momento de melancolía ó de displicencia, se apartaban á lo lejos, y calmaban esta involuntaria turbacion, ó reflexionando, ó cantando cosas acomodadas á los diferentes afectos del alma.

Debian á su educacion esta docilidad de espíritu, y esta facilidad de costumbres, que los unia entre sí. Se habia cuidado de no irritar su caracter durante la juventud: unos maestros respetables é indulgentes les hacian volver en sí con correcciones suaves, y hechas á tiempo y á solas, las cuales tenian mas viso de representacion que de reprension.

Pitágoras, que reinaba sobre todo el cuerpo con la ternura de un padre, pero con la autoridad de un rey, vivia con ellos como con sus amigos; los cuidaba en sus necesidades, y los consolaba en sus penas. Dominaba sobre sus espíritus, tanto por sus atenciones, cuanto por sus luces, hasta tal punto, que sus menores palabras eran oráculos para ellos, y muchas veces no respondian á las objeciones sino con estas pala-

bras: *él lo dijo*. De este mismo modo logró imprimir en el corazon de sus discípulos aquella amistad rara y sublime, que ha pasado á ser proverbio.

Los hijos de esta gran familia dispersada en muchos climas, se conocian entre ellos por ciertas señales, aunque no se hubiesen visto antes, y al punto se trataban como si se hubieran conocido siempre. De tal modo se reunian sus intereses, que muchos han atravesado los mares, y expuesto sus bienes por restaurar los de alguno de sus hermanos, que habia venido á ser pobre é indigente.

¿Quereis un ejemplo tierno de su mutua confianza? Viajando uno de los nuestros á pie, se perdió en un desierto, y llegó cansado á una posada, donde cayó enfermo. Estando ya para espirar, y sin poder recompensar el cuidado que habian tenido con él, trazó con trémula mano sobre una tablita, algunas señales simbólicas, y mandó ponerla cerca del camino real. Al cabo de mucho tiempo de su muerte, trajo por allí la casualidad á otro discípulo de Pitágoras, el cual viendo por aquellos caracteres simbólicos la desgracia del primer viagero, se detuvo, pagó con usura los gastos de la posada, y continuó su camino.

Anacarsis. No me sorprende eso. Ved aquí lo que me contaron en Tebas. ¿Conoceis á Lisis?

Samio. Ese fué uno de los ornamentos de la orden. Siendo joven todavía, tuvo modo para huir de la persecucion que hizo perecer á tantos ilustres pitagóricos; y habiendo ido algunos años despues á Tebas, se encargó de la educacion de Epaminondas.

Anacarsis. Murió Lisis; y temiendo vuestros filósofos de Italia, que no se hubiesen guardado en sus funerales los ritos que os son peculiares, enviaron á Tebas á Teanor, con el encargo de pedir el cuerpo de Lisis, y de regalar á los que le habian socorrido en su ancianidad. Supo Teanor que Epaminondas, iniciado en vuestros misterios, le habia hecho enterrar segun vuestros estatutos, y no pudo hacerle aceptar el dinero que se le habia confiado.

Samio. Eso me trae á la memoria una accion de ese Lisis. Saliendo un dia del templo de Juno, encontró en el pórtico á uno de sus hermanos, que era Eurifemo de Siracusa, el que habiéndole suplicado que le esperase un instante, fué á postrarse delante de la diosa. Despues de una larga meditacion, en la cual se metió sin advertirlo, se salió por otra puerta. Era ya al dia siguiente bastante tarde cuando fué á la junta de los discípulos, á quienes encontró inquietos por la ausencia de Lisis: entonces se acordó Eurifemo de la promesa que le habia hecho de esperarle, fué corriendo á buscarle, y le halló en el vestíbulo,

sentado con mucha tranquilidad en la misma piedra donde le dejó el dia antes.

No causa admiracion esta constancia á quien conoce el espíritu de nuestra congregacion; el cual es rígido y sin condescendencia. Lejos de poner la menor restriccion á las leyes de rigor, constituye su perfeccion en convertir los consejos en preceptos.

Anacarsis. Pero teneis algunos minuciosos y frívolos que achican las almas; por ejemplo, no atreverse á cruzar la pierna izquierda sobre la derecha, ni cortarse las uñas en los dias de fiesta, ni usar de cipres para vuestros ataudes.

Samio. ¡Ah! no nos juzgueis por ese monton de observancias, añadidas las mas de ellas á la regla por algunos rigoristas que querian reformar la reforma, otras que tienen enlace con verdades de un orden superior, todas prescriptas para ejercitarnos en la paciencia y en las demas virtudes. La fuerza de nuestro instituto debe estudiarse en las ocasiones importantes. Un discípulo de Pitágoras no da rienda ni á lágrimas ni á quejas en las desgracias, ni muestra temor ni debilidad en los peligros. Si tiene intereses que ventilar, no se humilla á suplicar, porque pide justicia; ni menos á adular, porque solamente ama la verdad.

Anacarsis. No os molesteis mas. Yo sé lo que pueden la filosofía y la religion sobre las imagi-

naciones ardientes y subyugadas; pero tambien sé que los hombres se indemnizan de las pasiones que sacrifican, por las que conservan. He visto de cerca una sociedad ocupada entre el estudio y la oracion renunciar sin trabajo los placeres de los sentidos, y las comodidades de la vida: retiro, abstinencias, austeridades, nada le cuesta, porque con esto gobierna los pueblos y los reyes. Hablo de los sacerdotes egipcios, cuyo instituto me parece en todo semejante al vuestro.

Samio. Con esta diferencia, que lejos de aplicarse á reformar la nacion, no tienen otro interes que el de su sociedad.

Anacarsis. Las mismas quejas ha habido contra vosotros. ¿No se decia que llenos de una ciega deferencia á vuestro gefe, y de una adhesion fanática á vuestra congregacion, no mirabais á los demas hombres sino como á viles rebaños?

Samio. ¡Degradar la humanidad! ¡nosotros que miramos la beneficencia como uno de los principales medios para acercarnos á la divinidad: nosotros que no hemos trabajado sino para establecer la mas estrecha union entre el cielo y la tierra; entre los ciudadanos de una misma ciudad, entre los hijos de una misma familia, y entre todos los seres vivientes de cualquiera naturaleza que sean!

En Egipto el orden sacerdotal no quiere mas

que la consideracion y el crédito; y así es que protege el despotismo, y este á él. En cuanto á Pitágoras, amaba tiernamente á los hombres, pues que deseaba que todos fuesen libres y virtuosos.

Anacarsis. ¿Pero podia lisonjearse de que ellos lo desearian tanto como él, y que el menor sacudimiento no destruyese el edificio de las leyes y de las virtudes?

Samio. A lo menos era cosa grande poner los cimientos de él, y los primeros pasos le hicieron esperar que podria levantarle hasta cierta altura. Ya os he hablado de la revolucion que su llegada causó en Italia; y sin duda se hubiera extendido por grados, si los hombres poderosos, pero llenos de delitos, no hubieran tenido la loca ambicion de entrar en la congregacion. Fueron excluidos de ella, y esta exclusion ocasionó su ruina. Levantóse la calumnia luego que se vió sostenida. La multitud nos tenia odio, porque prohibiamos que las magistraturas se diesen por suerte; y los ricos, porque haciamos que se diesen los empleos al mérito solamente. Nuestras palabras se trasformaron en máximas sediciosas, nuestras juntas en consejos de conspiradores. Pitágoras desterrado de Crotona, no halló asilo entre aquellos pueblos que le debian su felicidad. Su muerte no extinguió la persecucion pues muchos de sus discípulos, que estaban

reunidos en una casa, fueron condenados á las llamas, y murieron casi todos. Dispersados los otros, fueron llamados algun tiempo despues por los habitantes de Crotona, que habian reconocido su inocencia; pero habiendo sobrevenido una guerra, se distinguieron en un combate, y terminaron una vida inocente con una muerte gloriosa.

Aunque el cuerpo ha estado próximo á una disolucion despues de estos desgraciados sucesos, se continuó por algun tiempo nombrando un gefe que le gobernase. Diodoro, que fué uno de los últimos, enemigo del aseo que Pitágoras habia recomendado tanto, afectó costumbres mas austeras, un exterior mas desaliñado, y vestidos mas toscos. Hizo partidarios, y se distinguieron en la orden los del régimen antiguo, y los del nuevo.

Reducidos ahora á un corto número, separados unos de otros, sin excitar ni zelos ni compasion, practicamos en secreto los preceptos de nuestro fundador. Juzgad del poder que tuvieron en el nacimiento del instituto, por el que tienen todavía. Nosotros fuimos los que formamos á Epaminondas, y Focion se formó tambien por nuestros ejemplos.

No necesito recordaros que esta congregacion ha producido una multitud de legisladores, de geómetras, de astrónomos, de naturalistas, de

hombres célebres en todas clases; que ella es la que ha ilustrado la Grecia, y que los filósofos modernos han bebido en nuestros autores la mayor parte de los conocimientos que brillan en sus obras.

Con esto se ha aumentado la gloria de Pitágoras; y por todas partes tiene un lugar distinguido entre los sabios: en algunas ciudades de Italia le han decretado honores divinos, y aun habia gozado de ellos en vida, lo que no os sorprenderá. Ved como hablan las naciones, y aun los filósofos, de los legisladores y maestros del género humano. No son hombres, sino dioses, almas de un grado superior; que bajados del cielo al infierno que nosotros habitamos, se han dignado revestirse de un cuerpo humano, y hacerse participantes de nuestros males, por establecer entre nosotros las leyes y la filosofía.

Anacarsis. Sin embargo, es preciso confesar que estos genios benéficos no han logrado mas que ventajas pasageras; y pues su reforma no ha podido ni extenderse ni perpetuarse, infiero que los hombres serán siempre igualmente injustos y viciosos.

Samio. A no ser que, como decia Sócrates, el cielo no se explique mas claramente, y que movido Dios al ver su ignorancia, les envie alguno que les traiga su palabra, y les descubra su voluntad.

El dia que siguió al de esta conversacion salimos para Atenas, y algunos meses despues fuimos á las fiestas de Delos.



CAPITULO LXXVI.

DELOS Y LAS CICLADES.

En el dichoso clima que yo habito, es la primavera como la aurora de un hermoso dia, aquí se goza de los bienes que trae consigo, y de los que promete. No oscurecen los vapores la claridad del sol, ni todavía irrita sus rayos el ardiente aspecto de la canícula. Su luz es pura é inalterable, la cual descansa dulcemente sobre todos los objetos: es la luz con que se coronan los dioses en el Olimpo.

Cuando se descubre por el horizonte, agitan

los árboles sus hojas nacientes, resuenan las márgenes del Iliso con el cántico de los pájaros, y los ecos del monte Himeto con el son de los rústicos caramillos. Cuando está próxima á ocultarse, se cubre el cielo con velos centelleantes, y las ninfas de la Atica van con paso tímido á ensayar en el prado sus danzas ligeras; pero luego se acelera á despuntar, y entonces no se echa menos, ni la frescura de la noche que se acaba de perder, ni la luz del dia que la habia precedido: parece que nace un nuevo sol en un nuevo universo, y que trae del oriente colores desconocidos á los mortales. Cada momento añade un nuevo rasgo á las bellezas de la naturaleza; á cada instante se va acercando á su perfeccion la obra grande y admirable del desarrollo de los seres.

¡O dias serenos, noches deliciosas, qué conmocion excitaba en mi alma aquella sucesion de perspectivas que presentabais á todos mis sentidos! ¡O dios de los placeres, ó primavera! este año os he visto en toda vuestra gloria correr victoriosos por los campos de la Grecia, y dejar caer de vuestra cabeza las flores que debian engalanarlos; os presentabais en los valles, y se mudaban en prados alegres; os dejabais ver en los verdes montes, y el serpol y el tomillo exhalaban mil olores; os levantabais por los aires, y derramabais en ellos la serenidad de vuestras

miradas. Apresurados los amores corrian á vuestra voz lanzando por todas partes dardos ardientes, y la tierra se encendia con ellos. Todo renacia para engalanarse, todo se engalanaba para agradar. Tal apareció el mundo al salir del caos, en aquellos dichosos momentos en que deslumbrado el hombre por la mansion que habitaba, sorprendido y satisfecho de su existencia, parecia no tener espíritu mas que para conocer la felicidad, ni corazon mas que para poseerla, ni alma sino para sentirla.

Esta estacion encantadora traia fiestas mas encantadoras todavía, las que se celebran de cuatro en cuatro años en Delos para honrar el nacimiento de Diana y de Apolo *. Hace una larga serie de siglos que se da culto en la isla á estas divinidades. Pero como empezase á decaer, instituyeron los Atenienses durante la guerra del Peloponeso, ciertos juegos que atraen mil pueblos diversos. La juventud de Atenas se abrasaba en deseo de sobresalir en ellos: toda la ciudad estaba en movimiento. Se preparaba tambien la diputacion solemne que va todos los

* El 6 del mes ático targelion se celebraba el nacimiento de Diana, y el 7 el de Apolo: en el año 3º de la olimpiada 109, empezaba el mes targelion el 2 de mayo del año 341 antes de J. C.; por lo que el 6 y 7 de targelion coincidieron con el 8 y 9 de mayo.

años á ofrecer al templo de Delos un tributo de reconocimiento por la victoria de Teseo sobre el Minotauro, la que va en el mismo barco en que fué este heroe á Creta; y el sacerdote de Apolo habia coronado ya la popa con sus manos sagradas. Bajé á Pireo con Filotas y Lisis; y vimos el mar cubierto de barcos ligeros que se hacian á la vela para Delos. No tuvimos libertad para elegir; porque sentimos que nos arrebataban los marineros, cuya alegría tumultuosa y viva se confundia con la de un pueblo inmenso que corria á la playa. Inmediatamente aparejaron; salimos del puerto, y abordamos por la tarde á la isla de Ceos.

El dia siguiente costeamos á Siros; y dejando á la izquierda á Tenos, entramos en el canal que separa á Delos de la isla de Renea, desde donde vimos el templo de Apolo, y le saludamos con nuevos raptos de alegría. La ciudad de Delos se ofrecia á nuestros ojos casi toda entera, y mirábamos con ansia aquellos edificios soberbios, aquellos pórticos elegantes, aquellos bosques de columnas que la adornan: de manera que este espectáculo, que se variaba á medida que nos acercábamos, suspendia nuestro deseo de llegar.

Llegados al muelle, volamos al templo, que solo dista como cien pasos. Hace mas de mil años que Erisicton, hijo de Cécrope, puso los

primeros cimientos, y que los diversos Estados de la Grecia no cesan de adornarle: estaba cubierto de festones y guirnaldas, que por el contraste de sus colores daban un nuevo lustre al marmol de Paros de que está construido. Vimos en lo interior la estatua de Apolo, menos célebre por la delicadeza del trabajo, que por su antigüedad. El dios tiene el arco en una mano; y para dar á entender que la música le debe su origen y gracias, sostiene con la izquierda las tres Gracias, representadas, la primera con una lira, la segunda con flautas, y la tercera con un caramillo.

Cerca de la estatua está el altar, que es tenido por una de las maravillas del mundo. No es el oro, ni el marmol lo que allí se admira; las astas de animales dobladas á fuerza, entrelazadas con arte y sin argamasa, forman un todo tan sólido como regular. Algunos sacerdotes, ocupados en adornarle con flores y ramos, nos hacian notar el ingenioso tejido de sus partes. El mismo dios fué, dijo un ministro joven, el que en su infancia cuidó de unirlas entre sí. Estas astas terribles que veis colgadas de esta pared, y las que forman el altar, son despojos de las cabras monteses que pastaban en el monte Cinto, y mató Diana. Cuanto ven aquí los ojos es prodigioso. Esta palma que deja caer sus ramas sobre nuestras cabezas, es aquel arbol sagrado que sirvió

de apoyo á Latona, cuando dió á luz las divinidades que adoramos. La figura de este altar se ha hecho célebre por un problema de geometría, cuya exacta solucion acaso no se dará jamas. En tiempo que la peste asolaba esta isla, y la guerra despedazaba la Grecia, consultaron al oráculo nuestros padres, y respondió, que cesarian estas plagas, si hacian este altar una vez mas grande que lo que era. Creyeron que bastaba aumentarle el doble en todos sentidos; pero vieron con asombro que construian una masa enorme, que era ocho veces mayor que la que estais viendo. Despues de otros ensayos, todos infructuosos, consultaron á Platon que volvia de Egipto, quien dijo á los diputados que el dios se burlaba con este oráculo de la ignorancia de los Griegos, y los exhortaba á dedicarse á las ciencias exactas, mas bien que ocuparse en sus divisiones eternas. Al mismo tiempo les propuso un medio sencillo y mecánico de resolver el problema, pero ya habia cesado la peste cuando llegó su respuesta. Eso es probablemente lo que habria previsto el oráculo, me dijo Filotas.

Estas palabras, aunque dichas en voz baja, fijaron la atencion de un ciudadano de Delos, el que se acercó, y mostrándonos un altar menos adornado que el primero, nos dijo: este no se ha regado nunca con la sangre de víctimas; ni

jamas se ve brillar en él la llama devoradora: aquí es adonde venia Pitágoras, á imitacion del pueblo, á ofrecer tortas, cebada y trigo; y sin duda que gustaban al dios mucho mas los homenages de este hombre ilustrado, que esos arroyos de sangre que inundan continuamente nuestros altares.

Despues nos hacia observar todos los pormenores de lo interior del templo. Nosotros le oiamos con respeto, admirábamos la sabiduría de sus discursos, la dulzura de sus miradas, y el tierno interes que tomaba por nosotros. ¿Pero cuál fué nuestra sorpresa cuando por las noticias mutuas conocimos que era Filocles? Era este uno de los principales habitantes de Delos por sus riquezas y dignidades; era el padre de Ismena, cuya hermosura servia de asunto en las conversaciones de todas las mugeres de la Grecia: era el que prevenido por cartas de Atenas, debia ejercer con nosotros los deberes de la hospitalidad. Despues de abrazarnos muchas veces: daos prisa, nos dijo; venid á saludar á mis dioses domésticos: venid á ver á Ismena, y sereis testigos de su himeneo; venid á ver á Leucipa su dichosa madre, y participareis de su alegría: no os recibirán como extrangeros, sino como unos amigos que tenian sobre la tierra, y que el cielo les tenia destinados tiempo hace. Sí, yo os lo juro, añadió, apretándonos las manos, todos los que

aman la virtud, tienen derechos á la amistad de Filocles y de su familia.

Salimos del templo, sin que apenas nos permitiese su celo impaciente echar una mirada sobre aquel monton de estatuas y altares de que está rodeado. En medio de estos monumentos se levanta una figura de Apolo, cuya altura es de cerca de veinte y cuatro pies; flotan sobre sus espaldas largas trenzas de pelo, y su manto que se tercia sobre el brazo izquierdo, parece obedecer al soplo del céfiro. La figura y el plinto en que descansa, son de un solo pedazo de marmol, que los habitantes de Naxos consagraron á aquel lugar. Nicias, general de los Atenienses, hizo levantar cerca del coloso, una palma de bronce, cuyo trabajo es tan precioso como el material. Mas allá leimos en muchas estatuas esta inscripcion fastuosa : *la isla de Quio es famosa por sus excelentes vinos ; en lo sucesivo lo será por las obras de Búpalo y de Antermo.* Estos dos artistas vivian dos siglos hace. Han sido seguidos y hechos olvidar por los Fidias y los Praxíteles; y así es que queriendo eternizar su gloria, han eternizado su vanidad.

La ciudad de Delos no tiene ni torres ni murallas, ni mas defensa que la presencia de Apolo. Las casas son de ladrillo, ó de una especie de granito bastante comun en la isla. La de Filocles

estaba á la orilla de un lago cubierto de cisnes, y casi cercado de palmeras.

Noticiosa Leucipa de la venida de su esposo, salió á recibirle, y nosotros creimos que era Ismena; pero luego se presentó esta, y creimos que era la madre de los amores. Filocles nos exhortaba mútuamente á alejar todo encogimiento, y desde este instante experimentamos á un tiempo todas las sorpresas de un trato nuevo, y todas las dulzuras de una amistad antigua.

Brillaba la opulencia en la casa de Filocles; pero una prudencia ilustrada habia arreglado tan bien el uso, que parecia haberlo concedido todo á la necesidad, y negádolo todo al capricho. Los esclavos, felices en su estado, se anticipaban á nuestros deseos. Unos derramaban sobre nuestras manos y pies agua mas pura que el cristal, y otros llenaban de frutas una mesa puesta en el jardin, en medio de un sotillo de mirtos. Principiamos haciendo libaciones á los dioses que presiden á la hospitalidad. Nos hicieron muchas preguntas sobre nuestros viages; y Filocles se enterneció mas de una vez con la memoria de los amigos que habia dejado en el continente de la Grecia. Despues de algunos instantes de una conversacion deliciosa, salimos con él á ver los preparativos de las fiestas.

Debian estas empezarse el dia siguiente *; pues este era el dia en que se celebraba en Delos el nacimiento de Diana. Llenábase la isla poco á poco de extrangeros, á quienes traia la piedad, el interes y la diversion. Ya no hallaban casas donde meterse, y se formaban tiendas en las plazas públicas y en el campo: volvíanse á ver despues de mucho tiempo, y se precipitaban unos en los brazos de otros. Estas afectuosas escenas dirigian nuestros pasos á diversas partes de la isla; y no menos atentos á los objetos que se nos presentaban, que á los discursos de Filocles, nos instruiamos en la naturaleza y calidades de un pais tan famoso en la Grecia.

La isla de Delos no tiene mas que siete ú ocho mil pasos de circuito, y su anchura es la tercera parte de su longitud. El monte Cinto, que va del norte al mediodia, termina una llanura que se dilata hácia el occidente hasta la orilla del mar, y en esta llanura está situada la ciudad. Lo restante de la isla no ofrece mas que un terreno desigual y esteril, excepto algunos valles amenos, formados por diversas colinas, que están en su parte meridional. La fuente del Inopo es la única con que la ha favorecido la naturaleza; pero en varios parages hay cisternas y lagos para conservar por muchos meses el agua llovediza.

* El 8 de mayo del año 341 antes de J. C.

Delos fué gobernada al principio por reyes, que reunian en sí el sacerdocio y el imperio. Mas adelante cayó en poder de los Atenienses, que la purificaron durante la guerra del Peloponeso. Los sepulcros de sus antiguos habitantes fueron trasladados á la isla de Renea: allí es donde sus sucesores vieron por la primera vez la luz del dia, y allí la verán por la última. Pero si están privados de la ventaja de nacer y morir en su patria, á lo menos gozan en vida de una tranquilidad profunda; pues los furores de los bárbaros, los odios de las naciones, las enemistades particulares desaparecen á vista de esta tierra santa: jamas los caballos de Marte la huellan con sus uñas sanguinolentas: se destierra de allí severamente cuanto presenta la imagen de la guerra; no se permite ni aun el animal mas fiel al hombre, porque destruiria los animales mas débiles y tímidos *. En fin, la paz ha elegido á Delos por morada, y la casa de Filocles por palacio.

Estando cerca de ella vimos venir un mancebo, cuyo andar, estatura y fisonomía, eran mas que humanos. Este es Teágenes, nos dijo Filocles, este es el escogido por mi hija para esposo; y Leucipa acaba de señalar el dia

* No se permitia en Delos tener perros, porque no destruyesen las liebres y conejos.

de su boda. ¡O padre mio, respondió Teágenes arrojándose en sus brazos, á cada instante se aumenta mi gratitud! Sírvanse estos generosos extrangeros participar de ella conmigo: estos son mis amigos, pues lo son vuestros; y conozco que el exceso de una alegría necesita de apoyo, como el de un pesar. Vosotros disimulareis este alborozo si habeis amado, añadió dirigiéndose á nosotros, y si no habeis amado me le disimulareis en viendo á Ismena. El interes que tomamos por él, parecia que calmaba el desorden de sus sentidos, y aliviaba el peso de su felicidad.

Recibieron Leucipa é Ismena á Filocles, como Andrómaca recibia á Hector siempre que volvia á entrar en los muros de Troya. Sirvióse la comida en una galería, adornada con estatuas y pinturas; y nuestros corazones abiertos á la mas pura alegría, gustaron de los placeres de la confianza y de la libertad.

Entre tanto ponia Filocles una lira en las manos de Ismena, y la exhortaba á cantar uno de los himnos destinados á celebrar el nacimiento de Diana y de Apolo. Expresa, le decia, con tus cánticos, lo que las doncellas de Delos representarán mañana en el templo con la ligereza de sus pasos. Anacarsis y Filotas reconocerán mejor el origen de nuestras fiestas, y la naturaleza del espectáculo que ofrecemos á su vista.

Tomó Ismena la lira, y sacó como por distraccion algunos sones tiernos y patéticos, que no se ocultaron á Teágenes; y preludiando con rapidez sobre el modo dórico, pintó con rasgos de fuego la ira implacable de Juno contra una rival odiosa. « En vano quiere Latona huir de su venganza: y pues ha tenido la desgracia de agradar á Júpiter, es preciso que el fruto de sus « amores sea el instrumento de su tormento, « y perezca con ella. Aparece Juno en los cielos; « Marte sobre el monte Hemo de Tracia; Iris sobre una montaña inmédiata al mar; espantan « con su presencia los aires, la tierra y las islas. Trémula, fuera de sí, y atormentada con « los dolores del parto, llega Latona al cabo de « muchos viages á Tesalia, á las márgenes del « rio que la baña. ¡O Peneo, exclama, detente « un momento, y recibe en tus aguas mas apacibles los hijos de Júpiter, que llevo en mi seno! « ¡O ninfas de Tesalia, hijas del dios, cuyo auxilio imploro! unios á mí para inclinarle en mi « favor. Pero él no me oye, y mis súplicas solo « sirven para que precipite su paso. ¡O Pelion! « ¡Montañas horribles! ¿Con que vosotras sois « mi único amparo? ¡Ay! ¿Me negareis en vuestras sombrías cavernas el asilo que concedeis « á la parturiente leona?

« A estas palabras el Peneo enternecido suspende el movimiento de sus aguas presurosas.

« Lo ve Marte, tiembla de ira; y próximo ya á
« sepultar el rio bajo los humeantes escombros
« del monte Pangeo, da un grito en los aires, y
« hiere con su lanza en el escudo. Este ruido,
« semejante al de un ejército, agita los campos
« de Tesalia, hace estremecer al monte Osa, y
« va á resonar, bramando en las profundas ca-
« vernas del Pindo. No habria ya Peneo, si La-
« tona no hubiera abandonado aquellos parages
« á que su presencia atraia la ira de los dioses.
« Viénese á nuestras islas á mendigar el auxi-
« lio que le niegan; porque las amenazas de Iris
« las atemorizan.

« Sola Delos, es menos sensible al temor que
« á la compasion. Delos no era entonces mas que
« una roca esteril y desierta, movida por los vien-
« tos y las olas á todos lados, que le acababan de
« arrojar en medio de las Ciclades, cuando oyó
« los lamentos de Latona. Párase al punto, y le
« ofrece un asilo en las silvestres márgenes del
« Inopo. Penetrada de gratitud la diosa, se re-
« cuesta al pie de un arbol, que le da su som-
« bra, y que en pago del beneficio gozará de una
« eterna primavera. Aquí fué donde rendida y
» atormentada de los mas crueles dolores, abrió
« los casi moribundos ojos, y sus miradas, en
« que brillaba la alegría en medio de las expre-
« siones del dolor, encontraron en fin aquellas
« prendas preciosas de tanto amor, aquellos hi-

« jos, cuyo nacimiento le habia costado tantas « lágrimas. Las ninfas del Inopo, testigos de su « júbilo, lo anuncian al universo con cánticos « sagrados, y Delos no es ya el juguete de las « inconstantes olas; sino que descansa sobre « columnas, que se levantan del fondo del mar, « y ellas mismas se apoyan sobre los fundamen- « tos del mundo. Derrámase su gloria por todas « partes; de todas vienen las naciones á sus « fiestas á implorar al Dios, que le debe el na- « cimiento, y la hace feliz con su presencia. »

Acompañó Ismena estas últimas palabras con una mirada á Teágenes, y nosotros empezamos á respirar con libertad; pero nuestras almas estaban todavía agitadas con las conmociones del terror y de la compasion. Nunca la lira de Orfeo, ni las voces de las Sirenas dieron sonidos tan patéticos. Mientras cantaba Ismena, yo la interrumpia continuamente, y lo mismo Filotas, con voces involuntarias de admiracion. Filocles y Leucipa le prodigaban señales de ternura, que la lisonjeaban mas que nuestros elogios; Teágenes escuchaba, y callaba.

Llegó en fin el dia que se esperaba con tanta impaciencia. Trazaba la aurora débilmente en el horizonte el camino del sol, cuando llegamos al pie del Cinto. Este monte, que solo tiene una mediana altura, es un trozo de granito, en que brillan diversos colores, y principalmente par-

tecitas de talco, negruzcas y relucientes. Desde lo alto de la colina se descubre una multitud extraordinaria de islas de todas magnitudes, sembradas en medio de las aguas, con aquel bello desorden que lo están las estrellas en el cielo. La vista las recorre con ansia, y las busca despues de haberlas perdido. Ya se extravia con placer en las revueltas de los canales, que las separan unas de otras; ya mide lentamente los lagos, y las llanuras líquidas que abrazan. No es este uno de aquellos mares sin límites, donde la imaginacion queda tan sorprendida como agobiada con la grandeza del espectáculo; donde el alma inquieta, buscando por todas partes donde descansar, no halla mas que una vasta soledad que la entristece, y una extension inmensa que la confunde. Aquí el seno de las ondas se ha hecho mansion de los mortales; esta es una ciudad esparcida en la superficie del mar; es la pintura de Egipto cuando el Nilo se derrama por sus campos, y parece sostener sobre sus aguas las colinas, que sirven de retiro á los habitantes.

La mayor parte de estas islas, nos dijo Filocles, se llaman Ciclades*, porque forman como un cerco al rededor de Delos. Sesostris, rey de Egipto, sujetó muchas á su imperio. Minos, rey de Creta, gobernó algunas con sus leyes: los Fe-

* *Ciclo*, en griego significa *circulo*.

nicios, los Carios, los Persas, los Griegos, todas las naciones que han tenido el imperio del mar, las han conquistado ó poblado sucesivamente: pero las colonias de estos últimos han hecho desaparecer los vestigios de las colonias primeras, y poderosos intereses han unido para siempre la suerte de las Ciclades á la de la Grecia.

En su origen unas se habian elegido reyes; otras los habian recibido de mano de sus vencedores; pero el amor de la libertad, natural á los Griegos, mas natural todavía á los isleños, destruyó el yugo en que gemian. Todos estos pueblos se hicieron pequeñas repúblicas, las mas de ellas independientes; zelosas unas de otras, y deseosas de mantenerse en equilibrio con alianzas ó protecciones mendigadas en el continente. Gozaban de aquella calma dichosa, que no pueden esperar las naciones sino de su oscuridad, cuando el Asia hizo un esfuerzo contra la Europa, y los Persas cubrieron el mar con sus naves. Las islas consternadas, se debilitaron dividiéndose. Unas tuvieron la flaqueza de juntarse al enemigo; otras el valor de resistirle. Despues de su derrota, formaron los Atenienses el proyecto de conquistarlas todas, acriminándoles casi lo mismo el haberlos socorrido y el haberlos abandonado, y así las sujetaron sucesivamente bajo pretextos mas ó menos plausibles.

Atenas les dió sus leyes: Atenas exigió tribu-

tos proporcionados á sus posibles. A la sombra de su poder, ven florecer en su seno el comercio, la agricultura, las artes, y serian dichosas si pudiesen olvidarse de que fueron libres.

No son todas igualmente fértiles: algunas apenas pueden surtir á sus habitantes. Tal es Micone, que es aquella que se divisa al oriente de Delos, de la que no dista mas que veinte y cuatro estadios*. Allí no hay aquellos arroyos que caen de lo alto de las montañas, y fertilizan las llanuras. Abandonada la tierra á los fuegos abrasadores del sol, suspira incesantemente por el socorro del cielo; y solo á fuerza del trabajo se consigue que broten de su seno el trigo y otros granos necesarios para la subsistencia del labrador. Parece que reune toda su virtud en favor de las viñas é higueras, cuyos frutos son afamados. Abundan en ella las perdices, codornices y muchas aves trashumantes. Pero estas ventajas, comunes á esta isla y á las inmediatas, son muy debil recurso para los habitantes, quienes ademas de la esterilidad del pais, tienen que sufrir el rigor del clima. Desde muy temprano pierden el adorno natural de la cabeza, y parece que aquel cabello flotante que da tanta gracia á la hermosura, no se concede á la juventud de Mi-

* Dos mil doscientas sesenta y ocho toesas: (2,645 brazas de España.)

cone, sino para que pronto sienta su pérdida.

Tachan á los de Micone de avaros y aduladores; pero en verdad que se les censuraria menos, si en una fortuna mas brillante fuesen pródigos y fastuosos; porque la desgracia mayor de la indigencia, es hacer notables los vicios, y que no puedan ser disimulados.

Menor, pero mas fertil que Micone, es Renea, que veis al poniente, y solo dista de nosotros quinientos pasos, la que se distingue por la riqueza de sus colinas y de sus campos. En otro tiempo habia una cadena que atravesaba el canal que las separa, y parecia reunirlas: lo cual fué obra de Polícrates, tirano de Samos, quien pensó comunicar de este modo á la una la santidad de la otra*. Pero la isla de Renea tiene derechos mas legítimos á nuestro respeto, por encerrar las cenizas de nuestros padres, y porque algun dia encerrará las nuestras. Los sepulcros que estaban antes en Delos, fueron trasladados á aquella eminencia, que está en frente de nosotros, donde se multiplican cada dia con nues-

* Por el mismo tiempo sitió Creso la ciudad de Efeso. Para lograr los habitantes la proteccion de la diosa, tendieron una cuerda que ataron por una punta á los muros, y por otra al templo, distante siete estadios, ó seiscientas sesenta y una toesas y media (774 brazas de España.)

tras pérdidas, y se levantan del seno de la tierra, como otros tantos trofeos, que la muerte cubre con su sombra amenazadora.

Dirigid la vista hácia el noroeste, y descubrireis allí las costas de la isla de Tenos. Fuera del recinto de la capital hay uno de aquellos bosques venerables, cuya duracion está consagrada por la religion, y sobre el cual multiplica en vano el tiempo los inviernos. Sus caminos sombríos sirven de paso para el soberbio templo que, dando crédito á los oráculos de Apolo, levantaron en otro tiempo los habitantes á Neptuno: este es uno de los mas antiguos asilos de la Grecia. Está rodeado de muchos y espaciosos edificios, donde se dan los convites públicos, y se juntan los pueblos durante las fiestas de este dios. Entre los elogios que resuenan en su honor, se le alaba porque evita ó disipa las enfermedades que afligen á los hombres, y por haber destruido las serpientes que en otro tiempo hacian inhabitable la isla.

Los primeros que la cultivaron, hicieron una tierra nueva, una tierra que satisface los votos del labrador, ó los previene. Ofrece á sus necesidades los frutos mas exquisitos, y toda clase de granos: por todas partes brotan fuentes; y fertilizadas las campiñas con el tributo de sus aguas, se adornan tambien con el contraste de los montes áridos, y despoblados que las rodean. Tenos

está separada de Andros por un canal de doce estadios de anchura *.

En esta última isla hay montes cubiertos de verdor como en Renea; fuentes mas abundantes que en Tenos; valles mas deliciosos que en Tesalia; frutas, que lisonjean la vista y el paladar; en fin, una ciudad afamada por las dificultades que tuvieron los Atenienses en sujetarla, y por el culto de Baco, á quien honra especialmente.

Yo ví el alborozo y alegria que inspiran sus fiestas; le ví en aquella edad en que el alma recibe impresiones, cuya memoria se renueva siempre con el mayor placer. Estaba yo á bordo de un barco que volvia de la Eubea; y fijos los ojos en el oriente, admirábamos los preparativos brillantes del nacimiento del dia, cuando mil gritos penetrantes nos hicieron volver los ojos á la isla de Andros. Los primeros rayos del sol alumbraban una altura coronada por un hermoso templo. Los pueblos acudian de todas partes; se apiñaban al rededor del templo; levantaban las manos al cielo, se postraban en tierra, y se abandonaban al ímpetu de una alegría desenfrenada. Llegamos á la isla, y el tropel nos llevó á lo alto de la colina, en donde se dirigian á nosotros muchas voces confusas: venid, ved, probad. Este rio de vino, que sale del templo de Baco,

* Cerca de media legua: (1,567 pasos de España.)

no era ayer, esta noche, esta mañana, sino una fuente de agua pura. Baco es el autor de este prodigio; todos los años le hace el mismo dia y á la misma hora; y le hará mañana, pasado mañana, y por siete dias continuos. A estas palabras interrumpidas, se siguió luego una armonía dulce é interesante, que decia: « el Aqueloo es fa-« moso por sus juncos; el Peneo funda toda su « gloria en el valle que baña; y el Pactolo en « las flores que adornan su ribera; pero la fuente « que nosotros cantamos, hace á los hombres « fuertes y elocuentes, y el mismo Baco la hace « correr. »

Mientras los ministros del templo, dueños de los subterraneos, de donde salia el arroyo, se burlaban así de la credulidad del pueblo, me hallaba yo tentado de felicitarles del éxito de su artificio. Es cierto que engañaban al pueblo, pero le hacian feliz.

A casi igual distancia de Andros y de Ceos, se halla la pequeña isla de Giaros, digno retiro de malhechores si se purgase de ellos la tierra, region yerma y erizada de rocas. Parece que la naturaleza se lo ha negado todo, como lo ha concedido todo á la isla de Ceos.

Los pastores de Ceos tributan honores divinos, y consagran sus vacadas al pastor Aristeo, que fué el primero que llevó una colonia á esta isla. Dicen que vuelve algunas veces á habitar en sus

bosques apacibles, y que desde el fondo de estos retiros, cuida de sus toros mas blancos que la nieve.

Los sacerdotes de Ceos van todos los años á un monte alto á observar el nacimiento de la canícula, y ofrecer sacrificios á este astro, como tambien á Júpiter, y pedirle la vuelta de aquellos vientos favorables, que por cuarenta dias quebrantan los rayos ardientes del sol, y refrescan los aires.

Los habitantes de Ceos han edificado un templo á Apolo: conservan con veneracion el que Nestor, al volver de Troya, hizo levantar á Minerva, y juntan el culto de Baco al de estas divinidades. Tantos actos de religion parece á todos que les grangea el favor de los dioses. La isla abunda de frutas y pastos; los cuerpos son allí robustos, las almas naturalmente vigorosas, y los pueblos tan numerosos, que se han visto obligados á distribuirse en cuatro ciudades, de las cuales Yulis es la principal. Está situada sobre una altura, y toma su nombre de una fuente copiosa, que corre al pie de la colina. Careso, que dista de ella veinte y cinco estadios*, le sirve de puerto, y la enriquece con su comercio.

Se verian en Yulis ejemplos de una hermosa y

* Cerca de una legua: (mas de tres cuartos de legua de España.)

larga ancianidad, si la costumbre ó la ley no permitiera el suicidio á los que llegando á la edad de sesenta años, no están en disposicion de gozar de la vida, ó mas bien, de servir á la república. Dicen que es una ignominia sobrevivir á sí mismo, usurpar sobre la tierra un lugar que no se puede llenar, y apropiarse dias que solamente se recibieron para la patria. El dia que debe terminarlos, es festivo para ellos: reunen sus amigos, se coronan la cabeza, y tomando una copa envenenada, se sumergen insensiblemente en un sueño eterno.

Animos tan varoniles eran capaces de emprender cualquiera cosa por conservar su independencia. Un dia, que sitiados por los Atenienses, estaban ya para rendirse por falta de víveres, les amenazaron, que si no se retiraban, iban á degollar á los ciudadanos de mas edad que habia en la plaza. Fuese horror, fuese compasion, fuese temor únicamente, ello es que los Atenienses dejaron en paz á un pueblo, que arrostraba igualmente á la naturaleza y á la muerte. Despues lo han sujetado y lo han amansado con la servidumbre y las artes. Está adornada la ciudad con edificios soberbios: sus muros están formados de piedras enormes de marmol, y se ha hecho facil la subida por medio de caminos hechos en los declives de las alturas inmediatas; pero lo que le da mas lustre es haber dado muchos hombres

célebres, entre otros á Simónides, Baquílides y Pródico.

Simónides, hijo de Leoprepes, nació hácia el año tercero de la olimpiada cincuenta y cinco *; y mereció la estimacion de los reyes, de los sabios, y de los hombres grandes de su tiempo. De este número fueron Hiparco, á quien hubiera adorado Atenas, si Atenas pudiera sufrir quien la dominase; Pausanias, rey de Lacedemonia, á quien las victorias ganadas á los Persas habian elevado á la cima del honor y del orgullo; Alevas, rey de Tesalia, que oscureció la gloria de sus predecesores, y aumentó la de su nacion; Hieron, que empezó siendo tirano de Siracusa, y acabó siendo padre de ella; Temístocles en fin, que no era rey, pero habia triunfado del mas poderoso de los reyes.

Segun una costumbre perpetuada hasta nosotros, los soberanos llamaban á su corte á los que sobresalian por sus conocimientos ó por sus talentos extraordinarios. Algunas veces les hacian entrar en disputa, en la que exigian aquellas ocurrencias ingeniosas que brillan mas que iluminan: otras veces les consultaban sobre los misterios de la naturaleza, sobre los principios de la moral, ó sobre la forma de gobierno, á cuyas cuestiones se debian dar respuestas claras,

* El año 558 antes de J. C.

prontas y precisas, porque era necesario instruir al príncipe, agradar á los cortesanos, y confundir á los rivales. Las mas de estas respuestas corrian por toda la Grecia, y han pasado á la posteridad, que ya no está en disposicion de apreciarlas, porque encierran alusiones que se ignoran ó verdades comunes ahora. Entre las que se citan de Simónides, hay algunas que han adquirido celebridad por circunstancias particulares.

Estando un dia comiendo, le pidió el rey de Lacedemonia que confirmase con algun dicho luminoso la alta opinion que se tenia de su filosofía. Simónides, que penetrando los proyectos ambiciosos de este príncipe, habia previsto su término fatal, le dijo: « acordaos de que sois « hombre. » Pausanias miró esta respuesta como una máxima frívola ó trivial; pero viendo las desgracias que experimentó despues, descubrió en ella una verdad nueva, y la mas importante de cuantas ignoran los reyes.

La reina de Siracusa le preguntó otra vez si la ciencia era preferible á la riqueza. Esta era una celada para Simónides, á quien solamente apreciaban por la primera de estas ventajas, y quien solamente apreciaba la segunda. Viéndose en la precision de encubrir su modo de pensar ó condenar su conducta, recurrió á la ironía, y dió preferencia á las riquezas, por cuanto los filósofos asistian continuamente á las casas de los ricos. Este

problema se ha resuelto despues de un modo mas honroso para la filosofía. Preguntado Aristipo por el rey Dionisio, por qué el sabio despreciado por el rico, le hacia la corte con tanta continuacion, respondió: « porque el uno conoce sus necesidades, y el otro no conoce las suyas. »

Simónides era poeta y filósofo. La feliz reunion de estas calidades, hizo sus talentos mas útiles, y su ciencia mas amable. Su estilo, lleno de dulzura, es sencillo, armonioso, admirable por la eleccion y colocacion de las palabras. El objeto de sus cantos, fueron las alabanzas de los dioses, las victorias de los Griegos, y los triunfos de los atletas. Describió en verso los reinados de Cambises y de Darío: se ejercitó en casi todos los géneros de poesía, y fué sobresaliente en los elogios y cantos de dolor. Ninguno ha conocido mejor el arte sublime y delicioso de interesar y enternecer, ni ha pintado con mas verdad las situaciones, é infortunios que excitan la compasion. No es Simónides á quien se oye, sino los gritos y sollozos; sino una familia desolada, que llora la muerte de un padre ó de un hijo; sino Danaé, una madre tierna, que cargada con su hijo, lucha contra el furor de las olas; ve mil abismos abiertos á sus lados, y siente mil muertes en su corazon; sino Aquiles, en fin, que sale del fondo del sepulcro, y anuncia á los Griegos,

próximos á dejar las costas de Ilion, los males sin número, que el cielo y el mar les preparan.

Estas pinturas, que Simónides llenó de pasion y de movimiento, son otros tantos beneficios para los hombres; porque se les hace un gran servicio en arrancarles aquellas lágrimas preciosas que vierten con tanto placer, y en alimentar en su corazon aquellos sentimientos de compasion destinados por la naturaleza á reunirlos, y son en efecto los únicos que pueden unir á los desgraciados.

Como los caracteres de los hombres influyen sobre sus opiniones, se debia esperar que la filosofía de Simónides fuese dulce, y sin altanería. Su sistema, si se ha de juzgar por algunos de sus escritos, y por muchas de sus máximas, se reduce á los artículos siguientes:

« No sondeemos la inmensa profundidad del « Ser supremo: limitémonos á saber que todo se « ejecuta por su orden, y que posee la virtud « por excelencia. Los hombres no tienen mas « que una debil emanacion de ella, y la reciben « de él: no se glorien pues de una perfeccion á « que no podrán llegar; la virtud ha fijado su « mansion entre rocas escarpadas: si á fuerza de « trabajo se levantan hasta ella, mil circunstan- « cias fatales los arrastran luego al precipicio. « Así, la vida de ellos es una mezcla de bien y « de mal. Es tan dificil ser á menudo virtuoso,

como imposible serlo siempre. Tengamos placer en alabar las bellas acciones, disimulemos las que no lo son, ó por obligacion cuando el culpado no es amable por otros títulos, ó por indulgencia cuando nos es indiferente. Lejos de censurar á los hombres con tanto rigor, acordémonos que no son mas que debilidad, que están destinados á permanecer un momento en la superficie de la tierra, y para siempre en su seno. El tiempo vuela : mil siglos no son mas que un punto, comparados con la eternidad, ó una pequeñísima parte de un punto imperceptible. Empleemos unos momentos tan fugitivos en gozar de los bienes que nos están reservados, de los cuales son los primeros la salud, la hermosura, y las riquezas bien adquiridas, y hagamos que de su uso resulte aquel amable deleite, sin el cual la vida, la grandeza, la inmortalidad misma, no podrian lisonjear nuestros deseos. »

Estos principios nocivos, en cuanto apagan el alor en los corazones virtuosos, y los remordiientos en las almas culpables, se mirarian solo omo un error del ingenio, si mostrándose Siónides indulgente con los demas, hubiera sido n poco mas severo consigo mismo. Pero se trevió á proponer una injusticia á Temístocles, no se avergonzó de alabar á los asesinos de iparco, que le habia colmado de beneficios.

Por otra parte se le nota de cierta avaricia, qu no podia saciarse con las liberalidades de Hi ron, y que segun el caracter de esta pasion, hacia cada vez mas insaciable. El fué el prime que degradó la poesía haciendo un tráfico ver gonzoso de la alabanza. En vano decia, que edad era susceptible solamente del placer amontonar riquezas: que queria mas enriquec á sus enemigos despues de muerto, que de ne cesitar de sus amigos durante su vida: que sob todo, ninguno estaba libre de defectos; y que hallase alguna vez un hombre irreprensible, denunciaria al universo. Estas extrañas razon no le abonaron á los ojos del público, cuyos d cretos invariables nunca perdonan los vicios q se acercan mas á la bajeza, que á la debilid de corazon.

Murió Simónides de edad de cerca de noven años *. Se mira en él como un mérito el hab aumentado en la isla de Ceos el esplendor del fiestas religiosas, haber añadido la octava cuer á la lira, y hallado el arte de la memoria arti cial; pero lo que le asegura una gloria inmort es haber dado lecciones útiles á los reyes haber hecho feliz á Sicilia, sacando á Hie de sus extravios, y obligándole á vivir en

* El año 468 antes de J. C.

con sus vecinos, con sus súbditos, y consigo mismo.

La familia de Simónides era como aquellas en que es perpetuo el sacerdocio de las Musas. Su nieto, del mismo nombre que él, escribió sobre las genealogías, y sobre los descubrimientos que hacen honor al espíritu humano. Baquílides, su sobrino, le hizo revivir en cierto modo en la poesía lírica. La pureza de estilo, la correccion del diseño, las bellezas regulares y sostenidas, grangearon á Baquílides los aplausos que podria envidiar el mismo Píndaro. Estos dos poetas dividieron entre sí, por algun tiempo, el favor del rey Hieron, y los votos de la corte de Siracusa: mas cuando ya la proteccion no les impidió ponerse en su lugar, Píndaro se elevó á los cielos, y Baquílides se quedó en la tierra.

Mientras este último perpetuaba en Sicilia la gloria de su patria, el sofista Pródico la hacia brillar en diversas ciudades de la Grecia, recitando en ellas arengas preparadas con arte, sembradas de alegorías ingeniosas, de un estilo sencillo, noble y armonioso. Su elocuencia era ignominiosamente venal, y no la sostenia la gracia de la voz; mas como presentaba la virtud bajo un aspecto seductor, fué admirada de los Tebanos, alabada de los Atenienses, y estimada de los Esparciatas. Mas adelante propaló ciertas máximas, que destruian los fundamentos de la

religion; y desde este instante le miraron los Atenienses como corruptor de la juventud, y le condenaron á beber la cicuta.

No lejos de Ceos está la isla de Citnos, afamada por sus pastos; y mas cerca de nosotros esa tierra que veis al poniente, es la fertil isla de Siros, donde nació uno de los mas antiguos filósofos de la Grecia, el cual es Ferécides, que vivia doscientos años hace, y excitó una revolucion grande en las ideas. Agobiado de una enfermedad terrible, que no le dejaba esperanza de vida, vino de Italia su discípulo Pitágoras á recoger su último aliento.

Tended la vista hácia el mediodia, y vereis en el horizonte aquellos densos vapores que oscurecen su brillo naciente; esas son las islas de Paros y de Naxos.

Paros podrá tener trescientos estadios de circuito *. Campiñas fértiles, rebaños numerosos, dos puertos excelentes, colonias enviadas á varias partes, os darán una idea general del poderío de sus habitantes. Algunos hechos os harán formar juicio de su caracter, segun las circunstancias que han debido desenvolverle.

Se hallaba la ciudad de Mileto en la Jonia, atormentada con divisiones fatales; y entre to-

* Once leguas, y ochocientas cincuenta toesas (cerca de 10 leguas de España.)

dos los pueblos distinguidos por su sabiduría, el de Paros le pareció el mas á propósito para restablecer el sosiego. Logró pues que le enviase árbitros, quienes no pudiendo traer á concordia las facciones de largo tiempo irritadas por el odio, salieron de la ciudad, y fueron recorriendo los campos, los que hallaron incultos y desiertos, exceptuando algunas porciones de heredades que continuaban cultivando un corto número de ciudadanos. Admirados de su profunda tranquilidad, no dudaron en ponerlos á la cabeza del gobierno, y al instante recobró Mileto el orden y la abundancia.

En la expedicion de Darío se unieron los de Paros con este príncipe, y participaron de su ignominia en la batalla que perdió en Maraton: Obligados á refugiarse á su ciudad, fueron sitiados en ella por Milciades; y habiendo pedido capitulacion despues de una larga defensa, y estando aceptadas las condiciones por ambas partes, se descubrió en la costa de Micone una llama, que se levantaba por el aire, la que procedia de un bosque, en donde se habia prendido fuego por casualidad. Creyóse en el campo y en la plaza, que aquella era la señal de la escuadra de los Persas, que venia á socorrer la isla; y en esta inteligencia faltaron los sitiados descaradamente á su palabra, y Milciades se retiró. Este hombre grande purgó con una dura prision el

mal éxito de esta empresa; pero los de Paros recibieron otro castigo mas severo, pues se eternizó su perjurio con un proverbio.

En tiempo de la expedicion de Xerxes hicieron á los Griegos la alevosía de permanecer en la alianza de los Persas, y á estos la de mantenerse en inaccion. Su escuadra, ociosa en el puerto de Citnos, esperaba el fin del combate para arrimarse al partido del vencedor, sin prever que no contribuir á su victoria era exponerse á su venganza; y que una república pequeña, estrechada entre dos grandes potencias que quieren extender sus límites á expensas una de otra, no tiene por lo comun otro recurso que seguir el torrente, y correr á la gloria llorando sobre su libertad. No tardaron los de Paros en experimentarlo; y aunque á fuerza de contribuciones, pudieron alejar al principio á los vencedores de Salamina, al fin cayeron bajo el yugo de ellos casi sin resistencia.

Las Gracias tienen altares en Paros. Un dia que Minos hacia sacrificio á estas divinidades, vinieron á decirle que su hijo Androgeo habia sido muerto en la Atica. Acabó la ceremonia, arrojando lejos de sí una corona de laurel, que le ceñia la frente; y con voz interrumpida de sollozos, mandó callar al tocador de flauta. Los sacerdotes han conservado la memoria de aquel dolor tan legítimo; y cuando se les pregunta por

qué han desterrado de sus sacrificios el uso de las coronas é instrumentos músicos, responden: en una circunstancia igual á esta, y cerca de este altar, fué donde el mas dichoso de los padres supo la muerte de un hijo, á quien amaba tiernamente, y quedó reducido al mas infeliz de los hombres.

Muchas son las ciudades que se glorian de haber dado el ser á Homero; pero ninguna disputa á Paros, el honor ó la ignominia de haber producido á Arquíloco. Este poeta, que vivia cerca de trescientos y cincuenta años hace, era de una familia distinguida. La Pitia predijo su nacimiento, y la gloria que habia de adquirir algun dia. Los Griegos, preparados por este oráculo, admiraron en sus escritos la fuerza de las expresiones, y la nobleza de las ideas; le vieron manifestar hasta en sus extravíos el vigor varonil de su ingenio; extender los límites del arte; introducir nuevas cadencias en sus versos, y nuevas bellezas en la música. Arquíloco hizo en la poesía lírica lo que Homero habia hecho en la épica. Ambos tienen de comun el haber sido modelos cada uno en su género, el recitarse sus obras en las juntas generales de la Grecia, y que se celebre su nacimiento con fiestas particulares. Sin embargo, el agradecimiento público al asociar sus nombres, no ha intentado confundir el lugar de cada uno; y así no concede

al poeta de Paros sino el segundo; bien que el no tener por superior sino á Homero, es seguramente tener el primero.

Por lo que hace á las costumbres y conducta de Arquíloco, se le deberia poner en la clase mas vil de los hombres. Nunca se reunieron talentos mas sublimes á un caracter mas atroz y depravado: manchaba sus escritos con expresiones licenciosas y pinturas lascivas; derramaba en ellos con abundancia la hiel con que se complacia su alma en alimentarse. Sus amigos, sus enemigos, los objetos desventurados de sus amores, todo caia á los tiros sangrientos de sus sátiras; y lo mas extraño es, que él mismo nos cuenta estos hechos odiosos; él es el que escribiendo la historia de su vida, tuvo valor para contemplar despacio todos los horrores de ella, y la insolencia de exponerlos á los ojos del universo.

Las gracias juveniles de Neóbula, hija de Licambo, habian hecho en Arquíloco una viva impresion. Las promesas mutuas parecian asegurar su dicha, y la conclusion del himeneo, cuando por motivos de interes fué preferido un rival. Al punto el poeta, mas irritado que afligido, agitó las serpientes que las Furias habian puesto en sus manos, y cubrió con tantos oprobios á Neóbula y á sus padres, que les obligó á terminar con muerte violenta los dias que habia emponzoñado cruelmente.

Arrancado por la indigencia del seno de su patria, se fué á Tasos con una colonia de parios, donde su furor halló nuevo pábulo, y el odio público se desencadenó contra él. Pronto se le presentó la ocasion de desvanecerlo: estaban los de Tasos en guerra con las naciones vecinas; y Arquíloco fué en el ejército, vió al enemigo, huyó, y arrojó su escudo. Esta última accion es el colmo de la infamia para un griego; pero la infamia no amancilla sino á las almas que no merecen sufrirla. Arquíloco hizo pública confesion de su cobardía. « Yo abandoné mi escudo, dice « en una de sus obras, pero yo hallaré otro, y salvé la vida. »

De este modo despreciaba las censuras del público, porque su corazon no le censuraba; y así es, que despues de haber insultado á las leyes y al honor, se atrevió á ir á Lacedemonia. ¿Qué podia esperar de un pueblo que nunca separaba su admiracion de su estimacion? Los Esparciatas bramaron de ira al verle dentro de sus muros; le desterraron al instante, y prohibieron sus escritos en todo el territorio de la república.

La junta de los juegos olímpicos le consoló de esta afrenta; pues habiendo recitado en ella en honor de Hércules, aquel himno famoso que se canta todavía siempre que se celebra la gloria de los vencedores, le prodigaron los pueblos sus aplausos, y los jueces al decretarle una corona,

debieron hacerle conocer que jamas tiene la poesía mas derechos sobre nuestro corazon, que cuando nos enseña nuestras obligaciones.

Arquíloco fué muerto por Calondas de Naxos, á quien perseguia mucho tiempo antes. La Pitia miró su muerte como un insulto hecho á la poesía: « sal del templo, dijo al matador, pues has « dado muerte al favorito de las Musas. » Calondas hizo presente que se habia contenido en los límites de la defensa legítima; y la Pitia, aunque movida por sus súplicas, le obligó á apaciguar con libaciones, los manes irritados de Arquíloco. Tal fué el fin de un hombre, que por sus talentos, por sus vicios y descaro, habia llegado á ser el objeto de la admiracion, del desprecio y del terror.

Menos célebres, pero mas estimables que este poeta, Polignoto, Arcesilas, y Nicanor de Paros, aceleraron los progresos de la pintura encáustica. Otro artista, natural de la misma isla, adquirió reputacion por un mérito prestado; este es Agorácrites, á quien Fidias tomó por discípulo, y al que quiso elevar en vano á la clase de sus rivales, cediéndole parte de su gloria, poniendo en sus propias obras el nombre de su discípulo, sin echar de ver que la elegancia del cincel descubria la impostura, y hacia traicion á la amistad.

Pero á falta de modelos: suministra Paros inagotables tesoros á los artistas; pues toda la tierra

está cubierta de monumentos empezados en las canteras del monte Marpeso. En estos subterraneos, á que alumbran débiles luces, arranca con pena un pueblo de esclavos aquellos trozos enormes que brillan en los mas soberbios edificios de la Grecia, y hasta en la fachada del laberinto de Egipto. Muchos templos están revestidos de este marmol, porque segun dicen, su color agrada á los inmortales. Hubo un tiempo en que los escultores no gastaban otro; y aun en el dia lo buscan con esmero, aunque no siempre corresponde á sus esperanzas; porque las grandes partes cristalinas que forman su fondo, deslumbran la vista, y saltan bajo el cincel. Pero este defecto queda recompensado con otras calidades excelentes, principalmente con la suma blancura á que hacen frecuentes alusiones los poetas, y algunas veces relativas al caracter de su poesía. « Yo levantaré un monumento mas « brillante que el marmol de Paros, dice Píndaro « hablando de una de sus odas. ¡ O, el mas dies- « tro de los pintores! exclama Anacreonte, pa- « ra representar la que yo adoro, toma los colo- « res de la rosa, de la leche y del marmol de Pa- « ros. »

Un estrechísimo canal separa á Naxos de la isla antecedente. Ninguna de las Ciclades puede igualar á ella en grandeza, y puede apostárselas á Sicilia en fertilidad. Sin embargo su hermo-

sura se oculta á las primeras miradas del viagero, que llega á sus costas, pues no ve mas que montañas inaccesibles y desiertas; pero estas montañas son unas barreras que la naturaleza opone al furor de los vientos, y defienden las llanuras y valles, que cubre con sus tesoros. Aquí es donde ostenta toda su magnificencia, donde las fuentes perenes de una agua viva y pura se reproducen bajo mil formas diversas, y se pierden los rebaños en la espesura de sus praderas. Allí, no lejos de las márgenes encantadoras del Biblino, maduran en paz aquellos higos excelentes, que Baco dió á conocer á los habitantes de la isla, y aquellos vinos célebres, que se prefieren á todos los demas. Los granados, almendros y olivos, se multiplican sin trabajo en aquellas campiñas cubiertas todos los años de cosechas abundantes; los esclavos siempre ocupados no cesan de amontonar aquellos tesoros, y los barcos sin número, no paran de llevarlos á paises remotos.

A pesar de esta opulencia, los habitantes son valientes, generosos, y muy amantes de la libertad. Hace dos siglos, que habiendo llegado su república al mas alto punto de su grandeza, podia armar ocho mil hombres. Tuvo la gloria de resistir á los Persas antes de ser sometida, y de sacudir su yugo en el mismo instante en que iban á sojuzgar la Grecia. Juntas sus fuerzas ter-

restres y marítimas con las de los Griegos, se distinguieron en las batallas de Salamina y de Platea: pero al mismo tiempo advirtieron á los Atenienses que no dejasen crecer una potencia capaz ya de hacerles tan grandes servicios. Así es que, cuando despreciando los tratados, resolvió Atenas sujetar á sus antiguos aliados, dirigió sus primeros golpes contra el pueblo de Naxos, y no le dejó mas que la tranquila posesion de sus fiestas y juegos.

Preside en ella Baco: Baco protege á Naxos, y todo ofrece allí la imagen del beneficio y de la gratitud. Los habitantes se afanan por enseñar á los extrangeros el parage donde las Ninfas cuidaron de criarle. Refieren las maravillas que hizo con ellos; de él vienen las riquezas que tienen; por él solo humean dia y noche sus templos y sus altares. Aquí se dirigen sus homenages al dios que les enseñó á cultivar la higuera; allá es al dios que llenó las vides de un nectar sacado del cielo. Adóranle bajo de muchos títulos, para multiplicar unos deberes, que les son tan gratos.

En las inmediaciones de Paros están Serifa, Sifnos y Melos. Para formar idea de la primera, imaginaos muchos montes escarpados y áridos, que no dejan, por decirlo así en sus intervalos, mas que abismos profundos, donde los hombres desventurados ven continuamente sus-

pensas sobre sus cabezas las rocas horribles, monumentos de la venganza de Perseo; porque segun cierta tradicion, tan ridícula como espantosa para los de Serifa, este heroe fué quien armado con la cabeza de Medusa, convirtió en otro tiempo á sus mayores en estos objetos horribles.

Concebid á una corta distancia de allí, y bajo un cielo siempre sereno, unas campiñas esmaltadas de flores, y cubiertas siempre de frutos; una mansion encantadora, donde el aire mas puro alarga la vida de los hombres mucho mas que lo ordinario, y tendreis una debil imagen de las bellezas que ofrece Sifnos. La tierra, cuyas entrañas habian abierto, les daba todos los años un tributo inmenso en plata y oro. El diezmo lo consagraban al Apolo de Delfos, y sus ofrendas formaban uno de los mas ricos tesoros de este templo. Andando el tiempo, cegó el mar embravecido aquellas minas perjudiciales, no quedándoles de su antigua opulencia mas que lamentos y vicios.

La isla de Melos es una de las mas fértiles del mar Egeo. El azufre y otros minerales escondidos en el seno de la tierra, conservan en ella un calor activo, y dan exquísito gusto á todas sus producciones.

El pueblo que la habita, era libre muchos siglos antes de la guerra del Peloponeso, en cuyo

tiempo quisieron los Atenienses sujetarle, y que renunciase la neutralidad que guardaba entre ellos y los Lacedemonios, de quienes traia su origen. Negóse á tal solicitud, lo que irritó tanto á los Atenienses, que le atacaron muchas veces; y aunque las mas fueron rechazados, al fin cargaron sobre Melos con todas las fuerzas de la república, quedando sujeta la isla, bien que la ignominia fué para los vencedores. Comenzaron estos la guerra por una injusticia, y la terminaron con un rasgo de barbarie, trasladando los vencidos á la Atica, y por el consejo de Alcibiades, quitaron la vida á todos los que eran aptos para las armas, quedando los demas entre cadenas hasta que el ejército de los Lacedemonios obligó á los Atenienses á enviarlos á Melos.

Un filósofo, nacido en esta isla, testigo de los males que la habian afligido, creyó que no teniendo los desgraciados esperanza por parte de los hombres, nada tenian que esperar con relacion á los dioses. Hablo de Diágoras, á quien deben los de Mantinea las leyes y la felicidad que gozan. Su imaginacion ardiente, despues de haberle arrojado en los desbarros de la poesía ditirámbica, le penetró de un temor servil de los dioses; y cargando su culto de un monton de prácticas religiosas, recorria la Grecia para hacerse iniciar en los misterios. Pero su filosofía que le tranquilizaba en cuanto á los desórdenes

del universo, cedió á una injusticia, de que fué víctima. Un amigo suyo se negó á devolverle un depósito con juramento hecho delante de los altares. El silencio de los dioses sobre este perjurio, y tambien el que guardaban sobre las crueldades cometidas por los Atenienses en la isla de Melos, dejó maravillado al filósofo, y le precipitó desde el fanatismo de la supersticion en el del ateismo. Sublevó los sacerdotes, divulgando en sus discursos y en sus escritos los secretos de los misterios; al pueblo, rompiendo las estatuas de los dioses*; y á toda la Grecia, negando abiertamente su existencia. Levantóse contra él un grito general, y su nombre llegó á ser una injuria. Los magistrados de Atenas le citaron á su tribunal, y le persiguieron de ciudad en ciudad: se prometió un talento á los que entregasen su cabeza, y dos á los què le presentasen vivo; y para perpetuar la memoria de este decreto, se grabó en una columna de bronce. No hallando Diágoras asilo en Grecia, se embarcó, y pereció en un naufragio.

Recorriendo la vista una pradera, no descubre ni la planta nociva, que mezcla su veneno

* Un dia estaba en una posada, y no hallando leña, echó al fuego una estatua de Hércules; y aludiendo á los doce trabajos de este heroe, decia: todavía te queda el décimotercio, que es el cocer mi comida.

entre las flores, ni la flor modesta, que se esconde bajo la yerba. Del mismo modo, describiendo las regiones, que forman una corona al rededor de Delos, no debo hablaros, ni de los escollos sembrados en sus intervalos, ni de muchas isletas, cuyo brillo no sirve sino para adornar el fondo de la pintura que se ofrece á vuestras miradas.

El mar separa estos pueblos, y el placer los reune: tienen fiestas, que les son comunes, y los juntan, ya en una parte, ya en otra; pero desaparecen cuando empiezan nuestras solemnidades. No de otra suerte, segun Homero, suspenden los dioses sus profundas deliberaciones, y se alzan de su trono cuando se presenta Apolo en medio de ellos. Los templos inmediatos van á quedar desiertos: las divinidades que se adoran en ellos, permiten traer á Delos el incienso que se les destinaba, cuyo glorioso empleo se encarga á las diputaciones solemnes, conocidas con el nombre de *Teorías,* las que traen consigo coros de mancebos y doncellas. Estos coros son el triunfo de la hermosura, y el adorno principal de nuestras fiestas. Vienen de las costas de Asia, de las islas del mar Egeo, del continente de la Grecia, y de las regiones mas remotas. Llegan al son de los instrumentos, á la voz de los placeres, con todo el aparato del gusto y de la magnificencia: los barcos donde vienen están cubiertos de flores; los que los dirigen coro-

nan con ellas su frente; y su alegría es tanto mas expresiva, cuanto es para ellos una cosa religiosa olvidar las desazones ó cuidados que podrian extinguirla ó alterarla.

Al acabar Filocles su relacion, se mudaba la escena á cada momento, y se hermoseaba cada vez mas. Ya habian salido de los puertos de Micone y de Renea los barcos que conducian á Delos las ofrendas; mas lejos se descubrian otras flotas, y eran infinitas las naves de toda especie que andaban volando por la superficie del mar, y relucian con mil diversos colores: veiamos como salian de los canales que separan las islas, cruzarse, seguirse y reunirse: hinchaba las velas teñidas de púrpura un viento fresco, y al golpe de los remos dorados se cubrian las ondas de una espuma, que penetraban con su fuego los primeros rayos del sol.

Mas abajo, al pie de la montaña, inundaba la llanura una multitud inmensa, cuyas filas cerradas formaban ondas acá y allá, como la mies agitada por el viento; y del alborozo que la animaba, se formaba un rumor vago y confuso, que sobrenadaba, por decirlo así, sobre este vasto cuerpo.

Conmovida fuertemente nuestra alma con este espectáculo, no podia saciarse de él, cuando unos torbellinos de humo cubrieron la cima del templo, y se levantaron por los aires. Ya va á

empezar la fiesta, nos dijo Filocles: ya arde el incienso sobre el altar. Al momento en la ciudad, en el campo, en la ribera clamaron todos: la fiesta empieza; vamos al templo.

Hallamos en él las doncellas de Delos coronadas de flores, vestidas ricamente, y adornadas con todos los atractivos de la juventud y de la belleza. Ismena, á su frente, ejecutó el baile de las desgracias de Latona, y nos hizo ver lo que le habiamos oido el dia anterior. Sus compañeras concertaban con sus pasos los sones de sus voces y de sus liras; pero todos estaban insensibles á sus consonancias, y ellas mismas las suspendian para admirar á Ismena.

Algunas veces huia de la ira de Juno, y entonces apenas tocaba la tierra; otras se quedaba inmovil, y su reposo pintaba todavía mejor la turbacion de su alma. Teágenes, disfrazado en la figura de Marte, debia alejar con sus amenazas á Latona, de las márgenes del Peneo: pero cuando vió á Ismena á sus pies tenderle las manos para suplicarle, no tuvo fuerza mas que para apartar los ojos; é Ismena, herida con esta apariencia de rigor, cayó desmayada entre los brazos de sus criadas.

Todos los asistentes se enternecieron, mas no se interrumpió el orden de las ceremonias; en el mismo instante se oyó un coro de mancebos, á quienes se hubiera tenido por hijos de la Aurora,

pues que tenian su frescura y brillo. Mientras cantaban un himno en honor de Diana, las doncellas de Delos ejecutaban danzas vivas y ligeras: los sones que arreglaban sus pasos, llenaban su alma de una dulce embriaguez; tenian en sus manos guirnaldas de flores, y las colgaban con mano trémula á una antigua estatua de Venus, que Ariadna trajo de Creta, y consagró Teseo en este templo.

Oimos en aquel instante otros conciertos, y eran las teorías de las islas de Renea, y de Micone, que aguardaban en el pórtico el momento en que se las podria introducir en el lugar santo. Al verlas, nos pareció ver las Horas y las Estaciones á la puerta del palacio del Sol.

Vimos bajar á la ribera las teorías de Ceos y de Andros. Al verlas se hubiera dicho que las Gracias y los amores, venian á establecer su imperio en una de las islas Fortunadas.

De todas partes llegaban diputaciones solemnes, que hacian resonar los aires con cánticos sagrados. Arreglaban en la misma ribera el orden de marcha, y se enderezaban lentamente hácia el templo, entre las aclamaciones de un pueblo que hervia al rededor de ellas. Presentaban al dios, juntamente con sus homenages, las primicias de los frutos de la tierra. Estas ceremonias iban acompañadas, como todas las que se celebran en Delos, con danzas, cánticos y concier-

tos. Al salir del templo, las teorías las llevaban á ciertas casas, que estaban mantenidas á expensas de las ciudades, cuyas ofrendas llevaban.

Los poetas mas distinguidos de nuestro tiempo, habian compuesto himnos para la fiesta; pero sus esfuerzos no borraban la gloria de los grandes hombres que las habian celebrado antes de ellos; y parecia que se estaba en presencia de sus genios. Aquí se oian los cánticos armoniosos de aquel Olen de Licia, uno de los primeros que consagraron la poesía al culto de los dioses: allí los sones afectuosos de Simónides: mas allá los seductores versos de Baquílides, ó los raptos fogosos de Píndaro; y en medio de estos sublimes acentos, sobresalia la voz de Homero, y se oia con respeto.

A este tiempo se divisaba á lo lejos la teoría de los Atenienses. Semejantes á las Nereidas cuando siguen sobre las aguas el carro de la soberana de los mares, andaba al rededor de la galera sagrada una multitud de barcos ligeros. Sus velas, mas blancas que la nieve, resplandecian, como los cisnes cuando agitan sus alas sobre las aguas del Caistro y del Meandro. A su vista, los ancianos que habian ido con trabajo hasta la ribera, echaban menos con sentimiento el tiempo de su mas tierna infancia, aquel tiempo en que Nicias, general de los Atenienses, vino encargado de la teoría. En lugar de traerla á

Delos, nos decian, la llevó secretamente á la isla de Renea, que veis allí, donde se empleó toda la noche en construir sobre este canal un puente, cuyos materiales estaban preparados mucho tiempo antes, y adornados con oro y colores, sin que faltase mas que reunirlos. Tenia el puente cerca de cuatro estadios de largo *: cubriéronle con tapices soberbios, y le adornaron con guirnaldas; y al dia siguiente, al salir la aurora, pasó el mar la teoría, no como el ejército de Xerxes para destruir las naciones, sino para traerle los placeres; y á fin de darle á probar las primicias de ello, estuvo largo tiempo detenida sobre las aguas, cantando canciones, y ofreciendo á los ojos de todos un espectáculo, que el sol no volverá á alumbrar.

La diputacion que nosotros vimos llegar, estaba casi toda compuesta de las mas antiguas familias de la república. Componíase de varios ciudadanos, que tomaban el título de Teoros *: de dos coros, uno de mancebos, y otro de doncellas, para cantar y bailar; de algunos magistrados con el encargo de cobrar los tributos, y cuidar de lo que necesitase la teoría; y de diez

* Cerca de trescientas setenta y ocho toesas (441 brazas de España.)

** *Teoro*, embajador sagrado, y encargado de ofrecer sacrificios á nombre de una ciudad.

inspectores sacados por suerte, que debian presidir á los sacrificios; porque los Atenienses han usurpado la intendencia de ellos, y en vano reclaman los sacerdotes y magistrados de Delos los derechos que no pueden defender por la fuerza.

Esta teoría se presentó con todo el aparato que se podia esperar de una ciudad donde es excesivo el lujo. Presentada ante el dios, ofreció una corona de oro, del valor de mil y quinientas dracmas *; y á poco se oyeron los bramidos de cien bueyes, que espiraban bajo las cuchillas de los sacerdotes. A este sacrificio se siguió una danza en que los Atenienses representaron las corridas y movimientos de la isla de Delos, cuando rodaba sobre las llanuras del mar al arbitrio de los vientos. Apenas se acabó, cuando se mezclaron con ellos los mancebos de Delos, para figurar las vueltas y revueltas del laberinto de Creta, á ejemplo de Teseo, quien despues de la victoria del Minotauro, ejecutó esta danza cerca del altar. Se dió por premio á los que sobresalieron, ricas trípodes, que los premiados consagraron al dios; y su nombre fué proclamado por dos heraldos que venian con la teoría.

Cuesta á la república mas de cuatro talentos el premio que se da á los vencedores, los pre-

* Mil trescientas cincuenta libras (5,029 rs. vn.).

sentes y sacrificios ofrecidos al dios, y el viage y mantenimiento de la teoria. El templo posee, ya en las islas de Renea y Delos, ya en el continente de la Grecia, bosques, casas, fábricas de cobre y baños, que le ha legado la piedad de los pueblos. Esta es la fuente primera de sus riquezas: la segunda es el interes de las sumas que provienen de estas diferentes posesiones, las que, despues de amontonadas en el tesoro del Artemisio *, se imponen en particulares, ó en las ciudades inmediatas. Estos dos objetos principales, juntos á las multas por crimen de impiedad, aplicadas siempre al templo, forman, al cabo de cuatro años, un fondo de cerca de veinte talentos **, que los tres anfictiones ó tesoreros nombrados por el senado de Atenas, están encargados de recoger, y de los cuales sacan parte de los gastos de la teoría ***.

* Capilla dedicada á Diana.

** Cerca de ciento y ocho mil libras (mas de 400,000 rs. vn.)

*** En 1739, el conde de Sandwich trajo de Atenas á Londres un marmol, en que estaba grabada una larga inscripcion, y contiene el estado de las sumas que debian al templo de Delos, ya algunos particulares, ya ciudades enteras. En ella se especifican las sumas cobradas y las no cobradas: se notan tambien los gastos de la teoría ó diputacion de Atenas; á saber, por la corona de oro ofrecida al dios, comprendido el trabajo, mil y quinientas dracmas: mil trescientas cincuenta libras; (5,029 rs., 14 mrs. vn.) por las trípodes dadas á los vencedores, incluso el trabajo, mil dracmas: novecientas libras, (3,352 rs., 32 mrs. vn.) para los arquiteoros, un

Luego que esta dió fin á las ceremonias que la habian traido á los pies de los altares, nos llevaron á un banquete que el senado de Delos daba á los ciudadanos de esta isla. Estaban todos sentados confusamente á las márgenes del Inopo, debajo de los árboles, que formaban bóveda. Entregadas con ansia todas las almas al placer, procuraban desahogarse con mil expresiones diferentes, y nos comunicaban los afectos que las hacian felices. Reinaba bajo aquel espeso ramage una alegría pura, bulliciosa y universal; y cuando el vino de Naxos saltaba en las copas, todo celebraba con voces el nombre de Nicias, que fué el primero que reunió el pueblo en aquellos sitios deliciosos, y señaló fondos para eternizar este beneficio.

Se destinó lo restante del dia para otro género de espectáculos. Voces admirables se disputaron el premio de la música; y brazos armados con el cesto, el de la lucha. El pugilato, el salto, la

alento: cinco mil cuatrocientas libras, (20,117 rs., 22 mrs. vn.) para el capitan de la galera que condujo la teoría, siete mil dracmas: eis mil y trescientas libras, (23,470 rs., 20 mrs. vn.); para la comra de ciento y nueve bueyes destinados á los sacrificios, ocho nil cuatrocientas quince dracmas; siete mil quinientas setenta y res libras y diez sueldos, (28,215 rs. vn.) etc. etc. Esta inscripcion lustrada por M. Taylor, y por el P. Corsini es del año 373 ó 372 ntes de J. C. y anterior al viage de Anacarsis á Delos treinta y os años solamente.

carrera de á pie, fijaron sucesivamente nuestra atencion, y nos recordaron lo que algunos años antes habiamos visto en los juegos olímpicos*. Hácia la extremidad meridional de la isla estaba trazado un Estadio ó circo, al rededor del cual estaban puestos con orden los diputados de Atenas, el senado de Delos, y todas las teorías, adornados con ricas vestiduras. Aquella juventud brillante era la mas fiel imagen de los dioses reunidos en el Olimpo. Salieron á la liza caballos fogosos conducidos por Teágenes y sus rivales, la corrieron muchas veces, y balancearon por largo rato la victoria; pero, semejante al dios, que despues de haber desembarazado su carro de entre las nubes, le precipita repentinamente en el occidente, sale Teágenes como el rayo de en medio de sus competidores, y llega al fin de la carrera en el mismo punto en que el sol terminaba la suya. Fué coronado á vista de una muchedumbre de espectadores amontonados sobre las alturas inmediatas, á vista de casi todas las hermosuras de la Grecia, á la de Ismena, cuyas miradas le lisonjeaban mas que las de los hombres y las de los dioses.

Al dia siguiente se celebró el nacimiento de Apolo**. Entre los bailes que se ejecutaron, vi-

* Véase el capítulo XXXVIII de esta obra.
** El 7 del mes targelion, que corresponde al 9 de mayo.

mos unos marineros que danzaban al rededor del altar, y le daban fuertes latigazos. Despues de esta ceremonia extravagante, cuyo sentido misterioso no pudimos penetrar, se propusieron figurar los juegos inocentes en que se entretenia el dios en su infancia; para lo cual era preciso, danzando con los brazos atados atras, morder la corteza de un olivo, que ha consagrado la religion. Sus caidas frecuentes, y sus pasos irregulares, excitaban en los asistentes tan excesiva alegría, que parecia indecente; pero ellos decian que no se ultrajaba con ella la santidad de las ceremonias. En efecto, los Griegos están persuadidos á que se debe desterrar cuanto se pueda la tristeza y las lágrimas del culto que damos á los dioses; y de aquí viene que en ciertos lugares se permite á los hombres y á las mugeres que delante de los altares se digan unos á otros chistes y burlas, cuya licencia y grosería no se corrige.

Estos marineros eran del número de los muchos mercaderes extrangeros que la situacion de la isla, las franquicias de que goza, la vigilante atencion de los Atenienses, y la celebridad de las fiestas atraen á Delos. Venian á cambiar sus riquezas particulares por el trigo, vino y géneros de las islas vecinas; las cambiaban por las túnicas de lino, teñidas de encarnado, que se hacen en la isla de Amorgos; por las ricas

telas de púrpura que se hacen en Cos; por el alumbre tan afamado de Melos; por el cobre precioso que desde tiempo inmemorial se saca de las minas de Delos, y el arte industrioso convierte en vasos elegantes. La isla habia llegado á ser como el depósito de los tesoros de las naciones; y cerca del parage donde aquellos estaban amontonados, los habitantes de Delos, *obligados* por una ley expresa á dar agua á toda *la* multitud, presentaban sobre largas mesas, tortas y manjares preparados apresuradamente *.

Yo estudiaba con placer las diversas pasiones que la opulencia y la necesidad producian en lugares tan inmediatos, y no creia que hubiese objetos pequeños en la naturaleza para un espíritu atento. Los Delios son los primeros que hallaron el secreto de cebar las aves, de lo que sacan un producto muy considerable. Ví algunos de ellos que puestos en tablados, y mostrando al pueblo unos huevos que tenian en las manos, distinguian en su figura las gallinas que los habian puesto. Apenas habia puesto los ojos en esta escena singular, cuando sentí que me agarraba un brazo vigoroso; y era un sofista de Atenas, con quien yo habia tratado. ¡ Y qué ! me

* Se ve en Ateneo, que durante las fiestas de Delos, se vendia en el mercado cordero, cerdo, pesca, y tortas con comino, especie de grano semejante al de hinojo.

dijo; Anacarsis, ¿son dignos de un filósofo estos objetos? Ven: los momentos de tu vida deben emplearse en cuidados mas nobles, y en especulaciones mas altas. Diciendo esto, me llevó á una altura, donde otros sofistas agitaban con furor las sutilezas de la escuela de Megara. El fogoso Eubúlides de Mileto, á quien habiamos visto en otro tiempo en Megara *, estaba al frente de ellos, y acababa de lanzarles este argumento: « no hay en Atenas lo que hay en Megara; es así « que en Megara hay hombres, luego no hay « hombres en Atenas. » Mientras los que oian se fatigaban inútilmente en resolver esta dificultad, los gritos repentinos nos anunciaron la llegada de la teoría de los Tenios, que ademas de sus ofrendas, traian tambien las de los Hiperboreos.

Este último pueblo, que habita hácia el norte de la Grecia, honra especialmente á Apolo, y todavía se ven en Delos los sepulcros de dos sacerdotisas suyas, que vinieron en otro tiempo á añadir nuevos ritos al culto de este dios. Tambien se conservan en un edificio consagrado á Diana, las cenizas de los últimos teoros que los Hiperboreos enviaron á esta isla, y murieron desgraciadamente, desde cuyo acaecimiento se contenta este pueblo con enviar, por medio de otros, las primicias de sus cosechas. Una tribu

* Vease el capítulo xxxvii de esta obra.

inmediata á los Escitas las recibe de sus manos, y las trasmite á otras naciones, que las traen á las costas del mar Adriático; desde donde bajan á Epiro, atraviesan la Grecia, llegan á la Eubea, y son conducidas á Tenos.

A vista de estas ofrendas sagradas se hablaba de las maravillas que se refieren del pais de los Hiperboreos. Allí es donde reinan continuamente la primavera, la juventud y la salud; allí es dònde por diez siglos enteros se pasan dias serenos en diversiones y en placeres. Pero esta feliz region está situada á las extremidades de la tierra, como el jardin de las Hespérides ocupa la otra extremidad; y así es como nunca han sabido los hombres colocar la mansion de la bienaventuranza, sino en sitios inaccesibles.

Mientras la imaginacion de los Griegos se encendia con la relacion de estas ficciones, observaba yo aquella multitud de mástiles que se levantaban en el puerto de Delos. Las flotas de los teoros presentaban sus proas á la ribera; y estas proas hermoseadas por el arte, tenian los atributos propios de cada nacion. Las Nereidas caracterizaban las de los Ptiotes: sobre la galera de Atenas, se veia un carro brillante conducido por Palas; y sobre los barcos beocios la figura de Cadmo, armado con una serpiente. Daban la vela algunas de estas flotas; pero las bellezas que llevaban á su patria eran reemplazadas lue-

go por otras nuevas, al modo que en el discurso de una noche larga y tranquila, se ven los astros perderse en el ocaso al paso que se levantan otros por el oriente para repoblar los cielos.

Duraron las fiestas muchos dias, y se repitieron frecuentemente las corridas de caballos: vimos muchas veces los buzos, tán afamados de Delos, precipitarse en el mar, detenerse en sus abismos, ó descansar en su superficie, representar combates, y calificar con su destreza, la reputacion que se habian adquirido.



CAPITULO LXXVII.

CONTINUACION DEL VIAGE A DELOS. CEREMONIAS DEL MATRIMONIO.

El amor presidia en las fiestas de Delos, y aquella numerosa juventud que habia reunido en torno de sí, no conocia otras leyes que las suyas. Unas veces de concierto con el himeneo, coronaba la constancia de los amantes fieles; otras hacia nacer la turbacion y languidez en un alma insensible hasta entonces; y por sus triunfos multiplicados, se preparaba el mas glorioso de todos, el himeneo de Ismena y Teágenes.

Testigo de las ceremonias que acompañaron á esta union, voy á describirlas, y á referir las prácticas que las leyes, el uso y la supersticion han introducido, para atender á la seguridad y felicidad del mas santo de los empeños; y si se introducen en esta relacion algunas circunstancias frívolas en la apariencia, serán ennoblecidas por la sencillez de los tiempos á que se refiere su origen.

Empezaba á renacer en Delos el silencio y la calma. Iban saliendo los pueblos como un rio, que despues de haber cubierto los campos se retira á su madre. Los habitantes de la isla habian madrugado mas que la aurora, y coronados de flores, ofrecian sin cesar en el templo y en las casas, los sacrificios para hacer propicios á los dioses en el himeneo de Ismena. Habia llegado el instante de formar los lazos: nosotros nos habiamos reunido en casa de Filocles; abrióse la puerta de la habitacion de Ismena, y vimos salir los dos esposos acompañados de sus padres, y de un oficial público que acababa de extender el papel de contrato. Las condiciones eran sencillas. Nada se habia especificado en razon de intereses entre los padres, ni en cuanto á causa de divorcio entre los contrayentes; y en cuanto al dote, como ya eran parientes Teágenes y Filocles, no se hizo mas que recordar la ley de Solon, que para perpetuar los bienes en

las familias, ordena que las hijas únicas se casen con sus próximos parientes.

Estábamos todos magníficamente vestidos con ropas que nos habia dado Ismena. El vestido de Teágenes era obra suya. Ella tenia un collar de piedras preciosas y una ropa en que el oro y la púrpura confundian sus colores. Ambos tenian los cabellos tendidos, perfumados de olores y coronados de adormideras, sésamos y otras plantas consagradas á Venus. Con este aparato subieron á un carro, y fueron al templo. Ismena llevaba á su esposo á la derecha, y á su izquierda á un amigo de Teágenes, que debia acompañarle en esta ceremonia. Las gentes apresuradas esparcian flores y aguas de olor á su tránsito; y exclamaban: estos no son mortales, este es Apolo y Coronis; esta es Diana y Endimion: estos son Apolo y Diana. Queriendo ademas recordarnos presagios favorables, y prevenir los adversos, decia uno: yo ví esta mañana dos tórtolas cernerse por largo rato en el aire, y posarse despues juntas en la rama de este arbol. Otro decia: alejad la solitaria corneja, que vaya lejos de aquí á llorar la pérdida de su fiel compañera; pues no habria cosa mas funesta que su aspecto.

Fueron recibidos los dos esposos á la puerta del templo por un sacerdote que presentó á cada uno un ramo de yedra, símbolo de los lazos que

debian unirlos para siempre; despues los llevó al altar donde estaba todo preparado para el sacrificio de una novilla, que se debia ofrecer á Diana, á la casta Diana, para aplacarla, como tambien á Minerva y á las otras divinidades, que nunca llevaron el yugo del himeneo. Se imploraba tambien á Júpiter y á Juno, cuya union y amores serán eternos: al Cielo y á la Tierra, cuyo concurso produce la abundancia y la fertilidad, á las Parcas, que tienen en sus manos la vida de los mortales; á las Gracias, porque engalanan los dias de los esposos felices; y por fin á Venus, á quien debe su nacimiento el amor, y los hombres su felicidad.

Los sacerdotes despues de haber examinado las entrañas de las víctimas, declararon que el cielo aprobaba este himeneo; y para acabar las ceremonias, pasamos al Artémisio, donde los dos esposos depositaron una trenza de sus cabellos sobre el sepulcro de los últimos teoros hiperboreos. La de Teágenes estaba arrollada al rededor de un manojo de yerbas, y la de Ismena al rededor de un huso. Esta costumbre recuerda á los esposos la primera institucion del matrimonio, y el tiempo en que el uno debia atender principalmente á las labores del campo, y la otra á los cuidados domésticos.

Luego tomó Filocles la mano de Teágenes, la puso en la de Ismena, y pronunció estas pala-

bras: « yo os doy mi hija, para que deis á la re- « pública ciudadanos legítimos. » En seguida se juraron los dos esposos una fidelidad inviolable; y sus padres, despues de haber recibido sus juramentos, los ratificaron con nuevos sacrificios.

Empezaba la noche á desplegar su manto sobre los aires, cuando salimos del templo para ir á casa de Teágenes. La marcha iluminada con innumerables hachas, iba acompañada de música y danzas. La casa estaba iluminada y cubierta de guirnaldas.

Luego que los dos esposos llegaron al umbral de la puerta, les pusieron por un instante unos canastillos de frutas sobre las cabezas, como un presagio de la abundancia de que habian de gozar: al mismo tiempo oimos repetir por todas partes el nombre de Himeneo, de aquel joven de Argos que devolvió en otro tiempo á su patria las doncellas de Atenas, robadas por unos corsarios; y logró por premio de su celo una de aquellas cautivas, á quien amaba tiernamente, desde cuya época no celebran los Griegos matrimonio alguno sin recordar su memoria.

Siguiéronnos estas aclamaciones hasta la sala del festin, y continuaron durante la comida; entonces algunos poetas que se habian introducido en la sala, recitaron varios epitalamios.

Se presentó un niño medio cubierto de ramos de espino blanco y de encina, con un canastillo

en las manos, y entonó un himno que empieza así: « troqué mi antiguo estado, por otro mas « felice.» Los Atenienses cantan este himno en una de sus fiestas, destinada á celebrar el instante en que sus mayores, alimentados hasta entonces con frutos silvestres, gozaron en sociedad de los presentes de Ceres; mezclándolo en las ceremonias del matrimonio, para dar á entender, que despues de haber dejado los hombres las selvas, fué cuando gozaron de las delicias del amor. Despues entraron bailarinas ligeramente vestidas, y con movimientos variados pintaron los raptos, las languideces y embriaguez de la pasion mas dulce.

Concluida esta danza, encendió Leucipa la hacha nupcial, y condujo á su hija á la habitacion que le estaba preparada. Muchos símbolos representaron á los ojos de Ismena los deberes que en otro tiempo estaban anexos á su nuevo estado. Ella llevaba uno de aquellos vasos de tierra, en que se tuesta la cebada; una de sus criadas tenia en las manos una criba, y sobre la puerta habia un instrumento que sirve para moler el grano. Los esposos probaron una fruta, cuya dulzura debia ser emblema de su union.

Entre tanto nosotros dominados de los impulsos de una alegría excesiva, dábamos voces tumultuosas, y sitiábamos la puerta defendida por un amigo de Teágenes. Una multitud de jóvenes

danzaban al son de muchos instrumentos. Por fin la teoría de Corinto, encargada de cantar el himeneo de la tarde, interrumpió este ruido. Despues de haber felicitado á Teágenes, añadió:

« Nosotros estamos en la primavera de nuestra « edad: somos lo selecto de las hijas de Corinto, « tan celebradas por su hermosura. ¡O Ismena! « no hay una entre nosotras, cuyos atractivos « no cedan á los tuyos. Mas ligera que un caballo « de Tesalia, superior á sus compañeras como « una azucena que honra el jardin, Ismena es el « adorno de la Grecia. Todos los amores están « en sus ojos, todas las artes respiran bajo sus « dedos. O doncella, ó muger encantadora, ma- « ñana iremos al prado á coger flores para for- « mar una corona, que colgaremos del mas her- « moso plátano inmediato. Bajo su ramage « naciente derramaremos perfumes en tu honor, « y grabaremos sobre su tronco estas palabras: « *ofrecedme vuestro incienso, yo soy el arbol de Is- « mena.* Te saludamos, esposa feliz, te saludamos « bienhadado esposo: así Latona os dé hijos pa- « recidos á vosotros; así Venus os abrase con su « llama, así trasmita Júpiter á vuestros últimos « nietos la felicidad que os rodea. Descansad en « el seno de los placeres: no respireis ya mas que « el amor mas tierno. Nosotras volveremos al « amanecer, y cantaremos de nuevo: ¡ó himen, « himeneo, himen! »

Al dia siguiente á la primera hora del dia volvimos allá, y las doncellas de Corinto cantaron el himno siguiente.

« Os celebramos con nuestros cánticos, Venus, « adorno del Olimpo; Amor, delicias de la tierra, « y á vos, Himen, fuente de vida: os celebramos « con nuestros cánticos, Amor, Venus, Himen, « ¡O Teágenes! Despertad: echad una mirada á « vuestra amante; jóven favorito de Venus, di- « choso y digno esposo de Ismena, ¡ó Teágenes « despertad! mirad vuestra esposa: ved cual bri- « lla; ved esa frescura de vida que anima todo su « semblante. La rosa es la reina de las flores: Is- « mena es la reina de las beldades. Ya se abre á « los rayos del sol su párpado tímido: feliz y dig- « no esposo de Ismena, ó Teágenes, despertad. »

Este dia que los dos amantes miraron como el primero de su vida, le emplearon ellos casi todo en gozar del tierno interes que los habitantes de la isla tomaban en su himeneo, y se autorizó á todos sus amigos á ofrecerles regalos. Se los hicieron uno á otro, y recibieron en comun los de Filocles, padre de Teágenes, los que trajeron con pompa. Abria la marcha un niño vestido de blanco, con una hacha encendida en la mano: despues venia una niña con un canastillo en la cabeza; y tras ella muchas criadas y criados con vasos de alabastro, botes de olores, diversas especies de esencias, pastas de olor, y cuanto el

gusto, la elegancia y el aseo ha podido convertir en necesidad.

Por la tarde llevaron á Ismena á casa de su padre; y no tanto por conformarse con el uso, como por expresar sus verdaderos sentimientos, manifestó la pena de haber dejado la casa de su padre: al dia siguiente se la volvieron á llevar á su esposo, y desde aquel momento nada turbó su felicidad.



CAPITULO LXXVIII.

CONTINUACION DEL VIAGE A DELOS. SOBRE LA FELICIDAD.

Juntaba Filocles al corazon mas sensible un juicio exquisito, y profundos conocimientos. En su juventud habia sido discípulo de los mas célebres filósofos de la Grecia. Rico con sus luces, y mas todavía con las reflexiones propias, se habia formado un sistema de conducta, que derramaba la paz en su alma, y en cuanto le rodeaba. Nosotros no cesábamos de estudiar este hombre singular, en quien cada momento de vida era un instante de felicidad.

Un dia que íbamos paseándonos por la isla, vimos sobre un templecillo de Latona, esta inscripcion: *no hay cosa mas bella que la justicia, ni mejor que la salud, ni mas dulce que la posesion de lo que se ama.* Ahí teneis, dije yo, lo que Aristóteles vituperaba un dia en nuestra presencia, pues creia que las calificaciones que comprende esta máxima no debian estar separadas, ni pueden convenir sino á la felicidad. En efecto, la felicidad es ciertamente lo que hay mas bello, mejor y mas dulce. ¿Pero de qué sirve describir sus efectos? Mas importante seria subir á su origen. Ese es poco conocido, respondió Filocles; cada uno toma diferente senda para llegar á él; y todos están discordes acerca de la naturaleza del sumo bien; de manera que unas veces consiste en gozar todos los placeres, y otras en la exencion de toda pena. Unos han procurado compendiar los caracteres de él en fórmulas cortas; y de esta clase es la sentencia que ahora habeis leido sobre ese templo; como tambien lo es la que se suele cantar durante la comida, y hace depender la felicidad de la salud, de la belleza, de las riquezas legítimamente adquiridas, y de la juventud pasada en el seno de la amistad. Otros hay, que ademas de estos dones preciosos ponen por requisito la fuerza corporea, el valor del ánimo, la justicia, la prudencia, la templanza, y por último la posesion de todos

los bienes, y de todas las virtudes *; pero como la mayor parte de estas cosas no dependen de nosotros; y como aunque se reunan, pudiera no estar satisfecho nuestro corazon, es patente que no constituyen esencialmente la especie de felicidad que conviene á cada hombre en particular.

¿Pues en qué consiste, exclamó uno de nosotros con cierta impaciencia, y cuál es la suerte de los mortales, si precisados á correr tras la felicidad, ignoran la senda que han de tomar? ¡Ay, replicó Filocles, bien dignos de lástima son esos mortales! Tended la vista en torno de vos mismo, y en todas partes, en todas las condiciones no oireis mas que quejas y gemidos; no vereis mas que hombres atormentados del deseo de ser felices, y de las pasiones que les impiden serlo; sin sosiego en los placeres; sin fuerza contra el dolor; abrumados casi tanto por las privaciones, como por la posesion; murmurando sin cesar de su destino, y sin poder dejar esa vida, de que no pueden soportar el peso.

¿Habrá pues nacido el género humano para cubrir de infelices la tierra? ¿Y podrá ser que los dioses tengan el entretenimiento cruel de perseguir unas almas tan débiles como las nues-

* Plutarco (*In Cat.*, t. I, p. 346) habla de un tal Escopas de Tesalia, qué cifraba la felicidad en lo superfluo.

tras? Yo no puedo persuadírmelo; y así nosotros somos contra quien debemos dirigir las quejas. Examinemos en nosotros mismos la idea que tenemos de la felicidad. ¿Es otra cosa lo que comprendemos sino aquel estado en que los deseos se renovasen siempre, y siempre quedasen satisfechos; que se diversificase segun la diferencia de caracteres, y cuya duracion pudiera prolongar uno á su arbitrio? Preciso seria cambiar el orden eterno de la naturaleza, para que semejante estado fuese el patrimonio de uno solo de nosotros. Así pues, desear una felicidad inalterable, y sin amargura, es desear lo que no puede existir, y lo que por esta misma razon inflama mucho mas nuestros deseos; porque nada hay que tenga tanto atractivo para nosotros como triunfar de los obstáculos, que son, ó parecen insuperables.

Ciertas leyes constantes, cuya profundidad se oculta á nuestra indagacion, mezclan sin interrupcion el bien con el mal en el sistema general de la naturaleza; y los seres, que son parte de este gran todo tan admirable en su conjunto, tan incomprensible, y á veces tan horroroso en sus pormenores, se han de resentir por precision de esta mezcla, y experimentarán continuas vicisitudes. Con esta condicion se nos ha dado la vida; y desde el punto que la recibimos quedamos condenados á andar en un círculo de

bienes y de males, de placeres y de dolores. Si preguntais la razon de esta tan funesta suerte, otros os responderán tal vez que los dioses debian darnos bienes, y no placeres; que no nos conceden los segundos sino para precisarnos á recibir los primeros; y que para la mayor parte de los mortales, la suma de los bienes seria infinitamente mayor que la de los males, si tuviesen el acierto de incluir en la primera clase las sensaciones agradables, y las horas exentas de inquietudes y pesares. Esta reflexion pudiera suspender algunas veces nuestras quejas, pero siempre quedaba en pie la causa de ellas; porque al fin hay dolor sobre la tierra, el cual consume los dias de la mayor parte de los hombres; y aun cuando no hubiese mas de uno que padeciese, y aun cuando mereciese padecer, y aun cuando solo padeciese un instante de su vida, seria este instante de dolor el misterio mas penoso que la naturaleza presenta á nuestros ojos.

¿Qué es lo que resulta de estas reflexiones? ¿Debemos precipitarnos ciegamente en este torrente que arrebata, y destruye insensiblemente todos los seres; presentarnos sin resistencia, como víctimas de la fatalidad, á los golpes que nos amenazan, y renunciar, en fin, á aquella esperanza, que es el bien mayor, y acaso el único para los mas de nuestros semejantes? No, sin duda que no: yo quiero que seais felices;

pero tanto como os está permitido serlo; no con aquella felicidad quimérica, cuya esperanza constituye la infelicidad del género humano, sino con otra felicidad adecuada á nuestra condicion, y tanto mas sólida, cuanto podemos hacerla independiente de los acaecimientos y de los hombres.

La índole de las personas suele facilitar la adquisicion de esta felicidad, pudiendo decirse que ciertas almas son felices, porque nacieron felices. Otras hay que necesitan de largo y continuo estudio para vencer su caracter y los obstáculos externos, y por eso decia un filósofo antiguo: « los dioses nos venden la felicidad á « precio de nuestras fatigas.» Verdad es que este estudio no requiere mayores esfuerzos que esos proyectos y movimientos que nos agitan incesantemente, y no se dirigen á lo mas, que á buscar una felicidad imaginaria.

Dicho esto, calló Filocles, pues decia no tener bastante tiempo ni luces para reducir á sistema las reflexiones que tenia hechas acerca de tan importante materia. Dignaos á lo menos, le dijo Filotas, de comunicarnos, aunque sea sin orden, ni enlace, las que buenamente os ocurran; dignaos de decirnos cómo habeis llegado á esa vida pacífica, que es forzoso os haya costado una larga sucesion de tentativas y de errores.

¡O Filocles, exclamó el joven Lisis, mirad

como los céfiros juguetean en este plátano! El aire se llena de los perfumes de tantas flores como van abriéndose: estas viñas empiezan á enlazar sus ramas con estos mirtos para no dejarlos jamas; esas ovejas que triscan en los prados; esos pájaros que cantan su amor; el sonido de los instrumentos que resuenan en el valle; todo cuanto veo, todo cuanto oigo me suspende, y me arrebata. Sí, Filocles; hemos nacido para ser felices; lo veo en estos afectos dulces y profundos que en mí siento; y si conoceis el arte de prolongarlos, será delito el que hagais misterio de él.

Vos me recordais, dijo Filocles, los primeros años de mi vida. Todavía echo menos aquel tiempo en que como vos haceis ahora, me abandonaba á las impresiones que recibia: la naturaleza, á que todavía no estaba yo acostumbrado, se ofrecia á mi vista bajo la forma mas halagüeña; y mi alma nueva y sensible, parecia que respiraba alternativamente la frescura, y la llama.

Yo entonces no conocia los hombres; y en sus palabras y acciones hallaba la inocencia, y sencillez que reinaba en mi corazon: á todos los creia justos, veraces, capaces de amistad, cuales debian ser, y como yo era en realidad; y sobre todo humanos, porque para convencerse de que no lo son, es menester la experiencia.

Cercado de estas ilusiones, entré en el mundo. La urbanidad que distingue las concurrencias de Atenas, aquellas expresiones que dicta el deseo de agradar, aquellos desahogos del corazon, que tan poco cuestan, y lisonjean tanto; todas aquellas exterioridades engañosas tuvieron sumo atractivo para un hombre, que todavía no habia recibido ninguna leccion; yo volé á entregarme á la seduccion, y dando los derechos y los sentimientos de la amistad á ciertas uniones agradables, me entregué totalmente al placer de amar, y de ser amado. Fuéme funesto el haber elegido, sin ninguna reflexion: los mas de mis amigos se separaron de mí, unos por interes, y otros por envidia, ó por veleidad: la sorpresa, y el dolor me arrancaron lágrimas amargas. Andando el tiempo, experimenté injusticias horrendas, y perfidias atroces; de suerte que despues de larga lucha conmigo mismo, me ví precisado á renunciar á aquella dulce confianza que yo tenia en todos los hombres. Este sacrificio es el que mas me ha costado en mi vida, y todavía me hace estremecer: era tan violento, que cai en el extremo opuesto; yo irritaba á mi corazon; yo alimentaba en él con gusto la desconfianza y el aborrecimiento; yo era desventurado. Al fin me vino á la memoria, que entre la multitud que hay de opiniones sobre la felicidad, hay unas con mas crédito que otras, las cuales la constituyen

en el deleite, ó en la práctica de las virtudes, ó en el ejercicio de la razon ilustrada; y yo me resolví á encontrar la mia en los placeres.

Dejo á un lado los desvaríos de mi mocedad por venir al punto que les cortó el vuelo. Hallándome en Sicilia, fuí á ver uno de los principales habitantes de Siracusa, á quien citaban por el hombre mas feliz de su siglo. Su aspecto me asustó, pues estando todavía en la flor de la edad, aparecia con todas las señales de la decrepitud. Tenia este hombre una multitud de músicos, que le molestaban á fuerza de celebrar sus virtudes, y otra multitud de hermosas esclavas, quienes con sus danzas encendian de cuando en cuando en sus ojos cierto fuego sombrío y moribundo. Así que quedamos solos, le dije: yo os saludo á vos, que en todo tiempo habeis sabido fijar los placeres en vuestra compañía. ¡Los placeres! me respondió airado: ninguno me ha quedado, ni me queda mas, que la desesperacion que trae el estar privado de ellos: ese es el único sentimiento que me queda, y va acabando de aniquilar este cuerpo abrumado de dolores y de males. Yo empecé á animarle, pero hallé un alma embrutecida, sin principios, ni recursos; y despues supe que nunca habia tenido rubor de sus injusticias, y que los gastos mas locos iban acabando de dia en dia con la hacienda de sus hijos.

Este ejemplo, y los disgustos que sucesivamente fuí experimentando, me sacaron de la ilusion en que habia años que vivia, y me incitaron á fundar mi reposo en la práctica de la virtud y el uso de la razon. Dediquéme á una y otra con gran diligencia; pero tambien estuve muy cerca de abusar de ellas. La suma austeridad de mi virtud, solia llenarme de indignacion contra la sociedad, y la suma rigidez de mi razon me hacia indiferente á todos los objetos. La casualidad disipó estos dos errores.

En Tebas trabé amistad con un discípulo de Sócrates, en quien alababan mucho la probidad. Lo sublime de sus principios me admiró ciertamente, y no menos lo arreglado de su conducta; pero poco á poco habia ido introduciendo tanta supersticion, y tanto fanatismo en su virtud, que se le podia notar de no tener, ni debilidad para sí, ni indulgencia para los demas; y así vino á parar en descontentadizo, suspicaz y aun injusto; y de esta suerte, aunque todos apreciaban las calidades de su corazon, no gustaban de hallarse en su presencia.

Poco tiempo despues, hallándome en Delfos con motivo de la solemnidad de los juegos píticos, ví en una arboleda sombría un hombre, que pasaba por persona muy ilustrada, y me pareció estar abatido de disgustos. Yo, me dijo, á fuerza de usar de la razon, he disipado la ilusion

de las cosas de la vida. Nací con todas aquellas ventajas que pueden lisonjear á la vanidad; pero en lugar de disfrutar de ellas, me puse á analizarlas; y desde aquel instante, las riquezas, el nacimiento, y las gracias personales, quedaron reducidas á mis ojos, á unos títulos vanos que la casualidad distribuye á los hombres. Llegué á obtener las primeras magistraturas de la república; y me cansé de ellas al ver la dificultad de hacer bien, y la facilidad de hacer mal. Fuí á buscar la gloria en las batallas; bañé mis manos en la sangre de los desventurados, y me causó horror mi furor. Cultivé las ciencias y las artes, y me llenó de dudas la filosofía; no hallé en la elocuencia mas que el arte pérfido de engañar á los hombres; ni en la poesía, la música y la pintura, mas que el arte pueril de divertirlos. Quise fiarme de la estimacion pública, y viendo á mi lado unos hipócritas de virtudes, que alcanzaban impunemente el voto de ella, me cansé del público y de su estimacion. De esta manera, solo me quedaba una vida sin ningun atractivo, sin ningun estímulo, y reducida realmente á la repeticion fastidiosa de los mismos actos y de las mismas necesidades.

Cansado de mi existencia, fuí á llevar mis pesares á paises lejanos. Las pirámides de Egipto me maravillaron á la primera vista; pero al instante comparé el orgullo de los príncipes que

las levantaron, al de una hormiga que amontonase en una senda unos cuantos granos de arena, para dejar á la posteridad algun rastro de haber pasado por allí. El gran rey de Persia me dió en su corte un destino, que puso sus súbditos á mis pies; pero aquella excesiva bajeza me pareció al instante el anuncio de su ingratitud. Volvíme á mi patria, sin poder ya admirar, ni estimar nada, y por consecuencia fatal, sin quedarme fuerza para amar nada. Cuando llegué á conocer mi error, no era ya tiempo de poner remedio; pero aunque no siento muy vivo interes por mis semejantes, con todo deseo que mi ejemplo pueda serviros de leccion; porque al cabo, nada tengo que temer de vos, pues nunca he sido tan desgraciado que os haya hecho ningun servicio. Hallándome en Egipto, conocí un sacerdote, que despues de gastar sus dias tristemente en penetrar el origen y fin de las cosas de este mundo, me decia suspirando: ¡desdichado del que emprende correr el velo de la naturaleza! Y por mi parte, yo os digo: ¡desdichado del que corra el velo de la sociedad! ¡Desdichado del que rehuya de entregarse á esa ilusion teatral, que las preocupaciones y las necesidades han esparcido sobre todos los objetos! Su alma, yerta y lánguida, se hallaria muy pronto, aunque en vida, en el seno de la nada, lo que es el suplicio mas horrendo. Diciendo estas palabras, se le sal-

taron las lágrimas, y se metió por el bosque, que allí cerca estaba.

Bien sabeis que las naves evitan con gran precaucion los escollos que están señalados por los naufragios de los primeros navegantes: pues del mismo modo en mis viages sacaba provecho de los yerros de mis semejantes, y de ellos aprendí lo que hubiera ciertamente podido enseñarme la mas ligera reflexion; pero que nunca se sabe sino por experiencia propia, y es que la demasía de la razon y de la virtud es casi tan funesta como la de los placeres: que la naturaleza nos ha dado ciertas inclinaciones, que el extinguirlas es tan peligroso como apurarlas: que soy deudor de mis servicios á la sociedad, y debia adquirir derechos á su estimacion; y por último, que para llegar á aquel fin dichoso que continuamente se presentaba y huia delante de mí, debia sosegar la inquietud, que sentia en lo íntimo de mi alma y la sacaba á todas horas de sí misma.

Nunca habia yo hecho estudio de los síntomas de esta inquietud, hasta que al fin advertí que en los animales estaba limitada á la conservacion de la vida y propagacion de la especie; pero en el hombre duraba aun despues de satisfacer las primeras necesidades: que era mas general en las naciones cultas que en los pueblos bárbaros; mas fuerte y mas tiránica en los ricos que en los po-

bres. Así pues, lo que acibara nuestra vida es el lujo de los pensamientos y deseos: este lujo insaciable es quien anda inquieto en la ociosidad, y quien para mantenerse floreciente, se alimenta de nuestras pasiones, las irrita incesantemente, y solo recoge de ellas amargos frutos. Pues, ¿por qué no le suministramos otros alimentos mas saludables? ¿Por qué no miramos esta agitacion que experimentamos, aun estando saciados de bienes y placeres, como un movimiento que imprime la naturaleza en nuestros corazones, para forzarlos á reunirse entre sí, y hallar su quietud en una mutua union.

¡O humanidad, propension generosa y sublime, que te anuncias en nuestra infancia con el alborozo de la cándida ternura; en la mocedad, con la temeridad de la confianza ciega; y en el discurso de nuestra vida, con la facilidad en contraer nuevas amistades! ¡O clamores de la naturaleza, que resonais del uno al otro extremo del universo, llenándonos de remordimientos cuando oprimimos á nuestros semejantes, y de inefable deleite cuando podemos aliviarles! ¡O amor, ó amistad, ó beneficencia, fuentes inagotables de bienes y dulzuras! Si los hombres son desdichados, es porque no quieren oir vuestra voz. ¡Dioses, autores de tan grandes beneficios! sin duda que el instinto, reuniendo unos seres agobiados de necesidades y de males, po-

dia servir en algun modo de apoyo á su debilidad; pero solo vuestra infinita bondad pudo formar el plan de juntarnos por medio del atractivo del sentimiento, y difundir sobre esas numerosas asociaciones que cubren la tierra, cierto calor capaz de eternizar su duracion.

Veis aquí ahora que en lugar de alimentar este fuego sagrado, dejamos que las disensiones frívolas, ó los intereses viles, conspiren continuamente á apagarlo. Si nos dijeran que dos personas que no se conocian, habian sido arrojadas por casualidad á una isla desierta, y habian llegado á lograr con su union tales delicias, que les indemnizasen del resto del universo: si nos dijeran que habia una familia ocupada únicamente en estrechar los vínculos de la sangre con los de la amistad: si nos dijeran que habia en un rincon de la tierra, un pueblo que no conocia otra ley que la de amarse, ni otro delito que no amarse, ¿cuál de nosotros se atreveria á dolerse de la suerte de aquellas dos personas que no se conocian? ¿Cuál no desearia ser de aquella familia? ¿Cuál no volaria á aquel clima afortunado? ¡O mortales ignorantes é indignos de vuestro destino! No se necesita pasar los mares para descubrir la felicidad, sino que puede haberla en todas las profesiones, en todos los tiempos, en todo lugar, en vosotros, en torno de vosotros, y donde quiera que haya amor.

Esta ley de la naturaleza, tan desatendida de nuestros filósofos, no estuvo oculta al legislador de una nacion poderosa. Hablándome un dia Xenofonte acerca de la educacion de la juventud de Persia, me dijo que tenian en las escuelas un tribunal adonde iban á acusarse unos á otros de sus defectos, y que se castigaba la ingratitud con la mayor severidad; añadiendo que *por ingratos*, entendian los Persas todos los que incurrian en alguna falta con los dioses, los parientes, la patria ó los amigos. Admirable es por cierto una ley como esta, que no solamente manda practicar todos los deberes, sino que yendo al origen de ellos los hace amables. En efecto, si nadie puede faltar á ella sin ingratitud, se sigue que es preciso cumplirlos por un motivo de reconocimiento; de donde resulta este principio luminoso y fecundo[1], que no se debe obrar sino por amor.

No teneis que anunciar semejante doctrina á esas almas, que dominadas por pasiones violentas, no reconocen ningun freno; ni á aquellas almas yertas, que reconcentradas en sí mismas, solo sienten los disgustos que les son personales. Debemos dolernos de las primeras, las que contribuyen mas á la infelicidad de los demas, que á su particular felicidad. En cuanto á las segundas, casi nos inclinariamos á envidiarles su suerte; porque si á los bienes de fortuna

y á la salud, pudiésemos juntar una indiferencia profunda á nuestros semejantes, bien que disfrazada con la apariencia del cariño, lograriamos la felicidad, fundada únicamente en los placeres moderados de los sentidos, y tal vez estaria menos sujeta á vicisitudes crueles. ¿Pero depende acaso de nosotros el ser indiferentes. ¿Si estuviésemos destinados á vivir abandonados á nosotros mismos sobre el monte Caucaso, ó en los desiertos de Africa, quizá la naturaleza nos hubiera negado un corazon sensible; pero si nos lo hubiera dado, antes que no amar nada, hubiera este corazon amansado los tigres, y animado las piedras.

Debemos pues sometemos á nuestro destino; y ya que nuestro corazon tiene precision de difundirse, lejos de pensar en contenerle, aumentemos, si es posible, el calor y la actividad de sus movimientos, dándole aquella direccion que no le deje extraviarse.

No propongo por regla mi ejemplo; pero en suma, pues deseais conocer el sistema de mi vida, sabed que el secreto de atender á los deberes de mi estado, como á las necesidades de mi vida, le he encontrado estudiando la ley de los Persas, y estrechando cada vez mas los vinculos que nos unen con los dioses, con nuestros parientes, con la patria y con los amigos; y en ella tambien he aprendido, que el que

mas vive para los demas, vive mas para sí.

Despues de esto, se extendió Filocles sobre la necesidad de invocar á favor de nuestra razon, y de nuestras virtudes, la ayuda de una autoridad que sirva de apoyo á su flaqueza; y nos declaró hasta qué grado de poderío puede llegar un alma, que mirando todos los acaecimientos de la vida como otras tantas leyes emanadas del mayor y mas sabio legislador, está obligado á luchar con el infortunio, ó con la prosperidad. Sereis útiles á los hombres, añadió, si vuestra piedad fuere fruto de la reflexion; pero si teneis la fortuna de que se convierta en afecto, hallareis mayor dulzura en hacerles bien, y mayor consuelo, cuando experimenteis de ellos las injusticias.

Continuaba exponiendo estas verdades, cuando le interrumpió un joven de Creta, amigo nuestro, llamado Demofonte, quien hacia algun tiempo que se jactaba con el título de filósofo. Llegando pues de improviso, se puso á hablar contra las opiniones religiosas, con tal ardor y desprecio, que Filocles creyó necesario desengañarle, dándole otras ideas mas sanas. Dejo esta discusion para el capítulo siguiente.

La antigua sabiduría de las naciones, prosiguió Filocles, ha confundido, por decirlo así entre los objetos del culto público los dioses, autores de nuestra existencia, con los padres, au-

tores de nuestra vida. Nuestros deberes, respecto de unos y otros, están íntimamente ligados en los códigos de los legisladores, en los escritos de los filósofos, y en los usos de las naciones.

De aquí dimana la costumbre sagrada que tienen los Pisidios de empezar sus comidas con libaciones en honra de sus padres. De allí tambien aquella magnífica idea de Platon: si la divinidad recibe con agrado el incienso que ofreceis á las estatuas que la representan, ¡cuánto mas venerables deben ser á sus ojos y á los vuestros, esos monumentos que conserva en vuestras casas, ese padre, esa madre, esos abuelos, en otro tiempo imágenes vivas de su autoridad, y ahora objetos de su especial proteccion! No lo dudeis, la divinidad ama á los que los honran, y castiga á los que los desatienden ó los ultrajan. Si fueren injustos con vosotros, acordaos antes que prorumpais en quejas, del consejo que daba el sabio Pítaco á cierto mancebo, que acusaba judicialmente á su padre: « Si no tienes razon, te condena« rán; y si la tienes, mereces que te condenen. »

Pero en lugar de insistir sobre el respeto que debemos á los que nos han dado el ser, tengo por mejor daros á entender cuál es el atractivo victorioso que ha dado la naturaleza á las propensiones que son necesarias para nuestra felicidad.

En la infancia, en que todo es sencillo porque

todo es verdadero, se expresa el amor á los padres por medio de aquel alborozo, que aunque es cierto que se debilita luego que llega á introducirse en nuestras almas el gustar de los placeres y de la independencia, sin embargo se extingue con dificultad el principio que le producia. Aun en aquellas familias donde solo se gastan ceremonias, se manifiesta en ciertas señales de indulgencia ó de cariño, que creen deberse unos á otros, y en la correspondencia amistosa que cualquiera ocasion puede facilitar: se manifiesta tambien en aquellas casas que arden en continuas disensiones; porque el llegar los odios á ser en ellas tan violentos, viene de haber faltado á la confianza, ó de haber salido fallidas las esperanzas del amor. Por eso es, que no siempre se propone la tragedia movernos, pintándonos las pasiones fuertes y desordenadas, sino que por lo regular nos presenta las contiendas de la ternura entre unos parientes á quienes oprime la desdicha, y nunca su vista deja de sacar las lágrimas del pueblo mas capaz de oir é interpretar la voz de la naturaleza.

Rindo gracias á los dioses por haber hecho que mi hija escuche siempre esta voz tan dulce y tan persuasiva. Les doy gracias por haberme valido de su acento, siempre que me he puesto á instruirla de sus deberes; de haber siempre parecido á sus hijos como un amigo sincero,

compasivo, incorruptible á la verdad; pero mas interesado que ella en sus progresos, y sobre todo infinitamente justo. Esta última prenda es la que ha producido mayor efecto en su mente; pues así que Ismena advirtió que yo sujetaba en cierto modo á su tierna razon las decisiones de la mia, aprendió á tenerse en mas, y á conservar la opinion, que mi edad y mi experiencia le habian dado de la superioridad de mis luces: en lugar de violentar su ternura, procuré merecerla, huyendo con sumo cuidado de imitar á aquellos padres, que excitan la ingratitud, exigiendo altivos el reconocimiento.

La misma conducta he guardado respecto de Leucipa, su madre. Nunca me he contentado con el sentimiento de mi cariño, hasta el punto de no hacer caso de las demostraciones de él: cuando empecé á conocerla, deseé agradarle, y luego que la hube conocido mejor deseé tambien agradarle. No es ahora el afecto el mismo que formó nuestros primeros nudos, sino la estimacion mas grande, y la amistad mas pura. A los primeros dias de nuestra union, le causaba rubor el ejercer en mi casa la autoridad que se requiere en una muger vigilante para las atenciones domésticas; ahora la aprecia por haberla recibido de mi mano: ¡tan dulce es depender de lo que se ama, dejarse guiar por su voluntad, y sacrificarle hasta los menores gustos! Estos sa-

crificios que nos hacemos mútuamente, dàn un atractivo inexplicable á toda nuestra vida; bastándoles por premio el que se adviertan, y cuando no, parecen todavía mas dulces.

Las ocupaciones sucesivas, útiles y variadas, hacen pasar el tiempo á medida de nuestros deseos. Gozamos en paz de la felicidad que nos rodea, sin experimentar yo mas pesar que el de no poder hacer á mi patria tantos servicios como le he hecho en mi juventud.

Amar la patria * es hacer uno todos los esfuerzos de que es capaz para que sea respetada afuera, y tranquila en lo interior. Las victorias ó los tratados ventajosos pueden proporcionarle el respeto de las naciones; pero solo la conservacion de las leyes y de las costumbres, es lo que puede afianzar su tranquilidad interior; y así mientras que á los enemigos del Estado se les oponen generales, y negociadores hábiles, es menester oponer á la licencia, y á los vicios que tiran á destruirlo todo, las leyes y las virtudes que coadyuven á restablecerlo todo; y atendido esto, ¡qué multitud de deberes tan esenciales

* Los Griegos usaron de todas las expresiones de la ternura para significar la sociedad de que somos individuos. Generalmente la llamaban *Patria*, palabra derivada de *Pater*, que en griego significa *padre*. Los Cretenses la llamaron *Matria*, de la palabra que significa *madre*. Parece que en algunas partes le daban el nombre de *nodriza*.

como indispensables, para cada clase de ciudadanos, y para cada uno en particular!

Vosotros, que sois objeto de estas reflexiones; vosotros, que en este instante me causais la pena de no tener una elocuencia viva para hablaros dignamente de las verdades de que estoy penetrado; vosotros, en fin, á quienes yo quisiera infundir todos los amores honestos, para que fueseis mas felices, acordaos á todas horas que la patria tiene derechos imprescriptibles y sagrados á vuestros talentos, á vuestras virtudes, á vuestros afectos, y sobre todo á vuestras acciones; y que en cualquier estado en que os halleis, no sois mas que unos soldados que la estais sirviendo, siempre con la obligacion de velar por ella, y de volar en su ayuda cuando tenga el mas leve peligro.

Para cumplir con tan alto destino, no basta que desempeñeis los empleos que la patria os confia; no basta defender sus leyes, conocer sus intereses, ni derramar vuestra sangre en el campo de batalla, ó en la plaza pública; porque hay otros enemigos que le hacen mas daño que las coligaciones de las naciones, y los bandos interiores; y son esa guerra oculta y lenta, que los vicios hacen á las costumbres; guerra tanto mas funesta, cuanto no tiene la patria en su mano ningun medio de evitarla, ó de sostenerla. Permitidme que imitando á Sócrates, ponga en

boca de ella el discurso que tiene derecho á dirigir á sus hijos.

Aquí es donde habeis recibido la vida, y donde las instituciones sábias han perfeccionado vuestra razon. Mis leyes velan por la seguridad del menor de los ciudadanos, y todos habeis hecho juramento formal ó tácito de consagrar vuestros dias á mi servicio. Ahí teneis mis títulos: decidme ahora, ¿cuáles son los vuestros para atentar á las costumbres, que mejor que las leyes son el fundamento de mi imperio? ¿Ignorais acaso que nadie puede violarlas sin mantener en el Estado un veneno destructor; que basta un ejemplo solo de disolucion para corromper una nacion, y puede serle mas funesto que la pérdida de una batalla; que respetariais la decencia pública si para insultarla se necesitase de valor; y que el fausto con que ostentais unos excesos que quedan sin castigo, es una cobardía tan despreciable como insolente?

Con todo eso, teneis la osadía de apropiaros mi gloria, y de jactaros á la vista de los extrangeros, de haber nacido en esta ciudad, que ha producido á Solon y á Arístides, y de descender de aquellos heroes que tantas veces han hecho triunfar mis armas. ¿Y qué conexion hay entre estos sabios, y vosotros? Diré todavía mas: ¿qué teneis vosotros de comun con vuestros abuelos? ¿Quereis saber quiénes son los compatriotas y

los hijos de aquellos inclitos varones? Pues sabed que estos son los ciudadanos virtuosos, en cualquiera condicion que hayan nacido, y en cualquier tiempo que nacieren.

¡Dichosa la patria de ellos, si á las virtudes de que se honra, no juntasen cierta indulgencia que coadyuva á su perdicion! Escuchad ahora mi voz, vosotros los que de siglo en siglo perpetuais el linage de los hombres preciosos á la humanidad. Yo he establecido leyes contra el crimen, y no las he señalado contra el vicio, porque mi venganza no puede estar sino en vuestras manos, y vosotros solo sois quienes podeis perseguirlos con odio eficaz. Lejos de reprimirlo en el silencio, debe vuestra indignacion descargar con estruendo sobre la licencia, que destruye las costumbres, sobre las violencias, las injusticias, y las perfidias que se esconden de la vigilancia de las leyes, sobre la probidad fingida, la modestia falsa, la amistad simulada, y sobre todas esas viles imposturas que sorprenden la estimacion de los hombres; y no digais que los tiempos se han mudado, y que se debe tener mas miramiento con la reputacion de los culpados; porque la virtud sin actividad es virtud sin principios, y basta que no se estremezca á la vista del vicio para que quede amancillada.

Considerad cual seria el ardor que se apode-

raria de vosotros, si ahora viniesen á deciros que el enemigo habia tomado las armas, que estaba en vuestras fronteras, que estaba á vuestras puertas. Pues no, no es allí donde se halla hoy, sino en medio de vosotros, en el senado, en las juntas de la nacion, en los tribunales, en vuestras casas. Sus progresos son tan rápidos, que á no ser que los dioses ó las personas honradas detengan sus intentos, pronto será menester renunciar á toda esperanza de reforma y de salud.

Si fuéramos sensibles á las reconvenciones que venimos de oir, entonces la sociedad, que ahora por nuestra excesiva condescendencia está hecha un campo abandonado á los tigres y á las serpientes, seria la mansion de la paz, y de la felicidad. No esperemos ver semejante mudanza: hay muchos ciudadanos que tienen virtudes, pero no hay cosa mas rara que un hombre virtuoso; porque para serlo realmente es preciso tener valor para serlo en todo tiempo, en todas circunstancias, á pesar de todos los obstáculos, y con desprecio de los mayores intereses.

Pero si las almas honradas no pueden confederarse contra los hombres falsos y perversos, á lo menos líguense en favor de los hombres de bien; y sobre todo, penétrense de aquel espíritu de humanidad, que está en la naturaleza, y ya era tiempo de que se restituyese á la sociedad,

de donde le han desterrado nuestras preocupaciones y nuestras pasiones. Con él aprenderiamos á no estar siempre en guerra unos contra otros, á no confundir la ligereza de la mente con la malignidad del corazon, á perdonar los defectos, ó alejar de nosotros esos recelos y desconfianzas, fuentes funestas de tantas disensiones y de tantos odios. Con él aprenderiamos tambien que la beneficencia se da á conocer, no tanto en una proteccion distinguida, y en las liberalidades espléndidas, como en el interes que tomamos por los desgraciados.

Todos los dias estais viendo ciudadanos, que gimen en el infortunio, otros que no necesitan mas que una palabra que los consuele, ó un corazon que se duela de sus penas; ¡y todavía preguntais si podeis ser útiles á los hombres! ¡Y todavía preguntais si la naturaleza nos ha dado alguna compensacion de los males con que nos aflige! ¡Ah, si supierais la dulzura que derrama en las almas que obedecen á sus inspiraciones! Si alguna vez llegais á sacar á un hombre de bien, de la indigencia, de la muerte, de la deshonra, séanme testigos los afectos que experimentareis; entonces vereis que hay en la vida ciertos momentos de ternura, que recompensan años enteros de penas. Entonces tendreis lástima de los que se inquieten por vuestra prosperidad, ó la olviden despues de haber recogido el fruto.

No temais á los individuos, pues ellos hallarán el suplicio en la dureza de su caracter; porque la envidia es el orin que roe el hierro. No temais la presencia de los ingratos, pues ellos huirán de la vuestra, ó mas bien la apetecerán si el beneficio que recibieron iba acompañado, y fué seguido de la estimacion y el interes; porque si vos habeis abusado de la superioridad que aquel os da, vos teneis culpa, y vuestro protegido es digno de compasion. Varias veces se ha dicho, que el que hace un beneficio, debe olvidarle, y el que le recibe, tenerle presente; y yo os digo, que este último se acordará de él si el primero le olvida. ¿Y qué importa que yo me engañe? ¿Debe acaso hacerse bien por el interes?

Evitad tanto la ocasion de que os protejan, como la de humillar á los que habeis protegido. Procediendo de esta manera, seguid con teson haciendo servicios á los demas sin exigir nada de ellos, á veces á pesar de ellos, lo mas que podais á escondidas de ellos, dando poco valor á lo que haceis por ellos, y sumo precio á lo que hagan por vos.

Algunos filósofos ilustres han inferido de sus largas meditaciones, que siendo propio de la felicidad el ser toda accion y energía, no puede hallarse sino en un alma, cuyos movimientos dirigidos por la razon y la virtud, están únicamente consagrados á la utilidad pública. Confor-

me á su opinion, digo que nuestros vínculos con Dios, con los padres y con la patria, son una cadena de deberes que nos importa animar con el sentimiento, y que la naturaleza nos ha proporcionado para ejercitar y aliviar la actividad de nuestra alma. En cumplirlos con ardor, es en lo que consiste aquella sabiduría, de que segun Platon, quedariamos enamorados si se descubriese su belleza á nuestra vista. ¡Qué amor! nunca se acabaria: la aficion á las ciencias, á las artes, á los placeres, se acaba insensiblemente; ¿pero cómo saciar á un alma, que contraido el hábito de las virtudes útiles á la sociedad, le ha convertido en necesidad, y encuentra cada dia mayor placer en practicarlas?

No creais que su felicidad se termine en las sensaciones deliciosas que halla el alma al ver cumplidos sus deseos: otros manantiales de felicidad tiene no menos abundantes, ni menos durables. Uno de ellos es la estimacion pública; aquella estimacion que nadie puede dejar de ambicionar, sin confesar que es indigno de ella; que no es debida mas que á la virtud; que tarde ó temprano la alcanza; y que le resarce los sacrificios que ha hecho, y la sostiene en los reveses que padece. Otra es nuestra estimacion propia, el mas bello privilegio que posee la humanidad, la necesidad mas pura en un alma honrada, la mas viva en un alma sensible, sin

la cual ninguno puede ser amigo de sí mismo, y con la cual se puede no echar menos la aprobacion de los demas en el caso de que sean tan injustos que nos la nieguen. Otra es, en fin, aquel afecto que nos ha sido dado para recreo de nuestra vida, y de que me resta daros una ligera idea.

Continuaré diciéndoos verdades triviales; pero si no fuesen tales, no podrian seros útiles.

De los amigos. En una isla del mar Egeo, en medio de algunos álamos antiguos, consagraron en otro tiempo un altar á la Amistad, sobre el cual humeaba dia y noche el incienso puro y grato á la diosa; pero á poco, rodeado de adoradores mercenarios, no vió en sus corazones mas que uniones interesadas y poco adecuadas. Un dia dijo á un favorito de Creso: lleva á otra parte tus ofrendas: no soy yo á quien se dirigen, sino á la Fortuna. A un ateniense, que dirigia sus votos en favor de Solon, de quien se apellidaba amigo, le respondió: trabando amistad con un hombre sabio, tú quieres participar de su gloria, y que se echen en olvido tus vicios. A dos mugeres de Samos, que se abrazaban tiernamente al lado de su altar, les dijo: la aficion á los placeres, os une en la apariencia; pero los zelos despedazan vuestro corazon, y pronto hará lo mismo el odio.

Por último, dos siracusanos, llamados Damon

y Fintias, ambos educados en los principios de Pitágoras, vinieron á postrarse ante la diosa, la que les dijo: yo recibo vuestra ofrenda; y ademas voy á abandonar este asilo por largo tiempo, amancillado con sacrificios que me ultrajan, y no quiero ya otros sino vuestros corazones. Id á decir al tirano de Siracusa, al universo, á la posteridad, lo que puede la amistad en las almas á que yo he dado mi poder.

De vuelta á su patria, en vista de una simple delacion, condenó Dionisio á Fintias á perder la vida. Pidió este que se le permitiese ir á arreglar varios asuntos importantes, que requerian su presencia en una ciudad inmediata, prometiendo presentarse el dia señalado, y partió, saliendo Damon fiador de su palabra con su persona y vida.

Dilatáronse los asuntos de Fintias, de manera que llegó el dia destinado para su muerte, en el cual se juntó el pueblo, unos vituperando, y otros compadeciendo á Damon, quien caminaba tranquilo á la muerte, bien seguro de que su amigo llegaria, y teniéndose por dichoso en que no llegase. Ya se acercaba el momento fatal, cuando mil voces tumultuosas anunciaron la llegada de Fintias, quien corre, vuela al lugar del suplicio, ve levantada la espada sobre el cuello de su amigo; y entre repetidos abrazos y copiosas lágrimas, disputan la dicha de morir

uno por otro. El concurso prorumpió en lágrimas; y hasta el rey mismo se arroja del trono, y les pide con anhelo que le hagan partícipe de tan hermosa amistad.

En vista de esta pintura, que requeria expresarse con rasgos de fuego, seria inutil dilatarse en elogio de la amistad, ni acerca de los recursos que puede suministrar en todos los estados y circunstancias de la vida.

Casi todos los que hablan de la amistad, la confunden con otros enlaces, que son fruto de la casualidad y obra de un dia. En el fervor de estas uniones nuevas, ve uno sus amigos como quisiera que fuesen; y no tarda en verlos como realmente son. No son mas afortunadas otras elecciones; y así se viene á parar en resolverse á renunciar á la amistad, ó lo que viene á ser lo mismo, en cambiar de objeto á cada instante.

Como casi todos los hombres pasan la mayor parte de su vida sin reflexionar, y la menor en reflexionar sobre los demas, mas bien que sobre sí mismos, no conocen la naturaleza de las conexiones que contraen. Si se atreviesen á pensar sobre la multitud de amigos de que se creen rodeados, verian que estos amigos no están unidos á ellos mas que por apariencias engañosas. Esta perspectiva los llenaria de dolor; porque, ¿de qué sirve la vida cuando no hay amigos? Pero este dolor los obligaria á hacer elecciones de que

no tuviesen que avergonzarse en adelante.

Son muy agradables en el comercio de la amistad, el ingenio, los talentos, la aficion á las artes, y las calidades brillantes: la animan y la adornan cuando está formada: pero no bastarian por sí mismas para prolongar su duracion.

La amistad no puede fundarse sino en el amor de la virtud, en la bondad de caracter, en la conformidad de principios, y en cierto atractivo que previene la reflexion, y esta justifica despues.

Si yo hubiera de daros reglas, serian mas bien para impediros hacer una mala eleccion, que para hacerla buena.

Es casi imposible que haya amistad entre dos personas de estados muy diferentes y desproporcionados. Los reyes son demasiado grandes para tener amigos; los que los rodean no ven por lo comun á su lado mas que rivales, y encima de ellos lisonjeros. En lo general se inclina uno á elegirse amigos en un orden inferior, ya sea porque se cuenta mas con su complacencia, ya porque se lisonjea de ser mas amado. Pero como la amistad lo hace todo comun, y exige igualdad, no buscareis amigos en un orden, ni muy superior, ni muy inferior al vuestro.

Haced muchas pruebas antes de uniros estrechamente con hombres que tienen con vosotros los mismos intereses de ambicion, de gloria y de

fortuna. Se necesitarian esfuerzos inauditos para que unos enlaces expuestos á los peligros de los zelos, pudiesen durar mucho tiempo, y no debemos tener tan buen concepto de nuestras virtudes, que hagamos pender nuestra felicidad de una continuacion de combates y de victorias.

Desconfiad de las caricias excesivas, y de las protestas exageradas; pues tienen su origen en una falsedad que despedaza las almas veraces. ¿Cómo no os serian sospechosas en la prosperidad, cuando pueden serlo en la misma adversidad? Porque es cierto, que las consideraciones que se afectan hácia los desgraciados, no suelen ser mas que un artificio para introducirse con las personas felices.

Desconfiad tambien de aquellos rasgos de amistad, que se escapan algunas veces á un corazon indigno de experimentar este sentimiento. La naturaleza ofrece á los ojos un cierto desarreglo exterior, una serie de inconsecuencias aparentes, de las cuales saca la mayor ventaja. Vereis brillar un resplandor de equidad, en una alma vendida á la injusticia; de sabiduría, en un espíritu entregado comunmente al delirio; de humanidad, en un caracter duro y feroz. Estas partecillas de virtudes, desprendidas de sus principios, y sembradas diestramente entre los vicios, reclaman sin cesar en favor del orden que ellas conservan. Se necesita en la amistad,

no uno de aquellos fervores de imaginacion, que envejecen luego que nacen, sino un calor continuo y de sentimiento. Cuando las pruebas largas han servido solamente para hacerla mas viva y activa, entonces es cuando está hecha la eleccion, y cuando se empieza á vivir en otro sí mismo.

Desde este momento se minoran las desgracias que sufrimos, y se multiplican los bienes de que gozamos. Considerad un hombre afligido: mirad esos consoladores, que el bien parecer arrastra á pesar suyo á su lado. ¡Qué embarazo en su porte! ¡qué falsedad en sus discursos! Pero los infelices necesitan lágrimas; esta expresion del dolor, ó el silencio que le expresa tan bien. Por otra parte, dos verdaderos amigos creen hacerse un hurto saboreando los placeres sin comunicarlos al otro; y cuando se hallan en esta necesidad, el primer grito del alma es echar menos la presencia de un objeto, que participando de ellos, le proporcionaria una impresion mas viva y mas profunda. Lo mismo sucede con los honores y distinciones, que no deben lisonjearnos, sino en cuanto justifican la estimacion en que nos tienen nuestros amigos.

Gozan estos de un privilegio mas noble todavía, y es el de instruirnos y honrarnos con sus virtudes. Si es verdad que aprende á ser mas virtuoso el que trata con los que lo son, ¡qué

emulacion, qué fuerza no deben inspirarnos unos ejemplos que nos son tan amables! ¡Qué placer no será para ellos el vernos seguir sus huellas! ¡Qué delicia, qué enternecimiento para nosotros, cuando por su conducta cautiven ellos la admiracion pública!

Los que son amigos de todos, no lo son de nadie; pues solo buscan el hacerse amables. Vosotros sereis felices, los que podais adquirir algunos amigos; acaso seria necesario reducirlos á uno solo, si exigis de este bello enlace toda la perfeccion de que es susceptible.

Si se me propusiesen todas esas cuestiones que agitan los filósofos sobre la amistad; si se me pidiesen reglas para conocer sus obligaciones, y perpetuar su duracion, responderia: haced una buena eleccion, y descansad despues sobre vuestros sentimientos, y sobre los de vuestros amigos; porque la decision del corazon es siempre mas pronta y mas ilustrada que la del entendimiento.

Sin duda que solo en una nacion ya corrompida pudo haber atrevimiento para pronunciar estas palabras: « amad á vuestros amigos como « si hubierais de aborrecerlos algun dia: » máxima atroz, á la cual es necesario sustituir esta otra mas consoladora, y quizá mas antigua: « aborreced á vuestros enemigos, como si los « hubieseis de amar algun dia. »

No se diga que la amistad, llevada á este punto, llega á ser un suplicio, y que son bastantes nuestros males personales, sin participar de los de otros. No se conoce este sentimiento cuando se temen las resultas. Las demas pasiones van acompañadas de tormentos; la amistad no tiene sino penas que estrechan sus lazos. Pero si la muerte..... Alejemos de nosotros ideas tan tristes, ó mas bien, aprovechémonos de ellas para penetrarnos de estas dos grandes verdades; una, que debemos tener de nuestros amigos, la idea que tendriamos si llegásemos á perderlos; otra, consecuencia de la primera, que es necesario acordarse de ellos, no solo cuando están ausentes, sino tambien cuando están presentes.

Con esto alejaremos los descuidos que dan origen á las sospechas y temores; con esto, se pasarán sin turbacion aquellos dichosos momentos, los mas bellos de nuestra vida, en que los corazones abiertos saben dar tanta importancia á las mas leves atenciones, en que el silencio mismo prueba que las almas pueden ser felices por la presencia en que están una de otra: porque este silencio no produce, ni disgustos, ni enfado: callan, pero están juntas.

Hay otros enlaces que se contraen todos los dias en la sociedad, y es util cultivar. Tales son los que se fundan sobre la estimacion y el gusto.

Aunque no tengan los mismos derechos que la amistad, nos ayudan mucho á sufrir el peso de la vida.

Haced por que vuestra virtud no os aparte de los placeres honestos, proporcionados á vuestra edad, y á las diferentes circunstancias en que os hallais. La sabiduría no es amable y sólida, sino por la feliz mezcla de distracciones que se permite, y de los deberes que se impone.

Si á los recursos de que acabo de hablaros, añadis aquella esperanza que se introduce en las desgracias que experimentamos, hallareis, Lisis, que la naturaleza no nos ha tratado con tanto rigor como se dice. En lo demas, no mireis las reflexiones precedentes sino como explicacion de esta : el hombre reside todo en el corazon; aquí solamente es donde debe hallar su reposo y felicidad.

FIN DEL TOMO SEXTO.

INDICE

DEL TOMO SEXTO.

FIN DEL INDICE.

[illegible]
[illegible]

FIN DEL INDICE.

IMPRENTA Y FUNDERIA DE EVERAT.
CALLE DEL CADRANTE, 16.



